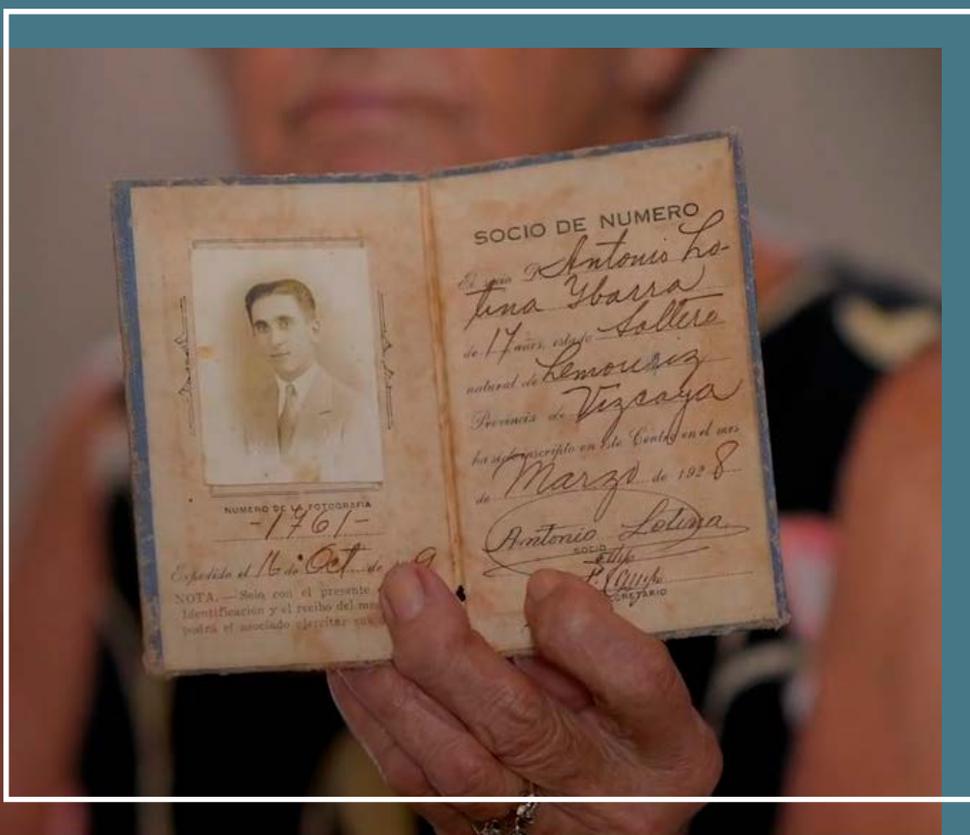


I Premio

Memoria de la Emigración Española

Trabajos premiados



MINISTERIO
DE INCLUSIÓN, SEGURIDAD SOCIAL
Y MIGRACIONES

UE
23

UNED

4

CRÉDITOS

5

INTRODUCCIÓN

RELATOS
AUTOBIOGRÁFICOS

10

Tojeiro Marrero, Edelmira
Primer premio
Hija de gallego. Vivencias de
una cubana

44

Trigo Bello, M^{ra} Victoria
Accésit
Espigas al otro lado del mar

66

Diéguez Melo, María
Mención Honorífica
Un bebé que lloraba

80

González, Helena
Mención Honorífica
Apuntes para una historia
familiar

114

Gutiérrez Gómez, Beatriz Celina
Mención Honorífica
Semblanza de mis cuatro
abuelos

146

Otero Ledo, Celia
Mención Honorífica
Historia de la emigración
española

162

Roca, Jorge
Mención Honorífica
Años de orfandad

188

Villarino Pérez, Jesús
Mención Honorífica
Emigrando a los cincuenta

CARTAS O
EPISTOLARIOS

218

Vázquez Lojo, María Xosé
Primer premio
Cartas a José Pérez Vaqueiro

232

Abascal Monedero, Pablo José
Accésit
Cartas de un exilio: Félix Gil
Mariscal

ÁLBUMES Y COLECCIONES
DE FOTOGRAFÍA

240

Pérez Guardamino, María
Aurora y Joaquín Domingo
Primer premio
¡Paisano!

248

Nieto, Justa Zulema
Accésit
Conózcamos: somos Nieto

MATERIAL
AUDIOVISUAL

254

Garrido, Tana
Primer premio
La tierra llama

260

Cueto Parcero, Pablo
Accésit
Indianos d'Azucre

270

Zapatero, Alejandro
Mención Honorífica
Mis recuerdos abreviados

CRÉDITOS

Entidades convocantes y patrocinadoras: Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), Cátedra de Población, Vinculación y Desarrollo de la UNED de Zamora, Secretaría de Estado de Migraciones del Ministerio de Inclusión, Seguridad Social y Migraciones, y la Secretaría General para el Reto Demográfico, del Ministerio para la Transición Ecológica y el Reto Demográfico.

Entidades colaboradoras: Diputación Provincial de Zamora, Ayuntamiento de Zamora, Fundación Caja Rural de Zamora y Red de Archivos e Investigadores de la Escritura Popular

Editores: Juan Andrés Blanco Rodríguez, José Julio Rodríguez Hernández y Arsenio Dacosta.

Coordinación editorial: Arsenio Dacosta y José Delgado Álvarez

Equipo de revisores: José Delgado Álvarez, José Ignacio Monteagudo, Juan-Miguel Álvarez Domínguez, Rubén Sánchez Domínguez, Noelia Ribeiro Borges, Alberto García Rodríguez, Juan Casado Fernández y Arsenio Dacosta.

Jurado: José Ignacio Monteagudo Robledo, Blanca Azcárate Luxán, María del Carmen López San Segundo, Eduardo Margareto Atienza y Juan-Miguel Álvarez Domínguez.

Concepto gráfico y maquetación: Ananda Culebras. 

Este libro forma parte de los resultados de la Cátedra de Población, Vinculación y Desarrollo de la UNED de Zamora y del proyecto *El asociacionismo de la emigración española en América a partir de la década de 1960: los casos de La Habana, Buenos Aires y Caracas*. Proyecto PID2021-123160NB-I00 financiado por MCIN / AEI y por FEDER Una manera de hacer Europa.



LA MEMORIA EN LA HISTORIA DE LA EMIGRACIÓN ESPAÑOLA

Después de dos décadas de estudiar el proceso migratorio que había afectado decisivamente a casi todas las provincias de la actual Castilla y León, incluyendo el ámbito territorial del Centro de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED) de Zamora que engloba esta provincia y la de Salamanca, desde esta institución académica entendimos que era necesario incidir en la memoria que los propios emigrantes y sus descendientes tenían de su experiencia vital. Las causas de la decisión de emigrar, el destino escogido, las circunstancias en las que se llevaba a cabo, la actuación de los emigrantes en los lugares de llegada y la relación que mantenían con sus familias y pueblos de origen, precisaban esa perspectiva personal de los propios protagonistas.

Así, con la ayuda del Archivo de la Escritura Popular Bajo Duero y de la Diputación de Zamora convocamos el I Premio Memoria de la Emigración Zamorana en 2006 con un notable éxito de participación entre los emigrantes residentes en América. A partir de ahí, visto el resultado para el conocimiento de la experiencia migratoria, con la colaboración de la Junta de Castilla y León, fuimos convocando hasta el pasado 2020 seis ediciones seguidas de los premios Memoria de la Emigración Castellana y Leonesa. Estos premios han dado lugar a un acervo documental sobre la emigración muy amplio con un fondo de relatos personales y familiares de singular importancia. Posiblemente sea, en Europa, la principal colección en su género, esto es, relatos de vida sobre la emigración. En febrero de 2022 la UNED, en colaboración con la Cátedra de Población, Vinculación y Desarrollo del Centro de la UNED en Zamora, y el apoyo de la Secretaría de Estado de Migraciones del Ministerio de Inclusión, Seguridad Social y Migraciones, y la Secretaría General para el Reto Demográfico, del Ministerio para la Transición Ecológica y el Reto Demográfico, convocó el I Premio Memoria de la Emigración Española con el objeto de recuperar y mantener el testimonio de los emigrantes de nuestro país. Hemos publicado una selección de los premiados en una versión electrónica y, también, su publicación junto con el resto de materiales presentados a la convocatoria tanto en este formato como en papel.

España es un país en el que el fenómeno migratorio ha sido –y es– intenso. Sus áreas rurales, así como los espacios menos urbanizados e industrializados, han registrado las consecuencias más negativas de este proceso de movilización poblacional, repercutiendo en su preocupante situación demográfica y socio-económica actual. A pesar de ello, las cifras que conforman los censos demográficos no reflejan la verdadera realidad asociativa configurada por la “población vinculada”. Esta la conforman aquellos que, residiendo lejos de su lugar de origen,

así como sus descendientes, mantienen una conexión que fomenta el desarrollo local, ayuda a paliar los estragos del éxodo y, por ende, han de ser tenidos en consideración como parte fundamental del devenir futuro de nuestro país.

Como respuesta, resulta necesario recuperar y mantener la “memoria” individual y colectiva de los emigrantes, así como sus mecanismos de relación y cooperación. Así, sus testimonios, conservados en cualquier soporte o formato (escrito, gráfico, audiovisual), pueden promover el conocimiento de esta experiencia y pueden servir, al mismo tiempo, como mecanismos de avance y progreso.

El trabajo realizado por la UNED de Zamora durante más de dos décadas, descrito someramente, ha permitido conformar un importante acervo documental que debe sostenerse y ampliarse en lo posible. Estos premios contribuyen a esta tarea y, para cumplirla, es fundamental la implicación de los emigrantes y sus familias, pero también de las numerosas asociaciones de emigrantes fundadas en los diferentes países y regiones de acogida, que atesoran la memoria institucional de la emigración y constituyen una parte muy significativa de la misma. Recoger esa memoria, fomentarla, difundirla, archivarla y estudiarla supone un ejercicio de responsabilidad con nuestra historia más reciente, pero también con nuestro presente y nuestro futuro, a través de la “población vinculada” que sin duda es, y será, fundamental en el desarrollo de nuestro país.

La presente convocatoria, primera a nivel nacional, ha sido un éxito habiendo concurrido 80 participantes distribuidos entre cuatro categorías:

A.- Modalidad de relatos autobiográficos 65.

B.- Modalidad de cartas o epistolarios 5.

C.- Modalidad de álbumes y colecciones de fotografías 4.

D.- Modalidad de materiales audiovisuales 6.

Como en ocasiones anteriores, el jurado estuvo formado por profesionales de reconocido prestigio, algunos con mucha experiencia en este tipo de convocatorias, tanto en los premios Memoria de la Emigración Zamorana y de la Castellana y Leonesa promovidas por el Centro de la UNED de Zamora, como en otros certámenes relacionados con la memoria y las historias de vida. Lo componían D. José Ignacio Monteagudo Robledo, actualmente profesor de la Universidad Federal de Integración Latino-Americana en Foz do Iguacu (Brasil), Dña. Blanca Azcárate Luxán,

catedrática de la Universidad Nacional de Educación a Distancia, Dña. María del Carmen López San Segundo, profesora de Comunicación Audiovisual en la Universidad de Salamanca, D. Eduardo Margareto Atienza, periodista y director de cine documental, y D. Juan-Miguel Álvarez Domínguez, doctor en Historia e investigador del Centro de Estudios de la Emigración Castellana y Leonesa de la UNED de Zamora que actuó en calidad de secretario.

En atención a las bases, el jurado buscaba premiar fundamentalmente la calidad de la narración, de la colección o del testimonio, no tanto en sus dimensiones literarias y estéticas, como en lo expresivo de una experiencia, la migratoria, que caracteriza la historia contemporánea de España. Una tarea difícil, reconocida por el jurado, dada la elevada calidad de los materiales a concurso.

En la modalidad de relatos autobiográficos, el jurado destacaba dicha calidad, junto con una notable cantidad de relatos presentados. La ganadora del premio resultó ser Dña. Edelmira Tojeiro Marrero por el relato **Hija de gallego. Vivencias de una cubana**. El jurado valoró muy positivamente la naturalidad y sencillez con la que la autora describe una historia que sintetiza muchas de las características de la emigración española a América. Se concedió también un accésit a Dña. María Victoria Trigo Bello, por **Espigas al otro lado del mar**, una biografía colectiva de tres miembros de una familia aragonesa que emigran a Argentina. Como prueba de lo dicho sobre la calidad de los relatos, el jurado propuso la concesión de hasta seis menciones honoríficas a los relatos de María Diéguez Melo, Helena González, Beatriz Celina Gutiérrez Gómez, Celia Otero Ledo, Jorge Roca y Jesús Villarino Pérez, por sus relatos referidos a la emigración a México, Venezuela, Cuba, Argentina y Reino Unido.

En la modalidad de epistolarios, el jurado declaró ganadora a Dña. María Xosé Vázquez Lojo por **Cartas de José Pérez Vaqueiro**, una amplísima colección epistolar que se inicia en 1887. También concedió un accésit a D. Pablo José Abascal Monedero por **Cartas de un exilio: Félix Gil Mariscal**, material significativo de un tipo de emigración muy característica de nuestro país como consecuencia de la Guerra Civil y la Dictadura Franquista.

En cuanto a la modalidad de materiales audiovisuales, Dña. Tana Garrido resultó ganadora por **La tierra llama**, una preciosa película documental centrada en la historia de varias mujeres de origen vasco en Cuba. El jurado tuvo a bien conceder un accésit a la película documental **Indianos d’Azucres**, presentado por D. Pablo Cueto Parcerero, sobre la emigración asturiana a Australia, y una mención honorífica

a **Mis recuerdos abreviados: desde que salí de mi pueblo hasta que llegué a Buenos Aires.**

Finalmente, en la modalidad de álbumes y colecciones de fotografías, los ganadores resultaron Dña. María Aurora Pérez Guardamino y su hermano Joaquín Domingo por **¡Paisano!**, una colección de fotografías de gran riqueza documental donde se sintetiza la vida de un emigrante burgalés a Cuba. El accésit en esta categoría correspondió a Justa Zulema Nieto por **Conózcanos: somos Nieto**, una amplia colección familiar con localizaciones en Buenos Aires, La Habana o la provincia argentina de Chubut.

Ello nos ha animado a convocar una segunda edición de estos premios con la colaboración de la sede central de la UNED, la Asociación Etnográfica Bajo Duero, el Centro de Estudios de la Emigración Castellana y Leonesa y, sobre todo, la Secretaría de Estado de Migraciones del Ministerio de Inclusión, Seguridad Social y Migraciones.

La Secretaría de Estado de Migraciones, como antes sus predecesoras orgánicas, viene contribuyendo a esta difusión de la memoria migratoria por medio de sus programas de ayudas y subvenciones, lo que ha permitido que personas particulares, investigadores, periodistas o entidades públicas y privadas tengan la oportunidad de ver publicados libros de recuerdos, ensayos, estudios o revistas sobre y para la emigración.

Pero además de “causa” de la generación de escritos, la Secretaría de Estado sufre el “efecto” de esta acumulación de documentos en la medida que asume la función de archivo y conservación de todo este material escrito en su Biblioteca. Heredera de los documentos, legajos y libros del Instituto Español de Emigración y depositaria ahora de los numerosos textos escritos y audiovisuales generados por las unidades administrativas con funciones inmigratorias, esta Biblioteca se constituye en espacio esencial para el estudio histórico y actual de los movimientos migratorios desde o hacia España, pues en su catálogo se reseñan casi 3.000 referencias bibliográficas.

Como consecuencia de ese doble papel, generador y archivero de documentación, la Dirección General de Migraciones ha estado en el epicentro de diversas iniciativas, de carácter público o privado, que intentan contribuir ahora a la difusión de estos fondos: la digitalización del archivo gráfico de la revista Carta de España (40.000 documentos, entre fotografías en papel, negativos y diapositivas) y de todos los ejemplares publicados desde su aparición en enero de 1960; exposiciones directamente organizadas por la Dirección General o que desde ella se ha contribuido a realizar (en especial Memoria

Gráfica de la Emigración Española); la histórica colaboración con Radio Exterior de España y el Canal Internacional de Televisión Española para la emisión de contenidos relacionados con la emigración; la subvención de la emisión de numerosos programas radiales en Europa y, especialmente, en la América de habla hispana (lo que incluye a Estados Unidos) e incluso la producción, rodaje, distribución o difusión de audiovisuales de carácter documental e incluso de ficción; o, en último término, diferentes iniciativas tendentes a difundir la memoria migratoria, bien a través de sus propias páginas en Internet, bien apoyando por distintas vías (ayuda, subvención, plan editorial) la creación y mantenimiento de páginas web destinadas a esta función memorialista (como la dedicada a *Los niños que nunca volvieron*).

A todas estas iniciativas se suma ahora la emprendida en febrero de 2022 por la Cátedra de Población, Vinculación y Desarrollo del Centro de la UNED en Zamora, con la convocatoria del I Premio Memoria de la Emigración Española, cuyo éxito de participación encuentra relejo en este volumen que recoge, en una edición electrónica y en papel, tanto los trabajos premiados como el resto de los materiales presentados a la convocatoria.

Ahora sólo queda desear que la segunda convocatoria del Premio reciba tan excelente acogida como la que destilan estas páginas.

Juan Andrés Blanco. Director de la Cátedra de Población Vinculación y Desarrollo (UNED Zamora)

Arsenio Dacosta. Profesor Titular de Antropología Social (Universidad de Salamanca)

José Julio Rodríguez. Subdirector General de la Ciudadanía Española en el Exterior y Retorno (Ministerio de Inclusión, Seguridad Social y Migraciones).

Edelmira Tojeiro Marreno

HIJA DE GALLEGO. VIVENCIAS DE UNA CUBANA

(Cuba, primer premio)

Mi padre nació en Galicia el veinte de abril de 1910 en una zona llamada Campo del Hospital, en Cedeira, pequeño poblado de La Coruña, conocida por el famoso puerto de donde partían la mayoría de los barcos que traían sus cargas de emigrados hacia Cuba.

Fue el tercer hijo de seis hermanos y su padre, Andrés Toxeiro Teixeira, era labrador y había nacido en un pueblo llamado San Andrés de Teixido, sede del famoso santuario del mismo nombre que existe en lo alto de la montaña de dicha región y al que se le atribuye una antigüedad de más de dos mil años, o sea, anterior al nacimiento de Jesucristo.

El apellido de mi padre se convirtió en Tojeiro desde su arribo a Cuba. Todos mis antepasados españoles, gallegos por más señas, incluso mi padre, recorrieron estos lugares infinidad de veces, allí oraron, allí soñaron, en resumen, fueron desdichados y felices a la vez, vivieron, porque así es la vida. Recordando las palabras de mi padre, mi abuelo bajó a la zona de Mundín y conoció a la que después sería su esposa, Antonia Breijo Domínguez, y se quedaron allí en la zona donde ella vivía para hacer una familia.

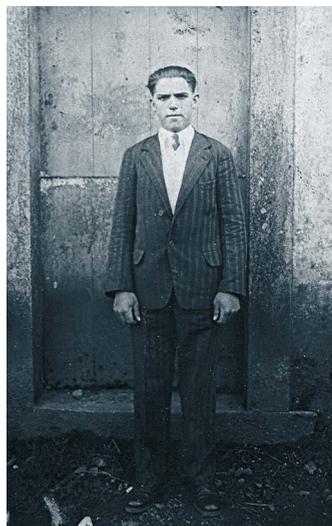


Su labor sería la de labrador y pastor de cabras, sus hijos heredarían la tierra y por consiguiente, desde niños habrían de realizar el mismo trabajo que ellos, aunque mis abuelos abrigaran la esperanza de que al menos, aprendieran a leer y a escribir, lo que se llamaba “saber las cuatro reglas y leer la cartilla”. Así comenzó mi padre su contacto con la tierra natal, ayudando a ordeñar las vacas, cuidando el rebaño de cabras, lejos de su casa, muy lejos, en el monte “La Capelada”. Tenía que subir al monte, caminando por senderos pedregosos y angostos, con una vegetación agresiva que lo lastimaba y que le dejaba cicatrices en el cuerpo y en el alma.

El invierno era terrible, sin ropas adecuadas, calzado con zuecos desgastados y para colmo, el estómago vacío en ocasiones, teniendo que realizar el trabajo a como diera lugar porque era la única forma de sobrevivir. Sufría con el frío, inundándole el cuerpo porque sus pobrísimas ropas no lo resguardaban como era debido, ese frío que le ocasionaba sabañones en las manos y que le congelaba los pies, aun teniendo puestos los zuecos de madera. Eran contadas las veces en que podía ir a alguna taberna a tomar un vaso de vino caliente, calentado en ollas de hierro al fuego vivo, que le bajaba por la garganta y lo iba calentando hasta llegar al estómago, pero,... ¡qué poco tiempo le duraba el calor del vino! Tenía que ir a buscar las cabras al monte, iba caminando por la nieve, hundiéndose en ella, la humedad entrándole por los pies, congelándolo, paralizándolo.

Cuando regresaba a su casa, estaba aterido, su madre siempre tan cariñosa con todos, tan noble, le preparaba un caldo bien caliente con pan de centeno y maíz, así iba entrando en calor junto al fuego del hogar en compañía de sus padres y hermanos. No podían comer pan blanco porque era necesario vender el trigo cosechado para solucionar otras necesidades del hogar y de la familia.

Su niñez fue difícil, las pocas letras que pudo aprender las recibió en la escolita de la aldea teniendo curas



Mi tío Vicente joven. 1935

como maestros que los trataban severamente y que les enseñaban más rezos que números y letras. Cualquier error cometido durante las enseñanzas les costaba muy caro, siendo frecuente que les golpearan las manos con una regla. Otra de las sanciones consistía en arrodillar a los niños castigados sobre granos de maíz, dejándoles lastimadas las rodillas y adolorido el cuerpo por la rigidez de la posición y la duración del castigo. Sin embargo, existía uno que constituía la refinación de la crueldad, pues era



Mi padre. 1936

de tipo psicológico, precisamente los que más daño hacen porque marcan para toda la vida, ya que se veían humilladas y rebajadas su dignidad y autoestima ante el resto de sus condiscípulos. A los niños que cometían errores se les colocaban gorros en la cabeza con la palabra burro impresa al frente, parados durante horas de espaldas a sus compañeros de clase y con la mirada fija en la pared hasta que el maestro entendiera que el castigo era suficiente. A mi padre se le quedó grabada la horrible palabra de burro como secuela de este castigo y nos la repetía mucho, culpándose a sí mismo y repitiendo con obstinación que era un burro y que no servía para otra cosa que no fuera hacer

trabajos de animales. Una de las asignaturas principales era el catecismo y tenían que ir a misa todas las mañanas antes de comenzar las clases.

Los chicos que no soportaban esta situación dejaban la escuela sin posibilidad de ir a otra, pues no había opción. Mi padre fue uno de estos casos, prefirió el rudo trabajo del campo antes que seguir en la escuela sufriendo vejaciones y maltratos con aquellos curas que más bien parecían representantes de la Inquisición que profesores. Pero a pesar de todos los malos tratos que sufría, soñaba con viajar, conocer lugares distintos, de los que tenía vagas ideas, pero pensaba que algún día saldría de su terruño a ver mundo. Al parecer, esta idea germinó obsesivamente en él, pues con dieciocho años tuvo la fortaleza suficiente para tomar la decisión de salir de su tierra natal hacia otro lugar, dejando atrás a sus padres y hermanos. Mis abuelos criaron a sus hijos con mucho esfuerzo y abnegación. Los varones, Justo, mi padre y Vicente, fueron a la escuela hasta aprender a leer y sacar algunas cuentas, con la única perspectiva de ser labrador y pastor de cabras, para esas tareas no era necesario tener más conocimientos.

El trato a sus padres no permitía el tuteo, había que adaptarse a la forma de vivir del padre, autoritaria, dictatorial, amo y señor de la casa y con quien no era posible discutir ninguna discrepancia porque sólo su opinión bastaba, los criterios de los demás quedaban relegados hasta que cada uno de ellos constituyera su hogar, única forma de tener independencia. El futuro que les aguardaba a mi padre y al resto de sus hermanos era labrar la tierra y trabajar como bestias de carga hasta el final de sus días pasando privaciones, hacer una familia al igual que sus padres y

darles a sus hijos las mismas o similares condiciones que ellos tuvieron. En cuanto a las hermanas, Eulalia, Dolores y Generosa, casi nunca podían ir a la escuela, tenían que ayudar en las labores del campo, en la casa y velar además porque todo estuviera en orden. Mis tías no aprendieron a leer ni a escribir, desgraciadamente se quedaron analfabetas. Más dura fue su adolescencia porque deseaba disponer de ropa adecuada para ir a las romerías y no las tenía; a beber al menos un refresco, y a su vez poder tomarse una copa de vino y tampoco había posibilidades de lograrlo aunque trabajara fatigosamente en el campo como hacía todos los días de su corta y azarosa vida.



Mi tía Generosa. 1936



Mi padre, mi madre y Victoria Breijo. 1936

Mi padre no pensaba en aquel entonces convertir en realidad la salida de su patria a buscar fortuna ni escapar de una guerra de la que no sospechaba siquiera sus razones porque en su ignorancia desconocía que sus anhelos eran muy simples, no contenían grandes ambiciones, eran modestos como siempre fue él. Meses antes de cumplir los dieciocho años de edad comenzó mi padre a pensar con mucha fuerza en la idea de marcharse de España alentado en gran medida por varios amigos que se encontraban en su misma situación, teniendo la ventaja de que Cuba podría proporcionarles lo que nunca alcanzarían en su patria. Esas eran las ideas de una buena parte de la juventud gallega en la década del veinte del pasado siglo, no estando descaminados porque las posibilidades de que España

mejorara eran nulas. Entonces, qué mejor lugar para él que Cuba donde tantos otros ya habían partido y se corrían rumores de que les había ido bien.

Tenía diecisiete años y el mundo era algo bello que debía descubrir porque lo que lo rodeaba eran sólo escaseces, miseria, y quería algo mejor, sabía que sus aspiraciones no estaban donde había nacido sino fuera de allí, allende los mares. Las informaciones que le habían dado sobre Cuba eran maravillosas y quería conocer aquel país de ensueño, de promesas, de riquezas enormes que podrían ser suyas. Su propio primo José Breijo, sobrino de su madre y primo hermano suyo, estaba en Cuba y escribía muchas bondades sobre este país. No lo pensó más y decidió hablar con su padre para conseguir la aprobación de su idea. Antes, ya había hablado con su madre y esta sufrida mujer a quien las penurias y el trabajo habían envejecido prematuramente, estuvo de acuerdo con la idea de su hijo Antonio. También pensaba que a él sólo le faltaba un año para el servicio militar y no quería que lo involucraran en alguna guerra que a fin de cuentas les era ajena.



Mi padre. 1937

Había vivido esa amarga experiencia con su hijo mayor Justo. Este se vio

obligado a pasar el servicio militar en Ceuta, donde estuvo cerca de tres años; allí, enfermó de algo que ella no entendía bien, pero supo que le había hecho mucho daño porque nunca más fue el mismo de antes. Había regresado flaco, avejentado, con el carácter trastornado y los nervios destrozados, hosco, huraño, fiero. Nunca dijo lo que le sucedió mientras estuvo en el ejército, pero ella que era su madre sabía que algo terrible no confesado había sucedido que lo había cambiado tan tremendamente; ya no era el muchacho risueño de antes, una mueca ocupaba el lugar donde antes había una perenne sonrisa.

Al hablar con su padre y notar que aceptaba la decisión tomada sin vacilaciones supo que su madre había



Mi madre joven. 1938



Boda de mis padres. 1939



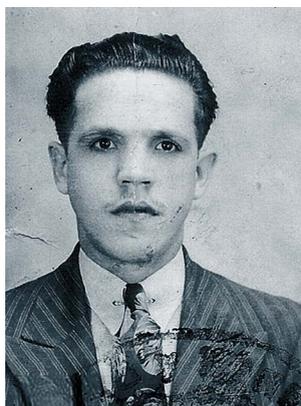
tenido buena parte en el cambio de actitud del viejo. Pero mi padre, a pesar de su miedo por las incógnitas que le podría deparar el porvenir era un joven en la edad en que se conciben los más bellos sueños, en que se palpan los imposibles con las manos y la mente da por cierto lo que sólo pertenece al campo de las divagaciones.

Galicia, región costera con un hermoso puerto en La Coruña, ofrecía todas las posibilidades para emigrar. Pienso que ésta haya sido la razón por la que más del ochenta por ciento de la emigración española hacia Cuba fuera gallega.

A partir de la decisión tomada de viajar a la isla, ya entonces comenzó a soñar con hacer fortuna para ayudar a su familia y finalmente, retornar a su patria con un futuro garantizado. Aunque muchos no lograban ninguno de estos bellos ideales, tal y como le sucedió a mi padre, estaba poseído por ellos y confiaba en que lograría en pocos años de duro bregar en Cuba, todas las maravillas que albergaba en su alma.

Los padres, a pesar de haber dado su aprobación experimentaban el temor de no volverlo a ver, de que sucediera algo que lo impidiera, y él a su vez tenía el temor, en lo profundo de su corazón, de no volver a ver a sus padres ni al resto de su familia. Fueron proféticos, el Destino, ese ente inmutable, les dio la razón a todos, pues no pudieron encontrarse jamás. Decididos a hacer lo que fuera necesario para que viajara lo antes posible, su padre y él marcharon rumbo a La Coruña para comprar su pasaje en el barco. Para reunir el dinero necesario mi abuelo Andrés se vio precisado a vender una vaca y tres o cuatro cabras, además de utilizar algún dinero de reserva para emergencias que tenía en la casa. Le escribió también una carta a José Breijo, el sobrino de su mujer, del cual se decía que había tenido éxito en los negocios y aspiraba que ayudara a su hijo en todo lo que fuera menester.

Ninguna de las ideas horribles que le pasaban por la mente se las decía a Antonia. Andrés no sospechaba ni la milésima parte de los pensamientos que pasaban por la mente de su mujer. A ella le venían un millón de preguntas a la vez, a ninguna de las cuales sabía



responder con certeza. Cada vez que pensaba que a su hijo Antonio pudiera sucederle algo terrible su corazón se oprimía y comenzaba a latir fuertemente. Su esposo Andrés tampoco las tenía todas consigo porque no ignoraba que muchos de los que iban para Cuba encontraban las penurias y las desdichas allí también aunque, por supuesto, las posibilidades de desenvolvimiento económico eran incomparablemente mayores que las que tenía España en aquellos tristes años. Tan triste se sintió la madre que no tuvo el valor de verlo partir por lo que no lo acompañó hasta La Coruña, desde donde saldría el famoso buque que tantos viajes de ida y regreso había dado a Cuba, llevando en éste la preciosa carga que constituía su querido hijo Antonio. Sin embargo, la cara de mi padre era de alegría, no le pasaba por la mente que sus anhelos no pudieran materializarse, sentía una enorme felicidad porque iba al encuentro de un nuevo mundo que lo esperaba, tan convencido se sentía él, para alcanzar todos sus sueños, y con estas optimistas ideas se hinchaba su corazón de felicidad. ¡Hasta pronto, España! ¡Bienvenida, Cuba, voy a por ti!

Arribó a la Isla el veintiocho de abril de 1928 a bordo del buque español "Marqués de Comillas" como pasajero de tercera clase. Salió del puerto de La Coruña en un día de lluvia, neblinoso y triste. Lo fueron a despedir al puerto su padre y su hermano Vicente. Los demás quedaron en la casa esperando el regreso del padre y del hermano menor. De esta forma me lo contó mi tío Vicente pocos días después de mi llegada a España. Ocho días antes mi padre había cumplido dieciocho años de edad y a pesar de sus cinco pies diez pulgadas de estatura, así como de su fuerte complexión física era un niño grande, carente por completo de maldad alguna, no había visto otra cosa que la aldea donde nació y sólo había ido en dos o tres ocasiones a Cedeira para acompañar a su padre en la venta de animales y cosechas.

Al llegar a Cuba lo primero que hizo fue tratar de encontrar a su primo José Breijo para que lo ayudara a encaminarse, consiguiéndole algún trabajo. Por aquel entonces su primo José Breijo era socio comanditario en una lavandería y tintorería llamada "El Estilo de París" situada en la Ave. Menocal # 1658 en la barriada del Cerro en la capital.

José Breijo fue un hombre a quien la fortuna le sonrió. Había llegado a Cuba unos años antes y trabajando fuerte, primero, pero con algunos golpes de suerte además, pudo hacerse socio en el negocio, logrando posteriormente comprar algunas casas que alquilaba, permitiéndole ambas actividades vivir holgadamente.



Su primo José le consiguió trabajo en una bodega, ya que al momento de llegar no tenía una plaza disponible que ofrecerle en su negocio. El dueño de la bodega era amigo suyo y aceptó que mi padre trabajara en ella. El trabajo era fuerte y prolongado ya que laboraban doce horas continuas o más con un pequeño receso para el almuerzo. Al finalizar, casi de noche, se bañaba, se arreglaba un poco y salía a la calle para conocer el barrio, la ciudad, ver el mundo, como decía él. Pequeño mundo el que estaba a su alcance, aunque era feliz porque todo era nuevo, todo era luz y alegría.

El paisaje de la capital cubana era mucho más atrayente que el de su tierra natal, ya que la vida nocturna que existía en La Habana era inconmensurablemente más fulgurante y llamativa que en el terruño donde nació. Como le

gustaba el baile, cada vez que tenía oportunidad, ésta se presentaba casi todos los domingos, iba a las matinés bailables de La Tropical o de alguna Sociedad donde se reunía la juventud gallega para divertirse, bailar, y sobre todo enamorarse y vivir a plenitud la juventud que poseía a raudales. Lo que más le gustaba de Cuba era que nunca nevaba, el frío no era ni con mucho el de Galicia, lo que le molestaba sobremanera era el calor excesivo en el verano que lo hizo sufrir bastante en los primeros años de su estancia en la isla hasta que pudo aclimatarse a él, muchos años después.

Con el paso de los meses trabajando en la bodega la vida se le presentaba difícil y llena de escollos porque el jornal era poco y no le permitía costearse algunas comodidades necesarias en su nueva situación de hombre solo y sin familia. Habitaba en la trastienda de la bodega donde tenía un camastro y un pequeño armario para guardar sus pertenencias. Almorzaba de pie, frente al mostrador, un pedazo de pan con jamón, queso o cualquier otra comida ligera que estuviera a mano sin descuidar su trabajo ni un instante. Así le pasaban las horas una tras otra, al igual que los días y los meses.

Los domingos, cuando se iba de parranda a la sociedad gallega acostumbraba contactar con sus paisanos para inquirir por nuevas posibilidades de empleo. En uno de esos días tuvo la suerte de conocer a varios jóvenes, gallegos como él, dos de los cuales le prestaron su apoyo y que además, continuaron siendo sus mejores amigos, uno de ellos hasta la muerte. Manuel García era cinco años mayor que él y tenía una novia cubana, la cual vivía cerca de donde se encontraba su pequeño negocio, un taller para fabricar alpargatas, calzado de uso diario, tanto de sus coterráneos como de la mayoría de los trabajadores cubanos de la industria y el comercio de aquella época. Este taller se encontraba al fondo de un enorme garaje que ocupaba una manzana completa y pertenecía a un matrimonio, también oriundos de Galicia.

Cuando terminaba su larga jornada en la bodega se iba para el taller de su amigo Manuel y trabajaba en la producción de ese barato calzado que le permitía tener una entrada adicional de dinero. Manuel le había propuesto que trabajara con él para que pudiera ganar algo más y ayudar a su familia en España. Sus padres y su hermano Vicente le escribían y le contaban que todo andaba mejor por allá, pero sabía que no era cierto porque sus amigos también tenían familia y éstos le decían que lo que estaba ocurriendo en su patria era terrible y que las necesidades pululaban por doquier. Su padre le había aconsejado que guardara siempre algo por si venían tiempos malos. Este sano consejo le fue muy útil en su vida en Cuba. Le habló en la forma que estilaba cuando iba a decir algo serio e importante:

– Hijo, usted sabe que le he permitido dar este viaje porque es interés suyo no ir al servicio militar y porque se siente con valor para ir en busca de fortuna para ayudarnos a nosotros. Quiero decirle que antes de enviar unas pesetas a su familia, tiene que guardar algo para que no pase hambre, que es lo peor que le puede suceder a un cristiano y que gracias a Dios y con la ayuda del trabajo de nuestra familia, ninguno de vosotros la ha conocido porque siempre hemos tenido un pedazo de pan, al menos, para llevarnos a la boca. Lo único que quiero es que usted logre todo lo que tiene pensado y que en cuanto haga unos duros venga para acá, con nosotros, con su familia, que lo estará esperando siempre. No olvide nunca esto que le digo.



No pudo contestarle nada a su padre porque las lágrimas pugnaban por salir a raudales de sus ojos y no quería que éste lo viera llorar. Pero el consejo nunca lo olvidó, quedó guardado en su mente y formó parte de su vida hasta el final, dejándolo grabado indeleblemente en sus hijos a quienes le transmitió las palabras de su padre, convirtiéndose en uno de los legados espirituales de la familia.

Había llegado la ocasión de poner en práctica su consejo, por lo que guardaba todos los meses algo de lo que ganaba para tener sus ahorros, muy bien escondidos en una gaveta de su pequeño armario. De él también recordaba una copla, aprendida desde niño y que algunos años después mi madre y nosotros le oíríamos cantar frecuentemente en nuestra casa, copla que lo llenaba de nostalgia y a nosotros de tristeza: ***Camiño, camión longo... / A choiva, a neve y as silvas / Enchéronme de friaxe... / Cubríronme de feridas... / Camiño longo / Da miña vida.***

Fue providencial para él conocer a los dos amigos que había conocido, pues lo estaban ayudando en todo lo posible para que pudiera ganar algún dinero adicional, así como también en la obtención de otro empleo que ofreciera más remuneración que el de la bodega. Además, ambos amigos constituían un apoyo espiritual insustituible en aquellos primeros tiempos en que debía enfrentarse completamente solo a la vida que se le ofrecía en su nueva patria.

Se encontraba satisfecho y contento pues allí junto a él, estaba laborando su otro amigo, Maximino Martínez, quien era socio junto con Manuel en el negocio de las alpargatas, haciendo las veces de la familia que tanto extrañaba. Maximino era asturiano y llegó a ser tan buen amigo de mi padre que éste le pidió que fuera mi padrino, cuando después de dos años de casados, supo que mi madre estaba nuevamente embarazada. Mi padre

lo consideraba como hermano suyo. Trabajar en ambos lugares era extenuante, pero no para él que contaba dieciocho años y



Mi padre en la bodega. 1952



Mi madre en la fábrica de medias. 1952

estaba dispuesto a hacer cualquier sacrificio para abrirse paso en la vida como fuere menester. No obstante, al tener más posibilidades económicas volvió a recordar, y se dio cuenta de la certeza del mismo, de lo cierto del refrán que siendo niño le repitiera frecuentemente su padre: - ***Tanto tienes, tanto vales.***

Pasó el tiempo y su situación económica se tornó más favorable yendo a vivir al cuarto que tenía alquilado su amigo Maximino cerca del taller de alpargatas, donde compartía los gastos, por acuerdo de ambos. Con el desahogo monetario adquirido, gracias a su nuevo trabajo por las noches, sintió un alivio inmenso al saber que podría hacer envíos estables de dinero a su familia en España y además adquirir algunos artículos suntuarios que le permitirían mayores comodidades en su vivienda compartida. El cuarto era amplio y le permitió acomodar su cama y un pequeño escaparate con sus ropas que para esa fecha se habían ampliado bastante y que, de acuerdo con su gusto, eran de buena calidad. De esta forma pasaron los dos primeros años de su vida en Cuba, pero siempre con la vista puesta en el futuro promisorio que seguramente le esperaba, pleno de riquezas conque colmar sus sueños y los de la familia que dejó allende los mares.

A finales de 1930, con el presidente Gerardo Machado convertido en dictador, su amigo Manuel le presentó en una romería en La Tropical a un gallego que tenía estrechas relaciones con los dueños de la panadería y dulcería "Toyo", famosa en toda La Habana por la calidad de sus panes y dulces. Todavía hoy mantiene su gran prestigio, a pesar de las enormes dificultades por las que en la actualidad atraviesa Cuba para obtener las materias primas necesarias para la elaboración de pan y dulces, dos de los productos alimenticios más gustados por los cubanos.

Se personó en la panadería y habló con el encargado del negocio. A pesar de su timidez pudo explicarse lo suficientemente bien como para que fuera aceptado como ayudante de panadero con sueldo decoroso y estable. Imagino que su rostro de persona noble y honesta convenció a ese hombre que lo veía por primera vez, pero que al ser paisano suyo tenía la seguridad de que aquel joven que solicitaba trabajo no lo defraudaría. No obstante, la situación del país se había tornado crítica, tanto política como económicamente. La represión se agudizó y todos los negocios existentes comenzaron a sufrir las consecuencias de una terrible depresión y un alto desempleo. Mi madre me contaba que cuando iba a la bodega a comprar dos centavos de café le daban el azúcar de contra. Se podía comer una buena comida por veinticinco centavos, compuesta de bistec de res con papas fritas, arroz, potaje, postre y café. El hecho real era que pocos podían ir a las

fondas o a las cafeterías para comer, lo más que podían pagarse era un vaso de café con leche y pan con mantequilla. Por suerte, mi padre no tuvo problemas con su trabajo porque precisamente el pan era el producto más socorrido por los pobres que se veían atezados por las necesidades y penurias.

Desde que comenzó a trabajar en la panadería el horario de trabajo de mi padre cambió, de doce de la noche a ocho de la mañana. Esto era así gracias a que desde hacía algún tiempo se había aprobado la jornada de ocho horas diarias. Dicho beneficio le permitía trabajar unas cuatro horas por la tarde en el taller de alpargatas de su amigo Manuel, siempre a costa de restarle tiempo al sueño, pero cuyos ingresos le eran indispensables para los planes que se había trazado.

El matrimonio dueño del garaje, Aquilina y Tiburcio, tenían dos hijos llamados Alejandrina y Pedro. Eran buenas personas que gustaban de ayudar a los demás, especialmente si eran gallegos como ellos. A sus hijos les pagaron estudios y como decían ellos mismos, “sus hijos estaban muy bien preparados”. Fueron Aquilina y Tiburcio buenos amigos de mi padre, ayudándolo en todo lo que estuviera a su alcance. Tiburcio pertenecía a la congregación católica de la iglesia del Pilar y era el encargado todos los años de disparar un pequeño cañón con salvas para anunciar el inicio de la procesión en honor de la Virgen del Pilar. También era el responsable de lanzar los fuegos artificiales que se iban encendiendo paulatinamente, al paso de la procesión.

Guardo en mi memoria una anécdota pintoresca del lanzamiento de estos fuegos, la cual fue provocada por Tiburcio, quien ya estaba viejo y achacoso, además de tener problemas con la vista. En ocasión de encender los famosos y esperados fuegos, sacó la caja de fósforos de su bolsillo y encendió uno, pero como le temblaba la mano a causa de la edad, en vez de un solo cohete se incendiaron varios a la vez. Tiburcio se asustó grandemente al ver que le explotaría en la mano y los lanzó, no sin antes proferir una buena cantidad de malas palabras y maldiciones que hicieron reír mucho a la chiquillería que iba detrás de él entusiasmada con los disparos del cañón y los fuegos. Lamentablemente, cayeron dos de éstos encima de la plataforma donde iba colocada la Virgen del

Mi primo Andrés en la escuela. 1954



Pilar, incendiándose casi inmediatamente la tela y si no sucedió ninguna otra desgracia fue debido a la rapidez con que actuaron los otros miembros de la Orden que se encontraban alrededor del altar. Al año siguiente fue otra persona quien lanzó los fuegos artificiales, pero en razón de su lealtad a la Orden continuó disparando el cañoncito hasta el mismo año en que murió.

De más está decir que para mi hermano y para mí fue una diversión todo lo acontecido aunque ahora comprendo que tanto Tiburcio como los demás miembros de la congregación vivieron unos momentos terribles que no habrán olvidado mientras vivieron. Mis padres, mi hermano y yo asistíamos todos los años a esta festividad que tanto nos gustaba porque nos permitía salir de paseo con nuestros padres, además de recibir dulces, caramelos y regalos, todo lo que hacíamos se convertía en diversión y regocijo, pues en nuestra mentalidad de niños era sumamente emocionante. Después de transcurrido ese día no nos acordábamos más hasta el próximo año en que nuestra madre volvía a recordarnos la gustada actividad religiosa.

Esta familia fue muy buena para mi padre y sus amigos Manuel y Maximino, puesto que los ayudaron moral y materialmente en sus

Mi hermano y yo en la escuela. 1955



primeros tiempos de inserción en la vida de Cuba. Posteriormente, se portaron muy bien con mi madre y con nosotros dos, ya que a todos ellos les gustaban los niños y nos atendían maravillosamente bien cada vez que iba a

arreglarles las uñas y peinar a las mujeres de la casa, Aquilina y Alejandrina. Mi madre era una mujer emprendedora y para ganar unos pesos extra que siempre venían bien en la casa, ofertaba a las vecinas y sus amigas los servicios de peinado y arreglo de uñas. En una de estas visitas que no me perdía por nada del mundo, ya que la casa y el garaje me atraían en gran medida porque se prestaba a la perfección a las fantasías de mi mente, tuve la ocasión de divertirme mucho con una de las más graciosas anécdotas provocada por Tiburcio a quien siempre le estaban sucediendo cosas risibles, si nos atenemos a las opiniones de mi hermano y a las mías.

Había dos bellos gatos, Muñeca y Tito, padres de seis gaticos con los que Alejandrina me permitía jugar, además de Mocho, un perro ya viejo y al que en honor a su nombre le faltaba el rabo. Todos los animales estaban consentidos y muy bien alimentados, los cuidaban como si fueran personas, estando plenamente de acuerdo con ello porque los de nuestra casa eran tratados de la misma forma. Ese día terminé de jugar con los gaticos y me puse al lado de mi madre para ver cómo le arreglaba las uñas a Alejandrina, cuando de pronto oímos aullar a Tito; ella fue la primera en darse cuenta que su padre le estaba pisando el rabo al gato y le dijo con premura:

- Papá, levanta el pie que le estás pisando el rabo a Tito.

Pasaron unos segundos y Tito seguía aullando a más y mejor, por lo que Alejandrina se volvió de nuevo para ver lo que estaba haciendo su padre y detectó que Tiburcio, increíblemente para nosotros pero no para él, había levantado el pie contrario. Inmediatamente le gritó:

-El pie izquierdo no, papá, levantaste el que no era, es el derecho el que tienes que levantar para que sueltas al gato.

Tiburcio, que ya estaba viejo y era muy lento en sus movimientos y reacciones, al fin se dio cuenta del pie conque estaba pisando al gato, lo levantó y Tito salió disparado como una flecha.

Mi madre comenzó su negocio de arreglo de uñas con la ayuda material de mi padre que aportó el dinero inicial y también sus manos para que ella practicara. Como tenía “buena mano” para arreglar las uñas y peinar, según el decir de sus clientas, fue ampliándose paulatinamente el número de señoras que atendía, permitiéndole las ganancias obtenidas satisfacer un cierto número de necesidades de sus hijos y también, pequeños caprichos, tales como llevarnos a merendar a una cafetería cercana a la casa, comprarnos ropas y zapatos de mayor calidad, entre otras cosas. Debo destacar con todo orgullo que siempre sus hijos fuimos los principales beneficiarios de todas sus ganancias.

En cuanto a las manos de mi padre, en su primera práctica con ellas quedaron desastrosas, tanto que nos comentaba posteriormente, riéndose mucho, que cada vez que le ponía la sal a la masa del pan sentía cómo las manos le escocían y ardían enormemente, manteniéndose así durante varios días. Fue imposible para mi padre mantenerse al margen de la situación política existente

en Cuba y en unión de su amigo Maximino deciden ingresar en el partido ABC, formado por jóvenes cubanos y por todo aquél que teniendo las mismas ideas quisiera formar parte de dicho partido. Este fue creado para luchar contra la dictadura de Machado y lograr la implantación de un sistema democrático en el país. Muchos españoles como mi padre integraron el partido ABC con la esperanza de ayudar a Cuba y además contar con un apoyo político, ya que este partido era financiado por sociedades mutualistas españolas en lucha contra Machado por haber sido afectados comercialmente al aprobar éste la reforma arancelaria. En una de aquellas reuniones a las que ambos asistían pudieron observar a dos adolescentes, rubias y bonitas que atrajeron mucho su atención. Maximino se interesó por Edelmira y mi padre quedó prendado de Micaela desde que la vio por primera vez. Continuaron encontrándose en las distintas actividades que organizaba el partido hasta que un día se celebró una reunión en casa de las muchachas, estando ya ambos enamorados perdidamente, con un amor a primera vista que no daba lugar a dudas.

Resultó ser una familia de clase media en dificultades, de vida honrada y de principios morales estrictos, lo usual de la época. La familia estaba compuesta por los padres, Estrella y Flavio, y los hermanos de mi madre: Luis, Edelmira, Julio, Caridad, Emilio y María de los Ángeles. Mi padre había tenido la oportunidad de conversar en varias ocasiones con la joven que tanto le atraía, pero ella tenía sólo quince años y por su mente no pasaba ninguna idea acerca de noviazgo ni mucho menos de casamiento. Maximino y él mantenían su devoción por las dos jóvenes porque se sentían seguros en sus sentimientos y deseaban formalizar relaciones a la mayor brevedad, sabiendo de antemano que los noviazgos solían durar siete u ocho años antes de llegar al matrimonio, según las estrictas costumbres de la época.

Maximino había tenido más suerte que mi padre, pues Edelmira se mostraba más accesible a sus halagos y no era renuente a los encuentros con él para conversar y tratar de comenzar el noviazgo. Ella tenía diecisiete años recién cumplidos y era más responsable de sus ideas y acciones. Aunque Maximino no tenía un futuro estable todavía, estaba trabajando fuertemente para lograrlo y de esta manera, poder contar con lo necesario para que Edelmira lo aceptara y con posterioridad, pedir su mano ante sus padres. Era conocido que ningún pretendiente podría pedir la mano de ninguna joven si no contaba con medios económicos suficientes para ser aceptado.

Sin embargo, a mi padre le fue mucho más difícil pues la extrema juventud de mi madre y su forma de ser independiente le impedía aceptar una relación que podía significar y de hecho lo era, una atadura. A pesar de todo, no se rindió ante la difícil tarea y como era muy persistente, al cabo de dos o tres años de relaciones amistosas, de encuentros aparentemente fortuitos a la salida de la fábrica donde ella trabajaba y de algunas invitaciones a bailes y fiestas, se inició el noviazgo oficial con su querida Micaela. Estábamos a mediados de 1933.

Mi padre continuó con su trabajo en la panadería y a pesar de lo rudo del mismo y del enorme calor que debía soportar pegado a los hornos de cocinar el pan, se sentía a sus anchas porque había demostrado ser un buen trabajador, recibiendo elogios del dueño gallego que tenía consideraciones con él e incluso lo distinguía con su amistad.



Mi padre. 1971

Sin embargo, a finales de 1933, exactamente el día ocho de noviembre, el gobierno provisional aprobó el decreto No. 2583 publicado en la Gaceta Oficial de la República de Cuba, el cual establecía la obligación de los patronos en la explotación de actividades agrícolas, industriales o mercantiles, de utilizar en los trabajos a que se dedicaran, un cincuenta por ciento por lo menos, de obreros y empleados cubanos nativos.

La cubana ley del cincuenta por ciento que Guiteras y Grau aplicaron durante el llamado gobierno de los cien días logró frenar en alguna medida la periódica inmigración, fundamentalmente de españoles, dando satisfacción y seguridad a los nativos por una



Otra foto de mi padre. 1971

parte, pero que traía el desconsuelo y la ruina para los desafortunados que obligados por el hambre y la miseria en su país natal venían a Cuba para encontrar la fortuna, o al menos, la posible solución a sus muchas penurias.

El doce de agosto de ese mismo año había caído la dictadura de Machado, pero no por eso la situación económica había mejorado como por arte de magia, sino que seguía siendo difícil e incierta. Los emigrados españoles, gallegos fundamentalmente, seguían arribando a Cuba y eran verdaderos rivales de los cubanos en la obtención de puestos de trabajo. Como, por otra parte, una gran cantidad de negocios de diversa índole eran propiedad de españoles, éstos preferían contratar a sus paisanos para ayudarlos a asentarse en la isla. Esta ley fue conocida por el pueblo cubano como la del cincuenta y cincuenta.

Si esto sucedía no podría seguir ayudando a su familia en España aunque fuera modestamente, como lo venía haciendo desde su llegada a Cuba, ni tampoco podría pensar en constituir una familia en la isla, tal y como tenía en mente desde que era novio de Micaela. Todo esto lo atemorizaba, sabiendo además que no podría volver a España, ya que conocía por su hermano Vicente que la situación allende los mares se encontraba en forma igual o peor a como él la había dejado cinco años atrás. Conocía, por informaciones que se había procurado, las lógicas demoras en la aplicación de leyes y decretos y mantenía la esperanza de que no se llevara a cabo en forma tajante, pero lamentablemente, fue puesta en práctica con todo rigor. No obstante, mantuvo su ciudadanía española hasta el día veintisiete de enero de 1937, tres años, dos meses y diecinueve días después de promulgada la ley.

Esperó hasta el último momento, aquél en que el dueño de la panadería le solicitó que se acogiera a la ciudadanía cubana para asegurarle el empleo, puesto que ya tenía cubierto el cincuenta por ciento restante con trabajadores españoles de mayor antigüedad que mi padre. Se vio obligado a seguir este consejo como tantos otros españoles que se sintieron amenazados por un despido y renunció a su ciudadanía española tan querida, ya que siempre se mostrara orgulloso de serlo y específicamente, gallego.

Con el paso del tiempo fue comprendiendo que los cubanos tenían un carácter humorístico, también jodador, y que se reían hasta de sus propias desgracias, pero también contaban con la capacidad para tomar las cosas en serio cuando era necesario.

Le costó algunos años llegar a entender a los cubanos, pero a fin de cuentas tuvo sobrado tiempo para hacerlo, pues vivió en Cuba el resto de su vida hasta que finalmente murió y fue enterrado en esa misma patria donde decidió hacer su familia y que nacieran sus hijos. Con el paso del tiempo, gracias a su vida laboriosa y honrada, se fue ganando el respeto y el cariño de todos los que lo conocían, razón por la cual a partir de entonces nos convertimos orgullosamente en “los hijos del gallego Antonio”.

Aquella era una época despiadada donde el trato amable y respetuoso lo recibía quien tuviera dinero para gastar, mantener a su familia, enviar a los hijos a escuelas privadas, pagar puntualmente el alquiler de la casa donde vivía, vestirse decorosamente, y en fin, ocupar un espacio en la capa media de la sociedad. Nosotros cumplíamos estos requisitos porque el empleo de mi padre en la panadería le permitía asegurarnos una vida con ciertas comodidades y en nuestro barrio, esto era algo que ganaba el respeto y hasta la admiración de nuestros vecinos. Tenía una bien ganada fama de hombre serio, responsable y justo a carta cabal, ayudaba a los amigos en desgracia, siendo generoso con todo aquél que lo necesitara.

A mi padre le gustaba pagar sus deudas con la mayor prontitud porque tenía el firme convencimiento de que debía respetarse mucho la confianza que había depositado en uno el amigo que nos prestara el dinero y por tanto, en cuanto cobraba, su primera decisión era saldar sus deudas, pues de esta manera mostraba su agradecimiento por la buena acción de la persona que había confiado en él. En esos principios nos educó, con ellos crecimos, y han quedado tan fijos en nosotros que no concebimos contraer deudas con nadie, únicamente aquéllas de orden moral que no pueden ser pagadas con ningún dinero, pero sí con una amistad sincera y una lealtad absoluta al amigo del alma hasta nuestro último aliento. Aplicando las enseñanzas de mi padre puedo enorgullecerme de tener pocos amigos, pero buenos y fieles hasta la muerte. Con igual moneda les pago yo y ellos lo saben. Sólo después de realizada esta acción, separaba el dinero de los pagos que habían de realizarse en la casa priorizando el alquiler, la electricidad, las quintas y la escuela de sus hijos. Siempre quedaba una cierta cantidad de dinero, suficiente para la adquisición de comida y de ropa, especialmente de lo primero, pues es bien sabido que los gallegos tienen fama de comer abundante y bien y mi padre no era una excepción.

Por esta época, después de varios años de arduo esfuerzo se convirtió de ayudante en segundo jefe del turno de madrugada, trabajo muy agotador, ya que el calor de la panadería era sofocante y para él doblemente difícil de soportar, desacostumbrado como estaba al caluroso clima de Cuba, pero le pagaban lo suficiente para que mi padre pudiera pensar seriamente en casarse. Alcanzar este cargo de confianza no había sido fácil para él, pues en aquel entonces la oferta de trabajadores era enorme, pero su laboriosidad y sentido de la disciplina fueron determinantes para su selección.

Quería constituir un hogar porque se sentía enamorado de su novia cubana y los cinco años de permanencia en Cuba solo, sin su familia, le hacían comprender que carecía del apoyo espiritual que todo ser humano necesita. Pensaba, con toda lógica, que su matrimonio con Micaela era la mejor decisión para alcanzar una estabilidad emocional que le hiciera sentir seguro y feliz.

Hasta ahora la ayuda que le ha enviado a su familia no es lo suficientemente importante como para sacarlos de las penurias en que están sumidos y que no pueden ser resueltas por ellos mismos, dada la difícil situación económica de su patria. Eso le preocupa mucho, bullendo en su mente sin descanso, pero sin tener otra solución a mano para ello. Los sueños de montar un negocio han resultado infructuosos, ni siquiera contando con la colaboración de sus amigos Manuel y Maximino. La amistad con su amigo asturiano Maximino se profundizó aún más, gracias al noviazgo que éste mantenía con Edelmira. Aunque la situación en Cuba estaba bastante normalizada desde el punto de vista económico y también social, en España se ennegrecía cada vez más el panorama político. La sublevación fascista encabezada por Francisco Franco por una parte, y por la otra, los republicanos con la noble idea de hacer prevalecer un gobierno libre e independiente, se encontraban en plena ebullición. Los barruntos de la guerra no se hicieron esperar y en 1936 estalló lo que tanto se temía: España entraba en una guerra civil.

El quince de marzo de 1939, con once años de vida en Cuba y después de seis de relaciones, mis padres se casan en la misma modesta vivienda donde vivía la familia de mi madre. Según la costumbre, la novia vestía de blanco con un velo transparente que le cubría el rostro y también mostraba en su faz toda la alegría propia de la mujer que ve transformada su vida completamente de la noche a la mañana, producto del matrimonio.

Unos días antes de la boda habían alquilado una habitación con los ahorros que mi padre había podido obtener producto de su trabajo en la panadería y en el taller de alpargatas. La habían amueblado modestamente contando con un juego de cuarto compuesto de cama, escaparate y coqueta. En la parte correspondiente a la cocina tenían los enseres fundamentales de cualquier hogar y además, entre los regalos de los padres de la novia se encontraba una nevera pequeña que les permitiría tomar agua fría, un lujo para la época, utilizando los servicios del nevero que les traía todos los días a la puerta de su vivienda un pedazo de hielo por valor de diez centavos, que alcanzaba para todo el día, y venía envuelto en un saco de yute para que no se derritiera rápidamente a causa del caluroso clima de Cuba. Frecuentemente, en estos sacos de yute venían pequeños alacrancitos, algunos de color marrón y otros negros, pero todos me causaban impresión y temor porque en cuanto tocaban el suelo levantaban el aguijón para clavárselo a lo primero que encontraran. Nunca me picó ninguno, pero a mi padre sí lo agarraron una vez y nos contaba que la mano se le adormeció por el veneno que le inoculó el alacrán, a pesar de ser tan pequeño.

También el ajuar usado en la boda por la novia fue un regalo de mis abuelos, así como otras pequeñeces, necesarias en cualquier hogar recién estrenado. Mi madre trabajaba como obrera textil en una fábrica de medias para hombres pertenecientes a unos judíos que la apreciaban mucho por ser una buena obrera. El sector textil en la isla por esa época era predominio de judíos que poseían fábricas productoras de medias de hombre y de mujer, además de piezas de ropa y otros artículos. Eran tiempos de escaseces y grandes dificultades, pero mis padres no tenían muchos problemas económicos en aquel entonces porque ambos tenían trabajo asegurado y ésa era la patente de curso para desenvolverse convenientemente en aquellos tiempos de la Cuba de los años cuarenta del pasado siglo XX. Ella fue obrera textil durante cuarenta y dos años, ya que a causa de las necesidades económicas de la familia se vio precisada a comenzar a trabajar con sólo trece años declarando que tenía quince para que no la rechazaran. Mi padre pasó a ocupar la plaza de maestro panadero en "Toyo" y esto le permitió ganar lo suficiente para mantener la casa y costear las necesidades de dos niños pequeños, con suficiente holgura, pero sin grandes pretensiones.

Conociendo la difícil situación por la que estaba pasando su familia en España desde varios años atrás, mis padres habían comenzado a hacer envíos de ropa y otros artículos para su familia

española, lo que aliviaba en algo sus penurias. Esta información me la dio mi tío Vicente en sus relatos sobre el pasado, cuestión que no recordaba en lo absoluto porque aunque me esforcé por memorizar, en la casa no se hablaba de ello. Su agradecimiento hacia mis padres era inmenso por el gesto que tuvieron para con ellos, y con una admiración especial hacia mi madre que fue la encargada de las compras de ropa y zapatos y otros artículos necesarios, así como de las gestiones de envío. Otra vez volví a darme cuenta de la nobleza de alma de mi tío y de la gratitud que les guardaba a mis padres, puesto que han transcurrido más de cincuenta años de este hecho y todavía lo recuerda con devoción. Entra en detalles sobre los envíos que ellos le hicieran hace tanto tiempo atrás:

- Tu madre me compró unos pantalones y unas camisas de muy buena tela, zapatos y otras cosas más que ya no recuerdo, lo que sí no se me olvida es de que los pantalones y las camisas me quedaron grandes porque ellos pensaban que estaba igual a como me habían visto en las fotos que había enviado algunos años antes, pero la guerra, las amarguras y las miserias que sufrí me convirtieron en un hombre flaco y arrugado. Ella también ayudó a otros de la familia, ya que les enviaron piezas para el radio a Justo y herramientas de carpintero para mi sobrino Atilano y otras cosas al resto de la familia. La memoria me falla y ya no puedo recordar la gran cantidad de cosas que nos enviaron en aquel tiempo y que nos ayudaron mucho a aliviar nuestras penurias. Todos estamos muy agradecidos a tus padres, mi sobrina, especialmente a tu madre que es una gran mujer. No olvidaré nunca lo que hicieron por nosotros.

- Sí, tío Vicente, ella fue una buena esposa y es muy buena madre, aunque pienso igual que como pensaron ellos en aquel entonces: sólo cumplieron con su deber, además, estoy segura que lo hicieron con mucho gusto porque sabían lo que significaba para ustedes.

Cuando la situación económica se hizo más estable en Cuba mis padres comenzaron a hablar frecuentemente de nuestro futuro y las posibilidades de estudio, especialmente para mi hermano que por ser varón, tendría que asumir al ser adulto la responsabilidad de mantener a su futura familia. Mi madre era la que más insistía sobre este asunto y con visión de futuro, puesto que mi hermano comenzaría la escuela en un corto lapso de tiempo, avizorando la posibilidad de que su hijo mayor estudiara una carrera en la Universidad. Esta era una idea fija en la mente de

cualquier familia que tuviera hijos y deseara para ellos lo mejor del mundo, puesto que era sabido que teniendo un buen nivel cultural, existirían mayores posibilidades de salir airoso en los múltiples escollos y altibajos de la vida. No es menos cierto que la tarea era casi imposible de lograr en aquellos tiempos difíciles que se vivieron en Cuba en la década del 50, ya que los estudios universitarios eran casi inaccesibles para familias con modestos recursos como la nuestra. En el aspecto de la educación, mi padre era más reticente a entender esta obsesión de mi madre porque nosotros estudiáramos una carrera, ya que decía que siendo un burro como era había llegado a obtener un buen empleo y ganaba lo suficiente para mantener a su familia en una forma digna. Recuerdo que mi madre discutió muchas veces este asunto con él sin perder su ecuanimidad porque comprendía que mi padre no podía aquilatar en su verdadera magnitud, dadas las dificultades de su vida, la importancia de que sus hijos realizaran carreras universitarias. Con esa paciencia que la caracterizaba, cuando tenía ante sí cuestiones importantes por decidir, paulatinamente lo fue convenciendo de que debíamos estudiar una carrera, al costo que fuera, en este caso, con el sacrificio abnegado de ellos dos. Finalmente, quedó plenamente convencido con la idea y a partir de ese momento actuaron mancomunadamente para lograr tan difícil objetivo. Con esa intuición premonitoria que siempre ha tenido mi madre, auguró lo que sería perfectamente posible, más de veinte años después, no sólo para mi hermano sino también para mí.

La situación del país se complicó a causa de la Segunda Guerra Mundial y de las escaseces de algunos alimentos, fundamentalmente la leche. Este producto fue racionado para los recién nacidos y niños pequeños, obteniéndose mediante bonos y enormes colas de cuatro y cinco horas de duración que era necesario hacer para comprarlas, en algunos casos, clandestinamente.

Mi abuela Estrella era muy diligente en estas tareas y aliviaba mucho a mi madre resolviéndole sus problemas domésticos, entre ellos, la obtención de las ya mencionadas latas de leche condensada que necesitaba, pues era la única que mi organismo asimilaba bien. En aquellos tiempos las dificultades eran inmensas, había que hacer cola por cualquier artículo de primera necesidad, incluido el jabón, la grasa comestible, las carnes, el arroz, así como otros productos secundarios. Aconteció además algo que preocupó sobremanera a mi padre, pues en abril de 1943 recibió una citación de las autoridades militares cubanas para que se presentara a cumplir el servicio militar obligatorio que se había decretado en

el país con motivo de la guerra que azotaba al mundo. Mi abuelo, al conocer de esta situación, lo asesoró debidamente, pues era notario, y le explicó que podía acogerse a la cláusula de exención del servicio por estar casado con dos hijos. La ley del servicio militar obligatorio en Cuba eximía a los hombres casados, los que de presentarse para ir a combatir lo hacían por voluntad propia, no por cumplimiento de la ley. Gracias a esta salvedad mi padre se vio librado por segunda vez del servicio militar y de tener que usar uniforme, lo que tanto odió siempre. Mi abuelo realizó los trámites de rigor y a mediados de mayo del propio año recibió la carta donde se le autorizaba a no presentarse a filas.

Desde que fue nombrado maestro panadero tuvo permanentemente el horario de madrugada. Comenzaba a las doce de la noche y terminaba a las ocho de la mañana, todos los días, religiosamente. En días de ciclón, mal tiempo o de cualquier otro cataclismo que surgiera, lo mandaban a buscar en un camión perteneciente a la panadería para que no se dejara de hacer pan y dulces para los clientes.

Mi padre recibía correspondencia de España cada dos o tres meses, enviadas por mi tío Vicente. Justo, el hermano mayor, no era muy dado a escribir, sus hermanas eran analfabetas, sólo quedaba Vicente para informar a mi padre y a su vez, ser el enlace entre ellos y él, aquí en Cuba. Sabía por las cartas que le hacía su hermano Vicente que en España estaban sucediendo cosas terribles, aunque no le contara casi nada sobre el tema, a sabiendas que él sufriría enormemente por no poder estar con ellos ayudándolos en lo que fuera menester. No obstante, cada vez que tenía una oportunidad enviaba algo, lo que estuviera a su alcance, para ayudarlos y contribuir así de alguna manera a aliviar las dificultades que tenía la familia. Mi padre conocía perfectamente que su madre estaba enferma y achacosa, aunque mi tío tratara de atenuar la realidad en sus cartas. Comprendía que el peso de los años y las penurias sufridas habían quebrantado su salud. Por otra parte, no podía ni soñar siquiera con viajar a España para verlos y estar un tiempo con ellos porque un viaje en barco era imposible, ya que lo que ganaban mis padres no permitía realizar un gasto de esa envergadura; el dinero sólo alcanzaba para cubrir los gastos de la casa y mantener una pequeña reserva para contingencias. Recuerdo que él hablaba con mi madre sobre este tema y se desesperaba porque estaba convencido que su madre ya no viviría mucho tiempo. Volvía a encontrarse en una situación similar cuando ocurrió la muerte de su padre, pero en esta ocasión ya llevaba en Cuba veinticuatro años y estaba seguro que no podría

volver a España, no tenía más remedio que resignarse a esta idea. Ellos dos trataban de que las conversaciones sobre la situación en su patria no fueran oídas por nosotros, pero no comprendían que los niños son muy curiosos y buscan cualquier ocasión que se les presente para escuchar. En aquel entonces, tanto mi hermano como yo teníamos muy buen oído y comprendíamos que ellos estaban preocupados por la familia de nuestro padre, allá lejos, allende los mares, como decía él. Y la oportunidad se dio algún tiempo después, al conocer nosotros por casualidad, la muerte de nuestra abuela paterna.

Al llegar de la escuela nos sorprendimos porque nos encontramos con el cartero a la puerta de nuestra casa y vimos también que le entregaba a mi madre un sobre blanco con reborde negro. Nosotros no sabíamos el terrible significado que tenía aquella carta, pero mi madre sí, por lo que nos advirtió que mantuviéramos silencio y nos portáramos bien porque esa carta era una mala noticia para nuestro padre. No sé si era costumbre en Cuba usar ese tipo de sobre para anunciar la muerte de algún familiar, no recuerdo haber visto ninguno después. Desde España sólo vinieron dos, el primero para informar la muerte de nuestro abuelo, Andrés Toxeiro, y el segundo, el de mi abuela, Antonia Breixo, diez años más tarde. Nunca había visto llorar a mi padre por lo que me conmocionó hondamente y a la vez me asustó mucho. No era un hombre expresivo en sus emociones. Nos hablaba con cierta frecuencia de nuestros abuelos y de nuestros tíos, aunque hacía excepción con sus hermanas Dolores, Eulalia y Generosa, de quienes siempre nos comentaba aspectos de su vida con ellas, allá en el terruño, en su casa. De la primera, nos decía que era de un carácter fuerte y de las otras dos, se notaba en sus palabras que les tenía mucho cariño. Por supuesto, para hablar de su hermano Vicente nunca faltaban palabras de elogio y a nuestro tío lo conocíamos, desde que tuvimos uso de razón, por sus buenas acciones y sus nobles sentimientos para con nuestro padre, aspectos que él nos explicaba convincentemente.

Desde esa etapa tan lejana de nuestras vidas actuales, comenzó nuestro sentimiento de cariño, admiración y respeto hacia nuestro querido tío Vicente, de quien sólo se puede hablar en mayúscula. Conversaba con nosotros sobre su casa, de los animales, de su trabajo de pastoreo y en el campo. Cuando explicaba los pormenores de su hogar, el rostro se le iluminaba y los ojos brillaban como luceros. A los animales los quería como si fueran personas, pero del trabajo se expresaba con dolor, denotando que sufrió mucho con lo rudo que eran las labores agrícolas y el clima,

este último lo atormentaba. El clima de Cuba, aunque caluroso, le gustaba. A partir de su muerte y a causa de su ausencia lo empecé a comprender realmente.

A mi padre no le gustaba salir de la casa, era muy hogareño, especialmente después que se casara con mi madre y nacieran sus hijos. Sin embargo, siempre he tenido presente en mi mente que en ciertas ocasiones en forma repentina, incomprensibles para nosotros, mi padre nos llevaba sorpresivamente de paseo hasta el malecón habanero. Íbamos caminando desde la barriada donde vivíamos hasta la zona del malecón mencionada, a pie. El lugar quedaba cerca del Hotel Nacional. Esta caminata representaría unos cuatro kilómetros, ida y vuelta. A él no le gustaba ir en ómnibus porque le molestaba la aglomeración de personas, por eso los detestaba. En distintas partes del malecón se estacionaban unos trailers que vendían medianoches, sándwiches de jamón y pierna, surtidos, y además, batidos, refrescos y helados. Nosotros siempre íbamos llenos de contentura y entusiasmo porque sabíamos que al final del viaje el premio sería una medianoche o un sándwich con un batido o un helado, según escogiéramos. Mi madre era la más reticente a ir caminando hasta el malecón porque siempre estaba un poco cansada, ya que trabajaba en la fábrica y después en la casa. Pasados tantos años de estos paseos por fin logré entender el poco deseo de mi madre, así como también hoy más que nunca me doy cuenta del interés de mi padre por caminar hasta la costa habanera. Como expresé anteriormente, Cedeira y La Coruña tienen una cierta similitud con la zona costera de La Habana por lo que pienso ahora con el conocimiento que tengo de su lugar natal, que él calmaba su angustia al ver algo parecido a lo que había dejado allá en Galicia, su tierra de nacimiento.

Era un buen padre de familia que todo lo que ganaba lo destinaba a la casa y era obvio que nos quería muchísimo, pero a su manera. No creo ser una excepción, pero muchas cosas referentes a la forma de ser de mi padre las comprendí años después de su muerte. Desde que éramos niños nuestro padre nos hablaba mucho del terruño, como acostumbraba decir, nos explicaba cómo era su casa donde en los altos se ubicaban los cuartos de la familia y en los bajos se encontraban la sala, el comedor, la cocina, un baño, así como el establo para las vacas y otros animales de la casa. Nos contaba también que siendo un mozalbete, después de llegar del monte de pastar cabras entraba a la cocina donde sus hermanas ya habían hervido la leche y en silencio, muy sigilosamente, les robaba la nata para ponerla encima de un pedazo de pan negro y así mitigar la mucha hambre que

traía del campo. Las hermanas le reñían y le daban las quejas a la madre que se veía obligada a regañarlo porque con la nata hacían la mantequilla para la casa.

Algunos años después mi tío Vicente haría lo mismo que mi padre y recibiría las mismas reprimendas por robar igualmente la nata deliciosa de la leche recién hervida. Me contaba, brillándole mucho sus ojillos azules, que no le importaba que su madre lo regañara porque de todas maneras se comía su hogaza de pan recubierta con la nata que había robado y que consideraba un préstamo sin importancia, ya que después volverían a hervir más leche para recuperar la nata perdida. Sentado cómodamente en un sillón de portal situado en la sala de nuestra casa del Cerro, con su boina verde ladeada a la derecha y una pierna encaramada sobre el brazo del sillón, nos contaba estas anécdotas y se ponía después a cantar algunas tonadas gallegas, entre ellas la famosa canción de los gallegos emigrantes, que algún tiempo más tarde supe se llamaba “Aires da miña terra”. También en ocasiones tocaba una flauta que se componía de tres piezas que se ensamblaban, ésta le había sido obsequiada por su hermano Vicente, no sé si traída por alguien que viniera de allá o de un paquete que mi tío le hubiera enviado a través del correo, después que la terrible situación en España tomara mejores cauces.

Antes de visitar España tuve la oportunidad de leer en una revista Bohemia que cayó en mis manos por casualidad, editada en Cuba, un párrafo escrito por un famoso escritor gallego, Manuel Murguía (1888), que define con exactitud a su pueblo. El mismo dice así:

“Muy pocos pueblos como el gallego han sabido conservar a través de los tiempos más pura, más constante, más indeclinable su fisonomía. No es posible dudarle. Todo en él es tradicional y está en la costumbre mejor que en la ley escrita; en la literatura oral, que en la erudita; en su vida interna, que en la histórica; en su corazón, y no en las manifestaciones exteriores. No se verifica modificación alguna que no se lleve a cabo con una cierta parsimonia y como contra la voluntad. Ríndese a lo incontrastable de los destinos que así lo quieren, mas no se hace otro ni se desprende por completo de la tradición, antes impregna la nueva vida de cuanto es en él privativo y congénito”.

Ellos, desde el primer día de mi arribo, me instalaron confortablemente, comenzando desde ese preciso instante las conversaciones que durante tantos años deseé tener con el hermano predilecto de mi padre, aquél que conocí por carta apenas tener uso de

razón y con el que podría esclarecer todas mis dudas, curiosidades, existencia, así como del misterio que constituyó siempre para mí su actitud ante la vida, tan distinta del resto de los seres que me rodeaban, incluidos entre ellos la familia de mi madre. Con estos encuentros empecé a interiorizar el profundo amor que los aldeanos gallegos le tienen a la tierra, a su tierra que les da la vida, el sustento y que en gran medida es su principal razón para vivir.

A pesar de que mi padre fue un obrero industrial prácticamente desde que llegó a Cuba hasta su retiro, conservaba una exacta idea acerca de sus tierras y de sus animales en España, tal como me expresó mi tío Vicente que eran las suyas. O sea, que viviendo en dos continentes distintos, separados por miles de kilómetros y entre costumbres diametralmente opuestas, ambos conservaban la misma manera de pensar como si mi padre no hubiera desarrollado su vida en otro lugar sino que continuaba allí, en mente y espíritu al lado de sus hermanos y de su familia gallega. Con cuánta razón mi padre lo quería tanto, era su honradez tan acrisolada que nunca se sintió dueño de esas tierras que eran de su hermano Antonio, gracias a su determinación de considerar a mi padre como uno más en la distribución de los bienes de mis abuelos.

El día que cumplí quince años, mientras limpiaba la casa en horas de la mañana, mi padre me llamó y me dio un beso en la frente con mucha solemnidad y timidez, como si se sintiera culpable de algo. Fue el primer beso que recuerde, me fuera dado por él conscientemente y frente a mi madre y hermano, sin embargo, a pesar de sus pocas muestras de amor, sabía que mi padre veía por mis ojos y que era muy importante para él. El otro beso me lo dio cuando me casé. Estoy segura que ese día fue uno de los más felices de su vida.

En verano, acostumbraba usar un sombrero de fibra vegetal de ala estrecha volteado en el frente un poco hacia abajo para taparse la cara del sol cuando salía a la calle a pasear, solo o con su familia. Esta prenda era muy usada entre los hombres por los años cincuenta. Recuerdo muy especialmente una visita que hicimos al Parque Zoológico de La Habana un domingo de verano, de la cual conservo la fotografía que mi padre le pidió al fotógrafo que nos hiciera para enviar a su familia en España.

Siguiendo los consejos de su primo, José Breijo, al poco tiempo de su llegada a Cuba mi padre se inscribió en la Sociedad Naturales de Ortigueira, una de las instituciones más famosas creada por

gallegos residentes en Cuba para todos aquéllos que vinieran “allende los mares” entre los cuales se encontraba él. Esta sociedad daba romerías anualmente para todos sus asociados y sus familias, las cuales no perdíamos nunca, siendo un motivo de felicidad para todos nosotros, especialmente para mi padre. En esas fiestas conversaba con infinidad de compatriotas, algunos de lugares cercanos a su aldea, otros de diferentes regiones, pero casi todos gallegos. Hablaba en su lengua natal desde que llegaba hasta que se iba, pareciera que quería practicarla temiendo que se le fuera a olvidar. Reía mucho, fumaba, bebía bastante, pero salía feliz y henchido de orgullo. Se acompañaban musicalmente chocando los cubiertos con los vasos de cristal o sonando las manos encima del mostrador o de las mesas cercanas haciendo un ruido ensordecedor. Nunca dejaba de tocar algunas piezas con la gaita que siempre obtenía por el préstamo que Manolo, el gaitero y fiel amigo de él, le hacía para que le extrajera, muy a su pesar, esas notas nostálgicas y plañideras que al provenir de mi padre me parecían las mejores de todas. Mi padre conservaba un diploma de honor que le fue entregado por su fidelidad y constancia a las actividades que promocionaba dicha sociedad entre sus miembros.

Él tuvo una salud de hierro siempre; de vez en cuando algún constipado, alguna fiebre no muy alta, malestares provocados por extracciones de piezas dentales, y otros de menor cuantía. Lamentablemente, antes de cumplir los cincuenta años ya ambos usaban dentadura postiza completa, superior e inferior. No se estilaba ir al dentista para empastarse las piezas cariadas, pienso que porque no era fácil solicitar permiso en los centros de trabajo, faltando por esta causa que no era considerada importante. Sencillamente, cada pieza cariada significaba su extracción sin más análisis. No obstante, las clínicas dentales, tanto de la Quinta de Dependientes como de la Covadonga ofrecían excelentes servicios estomatológicos. Solamente en una oportunidad mi padre estuvo grave y fue a causa de una operación de fístula que, al parecer, no fue atendida correctamente, lo que le provocó varias hemorragias de consideración que lo dejaron muy debilitado.

Teniendo sesenta y seis años aproximadamente, se le presentaron los consabidos problemas en la orina, tan común en los hombres mayores de sesenta años. Mi hermano lo llevó al hospital y determinaron que era conveniente operarlo de la próstata. Él se mostró de acuerdo con la operación porque hacía más de un

año que estaba padeciendo de obstrucciones en la orina con sangramiento y dolor, teniendo que ser sondeado con frecuencia, lo que le provocaba grandes molestias. Se sentía infeliz cuando tenía que ir al médico, sabiendo de antemano que le colocarían una sonda por algunos días hasta que se regularizara la inflamación. Así, una y otra vez, por lo que nos manifestó su deseo de operarse y salir de una vez por todas de ese problema. Estuvimos de acuerdo y fue operado a mediados de junio de 1977. Salió de la operación perfectamente, sólo con un poco de pérdida de sangre que la recuperó prontamente, gracias a la sobrealimentación a que lo sometimos.

Por el mes de julio de ese mismo año comenzó una epidemia de dengue, de relativa gravedad porque una buena parte de la población se contagió. Este dengue presentaba sus variantes, ya que existía uno que era simple y otro, llamado hemorrágico, que era el más peligroso. Los más propensos a sucumbir eran los niños y los ancianos, en caso de contagiarse con este último. Mi padre comenzó a toser con cierta frecuencia, temiendo mi hermano y yo que fuera el dengue, por lo que lo llevamos con premura a la Quinta Covadonga para que le realizaran un chequeo.

Sintiéndose en perfecto estado físico fue a que le realizaran el chequeo general que para mi hermano y para mí era pura rutina, también mi madre pensaba que sólo era una simple gripe, pues conocía de su enorme fortaleza y gran salud. Nunca nos pasó por la mente que nuestro padre pudiera estar enfermo de muerte y mucho menos todavía que le quedara tan poco tiempo de vida. El resultado del diagnóstico del Dr. Iglesias fue preciso: nuestro padre tenía cáncer en el pulmón derecho, el cual estaba prácticamente tomado y le estaba pasando ya al pulmón izquierdo, sin siquiera tener la esperanza de que una intervención quirúrgica pudiera prolongarle la vida. Se asombró mucho de que no sintiera fuertes dolores y de que no hubiera tenido sangramiento, dado que la enfermedad se encontraba muy extendida. Desgraciadamente, al ser asintomática no pudo ser diagnosticada a tiempo. Su pronóstico final fue terrible: un año de vida como máximo. Para fatalidad nuestra, el Dr. Iglesias se equivocó por muy poco tiempo porque solamente alcanzó a vivir otros seis meses más después del examen médico. De todas maneras, el especialista que lo atendió, uno de los mejores del Hospital Covadonga, lo remitió para el Clínico-Quirúrgico de Diez de Octubre con el objetivo de que le dieran treinta aplicaciones de cobalto para tratar de detener un

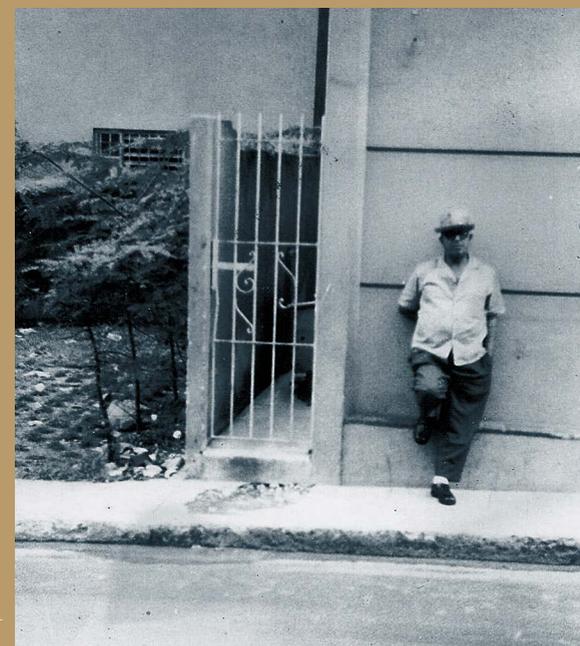
poco el mal que avanzaba a pasos agigantados. Finalizadas éstas, comenzarían a suministrarle los sueros citostáticos en número de seis, inspeccionando la reacción de su organismo, ya que es un medicamento sumamente fuerte que provoca pérdida del apetito, caída del pelo y vómitos. Mi hermano tuvo la misión de acompañarlo para que le aplicaran los sueros citostáticos. El médico que atendía a nuestro padre nos había dicho que este tratamiento era fuerte y debía ser vigilado estrechamente. Esto nos creó una seria preocupación a nosotros, aunque nos dimos cuenta que fueron estériles los esfuerzos porque no le hicieron daño alguno, pero el mal continuó avanzando en forma inexorable.

Logró sobrepasar esta terrible fase para él y para nosotros, sin que nuestra madre supiera la desgracia de su muerte inminente. Nosotros le ocultamos la terrible verdad porque siempre le tuvo terror al cáncer y sabíamos que la angustiaríamos en extremo, sabiendo que el conocimiento de la verdad sólo le traería dolor y desesperación. Después de este último tratamiento pasaba hospitalizado diez o doce días y el resto en la casa, pero notábamos que se deprimía cada vez más y que la hospitalización en vez de beneficiarle lo perjudicaba. Decidimos hablar con el médico que lo atendía y logramos llevarlo para la casa. Instalado ya en la casa cómodamente notamos que su ánimo mejoraba a ojos vistas. Su cara mostraba cierto cansancio, un poco desencajada, pero era feliz por lo que comprendimos que había sido una magnífica decisión, ya que nos encontrábamos ante una muerte segura con un plazo que se acertaba día tras día.

A principios de 1978 su estado general era aceptable, habiendo logrado que mejorara mucho su estado anímico, a partir del momento en que lo llevamos para la casa. Sin embargo, producto de su terrible enfermedad fue perdiendo el apetito paulatinamente hasta que tuvimos que ingresarlo de urgencia con unas diarreas incontenibles que se le presentaron en forma repentina. El Dr. Iglesias nos explicó, cuando supo de su hospitalización, que tanto las diarreas como la pérdida del apetito eran signos inequívocos del desenlace final. Estuvimos tres días con sus noches al lado de él, sin abandonarlo un solo instante, sabiendo que su fin estaba próximo y con el temor de enfrentar a nuestra madre que ignoraba la triste verdad.

Al concluir el segundo día de ingreso, el médico a cargo de su caso nos llamó al consultorio, explicándonos la suma gravedad de la situación: el hilo de su vida estaba a punto de romperse y aunque no podía precisarlo con exactitud, consideraba que el desenlace no rebasaría las cuarenta y ocho horas. Estaba inconsciente y decía palabras incoherentes referidas a su trabajo en la panadería; tanto lo amó que en los minutos finales de su vida, su mente inconexa retenía lo que había sido siempre sumamente importante para él. En su inconsciencia solo tenía mente para pensar en su trabajo, no reconocía quiénes estaban con él, pero el débil hilo que lo sostenía a la vida todavía estaba ligado fuertemente, hasta el fin, con la labor que constituyera su vida y la seguridad de su familia que fue siempre lo primero para él. Si el corazón fallaba, según nos expuso el médico que lo atendía, su muerte sería tranquila, como en un sueño. Y sucedió así, sencillamente. Falleció el día dieciséis de marzo de 1978, a causa precisamente de un paro cardíaco. Nosotros y nuestra madre tuvimos la suerte de no verlo sufrir, ya que él no sintió dolor en ningún momento, ni tampoco supo lo que tenía. No llegó a cumplir los 68 años de vida. Fue enterrado en el panteón de la Sociedad Naturales de Ortigueira.

La historia de mi padre es una más entre las de tantos millones de migrantes que existen en el planeta Tierra.



Mi padre con sombrero. 1976

Boda de mi hermano. 1 de febrero 1964



Mis padres y yo. Mayo de 1971



Mi padre con su garlopa. 1972



Mi boda. 3 de Mayo de 1976



Con mi padre el día de mi boda. 1976



Ma Victoria Trigo Bello

ESPIGAS AL OTRO LADO DEL MAR

(Argentina, accésit)

Esta fotografía fue realizada en Jaca en el año 1927. Todos lucen sus mejores ropas. Al día siguiente se casaba mi abuelo paterno, Dionisio, el primero por la derecha. Aunque fueron nueve hijos los habidos del matrimonio de Miguel e Ignacia –sentados-, la segunda de esa descendencia, Eugenia, nacida en 1897, murió con tan solo un año de edad. La foto de Antonio, en Argentina desde 1913, fue incorporada por la madre al llevar a enmarcar la fotografía, para recoger también a su primogénito en la estampa familiar.



Jaca, 1927. Familia Trigo-García.

LOS DE AMÉRICA

Así llamaban alguna vez mis mayores a los tíos y primos de Argentina, los de América. Y así América nació para mí como un lugar casi mágico, un enclave indefinido a una distancia mucho mayor que la que separaba Zaragoza de Valencia, que era el viaje más largo que yo había realizado.

La vida me ayudó a entender las razones que cada uno de esos familiares había tenido para, queriéndonos tanto como nos repetían, marcharse tan lejos y permanecer allí. Con el tiempo, según los familiares de Argentina fueron ampliando su círculo de amistades en Mar del Plata, fueron sumando a más personas para que nos enviaran sus saludos y recuerdos, tanto por carta como en las grabaciones magnetofónicas que merecen un espacio propio en este trabajo. Eso era la prueba de la importancia que tenía para nuestros familiares recibir nuestras noticias, lo mucho que presumían de sus raíces aragonesas y cómo les gustaba compartir el cariño que enviábamos con sus nuevos allegados. Sin duda hubo mucha añoranza que mitigaban aquellas comunicaciones de ida y vuelta, kilómetros de palabras enlazadas con nostalgia y buenos deseos.

Los familiares de Mar del Plata fueron muy buenos anfitriones, tanto de conocidos como de extraños. A ese entorno afectuoso nos invitaban en cualquier ocasión hasta los tiempos más recientes. Nunca olvidaré la sincera oferta de tío Antonio para que pasara en Mar del Plata mi luna de miel en 1983.

En mi infancia, yo me quedaba embobada leyendo sus líneas dedicadas a mí o escuchándoles hablar de la piscina –la pileta– y, sobre todo, de la playa, que ellos tenían muy cerca de su casa. Para una niña zaragozana, la playa era algo muy excepcional. También lo era tener tíos y primos en Mar del Plata y que, pese a conocerme únicamente en fotos, se mostraban tan cariñosos hacia mí.

CARTAS EN PAPEL CASI TRANSPARENTE

En los años sesenta del siglo pasado, a mi Zaragoza natal de vez en cuando llegaban cartas escritas en un papel muy fino, casi transparente. Las remitían los familiares de Argentina. El papel tenía que pesar poco porque así podía ir en avión. ¡Con lo grandes que me parecían los aviones en el cine y la cantidad de gente que cabía en ellos y, sin embargo, las cartas que transportaban tenían que ser ligeras como alas de mariposa!

Para la visión de una niña, tener familia en Argentina, un país lejano en el que sin embargo se hablaba castellano, constituía una experiencia singular. Rozar con mis dedos esas cartas, ver la dirección de mi casa en el sobre, pensar –pensar casi imaginando– que alguien sabía de nuestra existencia a tantos kilómetros y años de distancia, lindaba con lo fantástico.

... PERO ADEMÁS DE CARTAS HUBO CINTAS MAGNETOFÓNICAS



Zaragoza, primavera de 1968. Mi padre, Esteban, al frente de una grabación para la familia de Argentina. El magnetófono era marca Abet y sustituyó a un modelo Ingra. Junto a mi padre, a su derecha, estoy yo. Esa niña entonces tenía 8 años.



Mar del Plata. Junio de 1971. Antonio Trigo con su esposa, su hijo y su nuera, con un grabador portátil marca Winco.

En los años sesenta Alfredo-Felipe en Mar del Plata, y su primo Esteban –mi padre- en Zaragoza, posibilitaron que las comunicaciones familiares rebasaran el papel y se enriquecieran con el testimonio sonoro de cintas magnetofónicas. Yo recuerdo que por lo menos había cuatro ocasiones al año de enviar y recibir esas cintas que, en realidad eran la misma, pues se aprovechaba el material regrabando el nuevo contenido sobre el anterior, lo cual es una lástima pues habría permitido hoy disponer de aquella especie de diálogos y afectos entre uno y otro lado del Atlántico.

Tanto en Mar del Plata como en Zaragoza, la grabación de las cintas constituía un encuentro festivo entre los participantes. Yo tendría no más de cinco años cuando comencé a aportar mis comentarios respondiendo a las preguntas que mi padre, como mantenedor de la velada, me hacía llegado mi turno. No puedo evitar expresar mi reconocimiento y gratitud a mi padre -fallecido en 2019-, grandísimo comunicador, eslabón principal desde Zaragoza con la familia de Argentina en aquellas ocasiones de reunirnos en torno al magnetófono.

La reproducción de las cintas, dado que el magnetófono estaba en mi casa, ocurría en el mismo día de su recepción, en pase privado para mi madre y para mí. No pasaría ni una semana hasta escucharlas todos, normalmente en casa de mis abuelos, a donde mi padre llevaba aquel pesado magnetófono que, no por conocido, dejaba de representar una ilusión, tanto para la audición como para la grabación de cintas. Mi tía madrina, hermana mayor de mi padre, se preparaba un escrito y lo leía de tirón. Se notaba que lo suyo era una lectura, pero aquella inocencia vergonzosa significaba que, ante todo, lo que imperaba era la voluntad de comunicarse con los tíos y primos de Argentina. Los demás hablábamos según nos tocaba el turno. Mi padre era un genial entrevistador que conseguía que nada se nos quedara en el tintero, preguntándonos a cada cual, por nuestras cosas, ayudándonos a recordar y sacando a colación lo que podía resultar más ameno para los receptores.

Hablar de aquellas grabaciones, con un voluminoso aparato en medio de la mesa, una especie de noria horizontal donde giraban dos carretes, uno cediendo cinta y el otro recogiendo, es ver ante mi boca aquel micrófono que mi padre me acercaba, no sin antes repetirme que lo que yo dijera lo escucharían los tíos y primos –y enunciaba sus nombres- que estaban muy lejos, en Argentina. Esos familiares para mí eran voces, voces con las que dialogábamos en unas conversaciones que se sucedían a modo de capítulos de una serie apasionante en la cual yo era uno de los personajes.

Aquellas epístolas sonoras de uno y otro lado del Atlántico siempre comenzaban: Esta es una grabación de carácter familiar y, a continuación, tanto Alfredo como mi padre, utilizando idéntica fórmula, indicaban el lugar y la fecha de dicha grabación. Mi padre me explicó que aquella introducción que a mí me parecía una especie de abracadabra para inaugurar la sesión, se decía para que, si alguien abría el sobre para inspeccionar su contenido, supiera inmediatamente de qué trataba. Yo aún no podía adivinar que entonces en España no todas las cartas ni paquetes estaban a salvo de ser considerados subversivos.

Cuando el cartero nos entregaba un sobre que no cabía en el buzón y cuyos sellos de franqueo no llevaban el precio en pesetas sino en pesos, yo sabía que allí dentro, entre las muchas palabras y dedicatorias de esa cinta magnetofónica, iba mi nombre pronunciado varias veces con una entonación risueña y dulzona, obviamente influenciada por el habla marplatense. Con el paquete aún sin abrir, yo me preguntaba cómo era posible que en agosto estuvieran en invierno esos tíos y primos únicamente visibles en fotos y que, además, llevaran siempre los relojes retrasados varias horas según me contaban mis padres. Ahora allí son las... Pero a pesar de ese mundo a destiempo del mío, yo los sentía muy cercanos. Eran unos seres quizás próximos a la entidad de Melchor, Gaspar y Baltasar, pero con la ventaja sobre los magos de Oriente de que los tíos y primos de Argentina eran visibles en fotografías.

Las comunicaciones sonoras más recientes ya fueron a través de cinta casete. Hablar por teléfono fue algo que se realizó en muy pocas ocasiones, dado el elevadísimo precio. Una vez tuvo lugar entre Jaca (Huesca) y Mar del Plata y los interlocutores apenas aprovecharon el tiempo, pues lo pasaron ambos sollozando, cada cual pegado a su auricular, con un mar físico y emocional mediando entre los dos.

ANTONIO, EL PRIMERO EN EMIGRAR

Fueron dos hermanos -Antonio y Conrado- y una hermana -Carmen- de mi abuelo paterno los familiares de la generación Trigo Gracia que marcharon a Argentina. Sus padres -mis bisabuelos- no volvieron a ver a estos tres hijos emigrados. Cuando Antonio, Conrado y Carmen regresaron a España fue temporalmente, pues sus vidas ya estaban encauzadas en Argentina, donde Antonio y Conrado terminaron sus días. Carmen, en cambio, retornó para morir en la tierra de su origen.



El pionero de este trío fue Antonio Alejo Trigo Gracia, primogénito de una familia de nueve hijos, nacido el 17 de julio de 1895 en un caserón llamado Torrijos, en las inmediaciones de Jaca (Huesca). A los dieciocho años Antonio entendió que en su tierra natal las oportunidades, de existir, le llegarían mucho más tarde que en Argentina. Cabe imaginar el dolor que supuso para los padres ver que su Antonio se les iba. Cabe imaginar lo que sería aquella despedida que ya fue la definitiva. Cabe imaginar a aquella madre incorporando una foto de Antonio al retrato hecho años después del grupo familiar en el intento de completar a su prole, una prole que ya nunca más se reuniría sin ausencias en torno a la misma mesa.

Recién llegado a Argentina, Antonio trabajó como camarero en el Bristol Hotel de Mar del Plata y de ayudante en una tienda de muebles, pero su alma emprendedora no se conformó con ser un asalariado y montó su propio negocio, que fue muy conocido y en el que trabajarían los hermanos que le sucedieron en emigrar a Mar del Plata. El negocio consistió en una mueblería, fundada en 1927, Casa Trigo, cuya rentabilidad procuró a Antonio y a la familia que allí constituyó un cómodo nivel de vida.

Allá por 1918 se casó con otra aragonesa, Presentación Gabás, natural de Bagüés (Zaragoza), con la que en 1923 tuvo un hijo, Alfredo-Felipe, argentino de nacimiento, pero muy encariñado con las raíces de sus padres. Para mi visión de niña nacida en 1959, que mi apellido Trigo fuera también el de un hombre, primo de mi padre, que me hablaba con un acento distinto del nuestro, constituía algo muy singular. Llegué a pensar que tener tíos y primos en Argentina no podía ocurrir a nadie que no se apellidara Trigo.

En 1963 vino a España para una estancia de varios meses con su esposa, hijo y nuera, Aideé Balzategui, una argentina encantadora, llena de amor hacia Aragón. En el barco, el Cabo San Vicente, también se trajeron su vehículo, un Chevrolet inmenso que contrastaba con los discretos coches de nuestros conocidos. En la familia de aquí, nadie teníamos todavía automóvil. Con ese magnífico Chevrolet visitaron diversos lugares de España.

De aquel viaje de los tíos y primos de Argentina, a mí me quedó sobre todo la imagen de aquel Chevrolet en el que mis padres y yo hicimos algún recorrido por las carreteras altoaragonesas y en el que después de varias curvas me mareé y me sentí tan mal que yo misma pedía que viniera un médico.



Año 1963. Visita de Antonio a España con su esposa, su hijo y su nuera. La niña de la foto soy yo. Tenía 3 años y doy la mano a la tía Presen, esposa de Antonio. A su izquierda está su nuera, Aideé. En los extremos de las fotos aparecen mis padres, Esteban y Pilar. Aún era yo muy pequeña para comprender que la familia crecía en un lejano lugar llamado Argentina.

Antonio falleció en Mar del Plata el 29 de octubre de 1985. De su papel en la fundación en 1946 con otros compatriotas de la Unión Aragonesa hablo páginas más adelante. A continuación, algunas fotos de su negocio, Muebles Casa Trigo.

Muebles Casa Trigo, fundada en 1927 por Antonio en la marplatense calle Catamarca. Fotografía enviada a mi padre, Esteban, en 1977 con motivo de las Bodas de Oro del establecimiento. La tía Carmen, a la que me refiero en espacio aparte, fue la remitente de la foto en la que incluyó una dedicatoria "Para Esteban, de los familiares de la casa Trigo en Mar del Plata"



Furgoneta de Muebles Casa Trigo con familiares de Antonio, el fundador. Los niños son sus nietos. Con chaqueta gris y pantalón, la entrañable tía Carmen junto a su esposo. Mar del Plata, 1982.





Mar del Plata, 1978. Mundial de Fútbol en Argentina. Fotografía enviada por Alfredo Trigo a la autora de esta memoria. La familia Trigo de Mar del Plata siempre fue receptiva a participar en cuantos eventos permitieran unir España y Argentina.

CONRADO: ESCAPAR PARA SOBREVIVIR

La guerra civil española fue el detonante para que Conrado Trigo Gracia, nacido el 19 de febrero de 1899 saliera precipitadamente y de un modo épico de su casa. En la guerra civil, cuando ya Antonio regentaba en Mar del Plata su negocio de muebles, Casa Trigo, Conrado se destacaba en el entorno de Jaca por su activismo político. En una ocasión consiguieron varios republicanos cortar la vía del ferrocarril para impedir a los sublevados de Zaragoza comunicarse con los de Barcelona. Conrado, por baja médica no estuvo presente en aquel grupo, es decir, que no tomó parte directa en aquella acción, aunque su nombre se vinculó a la misma por su conocida labor de concienciación a los compañeros. Un día en que afortunadamente él no estaba en su domicilio, acudieron a detenerlo. A todos los compañeros que cogieron en casa los fusilaron al día siguiente. Dionisio -mi abuelo-, avisado por un guardia civil que era amigo de Conrado y obró en base a esa amistad, supo que su hermano estaba en la lista de los que serían fusilados en cuanto fueran capturados.



Conrado Trigo Gracia.

Conrado, alertado por lo que Dionisio le comunicó, decidió que no le quedaba otra opción que la huida a Francia pasando puerto desde Canfranc a pie. Como no podía portar ningún equipaje que

delatara su intención de marcharse, se vistió dos trajes, uno sobre otro, y se llevó entre la ropa unas alpargatas de recambio. En los bolsillos puso como único alimento algo de chocolate y unos frutos secos.

Aquel trayecto no lo iniciaría solo. Otro hombre también se veía en la misma necesidad de abandonar el país. Fueron juntos hasta determinado punto a partir del cual fue imprescindible separarse para ser más difícilmente localizables por los enemigos. Acordaron encontrarse en un lugar convenido, ya pasado puerto, pero ese encuentro nunca llegaría a producirse. El compañero, perdido por la niebla, equivocó el camino y fue a parar a un puesto de carabineros quienes lo llevaron a fusilar a la mañana siguiente.

Conrado, que había roto el primer par de alpargatas en tan accidentado y duro itinerario, mandó recado a la familia a través de un pastor, quien transmitió escuetamente la noticia: "Conrado, ha pasado".

Con la ayuda económica recibida de Antonio, Conrado se embarcó hacia Argentina. Desde el barco escribió a sus familiares de España diciendo que se encontraba bien, pero que el médico le había recomendado un cambio de aires, que fue el modo de comunicar que estaba camino de la capital argentina. Posiblemente la carta fuera dirigida a mi abuelo, Dionisio, quien simulaba maldecir públicamente a Conrado para conseguir que los padres fueran liberados de la cárcel de Jaca, donde estaban prisioneros como represalia por no hallar a Conrado. El padre falleció encarcelado en noviembre de 1936. En aquellos años difíciles, Conrado mantuvo correspondencia con Dionisio a través de la Cruz Roja Internacional.

En Mar del Plata, Conrado siguió siendo un republicano convencido. En 1958 contrajo matrimonio con otra aragonesa emigrada, Dolores Rey Burro.



Boda de Conrado con Dolores. Dedicada a mis padres por los contrayentes.

Aunque Conrado había prometido no regresar a España si no había fallecido el dictador Francisco Franco, en 1971 volvió junto a su esposa a pasar una temporada. Para mí, que entonces tenía once años, resultó poco alegre conocer a Conrado en la zaragozana estación de ferrocarril del Norte a donde llegaron Conrado y Dolores procedentes de Barcelona, en cuyo puerto habían desembarcado la víspera. Saludar por vez primera a Conrado, con su mirada seria tras unas gafas de cristal grueso, significó para mí aprender que hay derrotas que no se superan. Por eso, siempre lo recordaré como el tío alto, triste y callado con el que costaba entablar conversación. En síntesis, el tío de aquel encuentro algo frustrante para una niña.

Una de las imágenes que más me impactó de su estancia entre nosotros fue cuando lo acompañamos a visitar a una pariente lejana, viuda de un fusilado en agosto de 1936 que había sido compañero suyo en el ferrocarril. Ella lo abrazó llorando. Quizás Conrado también se emocionara al recordar que él, de haberse hallado en su domicilio cuando fueron a detenerlo y de no haber conseguido escapar a Francia, habría corrido igual suerte que el marido de esa mujer.



Conrado en 1971.
El tío alto, triste y callado

En 2002 aquella imagen de Conrado como hombre al margen de la alegría me inspiró un relato, "El tío de América", incluido en mi libro Me Entero de Todo (*)

Las cartas de Conrado abundaban en comentarios políticos y escaseaban en ternura y familiaridad, por lo que a mi corta edad me resultaba difícil entenderlas. Participó en actividades de la Unión Aragonesa, siempre haciendo gala de su republicanismo. Conrado falleció en Mar del Plata el 25 de junio de 2004 sin dejar descendencia.

CARMEN: LLORAR DE ALEGRÍA

Carmen, la séptima de los nueve hijos de Miguel e Ignacia, nació el 12 de junio de 1907. Fue una mujer de rostro bellissimo, pero sobre todo es recordada por su gran amor a la familia. De joven trabajó en el servicio doméstico en Jaca, donde se casó el 26 de diciembre de 1929 con Vicente Vidallé Larrosa, un



Carmen Trigo Gracia.

hombre cuya bondad conquistó a la guapa Carmen. El matrimonio no tuvo hijos, lo cual posiblemente acentuó el cariño de Carmen hacia sus sobrinos.

En 1951 Carmen y su marido emigran también a Mar del Plata. Allí se sumaron al clan familiar establecido por Antonio, el pionero, y se integraron tanto en el negocio de la mueblería, Casa Trigo, como en las actividades de la Unión Aragonesa, donde Carmen fue la tía Carmen de todos. Con los parientes de España fue muy participativa tanto a través de cartas como de grabaciones magnetofónicas.

En la primavera de 1968 Carmen y Vicente vinieron a España a pasar una temporada. Yo entonces tenía ocho años. Iba a ser la primera vez en que viera llorar a los mayores. Mi madre, atenta a mi gesto de sorpresa, me explicó que también se podía llorar de alegría. Mi padre, quizás el sobrino favorito de Carmen, abrazando a su tía después de diecisiete años de que ella se fuera a Argentina, junto a un tren procedente de Barcelona, en la antigua estación ferroviaria del Norte –a la que quedaban ya muy pocos años de servicio–, llorando, llorando y mostrando un rostro bien distinto. La alegría y sus diferentes formas de hacerse visible. Era verdad, existían los tíos Carmen y Vicente, los que me habían enviado algún regalito, los de las fotos, los que no sabían a qué brazos acudir para fundirse en ellos. Y yo, pegada a mi madre, sorprendida ante aquel padre mío que se hacía niño junto a su tía. Tantas lágrimas felices, tanta emoción difícil de asimilar para una niña de ocho años.

Porque para mí el gran regreso de los tíos de Argentina, fue el de la tía Carmen, el de imaginar trenes que eran capaces de enlazar con barcos y traer a Zaragoza hechas personas esas voces que, desde el magnetófono, según giraban los carretes, contaban y multiplicaban la vida.



Carmen, la tía de la mirada brillante.
Mar del Plata, 1971.

Carmen, ya viuda, regresó a España en 1983 para asistir a la boda de dos sobrinos-nietos. Yo tuve la fortuna de contar con la gran tía Carmen en una fecha tan señalada.

En 1984, ante la mala salud de Antonio en Mar del Plata, Carmen decide volver a Argentina. Finalmente, tras el fallecimiento de Antonio, Carmen vuelve a España para terminar sus días en su querida Jaca el 29 de abril de 2004.

Carmen en la boda de su sobrina-nieta María Victoria Trigo, autora de esta memoria. Zaragoza, agosto de 1983.



Carmen Trigo Gracia en su Jaca natal que ya no abandonaría. Año 1997.



LA UNIÓN ARAGONESA

Si algo me parece especialmente meritorio de la actividad de los Trigo Gracia en Argentina, y con un aplauso extra para Antonio, fue la creación de la Unión Aragonesa de la que él fue cofundador.

La Unión Aragonesa no sólo fue centro de acogida a aragoneses en Mar del Plata, sino que también abrió sus puertas a originarios de otros lugares, no solo de España. El siguiente enlace conduce a un video realizado con motivo del 50 aniversario de la Unión Aragonesa. Contiene fotos de Antonio Trigo Gracia junto al resto de fundadores, y de la carta inicial dirigida por ellos a los aragoneses en Mar del Plata. La Unión Aragonesa actualmente está presente en Facebook, Instagram y otras redes sociales.

Alfredo, hijo de Antonio, aunque argentino de nacimiento, siempre fue proclive a perpetuar las raíces aragonesas de sus padres. Le gustaba mucho vestir el traje de Aragón. En el reverso de la fotografía, a máquina: "14 Octubre 1979. De pie vuestro primo Alfredo, agradeciendo al alcalde [de] Zaragoza don Ramón Sainz de Varanda (sic), el habernos obsequiado esa hermosa bandera (en otras fotos) y vuestro tío Antonio escuchando emocionado".



UN DESEO LARGAMENTE ANHELADO

La carta inicial dirigida en octubre de 1946 a los aragoneses de Mar del Plata por los fundadores de la Unión Aragonesa no precisa de explicación. Basta la expresión "un deseo largamente anhelado" que en la misma se contiene para dar idea de la añoranza que aquellas personas sentían no solo por la familia que dejaron en Aragón, sino por todo lo que significara referirse a su tierra de origen. En la imagen de dicha carta que incluyo a continuación, he marcado el nombre de mi tío abuelo Antonio, uno de los firmantes de la misma.

Quiero recalcar la amplitud de miras y la generosidad de esas personas que, entre vivir de un modo individualizado o hacerlo con sus compatriotas y con cuantos desearan sumarse a su amor por Aragón, optaron por lo segundo. En otras palabras, entendieron que la emigración podía ser mucho más rica y menos ingrata si se organizaban como asociación y trababan lazos de amistad entre ellos.

La Unión Aragonesa fue un corazón común, el espacio físico y emocional en el que sentirse más cerca de Aragón y, a la vez, reforzar los vínculos con los familiares de sus raíces. Si se quiere, intérpretese como anécdota que el lugar al que se convocaba a los destinatarios de la carta era un hotel llamado Ebro.

La Unión Aragonesa llegaba también a Zaragoza. El primo Alfredo nos daba cuenta de todas las amistades que allí hicieron. En el reverso, a máquina: "Mar del Plata, abril de 1963. Querido primo Esteban: el que está al lado de don Antonio es el señor Segamarchi, la otra es una amiga y detrás su esposo. El de la punta izquierda es tío Conrado junto a Vicente y Carmen. Los demás ya los conoces. Foto tomada en la cancha de pelota de la Unión Aragonesa".





Los primos Alfredo y Aidée, hijo y nuera de Antonio, fueron dos argentinos muy amantes de todo lo aragonés.



Los primos Alfredo y Aidée con su hija, nieta de Antonio, a la que también transmitieron el amor por Aragón.



La Unión Aragonesa, sede de muchos encuentros de los que siempre había una foto para enviar a la familia de España. En el reverso, a máquina: "Y en esta foto tomada también en el salón de actos de la Unión Aragonesa de Mar del Plata, ya conocerás a algunos de los asistentes". Manuscrito: "Abril 4 1971".



Reverso de la fotografía, a máquina: "25 de mayo de 1971. La Comisión de Fiestas de la Unión Aragonesa de Mar del Plata en pleno, en la azotea de la sede social, junto a una de las paelleras antes de ser servida a más de 100 comensales". En el centro, ante la paellera, Aidée, una de las cocineras mayores de la Unión Aragonesa.



Reverso de la fotografía, a máquina: "Mar del Plata, julio de 1975. El 17 de julio de 1975, en la Unión Aragonesa con motivo que esta entidad festejó los 80 años de mi padre. De izquierda a derecha, el tío Conrado (sentados), el que escribe Alfredo, el tío Vicente, la tía Carmen y mi padre, mientras pronuncia una alocución el presidente de aquella entidad Sr. José Guerrero".

JOTAS, TRAJES REGIONALES



A la izquierda de la foto, el primo Alfredo y su esposa Aideé. Ante ellos, su pequeña hija. Obsérvese el cartel de Zaragoza, a la derecha de la imagen. En el dorso de la fotografía, a máquina: "Mar del Plata, 14 Octubre 1979. Con el nº 1 vuestro primo Alfredo, con el nº 2 vuestra prima Airee y delante María Julia Trigo, y parte del conjunto de bailes de Unión Aragonesa con el estandarte con el que nos obsequió el Alcalde de Zaragoza".

El folklore aragonés ha sido desde los comienzos uno de los asuntos más queridos de la Unión Aragonesa. Con el tiempo, no solo son temas jotereros, sino también danzas pirenaicas las que, junto con coreografías más elaboradas, han ido componiendo el programa del conjunto de baile, que ha ampliado consecuentemente su vestuario. Desde 1946 se contó con grupo de baile. A partir de 1971, gracias a la profesora Silvia Soria, se amplía el repertorio y evoluciona la presentación de las piezas.



La Unión Aragonesa siempre ha mantenido relación con otros centros regionales y con las autoridades locales, medios de comunicación y representantes de España y de Aragón. A continuación, el dorso explicativo de la foto según lo detalla Antonio Trigo: "Sentados de frente y de izq. a der.: 1º representante Centro Asturiano, 2º secretario Unión Aragonesa, 3º Vicecónsul de España, 4º (de bigote) tesorero Soc. Española S.M., 5º el que suscribe, 6º Vicepresidente U. Aragonesa, 7º representante diario La Capital. Los que están de pie son argentinos menos la sra. mayor que es de Prov. Teruel y madre del barbudo (foto tomada el 12 Octubre 1981)".

En 1991 Hipólito Gómez de las Rocas, presidente en ese momento del Gobierno de Aragón, visitó la Unión Aragonesa. A pesar del entusiasmo y motivación que guiaba sus pasos, los componentes del grupo de baile de la Unión Aragonesa precisaron en algún momento de información que pudiéramos enviarles desde Zaragoza en lo referente a vestuario y a piezas musicales para baile. La carta manuscrita de la prima Aidée, de 1987, dirigida a mí –yo pertencí a un grupo folklórico universitario en Zaragoza- habla por sí misma y transmite una vez más la ilusión que en la Unión Aragonesa hacía representar temas para expresar su amor por Aragón.



En el reverso de la fotografía, a máquina: "conjunto de la Unión Aragonesa de Mar del Plata, 12 de Octubre de 1978".

En esa carta hay referencias a temas de zarzuelas dedicadas a Aragón, como El Sitio de Zaragoza y Gigantes y Cabezudos. Y sobre todo, hay ganas, muchas ganas de hacer las cosas bien. Y también sano orgullo por lo conseguido.

Aprovecho este punto referido a esa carta para hacer constar que Aidée fue un regalo de la vida para su esposo, el primo Alfredo, para sus hijos Alfredo-Antonio y María Julia, para sus suegros Antonio y Presen y para cuantos en España o en Argentina tuvimos la suerte de conocerla. Siempre recordaremos a esa argentina, excelente cocinera tanto en su casa como en la Unión Aragonesa, que formó parte en sus últimos años de la rondalla joterera y que tanto cariño manifestó hacia Aragón.

10
 13 de marzo de 1987
 Mar del Plata ~~Argentina~~
 Querida familia, María Victoria Jesús Gonzalo y Nollia,
 les deseamos mucha felicidad. Hace mucho que te debria
 carta en primer lugar para agradecerte las fotos que
 mandaste para María Julia y en segundo lugar
 Silvia, la profesora de baile del Aragonés que
 me dice que tú María Victoria te acordaras me pidió que
 te escriba y te pida si tú puedes mandarnos algun
 dibujo o foto de algun traje de fotos antigua que sea
 para una pareja, tu abuelo como padre de
 Alfredo Claver me ofreció algun video donde pudiese
 la profesora tener idea de muchos detalles para
 corregir. Este año se hizo un festival en el mejor
 teatro de Mar del Plata con solo el conjunto de la
 Unión Aragonesa, en el teatro entraron 1000 personas
 y se lleno aplaudiendo de pie, tambien se re-
 presento los sitios de Zaragoza, el Cuadro se presen-
 to así, a un lado del escenario, los soldados franceses
 se al lado opuesto soldados y pueblo Aragonés y
 los cuales bailaron con la banda de musica del ejercito
 los cuales eran 40 músicos, te parezco que cuando
 los soldados y pueblo Aragonés, hacen retroceder a los franceses
 todos los Aragonés e hijos de Aragonés lloraron un
 rato y los que no lo eran se pusieron de pie aplau-
 diendo con una fuerza que aun me emociona
 Silvia profesora a pensar que estaba parocima a
 dar un abrazo a su 3º hijo salió al escenario a dar
 gracias a toda esa gente el conjunto esta compues-
 to por 3 grupos 1º conjunto mayor, o sea maturo-
 niños jóvenes 2º jóvenes, adolescente 3º conjunto pequeño -
 en esta María Julia, son en total 70, los grandes tambien
 bailan la jota de Gigantes y Cabezudos, con las Cabezas de
 Cabezudo.
 Tambien me gustaria tener noticias de tus padres y
 saber como es tu vida de ama de casa y manda-
 r alguna foto de Nollia, de tu esposo nuestro primo se
 que es muy bueno.

Carta manuscrita de la prima Aidée, 1987.



12 de octubre de 1978.
 Tres generaciones celebran el día del
 Pilar en la Unión Aragonesa de Mar del
 Plata ante una fotografía de la Peña
 Oroel, clásica estampa representativa
 de Jaca, ciudad de origen de Antonio
 Trigo Gracia, quien está a la derecha de
 la imagen en la que también aparecen
 su hijo Alfredo, su nuera Aidée y sus dos
 nietos, Antonio-Alfredo y M^a Julia.



Antonio Trigo, un hombre sociable,
 emprendedor y carismático, miembro
 también de la Sociedad Española de
 Socorros Mutuos. La explicación de la
 foto, en la siguiente imagen, que es
 el dorso de la misma; "Mar del Plata,
 Julio de 1975. En el salón de la Unión
 Aragonesa de Mar del Plata, tu tío
 Antonio leyendo un discurso como
 miembro de la Sociedad Española de
 Socorros mutuos de esta ciudad, en la
 comida que ahí se hizo".

EL VIAJE QUE COMENZÓ EN 1913

Aquel viaje de un muchacho aragonés de dieciocho años que en 1913 salió del caserón de Torrijos (Jaca) destino a Argentina no concluyó con su propia existencia. Antonio Trigo Gracia no sólo se perpetúa en sus nietos, sino en la obra de la Unión Aragonesa que junto con otros entusiastas fundó en 1946.

En 1979, el entonces alcalde de Zaragoza, Ramón Sainz de Varanda, visitó a Antonio y le obsequió con una bandera de Aragón para la Unión Aragonesa.

Poco antes de morir, estando Antonio ya gravemente enfermo, fue galardonado con la medalla al Mérito Civil, otorgada por Su Majestad Don Juan Carlos I de Borbón, Rey de España, que le fue entregada por el vicecónsul.

La mirada lúcida de aquel hombre sigue muy viva. Sin el espíritu generoso y solidario de Antonio y cuantos como él siguieron en la emigración amando y haciendo amar Aragón, Aragón sería menos conocido y, por tanto, menos valorado.



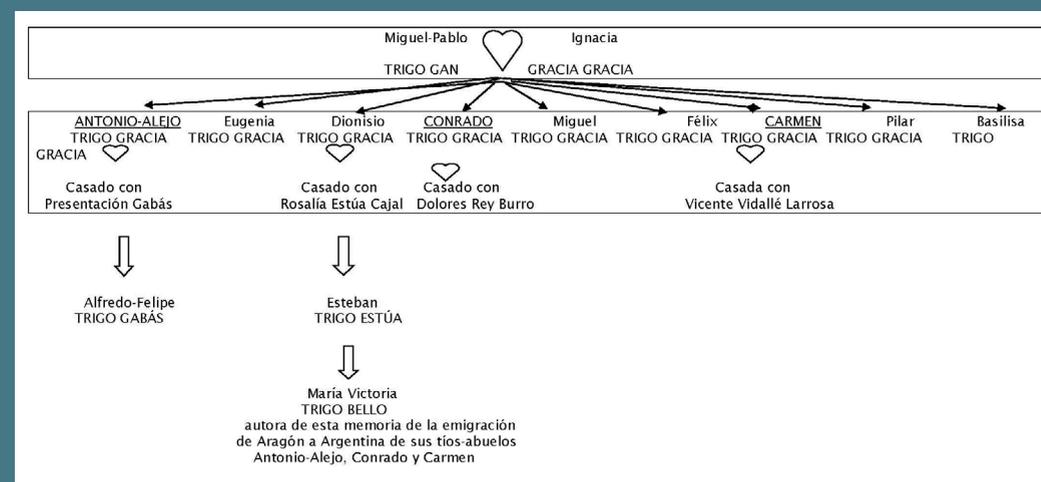
Mar del Plata, octubre de 1981. Antonio Trigo con sus nietos tras una tarta coronada por las banderas argentina y española. La historia familiar continúa.

Yo conservo un recipiente de tomar mate que llegó a casa de mis padres en aquella visita de Antonio a España de 1963, acompañado de su esposa, hijo y nuera. Ese recipiente fue destinado a adorno en lugar privilegiado. Nunca ha sido utilizado para su función, pero en su interior crecen espigas invisibles que se suman al árbol genealógico que late en España y en Argentina.

**Gracias a esos argentinos tan aragoneses.
Gracias, muchas gracias.**



Recipiente para tomar mate. Llegó a casa de mis padres en la visita de Antonio a España en 1963. Este regalo es un odre mágico en el que germinan nuevas espigas y nuevas historias.



Árbol genealógico y mi ubicación en el mismo. Destacados, los nombres de los tres hermanos Trigo-Gracia que fueron a Argentina.



María Díeguez Melo

UN BEBÉ QUE LLORABA

(México, mención honorífica)

Hay ocasiones en las que el llanto significa más que alegría o tristeza. Este es uno de esos casos porque el llanto era el único recuerdo que tenían de su hermana, un bebe que lloraba cuando ellos subieron a un tren en la estación de Francia. Los más pequeños ni siquiera recordaban que se llamaba Lolita por lo que ese llanto era el persistente eco de una pieza que le faltaba al puzle de los hermanos Melo Pinilla. Eran Manuel, Andrés, Carmela, José, Salvador, Luisa, Fernanda y un bebe que lloraba. Así fue desde 1937 hasta 1984. El protagonista de este relato es ese bebe que lloraba en 1937 y que tuvo que esperar 50 años para descubrir su verdadera historia y la existencia de sus hermanos.



Fotografía del bebé que lloraba, Lolita. Año 1937.

Se llama Dolores, aunque todo el mundo la llama Lolita, mucho más adecuado para un carácter alegre tan alejado del presagio que parecía anunciar su nombre de bautizo. Dolores Melo Pinilla es hija de Manuel Melo y Fernanda Pinilla. Mis abuelos eran oriundos del Poniente granadino, de la comarca de Loja: él, de Huétor Tajar y ella, de Salar de Loja. De ahí habían salido con dirección a Málaga para mejorar su trabajo de jornal en el campo. La fértil vega del río Genil, golpeada en la segunda mitad del siglo XIX por alzamientos de jornaleros y a principios del XX por cambios de manos de las fincas y censos tras la muerte de Eugenia de Montijo, se quedaba pequeña para este joven matrimonio que experimentaba la primera migración familiar, sin saber que el camino iniciado volvería a repetirse mucho más lejos.

En la calle Molinillo del Aceite de la capital malagueña nacieron sus cinco primeros hijos: Manuel, Andrés, Carmen, José y Salvador. En 1933 llegaron a Barcelona gracias al trabajo de Manuel en los ferrocarriles y en esta ciudad nacieron sus tres últimas hijas: Fernanda en 1933, Luisa en 1935 y Dolores el 21 de febrero de 1937.



Manuel Melo

Fernanda Pinilla ²

La familia se ve sorprendida en 1936 por el estallido de la Guerra Civil en la que Barcelona se convierte en uno de los bastiones republicanos. La ciudad vivió bombardeos, fusilamientos y restricción de alimentos: una difícil situación para criar a ocho hijos. Un panorama dantesco para estos pequeños que en sus memorias de infancia recordaban los fusilamientos en la playa, complejos recuerdos para unos niños de 11 y 10 años¹.

Desde el estallido de la Guerra Civil, distintos comités de apoyo a la República se organizaron para realizar evacuaciones oficiales de manera que los niños no presenciaran los terribles sucesos que acaecían en España. Así infantes españoles llegan a distintos países en un número muy dispar: Francia casi 20.000, Inglaterra unos 4000, Bélgica en torno a 5000, la Unión Soviética 2900 a lo largo de cuatro expediciones, Holanda Suiza y Dinamarca unos 1000 y, finalmente, México un pequeño grupo de 456. Este grupo, el más pequeño para la historia, es, sin embargo, el más importante para nuestra familia porque marcará su destino: el de los que se van y el de los que se quedan, como sucede en todo relato de migración.

Las noticias de estas evacuaciones de niños eran conocidas en Barcelona, pero eran separaciones difíciles de afrontar. El padre de familia, trabajador en el departamento de máquinas de la Estación de Francia, veía estos exilios y su crudeza descarnada. Sin embargo, ante la difícil situación que se vivía en el inicio de 1937, Manuel y Fernanda decidieron mandar a sus hijos a México en una expedición financiada por el Comité Iberoamericano de Ayuda al Pueblo Español que, en contacto con el Gobierno de la República, organizaba desde Barcelona el servicio de evacuación de republicanos españoles. La expedición se desarrolla a través

¹ En la narración de sus vivencias en Barcelona, Manuel y Andrés, los dos hermanos mayores, han contado a sus hijos en diversas ocasiones como iban a la playa y se escondían para ver los fusilamientos porque después los casquillos recogidos de entre la arena les servían para jugar. Estas historias de infancia han sido recopiladas por Marco Antonio Melo Palacios, hijo de Salvador Melo Pinilla, llegado a México con 4 años, preocupado siempre por conocer sus raíces y mantener la memoria familiar. (N.A.)

² Fuente: archivo familiar. Cabe destacar que de Manuel solamente se conserva esta fotografía mientras que de la madre el archivo familiar conserva tres fotografías: una llevada a México por su hija Carmela y dos que provienen de las hermanas Luisa y Fernanda que se quedan en Barcelona, aunque se trasladan a Andalucía en los años 40, quedando al cuidado de familiares. (N.A.)

del Comité de Ayuda a los Niños del Pueblo Español creado en México por distintas damas de la alta sociedad, destacando entre ellas Amalia Solórzano Bravo, mujer del general Lázaro Cárdenas del Río quien fuera presidente de México entre 1934 y 1940. Esta organización ofrecía una acogida temporal para estos niños auspiciada por el propio presidente, destacado en su acogida de exiliados españoles, por lo que el destino definitivo del contingente será la localidad de Morelia, capital del estado de Michoacán en el que Cárdenas había nacido en 1895 y cuyo gobierno estatal ostentó entre 1928 y 1930.

Como muchos otros padres, Manuel y Fernanda pensaron que México sería la mejor opción para sus hijos. Es cierto que era el país más alejado de España, pero al menos hablaban castellano y los niños podrían entenderse y manejarse en un nuevo entorno. Parecía una estancia más amable que la opción rusa, donde el idioma y el clima asustaba a los padres. Además, aunque México estuviera al otro lado del charco era una acogida temporal, casi como irse de colonias. A fin de cuentas, serían sólo unos meses hasta finalizar la guerra. Eso pensaron Manuel y Fernanda. Eso necesitaban creer todos los padres para soportar la separación.

Tras informarse de los requisitos establecidos para participar en la expedición vieron que solamente los cinco hijos mayores podrían embarcarse: Manuel de 11 años, Andrés de 10, Carmen de 8, José de 6 y Salvador de 4. Se habían establecido los cuatro años como edad mínima para inscribir a los niños por lo que serían ellos los que formarían parte del grupo que más tarde se llamaría "Niños de Morelia". Eran los cinco que habían llegado con ellos a una Barcelona que vivía ahora los rigores de la Guerra Civil y que, a su corta edad, vivirían su segunda migración, esta vez exterior y definitiva.

El grupo de niños se organizó en Barcelona. Hasta allí llegaron pequeños de otras partes de España (Madrid, Valencia, País Vasco, Andalucía, Aragón, Galicia, etc.) que finalmente partieron de la Estación de Francia el 27 de mayo de 1937 con dirección a Burdeos. Manuel y Fernanda habían dejado en ese tren a cinco hijos que no comprendían muy bien qué estaba pasando. Al menos los pequeños a los que ese viaje en tren les parecía una excursión una excursión emocionante. Ya adulta, Carmela recordaba que en ese trayecto a Burdeos les dieron pan y una naranja, algo que difícilmente habían visto antes en la mesa familiar por lo que ese viaje rápidamente se convirtió para los pequeños en algo más emocionante que el día de Reyes. Sin embargo, los dos hermanos

mayores eran plenamente conscientes de lo que significaba. Para Manuel y Andrés no existieron juegos infantiles, sino que, con la velocidad a la que obligan las circunstancias, se convertirían en guardianes de sus hermanos, cuidadores improvisados que olvidaron apresuradamente que ellos también eran niños que necesitaban cuidado.

RELACION DE LOS NIÑOS ESPAÑOLES INTEGRANTES DE LA EXPEDICION LLEGADA EN EL "MEXIQUE" EL 7 DE JUNIO Y ENTREGADOS A LA SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA POR EL "COMITE DE AYUDA A LOS NIÑOS DEL PUEBLO ESPAÑOL"

NIÑOS			NOMBRES		
Nombres	Procedencia	Edad	Nombres	Procedencia	Edad
Acosta Ambrós, Julián	Galicia	10	Gallón Gargallo, Daniel	Barcelona	5
Acosta Ambrós, Felipe	Barcelona	6	Gallón Gargallo, David	Teruel	6
Acosta Ambrós, Ezequiel	Valencia	6	Gallón Gargallo, Joaquín	Barcelona	9
Alvarez Espinosa, Juan	Granada	12	Gallor Gallón, Rafael	"	11
Alvarez Pons, José	Málaga	11	García Borrás, Eduardo	"	8
Amorós Castellanos, Julián	Madrid	13	García Borrás, Tomás	Badajoz	7
Arnaua Cardona, Antonio	Barcelona	10	García Cortés, Santiago	"	9
Arnaua Cardona, Eolimitro (a)	"	10	García de Haro, Manuel	Barcelona	11
Arnaua Cardona, Germán (a)	"	12	García de la Mata, Francisco	"	9
Arnaua Cardona, Otilio (a)	"	7	García de la Mata, Alfonso	Madrid	5
Arnaua Cardona, Pedro (a)	"	10	García Lavandera, Juan Miguel	"	7
Arnaua Menéndez, Luis (a)	"	11	García López, Salvador	Murcia	7
Arnaua Menéndez, Santiago (a)	"	12	García López, Silvestre	"	11
Artaza Ollés, Joaquín	"	7	García Madoz, Joaquín	Barcelona	9
Artaza Ollés, Juan	"	9	García Madoz, Vicente	Barcelona	12
Artaza Ollés, Miguel	"	9	García Ponce, Enrique	Valencia	12
Ayuso Rivera, José	Madrid	10	García Rodríguez, Antonio	"	9
Badia Aucejo, Francisco	Valencia	12	García Sorulla, Silvano	Barcelona	11
Baena Fenollar, Francisco	Madrid	12	García Molina, Agustín	Murcia	12
Baena Fenollar, Luis	"	10	Gil Ferrando, Jaime	Valencia	10
Balsera Pugibet, José	Barcelona	10	Gil Ferrando, Salvador	"	8
Balsera Pugibet, Miguel	"	5	Gil Madoz, Alfonso	"	12
Balguer Esteve, Bernardo	"	9	Gil Martín, Alberto (d)	"	12
Baro Fenón, Antonio	Málaga	10	Gómez Carballo, Juan	Barcelona	12
Baro Fenón, Cecilio	"	12	González Aramburu, Francisco	"	10
Barriondo Barriondo, Miguel	Zaragoza	7	González González, Antonio	Madrid	12
Barrero Camarena, Diego	Málaga	10	González Olascoaga, Alfredo	Iruñ	9
Barrero Camarena, Luis	Barcelona	10	González Olascoaga, Emilio	"	12
Bataneso García, Miguel	Madrid	7	González Perujo, Acasio	Barcelona	13
Bataneso García, Rogelio	"	12	González Perujo, Claudio	"	11
Corzo Vesita, Carlos	Asturias	12	Laura González, Felipe	Madrid	13
Cuñat Alonso, Antonio	Valencia	12	Laura González, Francisco	"	12
Dader García, Ángel	Iruñ	8	Laura González, Rafael	"	11
Dader García, Ernesto	"	11	León Argente, Nicolás	Teruel	11
Dader García, Luis	"	7	León Román, Francisco	Sevilla	11
Dávila Díaz, Alfredo	Madrid	7	León Román, Rafael	"	12
Dávila Díaz, Cándido	"	9	Lerma Jiménez, Rafael	Galicia	13
Dávila Díaz, Isidoro	"	12	López Alarcón, José	Barcelona	11
Díaz Aguirre, Gabriel	"	9	López Escuer Amadeo (b)	"	10
Díaz Aguirre, José	"	5	López Flores, Carmelo	"	11
Díaz Aguirre, Juan	"	9	López Mato, José Luis	Madrid	5
Díaz Gascón, Antonio	"	9	López Mato, Manuel	"	12
Díaz Gascón, Dionisio	"	11	López Perpan, Luis	Valencia	12
Díaz Fernández, José	Barcelona	10	López Pujol, Agustín	Barcelona	11
Dobla Vázquez, José	"	8	López Pujol, Antonio	"	7
Dobla Vázquez, Pedro	"	10	Llobat Ströms, Rafael	Valencia	8
Domènec Solís, José María	Valencia	8	Llop Plans, Jorge	Barcelona	11
Domingo Garcé, Juan	"	11	Llop Plans, Juan	"	5
Ecanero García, César	Barcelona	12	Llorens Vargas, José	Madrid	12
Escribano Pascual, José	Madrid	12	Llorente Niles, Lorenzo	"	8
Fernández Amador, Antonio	"	9	Lluhen Centellas, Juan	Barcelona	12
Fernández Amador, José	"	11	Lluhen Centellas, Pedro	"	10
Fernández Amador, Juan	Juén	12	Magnani Martínez, Abelardo	Barcelona	7
Fernández García, Julián	Madrid	5	Magnani Martínez, Enrique	"	10
Fernández Hernández, Joaquín	Granada	11	Manzanera Geny, Orfeo (a)	"	8
Fernández Hernández, José	"	12	Marcos Martín, Miguel	Asturias	12
Fernández López, Alfonso (b)	Barcelona	6	Marín Villalba, Juan	Barcelona	12
Fernández Pastor, Avelino	Madrid	11	Marín Villalba, Manuel	"	10
Fernández Pastor, Rafael	"	12	Martínez Ojazo, Fernando	Madrid	8
Fernández Varela, Luis	"	12	Martínez Ojazo, José	Iruñ	11
Festge Roda, Angel	"	9	Martínez Soto, Julián	Valencia	12
Puentes García, Alberto	"	9	Martínez Tomás, Arturo	Barcelona	10
Puentes García, José	"	11	Melo Pinilla, Andrés	Málaga	10
Puentes García, Vicente	"	8	Melo Pinilla, José	"	6
Gabarró Zúñiga, Baltasar (c)	Barcelona	10	Melo Pinilla, Manuel	"	11
Gabarró Zúñiga, Mario (e)	"	7	Millán de Castro, Manuel	Madrid	11

Relación de niños españoles integrantes de la expedición llegada en el buque Mexique al puerto de Acapulco el día 7 de junio de 1937 ³.

³ Fuente: Archivo Ministerio Asuntos Exteriores (JARE Caja M. 221). En esta página figuran los varones a los que habría que unir a Carmen Melo Pinilla de 8 años. No llega en el Mexique Salvador Melo Pinilla que por razones de salud tendrá que quedarse en Burdeos unos meses. (N.A.)

Rápidamente el sentimiento de aventura se desvaneció para los hermanos Melo Pinilla, teniendo lugar una separación que bien podemos calificar de dramática. El hermano más pequeño, Salvador, que salió de Barcelona con cuatro años, enfermó durante el viaje a Francia y se le negó el embarque, por lo que tuvo que quedarse en Burdeos hasta su curación. Allí lo encontró una señora, madre de Francisco Nebot, que iba buscando a su hijo, y que al marcharse para México se lo llevó para que se encontrara con sus hermanos⁴. Imaginarse esta situación desgarró el alma: un pequeño que se queda solo y cuatro niños más que prosiguen su camino.

El 7 de junio de 1937, el grupo de niños que salió de Burdeos a bordo del vapor de bandera francesa *Mexique* llegó a Veracruz, tras una breve escala en La Habana. Desde Veracruz, donde recibieron una calurosa bienvenida de la que dan testimonio los periódicos de la época, fueron trasladados primero a la Ciudad de México para llegar el día 10 de junio a su destino final: la ciudad de Morelia (Michoacán). Esta localidad sería su casa durante los primeros años, residiendo en la Escuela Industrial España-México, que ocupaba antiguos espacios de seminario que se acondicionaron para escuela y residencia de niños y niñas.

Mis abuelos Manuel y Fernanda, como tantos padres, se quedaron en el andén observado cómo se alejaba el tren, viendo cómo se marchaban sus hijos y volvieron a su casa. Su hogar acostumbrado al bullicio propio de ocho hijos estaba en silencio, un silencio que recordaba que en esa casa nunca volverían a ser diez. Un silencio que no era capaz de acallar el recuerdo de las voces de los hijos que nunca volverían a ver. Muy pocos volvieron a ver a sus hijos, ya que solo un 15% de los niños de Morelia regresaron tras el fin de la Guerra Civil. Manuel y Fernanda nunca más verían a sus cinco hijos mayores porque al finalizar la guerra, el régimen franquista entendió que estos niños eran todos hijos de republicanos, al partir el grupo de Barcelona y no los reconocieron porque si bien eran hijos de sus padres, no eran hijos de España⁶. Así, la separación temporal se convirtió en un exilio definitivo.

El dolor por la separación hizo mella en Fernanda. Recibir escasas cartas, todas ellas revisadas y censuradas, no era suficiente para el corazón de una madre y fallece en torno a 1940, dejando a su marido al cargo de tres pequeñas hijas, dos de las cuales (Fernanda

⁴ Ella se quedó trabajando como cocinera en el internado, pero su hijo Francisco murió poco después de su llegada. (N.A.)

y Luisa) son enviadas con la familia a Málaga. Manuel se quedará en Barcelona con la más pequeña, Lolita, manteniendo un trabajo que trata de poner un trozo de pan en la mesa. Estas historias que a muchos nos parecen sacadas de cuentos de Dickens sucedieron hace no tanto tiempo en nuestro país y las vivieron personas cuya memoria todavía permanece. En una cruda posguerra vivir era verdaderamente complicado y la pequeña Lolita de cuatro años buscaba comida en la calle hasta que unos vecinos se ofrecieron a cuidarla ya que ellos no tenían hijos. Este cuidado temporal se convirtió en definitivo cuando su padre Manuel, cuya situación había mejorado y se había vuelto a casar, retorna a buscar a su hija. El miedo a que se la llevara hizo que Isabel y Félix, el matri-

The image displays four identical forms from the 'AYUDA AL NIÑO ESPAÑOL' program, each corresponding to a different child. The forms are organized into a 2x2 grid. Each form includes a small black and white portrait of the child on the left. The text on the forms is as follows:

- Header:** MINISTERIO DE SANIDAD Y ASISTENCIA SOCIAL. AYUDA AL NIÑO ESPAÑOL (M)
- Expedición a:** México
- Apellidos:** Melo Pinilla
- Nombre:** Manuel (top-left), Carmen (top-right), Andrés (bottom-left), José (bottom-right)
- Edad:** 11 años (top-left), 8 años (top-right), 10 años (bottom-left), 8 años (bottom-right)
- Nacimiento:** Málaga, naturaleza
- Nombre de los padres:** Manuel y Fernanda
- Domicilio de los padres:** Barcelona, P. Iberio-Americano, Depto. de México
- Caso de urgencia avisar en:** España a Cto. Ibero-Americano, quinas
- Acoge al niño:** Residencia
- Domicilio:** Residencia
- Organización política o sindical que le controla:** Cto. de ayuda al niño español (México)
- Responsables de la expedición:** Maestros (Médico, Visitadora)
- Salíó de:** el día con destino
- Regresó el día:**
- Footnote:** 1. Señal del primer apellido.

Fichas elaboradas por el Comité de Ayuda al Niño Español correspondientes a los hermanos Manuel, Andrés, Carmen y José llegados el 7 de junio de 1937 a Veracruz⁵.

⁵ Fuente: archivo familiar. El descuido en la custodia documental provocó que la investigación de Marco Antonio Melo Palacios encontrara estas fichas en la basura en el momento de su consulta en la Escuela España-México, hoy transformada en centro de enseñanza secundaria. Por ello, estos documentos pasaron al archivo familiar. (N.A.)

monio que la había acogido, huyeran llevándosela a Toro, localidad zamorana en la que vivieron antes de irse a Barcelona. Así, el bebé que lloraba cuando sus hermanos se marcharon a México se esfumó de nuevo en la memoria de la familia. Su padre Manuel no sabía donde buscarla, sus hermanos en México y Málaga tampoco y su recuerdo se transformó en algo cercano a un fantasma. Era la historia familiar que todos recordaban. Era la hermana a la que ni siquiera ponían rostro pero que colocaban en el collage familiar manteniendo un lugar que tardaría décadas en materializarse.

Lolita, como Dolores Gato Ramos, llega a Toro con unos 10 años, totalmente ajena a su origen y su historia. Allí empezará a pesar de que hay algo que desconoce. Con la crueldad que a veces tienen las palabras infantiles empezó a descubrir que los que consideraba sus familiares la llamaban “prima de paja” y aunque preguntó a la que pensaba era su madre a qué se referían nunca obtuvo respuesta. En 1965 decide contraer matrimonio con mi padre, Dionisio Diéguez Gallo, natural de Toro. Al acudir al registro para obtener la documentación pertinente descubre que aparece como Dolores Melo Pinilla sin que se haya registrado ninguna anotación de adopción por lo que eso significaba que sus documentos estaban falsificados. Para mantener la legalidad de la unión volvió a usar los apellidos que figuraban en el registro de nacimiento, Melo Pinilla, no sin preguntar insistentemente a sus “padres” qué significaba todo aquello.

Silencio. Solamente silencio fue la respuesta. Aunque ese silencio no ahogaba las preguntas interiores: ¿quién soy?, ¿seguirán vivos mis padres biológicos?, ¿tendré hermanos?, ¿podría buscar información? La negativa de Isabel a proporcionar cualquier dato hizo que estas preguntas fueran solamente un eco interno ajeno a que estas mismas preguntas surgían a este y aquel lado del Atlántico.

El resto de los hermanos Melo Pinilla estaban en contacto. Los que formaron parte del grupo de Niños de Morelia crecieron juntos hasta el cierre de la escuela a mediados de los años 40, momento en que los hermanos mayores entraron a trabajar y los pequeños fueron acogidos por distintas familias. Las dos hermanas que se quedaron en Málaga al cuidado de familiares sabían de ellos a través de cartas y, con el tiempo, llamadas de teléfono y viajes. Sin embargo, aquel bebe que lloraba había desaparecido. La alegría de formar nuevas familias y del nacimiento de la nueva generación de los Melo no hizo olvidar a la hermana perdida que se convirtió en una historia familiar recurrente que sorprendía a todo aquel que la escuchaba. Justo eso sucedió en la Navidad de 1983 cuando

un familiar de Jesús López, esposo de Fernanda Melo, escuchó en Córdoba la historia y se ofreció a encontrar a esta hermana perdida a través de un detective privado. La labor de investigación fue rápida ya que, al haber vuelto a utilizar sus apellidos, Dolores Melo Pinilla apareció en Toro en la primera búsqueda realizada.

¡Ha aparecido tu hermana! Cuatro palabras que se repitieron en muchas casas a lo largo del mes de marzo de 1984.



Collage familiar ⁷

⁶ Testimonios expresados por niños de Morelia en el documental de Fernando Villaseñor. (N.A.)

⁷ Fuente: archivo familiar. Este collage es un testigo claro de la vivencia de los Melo Pinilla y fue elaborado por los hermanos que se fueron a México. Nunca podría haberse dado en sentido histórico, pero es el testigo emocional de los lazos invisibles. Utilizando fotografías conservadas de los padres y los siete hermanos mayores compusieron esta imagen en la que también se colocó la foto de una pequeña niña que, si bien no correspondía con la imagen de su hermana perdida, ocupaba su lugar haciendo presente al bebé que lloraba cuando se fueron a México. (N.A.)

La primera toma de contacto de Lolita con sus hermanos sucedió a principios de abril de 1984 cuando Fernanda Melo la llamó por teléfono desde Córdoba. Esa llamada fue respondida por mi padre, Dionisio, que, sorprendido, preparó a una sobresaltada esposa para el primer contacto con sus hermanos. La primera conversación entre Lolita y Fernanda fue breve y de pocas palabras. No por no saber qué decirse sino porque las lágrimas no permitían articular palabra. Demasiadas emociones, demasiado tiempo: las lágrimas de la despedida se repetían en el reencuentro. Se dieron unos minutos para calmarse a al poco rato una segunda llamada anunciaba que la familia cordobesa tenía las maletas en el coche y que viajaban a Toro inmediatamente. Se vieron por primera vez a la entrada de Toro, en la antigua carretera nacional que une Zamora y Tordesillas. Allí, Lolita acompañada por su marido y su pequeña hija esperaban. Los ojos que volvían a mirar al horizonte, no para despedir sino para recibir a su hermana. El primer reencuentro con sus hermanos, al que seguirían las cartas y las llamadas con los que estaban en México. Sin embargo, la alegría del reencuentro no fue completa porque en 1984 dos hermanos habían fallecido. Luisa, que se trasladó a México con sus hermanos a principios de los cincuenta, y Salvador, solo unos pocos meses antes de que se encontrara a Lolita.

El momento más significativo del reencuentro familiar se produjo en 1989 cuando mi madre viajó a México. Fuimos mi padre, mi madre y yo junto con mi tía Fernanda. Era la primera vez que la familia se reunía. Ese collage pretendido podía transformarse en una imagen real. Yo era necesario volver a imaginar al bebe que lloraba porque estaba allí. Las escenas que se vivieron en el Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México fueron impresionantes. Más de 40 personas entre hijos, nietos y demás familiares que esperaban a los que llegaban de España. Una distancia que desapareció en un instante y que nunca volvió a aparecer a pesar del océano que nos separa porque, maravillas de la genética, hasta la risa de los hermanos tiene el mismo timbre.

Como la de todos los Niños de Morelia y la de todos los migrantes, nuestra historia es una historia de separaciones. Una historia en la que la familia ha estado dividida por un mar que bien recuerda las lágrimas de esos padres que vieron a sus hijos marchar. Pero nuestra historia también son reencuentros en los que la familia Melo ha podido volver a disfrutar junta. Desde 1989, muchos de los hermanos Melo han venido a España y nosotros también hemos regresado a México.



Reencuentro de los hermanos Melo Pinilla en el Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México. 1989.

En la memoria permanece siempre el sacrificio de Manuel Melo y Fernanda Pinilla, aquellos padres que mandaron a sus hijos a México para asegurarse de que se salvaban de la guerra. Abuelos que nunca conocieron a sus nietos, pero cuyo sacrificio aseguró nuestra existencia. La semilla de los cinco niños de Morelia que llegaron en 1937 ha crecido, se ha multiplicado ha sido fructífera y nos permite caminar prácticamente toda la República mexicana desde Chiapas a Ciudad Juárez pasando por Puebla, Querétaro, ciudad de México y Morelia destino de estos niños y todavía raíz de muchos de ellos. Así, el bebé que lloraba descubrió que la soledad de su infancia era la raíz de un enorme árbol que hunde su camino a ambos lados del Atlántico. Quiero mencionar sus ramas porque ellos son nuestra memoria viva: Manuel Melo, su hija Adriana y sus nietos Ricky, Juan Pablo y Daniel. Andrés Melo, su hija Luisa Fernanda y su nieta Andrea. Carmen Melo, sus hijos Raymundo, Jorge, Alejandro, Isabel y Andrés y sus nietos Elisa, Regina, Jorge, Alejandro, Alejandra, Ana Luisa, María Fernanda, Manuel, Andrea y Adriana. José Melo, sus hijas Piti y Rocío y sus nietos Arturo y Luisa. Salvador Melo, sus hijos Fernando, Marco Antonio, Giovanni, Sandra, Maricarmen y sus nietos Fernando, Mariana, Mercedes, Salvador, Marco, Xanath, María Fernanda, Giovanni, Gustavo, Nancy, Carmen María, Paulina y Juan Pablo. Luisa Melo. Fernanda Melo, sus hijos Manuel, Fernando y María Teresa y sus nietos Jesús, Fernando, y Marta. Dolores Melo y su hija María.

Sirva esta remembranza familiar como agradecimiento nunca suficiente a México: al general Cárdenas y su esposa, al pueblo de Morelia y a todas las familias que acogieron y ayudaron a estos niños. Sin querer opacar las voces de los protagonistas, extendiendo con este relato familiar un agradecimiento a México.

Sirva este relato como homenaje a Manuel Melo y Fernanda Pinilla, mis abuelos.

Sirva de abrazo a mis tíos Manuel, Andrés, Carmela, Pepe, Salvador, Luisita y Fernandi que ya “se nos adelantaron” y que supieron mantener la memoria y el amor a esa hermana perdida pero nunca olvidada.

Sirva, finalmente, de regalo a mi madre Lolita que siempre ha esperado. Espera para saber su historia, espera para conocer el rostro de sus padres, espera para encontrar a sus hermanos. De todas sus esperas solo una puedo zanjar: contar su historia, la historia de un bebé que lloraba.



Mosaico fotográfico con los retratos de los hermanos Melo



Helena González

APUNTES PARA UNA HISTORIA FAMILIAR

(Venezuela, mención honorífica)

Recordar, del latín recordari, de re (de nuevo) y cordis (corazón), es renovar lo vivido, tener a alguien presente en la memoria, regresar al corazón... En nuestro caso, más que invitar a vivir el pasado o en el pasado, invitamos a un viaje de familia, en familia, sabiendo también que la memoria inventa y esconde. Pero, primero, a manera de introducción, una mínima y necesaria referencia histórica porque...

LA POLÍTICA TAMBIÉN IMPORTA

¿De dónde venimos? Emigrar es siempre o casi siempre un acto al que uno es empujado como medida de sobrevivencia. En el origen, como siempre, una pareja, en este caso conformada por Vicente González-Román de las Heras y Luisa Aznar Mira. Vivían en Madrid y tuvieron cuatro hijos, guapos todos: Vicente, José (Pepe), Enrique y Alfonsita o Quica (siempre prefirió que la llamaran así, aunque fue inscrita como Alfonza porque es un nombre que no soporta). Cuando su padre murió, en 1933, José tenía 15 años, Enrique 12 y Alfonsita 8. Vicente, el hermano mayor, había fallecido dos años antes, cuando apenas contaba 16 años.



De izquierda a derecha, Vicente (17/04/1915-1931), José -Pepe- (12/02/1918-20/03/2010), Enrique (24/11/1900-27/03/2011) y Alfonsita (11/04/1926).

Estos tres últimos se casaron respectivamente con Joaquina Cuello (Joaqui), Carmen Tomás, y Juan Vizcaíno.



Pepe y su esposa Joaquina Cuello -Joaqui- (21/05/1917-23/01/2015).



Alfonsita y su esposo Juan Vizcaíno (20/04/1914 - 22/11/1989).



Boda de Enrique y Carmen Tomás (9/03/1921-9/01/1976).

¹ 17/11/1876, Lillo (Toledo)-22/12/1933, Madrid. (N.A.)

² 06/10/1888, Madrid-14/12/1984, Caracas (Venezuela) (N.A.) Algunas fotografías de este relato no han podido ser reproducidas debido a su escasa calidad. (N.E.)

Siendo estos aún muy jóvenes se produjo el “levantamiento” de Franco, el golpe de Estado que desencadenó la guerra civil. Evento que marca de manera fundamental desde su origen hasta el día de hoy la conformación y el desarrollo de esta rama familiar. Sobre los acontecimientos que se vivieron en ese tiempo se conserva en muy buen estado una interesante y curiosa documentación que vale la pena conocer. Por cierto, algunos de esos papeles los vi por primera vez hace muy pocos años, y ni sabía que existían. Lo que vale destacar en esta nota es que el desarrollo de la guerra obligó a Pepe, a Joaquina y a Juan a dejar España en un largo exilio que los llevó primero a Francia y luego a América. José y Joaquina, después de algo más de un año en Francia pudieron migrar primero a República Dominicana y luego a Venezuela, mientras que Juan que seguía en Francia al comenzar la segunda guerra, se incorporó a la resistencia francesa en la lucha contra los nazis, fue hecho prisionero por los alemanes y trasladado al campo de concentración de Mauthausen de donde fue liberado al final de la guerra para unos años después ir a Venezuela. Mientras tanto Luisa, Enrique -primero solo, luego ya casado con Carmen- y Alfonsita, siempre en Madrid, al terminar la guerra civil en 1939 vivieron las penurias de la posguerra.

Pepe y Joaqui (mis padres) llegaron en 1945 a Venezuela, país que entonces estrenaba democracia. Yo nací a los pocos meses de su llegada. Asentada su vida en Caracas se hizo posible reanudar los lazos entre los que se fueron y los que se quedaron, y así la correspondencia, cartas de ida y vuelta, permitieron reanudar la relación familiar. A través de ese medio se fue organizando entonces el reencuentro del grupo familiar, por turno: primero la abuela (Luisa), después Enrique y Carmen, luego Alfonsita (que en Venezuela se casó con Juan).



Alfonsita, Enrique y Carmen, en el tren, para despedir a Luisa que partía a Venezuela desde Cádiz, con escala en Curaçao.



Boleto del pasaje hacia Venezuela.

Dos hechos sucedieron muchos años después, en España y en Venezuela, que nos traen hasta el día de hoy. El primero, una vez que llegó a su fin la dictadura en España –dictadura que murió de vieja, 40 años después del golpe que condujo a la guerra civil– se abrió un proceso de revisión que permitió a los exiliados recuperar su condición de ciudadanos españoles, con reconocimiento de todos sus derechos, así como la posibilidad de obtener la ciudadanía española para los hijos de los españoles

en el exilio. También en el caso de Juan, la Alemania democrática decidió indemnizar a los sobrevivientes del holocausto nazi. Fue así como después de la muerte de Franco (noviembre de 1975), tanto Joaquín y Pepe –mis padres– como Alfonsita y Juan –mis tíos– hicieron varios viajes de vacaciones a España. No así la tía Carmen (que hubiera regresado encantada) pero murió en enero de 1976, y tampoco lo hizo después el tío Enrique, que lo fue dejando un día y otro día hasta que, como en la canción, “El abuelo un día se quedó dormido sin volver a España... “.

Esos viajes de ida vuelta sirvieron para conocer y re-conocer España, también para visitar otros lugares que permitieron ampliar horizontes. De esa primera generación, después de un tiempo, mientras procesos democráticos se consolidaban en España, Alfonsita y Juan decidieron regresar a vivir en Madrid.

El segundo hecho de relevancia para esta familia se produjo en Venezuela, cuando la nueva Constitución aprobada en 1999 permitió a los venezolanos acceder a la doble nacionalidad, una disposición que llegó acompañada de una nueva dictadura que crecía con fuerza en el país, haciendo que las condiciones de vida allí se tornaran cada vez más difíciles. Y así de nuevo acontecimientos políticos han hecho que los hijos de los hijos de España hayan tenido que emigrar.

EL EXILIO (1939-1945). MILITANCIA DE JUVENTUD

La temprana actividad política de Pepe, Joaquín y Juan (los tres eran militantes de las Juventudes Socialistas) hizo que se conocieran siendo muy jóvenes y que en 1936 quisieran luchar por la legalidad y la libertad en que creían. Ella ya había vivido en un entorno muy politizado: su padre, fallecido en 1929, era funcionario de RENFE y había pertenecido al sindicato de ferroviarios; su madre, mujer muy combativa, era sastra (cosía uniformes militares) y estaba también afiliada al PSOE³. De los tres, Juan era

el mayor. Trabajaba en un taller de fundición de metales que al parecer se dedicaba a la escultura. Se sabe que allí habían fundido un busto de Pablo Iglesias, el fundador del Partido Socialista.

Pepe, en junio de 1932, con apenas 14 años fue contratado como obrero “aprendiz ajustador” en ELECTRODO, empresa que fabricaba artefactos eléctricos para uso doméstico, contrato que



Afiiliación sindical de Pepe.

por ser menor de edad tuvo que firmar su padre (y eso que ya antes había hecho prácticas como peluquero, oficio que abandonó cuando le cortó una oreja a un cliente... cuento que siempre ha formado parte del folklore familiar). Más tarde

recibió formación como ajustador mecánico y pertenecía al Sindicato Metalúrgico de Madrid y al Grupo Sindical Socialista de Obreros Metalúrgicos de Madrid.



En Madrid, al empezar la guerra: Luisa (al centro, madre de Pepe, mi abuela), Alfonsita (mi tía) y Joaquina (a la derecha, mi madre).

³ De mis abuelos maternos encontré registro en los archivos de la Fundación Pablo Iglesias. Allí aparece Joaquina Belmonte Gil como candidata a concejal en Madrid, por el Partido Socialista, en el período 34/36. Andrés Cuello, ferroviario, aparece dado de baja por defunción en 1929. (N.A.)

Joaquina comenzó a trabajar en Madrid en la Dirección General de Seguridad (adscrita al Ministerio de la Gobernación) el 9 de octubre de 1936, con 19 años, nombrada provisionalmente auxiliar de oficinas de 3ª clase. Su contratación definitiva se formaliza en noviembre de 1937 (un contrato en pergamino, lleno de sellos y firmas).

Pepe y Joaquina ya eran novios cuando la guerra civil se desencadenó en España tras el fracaso parcial del golpe de Estado llevado a cabo por una parte de las fuerzas armadas liderada por Francisco Franco, jefe del Estado Mayor del Ejército desde mayo de 1935, contra el Gobierno de la Segunda República, el Frente Popular, una coalición electoral creada en enero de 1936 por los principales partidos de izquierda que ganó las elecciones celebradas el 16 de febrero de ese mismo año. Esas elecciones registraron la participación más alta (72,9%) de las tres elecciones generales que tuvieron lugar durante la Segunda República, lo que se atribuyó al voto obrero que no siguió las habituales consignas abstencionistas de los anarquistas.

Una de las primeras decisiones que tomó el nuevo gobierno fue alejar de los centros de poder a los generales cuya lealtad a la República se consideraba dudosa, sin embargo, esa política de traslados no sirvió para frenar la conspiración militar y el golpe que finalmente se produjo entre el 17 y el 20 de julio; más bien en algún caso, como el del general Franco, aumentó su rechazo al gobierno de Azaña por considerar su destino a Canarias como una degradación, una humillación y un destierro. Ese, dicen muchos libros, fue el origen de la contienda⁴.

Una vez producido el levantamiento militar comenzaron los intentos de toma de Madrid por parte del bando sublevado al que se enfrentaron jóvenes, casi niños, que se habían movilizado para integrar los primeros batallones de milicianos republicanos. Nunca habían tocado un fusil. Sin entrenamiento, escasos de armas, los que las tenían cargaban peines de apenas cinco balas que debían utilizar solo cuando tuvieran a corta distancia al enemigo, para no desperdiciarlas. En el frente de Madrid, con ellos, estaba Pepe. No tuvo ni tiempo de disparar. En el puerto de Somosierra, desde el campanario de la iglesia, fue alcanzado por dos disparos cuando trataba de acercarse para ayudar a un compañero que había caído delante de él. Pasaron varios días antes de que Joaquina –junto a los compañeros que avisaron que Pepe había sido herido– lo encontrara en el hospital, inconsciente. Hay una constancia del Sanatorio de Milicias Populares

donde se registra que fue ingresado el 22 de julio (apenas a los dos días del levantamiento) presentando en el pulmón herida por arma de fuego. La Sección Motorizada del Partido Socialista deja constancia el 28 de noviembre de 1936 de un nuevo ingreso el 14 de octubre por una fístula como consecuencia de la primera intervención. Después, otro ingreso le mantiene hospitalizado por padecer cuerpo extraño en cavidad pleural desde el 25 abril al 30 de junio de 1937 cuando es dado de alta. Varias operaciones y muchos meses transcurrieron hasta que pudo recuperarse.



Parte médico de Pepe.

Como consecuencia del avance de las columnas franquistas sobre Madrid, y ante el peligro inminente de que la capital cayera en manos de los sublevados, se crea una Junta de Defensa de Madrid y el gobierno decide el 6 noviembre de 1936 trasladarse a Valencia. Allí también se traslada Pepe que aún no se ha restablecido totalmente de las heridas recibidas.

Pero el 31 de octubre de 1937, ante el empuje del ejército franquista tras la toma y consolidación de Teruel, que amenazaba con romper territorialmente la zona republicana si finalmente lograba alcanzar el Mediterráneo, se decide un nuevo traslado del gobierno, esta vez a Barcelona, donde Pepe es enviado un tiempo a un sanatorio en la montaña, en la población de Nuria, para culminar su recuper-

⁴ El «bando nacional», como se identificaron los sublevados, estuvo organizado en torno a buena parte del alto mando militar, e integrado por Falange Española de orientación fascista: los carlistas, los monárquicos y otros grupos conservadores que sintieron peligrar su posición con la victoria en las urnas del Frente Popular que había ganado las elecciones. En las regiones menos industrializadas o primordialmente agrícolas, los sublevados también fueron apoyados por numerosos campesinos y obreros de firmes convicciones religiosas ante el acoso a la Iglesia católica y la persecución desatada por la izquierda nada más estallar el conflicto. Por su parte, el «bando republicano», constituido en torno al gobierno, estuvo formado por el Frente Popular que se componía de una coalición de partidos republicanos: el Partido Socialista Obrero Español, los marxistas-leninistas del Partido Comunista además del Partido Sindicalista-POUM, de origen anarquista, y los nacionalistas de izquierda encabezados por Esquerra Republicana de Catalunya. Contaba también con el apoyo del movimiento obrero y los sindicatos UGT y CNT, y a última hora se había sumado el Partido Nacionalista Vasco, cuando las Cortes republicanas estaban a punto de aprobar el Estatuto de Autonomía para el País Vasco. (N.A.)

ación. Pepe, adscrito al batallón móvil de Carabineros, recibe la orden de traslado a Barcelona junto con la certificación del jefe del batallón en Valencia, acreditando su situación militar. Para ese momento, el cambio de sede del gobierno significó también para Joaquina la orden de trasladarse “con carácter forzoso” a Barcelona conservando el mismo cargo y sueldo.

Sin embargo, las esperanzas de que la capital catalana se convirtiera en un segundo Madrid ya no tenía sentido en 1939, ni por el estado del ejército ni por la situación de la retaguardia. Con fecha 1º de febrero, habiendo dejado Barcelona y a punto de cruzar la frontera, Pepe recibe una constancia que emite el Comandante-Jefe del 20º Batallón Móvil de Carabineros, Destacamento de Camprodón, identificándolo como perteneciente a ese cuerpo, prestando servicio en la Presidencia del Consejo de Ministros.

Casi medio millón de personas cruzaron a Francia entre enero y febrero de 1939, atravesando a pie los Pirineos: milicianos, mujeres, niños y ancianos, algunos heridos y enfermos. Extenuados, envueltos en mantas para protegerse del frío, la montaña obligaba a dejar por el camino bultos improvisados con la poca ropa llevaban, algún recuerdo, las fotos familiares... un reguero amontonado a lo largo de la cuneta en un silencio que solo rompía el ruido de las pisadas, el paso de carruajes, los camiones que transportaban a los heridos, y los aviones que cada tanto se acercaban para afinar mejor el tiro. Kilómetros de carretera llenaba esa marea humana que se dirigía a la frontera. Esa huida se conoció con el nombre de “La Retirada”.

DE ESPAÑA A FRANCIA, 1939-1940

El exilio es desamparo emocional, “como el brusco final de un amor, es como una muerte que se sigue viviendo conscientemente” 4: Me muero si me quedo pero me duele si me voy... Así fue para aquellos que formaron parte de la España peregrina. Para Pepe y Joaquina comenzó así el juntos caminar: Barcelona, luego Vic, Camprodón, Molló, después, montaña arriba, Prats-de-Molló... Al final, un campo de manzanos (sin manzanas, era invierno). Improvisación y desorden. Llegaron en aluvión. No había barracas, ni agua potable, ni cocina, ni enfermería, ni letrinas. Por todos lados alambradas, arena y playa. Se formaban filas en respuesta a los silbatos que anunciaban el reparto de porciones de pan que no alcanzaban para todos. Era febrero. En invierno, como techo el cielo, la arena

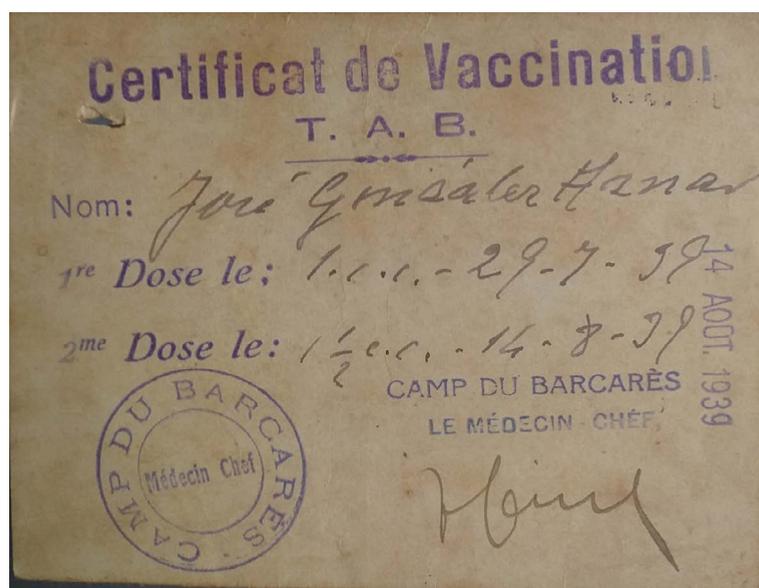
como cama y como mesa. A la intemperie, el frío dolía, así como una nueva separación, la primera en tierra extraña: por aquí las mujeres y los niños, por allá los hombres.

Lo que quedó del “ejército” republicano acabó en los campos de la arena. Los hombres que lo integraban habían entregado sus armas en la frontera. A la intemperie, el frío calaba los huesos. Inhóspita arena, miraban las olas durante horas sin fin... El primer campo abierto en Francia fue el de Argelès-sur-Mer, sobre la playa, a 35 kilómetros de la frontera, rodeado de alambradas y custodiado por soldados senegaleses con bayoneta calada gritando: allez, allez, allez!

LA GUERRA DESDE LA MIRADA DE UNA NIÑA

“Esa guerra fue vivida por una niña desde los 10 hasta los 13 años. A esa edad la visión de la guerra no podía ser como la de un adulto que tomara parte en ella. Para mí, al principio, fue un juego más. Los niños del barrio nos hicimos un cucurucho de papel como sombrero, nos echamos una escoba al hombro y salimos a la calle a desfilar, cantando La Marsellesa o La Internacional. Todo eso era emocionante y divertido, hasta que un día llegaron a casa Joaquina y algún otro amigo de mi hermano Pepe (que ya se había integrado en las Milicias que se formaron apoyando al gobierno de la República) para decirnos que quizás le habían herido en combate y no sabían nada de él, que estaba desaparecido. Y allá se fueron todos a buscar por hospitales, salas para curar a heridos y después hasta depósitos de cadáveres a ver si lo encontraban. No sé cuánto tiempo estuvieron buscando porque Pepe no aparecía. Al final, alguien llamó a Joaquina, que para entonces ya era para nosotros la novia de Pepe, porque habían encontrado a Pepe en un hospital y aunque muy mal herido, con un tiro de fusil en el brazo izquierdo y otro tiro en el pecho que le salió por la espalda, que según dijeron los médicos le intervino el pulmón, la pleura, el hígado y una costilla. En ese momento empezó a utilizar la primera de las siete vidas que dicen tienen los humanos... A pesar de la gravedad de las heridas pasó muchos meses en el hospital, pero al final se salvó, terminó la guerra y pasó a Francia donde fue internado en un campo de refugiados como tantos españoles que pasarían a Francia en aquella época. Poco tiempo después encontró a Joaquina y pudieron reunirse y un tiempo después embarcarse en un vapor que los llevó a la República Dominicana y allí empezaron a rehacer su vida” (Alfonsita, la tía Quica).

Al llegar a la entrada del campo, la mayoría de las mujeres y los niños eran conducidos en camiones o trenes hacia distintos pueblos del interior para ser alojados en improvisados refugios o en casas de familias dispuestas a acogerlos: en Francia, el Frente Popular en el poder tenía los mismos enemigos que los republicanos españoles: el fascismo y la Alemania nazi, lo cual generó en parte de la población una corriente de simpatía popular y solidaridad hacia la República española. Poco después se abrieron otros campos con algunas mínimas mejoras, barracas y letrinas, y la posibilidad de conseguir algún sustento como mano de obra o formando parte de los batallones de marcha, unidades militares bajo mandos franceses. Separados, Pepe fue llevado primero al campo de Argelès-sur-Mer, luego al de Barcarès. Joaquina fue acogida en casa de una familia francesa donde hacía trabajos de costura.

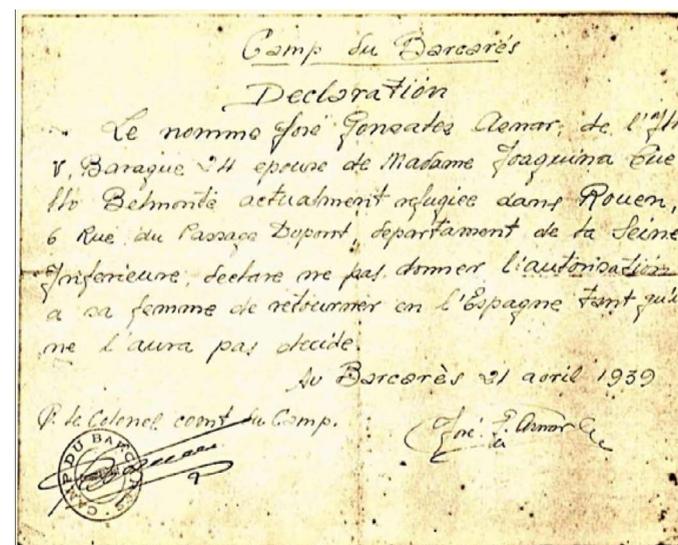


[021] Certificado de Vacunación Antitífica (TAB) de Pepe firmado por el Jefe Médico del Campo de Barcarès: 1ª dosis, le 29 de julio de 1939; 2ª dosis: el 14 de agosto.

Pasaron un tiempo sin contacto, escribiendo tanto ella como él de campo a campo, hasta que un día una de las cartas encontró a su destinataria y así volvieron a retomar contacto y comunicación. Para entonces Pepe estaba en el campo de Barcarès y ella en el de Darnétal, cerca de Rouen, donde trabajó en una planta de acabado de telas.

EL FINAL DE LA GUERRA CIVIL

Fue el 1º de abril de 1939 cuando se declaró el fin de la guerra. Durante la contienda, como en toda guerra, se cometieron excesos contra gente que no había hecho nada, pero cuando ésta terminó, el bando vencedor en un segundo parte aseguraba: «Nada tiene que temer de la justicia aquel que no tenga las manos manchadas de sangre⁷». 5. Era falso. No había llegado la paz. Como menciona la frase final de la película *Las bicicletas son para el verano*: «No ha llegado la Paz, ha llegado la Victoria», porque otra guerra empezó entonces, aún más larga: la de las represalias y el terror, el fusilamiento, la injusticia. Hubo un llamado del nuevo gobierno para que regresaran a España los republicanos que habían pasado a Francia. También en Francia, la presión demográfica que significó el elevado número de refugiados y exiliados llevó al gobierno francés a establecer políticas frente al éxodo hispano orientadas hacia la repatriación, la reemigración o a conservar a una minoría de esos refugiados como trabajadores⁸.



Nota del comandante del campo de refugiados de Barcarès.

⁷ "Represaliados después del 39", en *El País*, Madrid, 23 de julio 2006. (N.A.)

Desde el Islote V, Barraca 24 del mismo campo de Barcarès, fechada el 21 de abril de 1939, hay una nota manuscrita de Pepe firmada por el Coronel Comandante del Campo, donde expresa muy claramente no dar autorización a su esposa “Joaquina Cuello Belmonte, refugiada en Rouen, en el nº 6 de la Rue du Passage Dupont, Departamento de la Seine Intérieure, para regresar a España hasta que él no lo haya decidido”.

A aquellos que no aceptaron regresar el nuevo gobierno les negó la nacionalidad declarándolos apátridas. Sin contar que entre 1939 y 1951 se vivió un periodo de escasez y miseria sin precedentes, con cartillas de racionamiento, comercio clandestino, mercado negro de bienes esenciales...

Unos pocos meses más tarde a Pepe le ofrecieron trabajo en una fábrica de municiones cerca de Dunkerque. Cuenta en una postal dirigida a Joaquina el 15 de enero de 1940 el largo viaje en tren atravesando Francia de sur a norte y lo triste que le pareció París, sin vida en la calle, casi sin gente ni automóviles, imagen que no se correspondía con lo que sugería la expresión común según la cual París era “la ciudad luz”. Ya Francia se preparaba para hacer frente a la ambición expansionista de Hitler. Trabajando en esa fábrica a Pepe le ofrecieron la nacionalidad francesa si se decidía a residir allí.

Juan Negrín, que había sido el presidente del gobierno en Barcelona, exiliado en París, había manifestado su interés en que todos los que estuvieron a su servicio procurasen ir a América en las expediciones de refugiados organizadas por el gobierno en el exilio. Y así, quien había sido jefe de la escolta de Negrín se encargó de arreglar la documentación de Pepe y Joaquina.

⁸ El problema económico y político que constituyó para el gobierno francés esos cientos de miles de almas que llegaron de golpe hizo que se estrecharan contactos con los organismos creados por el gobierno republicano en el exilio, con sede en París, con el objeto de fomentar la re-emigración a terceros países. Antes de finalizar la Guerra Civil, el Gobierno Republicano había tomado la previsión de expatriar una fuerte suma de dinero y valores hacia Francia y México. Dinero con el que se organizó, al finalizar la contienda bélica, el Servicio de Evacuación de Republicanos Españoles, también conocido como SERE. Fueron México, Chile y República Dominicana los tres únicos países americanos que en una primera instancia aceptaron oficialmente a los republicanos españoles, una opción supeditada a ciertos criterios de selección y a encontrar el apoyo y los recursos económicos y financieros que costearan el viaje y contribuyeran a su instalación en el país receptor. Fue así como el SERE y la JARE (Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles) pasaron a patrocinar el viaje de aquellos que estuvieran dispuestos a marchar. (N.A.)

Llegado el momento, debían dirigirse a Burdeos para tomar el barco, pero Pepe, que tenía que ir en tren desde Dunkerque a París y luego en otro tren hasta Burdeos, llegó cuando ya el barco había zarpado. Joaquina, que sí llegó a tiempo, se negó a zarpar y decidió esperarle, así que cuando él llegó se quedaron en Burdeos. Pepe pudo obtener un certificado sanitario que le permitía buscar empleo.

No resultó difícil conseguir algunos trabajitos ya que la movilización ocasionada por la guerra en puertos había reducido la fuerza laboral, de manera que Pepe comenzó a trabajar como repartidor de carbón, luego en los muelles de carga del puerto, también quiso entrar en la planta Renault y se entrevistó con el director que lamentó no poder emplearle en ese momento, pero le dio unas cartas de presentación para otras empresas donde pudieran necesitar operarios. Y fue así como empezó a trabajar como ajustador mecánico con un buen sueldo en una fábrica de máquinas de coser, cuando les comunicaron que tenían posibilidad de ir a República Dominicana a trabajar la agricultura. Y no lo dudaron. Pepe renunció al trabajo y se dirigieron a Le Havre, donde debían abordar el vapor De la Salle. El pasaje a la esperanza.

JUAN, UN POCO DESPUÉS, DE FRANCIA A ALEMANIA

No tenemos registro del paso de Juan a Francia. Sabemos que vivía en Revel, una ciudad cercana a Toulouse. Sabemos también que consiguió incorporarse a alguna de las brigadas de trabajadores extranjeros que servían al ejército francés para reforzar la Línea Maginot. Los alemanes ocuparon Francia el 10 de mayo de 1940. Poco tiempo después, el 12 de junio, Juan caminaba con un grupo hacia el Norte cuando aparecieron unos soldados alemanes montados en bicicletas que animándoles a caminar y a seguir siempre hacia el Norte, los hicieron prisioneros.

Según la ficha del banco de datos de la Fundación para la Memoria de la Deportación⁹, Juan Vizcaíno llegó a Mauthausen el 27 de enero de 1941 procedente de un campo de prisioneros de guerra ubicado al este de la ciudad de Fallingbomel, en Baja Sajonia, al

⁹ La autora extrae estos datos y los da la liberación en mayo de 1945 de la Fondation pour la Mémoire de la Déportation. Banque des données: Partie III, liste nº2. (III.2.). <http://www.bddm.org/liv/recherche.php>

Nombre: <i>Revel</i> Departamento: <i>Alsace</i> Registro departamental N.º: <i>174</i> Firma del interesado:		
DEPORTACIÓN		
FECHA	CAMPOS	COMANDOS
	<i>Mauthausen</i>	
N.º MATRÍCULA		
REPATRIAMIENTO		
FECHA	CENTRO	N.º CARTA
FAMILIAR		
Nombre		
Parentesco		
Muerto en		
DETENCIÓN		
FECHA	LOCALIDAD	CARCELES
<i>12-6-40</i>		
INTERNAMIENTO		
FECHA	CAMPO	LIBERADO O FALLECIDO

Libreta de detención de Juan (Revel, 12 de junio de 1940).

noroeste de Alemania, en uno de los transportes más multitudinarios de republicanos españoles a Mauthausen, un tren que partió del Stalag XI B de Fallingbomel el 25 de enero de 1941 con 1472 deportados, todos españoles, pertenecientes casi todos a las CTE, las compañías de trabajo del ejército francés, que trabajaban en el Departamento de los Vosgos y la zona de Belfort.

Dentro del sistema de marcaje que utilizaban los nazis para identificar a los prisioneros, el triángulo azul era el símbolo para identificar a los apátridas. En el caso de los deportados españoles, sobre ese polígono invertido les colocaron una S, para indicar que eran Spanier (españoles): apátridas españoles

EL CAMPO DE MAUTHAUSEN

Mauthausen, en Austria, es un pueblo muy antiguo, a 20 km de la ciudad de Linz. En 1938, Austria se fusiona con Alemania para dar forma al III Reich (Anschluss), y poco después se creó el campo de concentración de Mauthausen, al oeste del pueblo y a un nivel más elevado. La experiencia política de la mayoría de los deportados españoles se había forjado en la militancia activa en las diferentes fuerzas políticas y sindicales que habían luchado en los diferentes frentes de batalla durante la guerra de España.

Fue entre 1941 y 1942 cuando el campo adquirió el aspecto de una fortaleza, con sus torres de vigilancia, las murallas, el camino de ronda, los garajes de los SS y la kommandantur. Los republicanos españoles que llegaron a Mauthausen durante esta época fueron destinados, entre otras tareas, a los trabajos derivados de esta ampliación.

La mayor parte de ellos fueron destinados a trabajar en la cantera, un esfuerzo agotador al que se añadía la tortura de los 186 peldaños que los prisioneros tenían que subir varias veces al día, cargados con pesadas piedras de granito u obligados a acarrear piedras hasta las barcazas que navegaban por el Danubio o a excavar y aplanar los alrededores. Completamente debilitados por el hambre, las enfermedades y las palizas, el esfuerzo era tan superior a sus fuerzas que muchos perecían en este ascenso.

Su condición de primeros luchadores antifascistas europeos les hizo conscientes de que sólo organizados podrían enfrentarse a la extrema situación en que se encontraban. Así, a los gestos de solidaridad, se añadió con el tiempo la organización de redes clandestinas que permitieron, en algunos casos, acciones de resistencia y en los meses que precedieron a la liberación, la colaboración entre deportados de diferentes nacionalidades para la creación de un Comité Internacional y la AMI (Aparato Militar Internacional) que hizo factible la toma de posiciones estratégicas antes de la huida de los SS¹⁰.

Cuando los nazis asumieron la proximidad de su derrota, ordenaron la destrucción de los registros del campo. Los republicanos destinados en las oficinas de la administración lograron salvar parte de la documentación, lo que permitió en los días que siguieron a la liberación del campo elaborar el listado de los españoles fallecidos en el campo que permitió su identificación y la localización posterior de sus familiares.

Las organizaciones de resistencia clandestinas que se habían creado en el campo tomaron el control cuando los alemanes lo abandonaron durante los días 2 y 3 de mayo de 1945. Poco después, el 5 de mayo llegaron dos tanques y las fuerzas americanas.

¹⁰ La presencia de tres republicanos españoles en el laboratorio fotográfico de Mauthausen permitió sustraer, camuflar y sacar del recinto miles de negativos que resultaron clave para el conocimiento de lo que había sucedido en el campo y para acusar a los criminales nazis en los procesos de Nuremberg y Dachau. (episodio recogido en: El fotógrafo de Mauthausen, película de 2018, con Mario Casas, dirigida por Mar Targarona. Premio Gaudí a la mejor dirección de producción Entre 1938 y 1945 pasaron por Mauthausen cerca de 200.000 presos. La mayoría de ellos trabajó en la cantera. En torno a 100.000 personas de diversas nacionalidades de Europa murieron por el trabajo inhumano y sus miserables condiciones de vida). (N.A.)



Constancia de identidad de Juan en París.
El marco: la bandera republicana.

Al cuidado de los nuevos responsables del campo y en estrecha colaboración con la Cruz Roja Internacional quedaba la difícil recuperación física y mental de los internados y el complejo proceso de repatriaciones a los países de origen, de las cuales se vieron excluidos los republicanos españoles por su condición –en ese momento– de “apátridas”. Sin embargo, poco después, la gran mayoría fue acogida en Francia.

PERDIERON ESPAÑA PERO ENCONTRARON AMÉRICA

Joaquina y Pepe, a quienes habíamos dejado en Burdeos, finalmente lograron llegar al puerto de Le Havre de donde zarparon a bordo del vapor

De La Salle en marzo de 1940. Allí se reencontraron con amigos con los que habían compartido militancia durante la guerra y con los que vivieron aventuras y experiencias en República Dominicana y después en Venezuela. En la lista de pasajeros del De La Salle, que llegó a Puerto Plata el 16 de mayo de 1940 (hoy un paraíso turístico), con número de pasajero, nombre, edad y oficio, viajaban, entre otros: José González Aznar, 23 años, mecánico, Joaquina Cuello de González, 23 años, taquimecanógrafa, Antonio Giner García, 27 años, campesino, María Luisa Giner García, 18 años, mecanógrafa, Libertad Coito de Giner, 27 años, Amalia García Valenzuela, 55 años, viuda, Casimiro Irrisarri Ruete, 29 años, agricultor, Jasí Abella Geset, 32 años, contable, y Armelina Alsina de Abella.

PRIMERA ESTANCIA: REPÚBLICA DOMINICANA

Fue así como, formando parte de un programa de ocupación agrícola a cambio de dos mil dólares que pagaba el Gobierno de la República en el exilio por cada español que allí se instalara, llegaron como colonos a República Dominicana, feudo de su presidente, a su vez jefe del ejército y del gobierno, jefe también de todos los dominicanos.



Pepe y Joaquina (a la derecha) en el vapor La Salle, en que viajaron de Francia a República Dominicana, marzo 1940.

Desembarcados en Puerto Plata los trasladaron a San Juan de la Maguana. Allí, un lote de terreno –entregado de palabra, sin documento ni constancia legal–, con una parte cubierta por bayahonda –un árbol espinoso–, otra parte tierra inundada: solo la mitad aprovechable. Tierra y un machete para cada uno de aquella pequeña comunidad de cinco amigos que se conocían desde los inicios de su militancia en Madrid y coincidieron al viajar juntos desde Francia, casi todos con sus parejas, una de ellas con un niño nacido en Barcelona un año antes de la estampida.

Era un grupo de jóvenes que nunca habían visto tierra más que en macetas. La cabaña, rudimentaria, sin electricidad ni agua corriente; paludismo y sus fiebres intermitentes, además, bichos desconocidos: arañas, alacranes, cucarachas voladoras... Todos fueron trasladados a la Colonia Juan de Herrera en San Juan de la Maguana, donde también se encontraron con Eduardo Fajardo (Mecánico) y Clotilde (Modista) que habían viajado en el vapor Cuba el 11 de enero de 1940.



La casa donde vivieron en San Juan de la Maguana.

La recepción de este colectivo por parte del régimen de Trujillo respondía a la necesidad que tenía el dictador de mejorar su imagen frente a la opinión pública internacional, además de razones ligadas a la idea de que la inmigración de europeos

produciría progreso económico y social. Fueron muy duras para los refugiados españoles las condiciones de vida en las colonias agrícolas que Trujillo había creado para ellos, iniciativa no alejada del afán de lucro por la suma que cobraba a cambio de los visados, además del deseo de darle un barniz democrático a su gobierno¹¹ Con todo, la colaboración y los consejos de algunos lugareños solidarios les permitió al poco tiempo hacerse de un par de bueyes, adiestrarlos, sembrar arroz y maní, unas papas que se pudrieron y unas cebollas que no lograron vender. Comida escasa, ropa la puesta. También los vecinos les proporcionaron con qué vestirse.

Así fue el comienzo y duras las condiciones hasta el punto de que incluso aquellos que habían llegado con ánimo de quedarse, todos, cuando hubo oportunidad, fueron planteándose la necesidad de cambio. Fue así como Pepe y Joaquina tuvieron la ocasión de trasladarse a Santo Domingo, la capital (en ese entonces llamada Ciudad Trujillo), donde Armelina y Abella (también compañeros de viaje) habían montado una librería. Allí Pepe se encargó de algunos asuntos administrativos –de la librería y de algunos otros negocios cercanos– a la vez que comenzó a estudiar por su cuenta contabilidad mientras Joaquina, en el mismo local, daba clases de taquigrafía y mecanografía. Fue entonces cuando el gobierno venezolano se ofreció para recibir algunos de los republicanos españoles que allí se encontraban.

Era el año 1945 y la JARE ya daba muestras del agotamiento de sus finanzas, de manera que los cuáqueros de Inglaterra y de Estados Unidos jugaron un papel de primer orden frente al drama de los exiliados. Y fueron esas organizaciones las que cubrieron los costos de transporte de quienes consiguieron otros destinos, fundamentalmente a México, Chile y Venezuela que abrieron sus puertas a la llegada de esos republicanos. Incluso, en el caso de Pepe y Joaquina, que habían seguido manteniendo vinculación con el Grupo Socialista Español en República Dominicana, fueron exonerados de lo que hoy conocemos como impuestos de salida además de recibir ayuda de la Comisión Administradora de la Solidaridad a los Antifascistas Españoles para pagar la diferencia de viaje por vía aérea –y no en las goletas que hacían habitualmente ese trayecto– porque estaban “embarazados”.

De ese viaje quedó constancia del permiso de entrada en Venezuela (en ese entonces Estados Unidos de Venezuela), también del permiso de exportación de objetos personales exonerados de pago, y detalle del contenido del equipaje que llevaban.

RELACION DEL EQUIPAJE DE JOSE GONZALEZ AZNAR Y SEÑORA1 - Una maleta conteniendo:

3 sábanas	3 toallas	1 funda almohada
2 manteles	2 camisetas	4 servilletas
5 pantalencillos cab.	5 trajes señora	5 pantalones caballero
2 sacos caballero	1 pijama	6 camisas caballero
3 corbatas	2 bloomers	3 brassiers
2 refajos	5 pares medias cab.	2 pares medias señora
1 falda	3 cinturones	1 chaleco caballero
7 pañuelos		

2 - Una maleta conteniendo:

2 pares zapatos caballero	1 par zapatos de señora
1 pantalón de baño	6 toallas
3 manoplas de baño	24 pañuelos de niño
2 camisas de niño	2 vestidos de niño
1 ducha de goma	2 mantas de niño
3 fajitas niño	3 camisas de niño
2 cepillos cabuya	1 caja con hilos de uso
2 pantalones caballero	1 saco caballero

3 - Una maleta pequeña conteniendo: Peso, 17 libras.

1 camisa caballero	1 camisa de señora
1 salte de cama	1 cepillo de cabuya
5 tenedores de metal	5 cucharas de metal
5 cuchillos	2 pares medias caballero
1 pijama	1 juego ajedrez de bolsillo
1 toalla	3 pañuelos
Efectos aseo personal	Medicamentos de uso
▲ Papel de escribir en blanco	

4 - Un paquete de correspondencia particular, peso, 9 libras.

Declaración de bienes a la salida de República Dominicana.

¹¹ En el caso de la selección de los españoles que embarcaron en las diferentes expediciones, el criterio que primó fue el político – la necesidad de sacar de territorio francés a personas comprometidas políticamente o relacionadas con antiguos funcionarios gubernamentales, ante la inminencia del inicio de la Segunda Guerra Mundial y la invasión alemana a Francia-. ¿Estaba preparado ese país para recibir a estos exiliados? ¿Existían las condiciones laborales mínimas para que se incorporaran a la vida económica nacional? En algunas fuentes se encuentran referencias sobre la intención de la dictadura de usar a los refugiados de la Guerra Civil Española como “un cordón humano de grupos hispanos” en la frontera haitiana para evitar la penetración de la población del país vecino a territorio dominicano. Uno de los acuerdos de ese gobierno con la Junta Pro-Refugiados Españoles implicaba una inversión de las organizaciones de auxilio republicanas en áreas productivas del país. Sin embargo, esas inversiones nunca tuvieron la importancia económica que exhibieron en otros países por la actitud de Trujillo de querer controlarlas para su beneficio personal. De los 667 inmigrantes que llegaron, 628 (94,2%) fueron destinados a las colonias agrícolas mientras los 39 restantes (5,8%) se ubicaron en la capital. (N.A.)

LLEGADA A VENEZUELA

Tierra de gracia¹² ... Joaquina y Pepe llegaron a Venezuela el 12 de marzo de 1945 y se instalaron en una pensión del centro de Caracas en la que el gobierno de Isaías Medina Angarita aseguraba alojamiento y comida durante los primeros quince días de estancia. Al día siguiente de llegar, respondiendo a un aviso de la sección de anuncios clasificados de El Universal, Pepe se presentó a una empresa situada frente al mercado de San Jacinto (el lugar que hoy ocupa la plaza El Venezolano), para la que buscaban un auxiliar de contabilidad. Le entrevistaron, le pidieron algunas referencias, a los dos días lo llamaron de nuevo para hacerle una prueba, le comunicaron que en ese momento estaban despidiendo al contador y le ofrecieron el puesto. La empresa, que se dedicaba al negocio de importación de telas, funcionaba para ese entonces con la denominación de Pariente Hermanos.

Fue así como a los 17 días de haber llegado empezó a trabajar en esa empresa que después fue creciendo y diversificándose. En ella Pepe alcanzó el cargo de administrador y allí se mantuvo durante 50 años, hasta su jubilación.

Joaquina, una vez en Venezuela se consagró al trabajo del hogar. Nacieron los hijos, en 1945 y 1948 (años más tarde llegaría un tercero), y una vez estabilizada la vida en Caracas fue momento para reanudar los lazos entre los que se fueron y los que se habían quedado en España. Las cartas hicieron posible renovar afectos, liberar los miedos, despertar sueños, abrir caminos...

Primero fue la correspondencia con las madres y los hermanos. Cartas que si eran muy largas llegaban con un papel intercalado entre sus páginas, con una nota que decía: “Se ruega sean breves en la escritura para el buen funcionamiento de la censura”, y un sello con un escudo al centro y la identificación de Censura Gubernativa de Comunicaciones. Todo muy oficial, para que no quedara duda de que la correspondencia era revisada.

¹² “Torno a mi propósito referente a la Tierra de Gracia, al río y lago que allí hallé (...) Y digo que si este río no procede del Paraíso Terrenal, viene y procede de tierra infinita, del Continente Austral, del cual hasta ahora no se ha tenido noticia; mas yo muy asentado tengo en mi ánimo que allí donde dije, en Tierra de Gracia, se halla el Paraíso Terrenal” (Cristóbal Colón, Tercer viaje, 1498. Carta a los Reyes Católicos). (N.A.)

De ese modo se fue organizando el reencuentro del grupo familiar, por turno, alternativamente: primero la abuela Luisa, la madre de papá; luego los hermanos de cada uno. La abuela por parte de mamá no alcanzó a llegar. A consecuencia de una denuncia, había sido detenida recién terminada la guerra y trasladada al penal de Canarias donde cayó enferma. Debido a su delicado estado de salud fue amnistiada, fue dos veces operada y finalmente falleció en enero de 1948.

Ya para 1949 Pepe y Joaquina solicitaron la nacionalidad venezolana que les fue oficialmente otorgada el 21 de abril de 1952.

Una vez reunida toda la familia, también fueron reclamados varios amigos y compañeros de luchas y aventuras que se habían quedado en Francia. Juan fue uno de ellos.

JUAN

La liberación de los campos de concentración a la llegada del ejército norteamericano tuvo un primer momento de alegría, pero muy pronto comenzaron las venganzas y los ajustes de cuentas entre los reclusos. En ese ambiente –es lo que Juan contaba– él y sus amigos, viendo como estaba la cosa, cogieron algo de ropa y botas de civil, se cambiaron y se fueron caminando. Fue así como volvieron a Revel y allí estuvieron trabajando para el cura, arreglándole la iglesia, hasta que el llamado de Pepe hizo que Juan con algunos otros compañeros pusieran rumbo a Venezuela, vincularse con esta “nueva” familia y reorientar su vida.

En 1945 se fundó la Federación Española de Deportados e Internados Políticos (FEDIP) por iniciativa de españoles exdeportados (supervivientes de los campos nazis) o exinternados (que habían sufrido cautiverio en territorio francés durante el periodo de la ocupación nazi¹³). Su actuación estuvo también dirigida a tramitar y gestionar las pensiones e indemnizaciones cedidas por los gobiernos de Francia y Alemania a los deportados e internados prestándoles asesoramiento y asistencia legal, así que fue a través de esta organización como Juan recibió la indemnización que el gobierno alemán dispuso para las víctimas y supervivientes de los campos nazis.

Juan, en Venezuela, se casó con Alfonsita, la niña que en tiempos de la guerra en Madrid cantaba La internacional y jugaba con la escoba como si fuera un fusil.

Juan y Alfonsita tuvieron dos hijas. Una vez que estas se casaron, ellos decidieron regresar a España donde el falleció unos años más tarde, en 1989. Fue entonces cuando Alfonsita se vinculó a la ‘Amical de Mauthausen y otros campos y de todas las víctimas del nazismo’, incluso participó de visitas organizadas al campo donde se rindió homenaje tanto a los fallecidos como a los que lograron sobrevivir.

También formando parte de la Amical participó en la presentación de una exposición que tuvo lugar en el Congreso de los Diputados en 2007, como recoge el Boletín Extraordinario de la Amical de Mauthausen y otros campos, nº 41, 2012, dando cuenta de los eventos realizados al cumplir 50 años.

ELLOS FUERON LOS MÍOS, PERO HUBO TANTOS...

Una nota personal. Joaquina y Pepe (ya fallecidos) tuvieron tres hijos y cinco nietos, todos venezolanos, todos profesionales. De los hijos, dos viven en España, otro sigue en Venezuela. Los nietos viven dos en España y dos en Alemania. Juan y Alfonsita tuvieron dos hijas (venezolanas) y dos nietos. Juan falleció hace años en Madrid. Alfonsita vive en España, cerca de sus dos hijas. Sus nietos viven una en Madrid y otro en Noruega. Conviene recordar, como ejercicio de memoria para que la Historia tenga sentido, en lo personal y en lo colectivo. En la guerra hay vencedores y vencidos, pero en ella todos pierden, aunque siempre alguno de los bandos se quede con el poder. La guerra es violencia, y en la guerra matas para que no te maten. De la guerra, de combates, de las tareas que debieron desempeñar como activistas en el pasado tanto Pepe y Joaquina como Juan hablaban poco o nada, casi nada de las penurias o del miedo que se supone en muchas oportunidades debieron enfrentar, solo más bien de hechos jocosos que quedaron en el anecdotario familiar. Ellos hicieron lo que consideraron debían hacer para defender aquello en lo que creían. No fueron héroes, fueron soldados, no tuvieron formación militar, pero llevaron uniforme y portaron armas. A los que vinimos después nos alimentó una derrota que supieron convertir en vida nueva: celebrar lo que se tiene. Con el tiempo también creo que aprendimos que nunca es tarde para cambiar de rumbo.

¹³ Este fondo permaneció bajo la custodia del Consulado Español en París a la espera de poder incorporar todos los documentos generados por la FEDIP hasta el momento de su disolución. Por esta razón, fue apenas el 11 de marzo de 1991 cuando dicho fondo fue incorporado a la Sección Guerra Civil del Archivo Histórico Nacional, durante la gestión de Jorge Semprún como ministro de Cultura durante el gobierno de Felipe González. (N.A.)

El exilio –siempre temporal y con frecuencia permanente– es alejarse, es separación, es excluirse. Es decisión que nos aparta de la tierra que nos pertenece. También es elección. Y nostalgia, también desamparo emocional, porque aquí y allá en las familias rotas se hace presente el recuerdo de los que no están.

Así fue para aquellos que formaron parte de la España peregrina y así es hoy para sus hijos y nietos cuando el país de brazos abiertos –refugio y cobijo para oleadas sucesivas de exiliados e inmigrantes– despide a sus hijos en aeropuertos, puentes, trochas...

El país lo hicieron suyo. Llegaron para no marchar. Allí nacieron sus hijos y sus nietos, allí soñaron sus mejores sueños. Por eso no se fueron y muchos dejaron sus cenizas en las nuevas tierras donde sembraron hijos y nietos que en muchos casos hoy, empujados por otras formas de guerra –más sutiles, pero donde la vida está igualmente en juego– vuelven a la tierra de padres y abuelos.

Éxodo de ayer, éxodo de hoy: exiliados, emigrantes, asilados, desplazados, nuevas carabelas vuelan en busca de vida nueva y esta familia, que primero fue española y luego venezolana, hoy –siendo también española– crece y se extiende con ramas y raíces



En Alemania, nieta y biznieta de Pepe y Joaquina..

en España, Alemania y Noruega.

ADDENDA¹⁴

La Venezuela del siglo XX se construyó en buena medida con el aporte de un flujo importante de población fundamentalmente española, italiana, portuguesa (también sirios, libaneses, rusos y lituanos) llegados al país como exiliados huyendo de conflictos bélicos (fuentes de migraciones forzadas como la guerra civil española o la segunda guerra mundial) o por motivos económicos, buscando un mejor nivel de vida, mejores condiciones de trabajo y remuneración. Conviene por ello diferenciar emigración de exilio. El exilio se refiere a la salida del país por razones políticas, movimiento forzado por la persecución de los adversarios, mientras que la emigración se entiende como un movimiento voluntario asociado a la búsqueda de mejores condiciones de vida, por razones económicas, culturales, sociales o personales.

REVOLUCIÓN PACÍFICA PERO ARMADA

El eje del proyecto de Hugo Chávez, bajo un modelo de “unión cívico-militar” inspirado en teorías de Norberto Ceresole, se puso en marcha a partir de la aprobación de una nueva Constitución que dejó a la institución militar fuera del control civil del Parlamento. A partir de ese momento muchos militares empezaron a ocupar cargos ministeriales y en la administración pública. Una decisión que convirtió a los militares en actores políticos. En paralelo, a partir de ese momento el vocabulario chavista se nutrió en buena medida de batallas, combates, milicias y gestas rimbombantes que sirvieron para enfrentar y despreciar cualquier forma de disidencia («escuálidos» era el término con el que Chávez se dirigía genéricamente a la oposición). Fue entonces recurrente, en cualquier intervención, que Chávez recordara: «esta es

¹⁴ “Libertad, justicia, democracia, civismo, honestidad, cuando se ausentan de un país tornan muy difícil para sus ciudadanos el hecho de vivir realmente... En Venezuela nos urge instaurar una normalidad que solo puede ser democrática”. Rafael Cadenas. Premio Cervantes 2022 (Citado por Juan Carlos Méndez Guédez: “Cadenas: el espacio de las estrellas”, en: El País, Madrid, 10 nov 2022). (N.A.) Además, en este punto, la autora introduce la definición que ofrece el DRAE de la palabra “migrar”. (N.E.)

una revolución pacífica, pero armada». Más tarde fue la letanía: «Patria, socialismo o muerte».

Pretendiendo la instauración de una “democracia protagónica” se llevó a cabo un proceso de desmontaje de los marcos institucionales existentes –incluso los creados por la nueva Constitución “chavista”– violentando el orden jurídico y, en consecuencia, los derechos individuales, incluyendo los de la libre expresión (cierre de periódicos y otros medios de comunicación) y de la propiedad (expropiaciones ordenadas en cadenas interminables que transmitidas por televisión), despidos públicos... Al destruir también el anterior modelo de estado descentralizado lo que se hizo evidente fue la sostenida construcción de un proyecto totalitario que se empeñaba en decir que era de izquierda cuando todo llevaba a diseñar una nueva sociedad, ciertamente, donde “el poder” (militar) decidiría la vida de cada quien (trabajo, comida, educación...).

Y esa práctica se ha visto acentuada durante el gobierno de Nicolás Maduro quien ha dado cada vez más protagonismo a los militares hoy vinculados con manejo de dinero en empresas de alimentos, transporte, construcción, telecomunicaciones, bancos estatales, servicio exterior¹⁵ y más recientemente vinculados también con los nuevos desarrollos de minería extractiva (destrucción de la Amazonia venezolana) en la región ahora identificada como Arco Minero: “El establecimiento de la región del Arco Minero y la expansión de la actividad minera ilegal en el estado Bolívar ha creado un contexto en el que se han cometido violaciones de derechos humanos y delitos ¹⁶”. Un régimen centralizado de férreo control social dirigido a mantenerse en el poder. Eso quiere decir que no se tolera la disidencia y si para combatirla y silenciarla hay que perseguir, apresar o matar, así se hará. Un gobierno orientado a convertir la sociedad en un cuartel donde uno manda y los demás

¹⁵ Transparencia Venezuela (2021) Presencia militar en el Estado venezolano: <https://transparenciave.org/presencia-militar-en-el-estado-venezolano-1/> (N.A.)

¹⁶ Naciones Unidas-Oficina del Alto Comisionado para los Derechos Humanos (ACNUDH). “La situación de los derechos humanos en el Arco Minero del Orinoco y otras áreas del estado de Bolívar”. A/HRC/51/CRP2 – OHCHR <https://www.ohchr.org/files/FFMV-CRP-2-Spanish>, 20 de septiembre 2022.

obedecen. Ese es el régimen que desde hace 22 años mantiene el poder en Venezuela.

EXILIO, MIGRACIÓN, INSILIO

“La revolución bolivariana ha generado efectos y consecuencias, algunas de carácter irreversible. Uno de estos efectos ha sido una enorme pérdida de población, pérdida que se expresa en talento humano y en población en edad productiva” ¹⁷ .

De acuerdo con datos de los gobiernos de los países de acogida, el número de refugiados y migrantes de Venezuela ha superado los seis millones en todo el mundo; en consecuencia, se trata de la segunda crisis de desplazamiento externo de mayor magnitud a nivel mundial. A ello habría que agregar que la población que salió de Venezuela huyendo del modelo autoritario lo hizo precisamente en unos años en los cuales el país percibió los mayores ingresos de toda su historia¹⁸ . Quienes migran buscan sobrevivir a una situación en la que el Estado no responde a las demandas sociales ni a las necesidades básicas de sus ciudadanos y que ha alcanzado el nivel de deterioro económico y social más grande que ha conocido Latinoamérica.

Quienes van a otro país para trabajar no son exiliados, son emigrados que se transforman en inmigrantes. Su realidad es diferente, porque su memoria es otra, así como lo es también su motivación para volver. No vuelve del mismo modo el exiliado que el inmigrado. No elaboran del mismo modo ni la nostalgia ni su visión del mundo, ni sus retornos.

«Exilio» es palabra de origen latino compuesta por el prefijo

¹⁷ Páez, Tomás y Phélan, Mauricio (2018) “Emigración venezolana a España en tiempos de revolución bolivariana (1998-2017)”, en: Revista Internacional de Estudios Migratorios, Vol. 8 (2), pp. 319-355. (N.A.) ¹⁸ En el Informe Anual de ACNUR 2021 (Agencia de la ONU para los Refugiados, Comité Español: América, pp. 26-27), por primera vez aparece el registro de 6 millones de venezolanos refugiados y migrantes, 83% en países de América Latina y el Caribe, de los cuales 199.000 refugiados reconocidos y 971.000 solicitantes de asilo, muchos de ellos en los últimos años obligados a recurrir a métodos irregulares para cruzar las fronteras recurriendo a menudo para ello a redes de contrabando que los exponen a mayores riesgos haciéndolos vulnerables frente a traficantes, tratantes y grupos armados irregulares, sin que se hayan establecido protocolos específicos para permitir un acceso regular a los países de acogida. Esos 6 millones de venezolanos fuera del país hasta 2021 representan un sexto de la población estimada por el Instituto Nacional de Estadísticas-INE para junio 2022, con base en el Censo de población 2011: 33.360.238 (<http://www.ine.gov.ve/>). (N.A.)

«ex-» (fuera) y por el verbo «sălïo» (saltar). Frente a esta, surge un término que aunque no está en el diccionario viene siendo utilizado –que sepamos directamente– en muchos países de América Latina en estudios sobre la literatura cubana, sobre organizaciones de mujeres que vivieron la dictadura argentina, en investigación sobre desplazamientos internos como consecuencia de la guerrilla colombiana, y en estudios sobre la diáspora venezolana de los últimos 15 años. Se trata del «Insilio», palabra que dado el desarrollo etimológico del término «exilio», parece tener solidez semántica. Así entonces, si el Exilio implica kilómetros de distancia entre el punto de origen y el punto de destino, un paisaje diferente, incluso a veces lenguas diferentes, el Insilio es un estado de extrañamiento que hace que una persona en su propio país se sienta extraña, como desterrada, donde lo propio se ha tornado ajeno y convertido en territorio peligroso en todo lo que concierne el campo de la socialización y la participación ciudadana: la escuela, lo vecinal, lo cultural, lo expresivo, produciendo un sentido de pérdida y angustia ante lo impredecible. De este modo, si para el exiliado –además de la pérdida de la identidad y de la ciudadanía– se experimenta una carga económica y emocional que se suma a la pérdida de derechos civiles, políticos, sociales y culturales, para el insiliado –siendo una suerte de extranjero en su propia tierra sin visa ni pasaporte– su meta es sobrevivir, llegar al otro día, vencer el hambre y la indiferencia. En ambos casos, el del exiliado y el insiliado, lo que hay es violación de un derecho humano.

Finalmente, exilio e insilio se parecen mucho pues se trata en definitiva de una misma experiencia vital definida por las mismas sensaciones y los mismos sentimientos, cuya única diferencia sería su desplazamiento físico lo que implica, en un caso (exilio), salir del país; en el otro (insilio) seguir viviendo en un país que ya no reconocemos. En última instancia, el insilio y el exilio es el mismo dolor por la vida que pudiste tener en tu país y no fue posible. En ambos casos, “el significado del exilio, como categoría conceptual, resignificándolo como insilio, permite explicar una serie de procesos sociales y políticos, con implicaciones tanto individuales como colectivas, de nuestra contemporaneidad”.

En última instancia, pérdida del entramado social, despedidas, silencio, temor, nostalgia, familias rotas, casas vacías, pilas de escombros; un pasado sin superar, un presente limitado y por delante un futuro incierto. Vacío y ausencia de quien se va y del que se queda para huir de la violencia, la inseguridad, las amenazas, la

falta de alimentos, de medicinas, continua inflación y devaluación de la moneda, bajos sueldos, la deficiencia en los suministros de agua, luz y telecomunicaciones. Incertidumbre del que se va y del que se queda: heridas que no cicatrizan.

ESPAÑA COMO DESTINO

En el año 2020 ya se registraban 395.747 empadronados nacidos en Venezuela con nacionalidad española o extranjera. Más llamativo aún es que un 58% de la población venezolana ha entrado a España a partir de 2016 siendo la cifra a 1 de enero de 2020 la más alta con 71.120 venezolanos empadronados más respecto al año anterior, lo que supone un 5% de incremento. Un crecimiento que sigue aumentando como también la tendencia de entrada de venezolanos sin nacionalidad española que se ve reflejada directamente en las solicitudes de asilo y en el hecho de que la Comunidad Autónoma de Madrid pase a ocupar el primer lugar de residencia de este colectivo.

En virtud de nexos históricos que han facilitado a muchos venezolanos el acceso (por herencia) a la nacionalidad española ya para el 1º de enero de 2020 la comunidad venezolana ocupa el quinto lugar de los colectivos extranjeros en España, mientras que en el año 2015 estaba el puesto decimoprimer. Cabe destacar que quien tiene la nacionalidad al llegar (considerados como españoles retornados aunque nunca antes vivieran en el país) no sólo entra de forma legal, sino que además puede acceder a la seguridad social y sanitaria como cualquier español. Quedan fuera de estas cifras las solicitudes de asilo, que se duplicaron en el año 2019 e hicieron que por tercer año consecutivo los venezolanos encabezaran la lista con 35% de las solicitudes de protección internacional en España.

Se debe destacar igualmente que un número muy elevado de los venezolanos que han migrado a España tienen un elevado nivel de formación académica, competencias y experiencia que deberían

¹⁹ Tudela-Fournet, Miguel (2020) “«Insilio»: formas y significados contemporáneos del exilio”, en: Pensamiento. Revista de Investigación e Información Filosófica, nº 76 (288), 75-87. Universidad Pontificia Comillas, Madrid: <https://doi.org/10.14422/pen.v76.i288.y2020.004>. (N.A.) ²⁰ Dekocker, Katrien y Ares, Alberto (2020) La comunidad venezolana en España y el rol de la Iglesia Católica en su integración: Universidad Pontificia Comillas, Instituto Universitario de Estudios sobre Migraciones, Madrid, p. 19. (N.A.) ²¹ Dekocker y Ares, op. cit., p. 26-27. (N.A.) ²² Datos del CEAR, citados por Dekocker y Ares, op. cit., p. 28. (N.A.) ²³ Páez, Tomás. (2015) La voz de la diáspora La Catarata. Madrid. (N.A.)

facilitar su inserción en el mercado laboral: más del 90% posee grado universitario, 40% maestría y 12% doctorado y postdoctorado¹⁶. Un perfil de inmigración calificada que puede incidir que redundan en efectividad y emprendimiento, que por sus conocimientos, habilidades y experiencia sin lugar a dudas pueden incidir en el crecimiento y desarrollo de España, sin embargo, no deja de haber dificultades para lograr la inserción laboral, muchos de los que trabajan ocupan puestos por debajo de su formación y capacidades con sueldos bajos, y –entre todos– el grupo que enfrenta mayores dificultades es de los jubilados, tanto si tienen o no la nacionalidad española.

La aplicación efectiva de algunos de estos derechos deja mucho que desear. Por un lado, en lo que concierne a los jubilados, desde hace más de 4 años no reciben la paga de su jubilación aquí en España, pero incluso si esa paga se recibiera el monto a cobrar sería irrisorio debido a las sucesivas devaluaciones que la moneda venezolana ha sufrido en los últimos años¹⁷²⁴. Por otro lado, existe un convenio bilateral Venezuela-España que –cumpliendo algunos requisitos– permite a los venezolanos jubilados en Venezuela solicitar el reconocimiento de los años trabajados allí para acceder a la pensión en España, sin embargo, se hacen muy lentos los procesos de verificación de datos que la Seguridad Social española demanda al Instituto Venezolano de los Seguros Sociales. Dificultades que igualmente confrontan otros grupos de venezolanos cuando deberían solicitar documentos del país de origen. Son estas circunstancias que hacen que en muchos casos se agoten los ahorros propios de toda una vida y se produzcan situaciones de vulnerabilidad y pobreza independientemente del anterior condición económica y social.

Un factor adicional se agrega a lo ya mencionado: la barrera que significa tener que trabajar y querer hacerlo –en lo que sea, y al margen de la calificación, no solo por la necesidad de generar un ingreso sino por disfrutar de condiciones físicas y mentales para ello– cuando se tiene más de 50 años.

²⁴ La pensión de un jubilado en Venezuela, equivalente al salario mínimo, es de 30 Bolívares, que para el 15 de noviembre 2022, con una tasa de cambio oficial de 9,56 Bs = US\$ 1, no llegaría ni a 4€. (N.A.)

¿REGRESO A CASA?

Se extraña una Venezuela que ya no existe. Volver al origen es hoy una esperanza muy lejana. No se ve próximo un cambio en la situación socioeconómica de Venezuela, y aun cuando se produjera algún relevo en la cabeza del gobierno o incluso un cambio de gobierno –lo que tampoco se avizora en el corto o mediano plazo– la reinstitucionalización del país y la redemocratización de la sociedad requerirá de cambios estructurales de gran envergadura que requerirán, además, de mucho tiempo. Y en este contexto, a medida que el tiempo pasa la ilusión del regreso se va desdibujando, lo que o significa que esta migración (forzada por las circunstancias) haya renunciado a la disposición de ayudar a que los cambios necesarios se produzcan.

Desde esa perspectiva, la vivencia de estos migrantes puede representar en muchos casos no solo nuevas experiencias sino también la construcción de contactos personales e institucionales que crean nuevas redes sociales que podrá tener un impacto positivo en el futuro desarrollo de Venezuela. Y hoy en día, con el desarrollo de las nuevas tecnologías, hay maneras de contribuir y estar sin necesidad de trasladarse y “estar allí”, de manera presencial. A ese respecto son variados los esfuerzos que se están haciendo para incorporar al desarrollo venezolano los conocimientos y experiencias que los migrantes estarían adquiriendo en el desarrollo de los distintos ámbitos de la ciencia, la tecnología y los servicios público, en cuanto al desarrollo de la seguridad social y la atención a la salud, en los esfuerzos por contener el deterioro ambiental favoreciendo el ahorro energético, en arquitectura, vialidad y nuevos sistemas de transporte, por solo mencionar algunos campos. En ese sentido vale la pena, entre otros, citar como referencia las propuestas e ideas sobre el desarrollo futuro de Venezuela contenidas en un trabajo elaborado por Maranela Lafuente y Carlos Genatios²⁵.

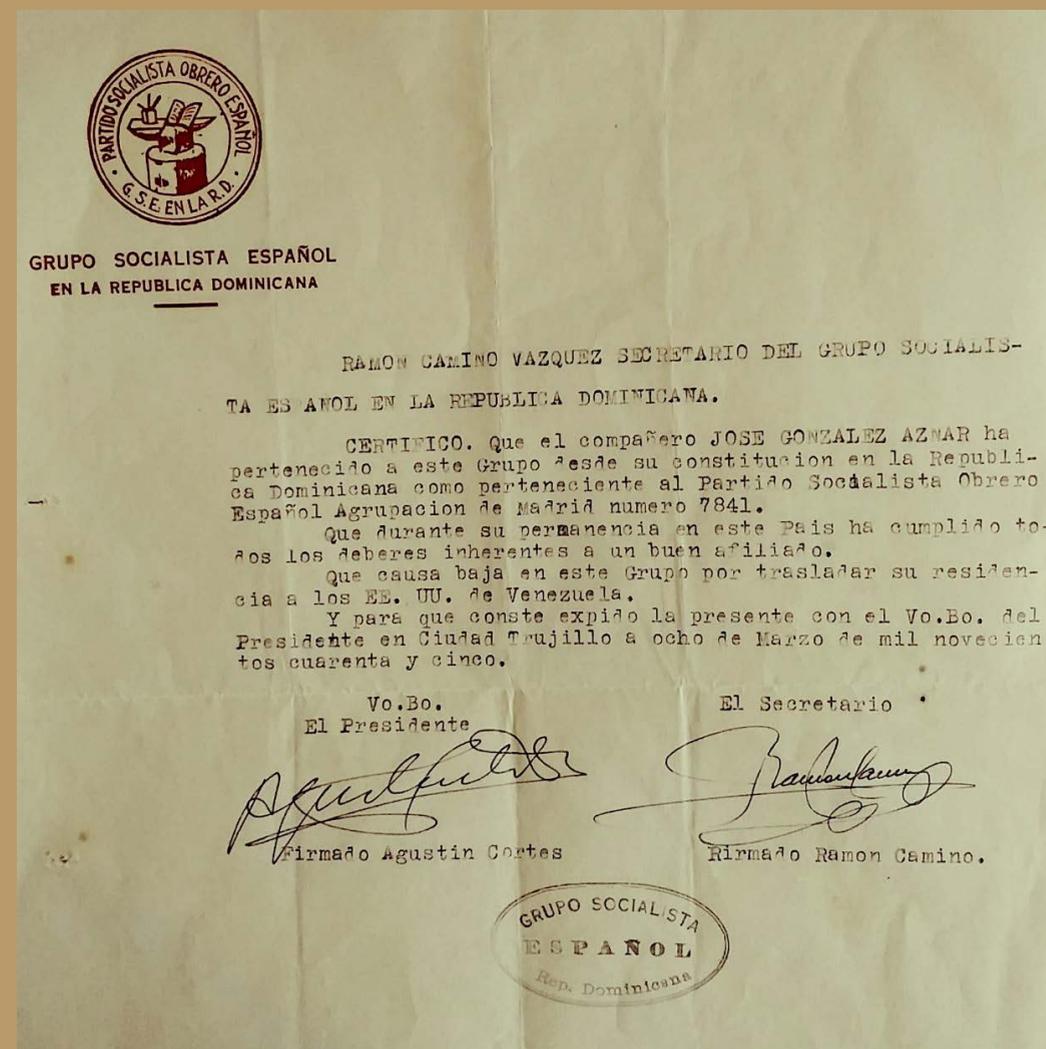
²⁵ Lafuente Marianela, Genatios Carlos (2021). De fuga de cerebros a red de talentos. La diáspora venezolana: análisis y propuestas, Caracas, Venezuela: Ediciones CITECI-ANIH. (N.A.)

DE IDA Y VUELTA

Aquel país que a lo largo de su historia abrió sus brazos y dio abrigo a tantos migrantes (españoles, portugueses, italianos, colombianos, cubanos, chilenos, argentinos, uruguayos, centroeuropeos, sirios y libaneses), el país que recibió como exiliados –junto a tantos otros– a Pepe, Joaquina y Juan, extranjeros que dejaron de serlo al poco tiempo, echando raíces en esa tierra donde reconstruyeron vida y familia y donde dejaron sus cenizas, son junto a muchos más, padres y abuelos de los que hoy salen de Venezuela en búsqueda de mejores condiciones de vida. De alguna manera, ahora la historia se repite en sentido inverso. De nuevo, hay que plantearse la diferencia entre exilio, insilio y migración.

La situación que enfrenta el emigrante siempre es muy compleja. Por una parte, el proceso de ubicación en la sociedad de acogida, adaptación a diferentes costumbres, la convivencia en sociedades donde incluso a veces se puede percibir rechazo al extranjero. La decisión de partir significa dejar atrás una vida, unas costumbres, afectos, paisajes, muchas veces también una casa. Es muy difícil guardar la vida en dos maletas. Muy difícil también pensar en regresar a un paisaje humano y urbano que ha cambiado, donde se mantienen los permanentes cortes de luz, falta de agua, escasez de gasolina (eso en el país con mayores reservas de petróleo del mundo), condiciones laborales precarias, situación económica difícil con altas tasas de inflación y una moneda a la que se le ha quitado en los últimos cinco años 16 ceros en procesos sucesivos de “ajuste”... Mucho tiempo tendrá que pasar para que Venezuela se recupere porque se ha producido una ruptura que deja el tejido empresarial deteriorado, la industria destruida, los partidos políticos muy fragmentados y el tejido social herido. En ese marco, recuperar el país quiere decir levantarlo desde los cimientos, pero no para volver al pasado: el reto es trabajar para la reinstitucionalización y la democratización y eso solo será posible con el concurso de todos (los de adentro y los de afuera, los jóvenes y los viejos) para reconstruir el tejido social en una nueva sociedad que para mirar al futuro tiene que ser posible, viable e inclusiva.

Por ello alzo mi copa y brindo para que podamos nuevamente vivir juntos en una Venezuela que clama por un reencuentro.



Grupo socialista española Rep. Dominicana

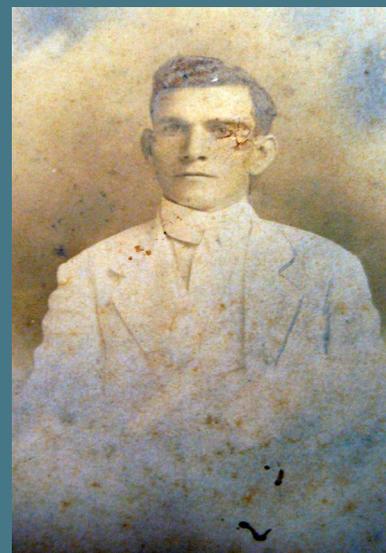


SEMBLANZA DE MIS CUATRO ABUELOS

(Cuba, mención honorífica)

Beatriz Celina
Gutiérrez
Gómez

En esa avalancha de emigrantes, a principios del pasado siglo, llegaron a Cuba mis cuatro abuelos españoles: Gutiérrez, Lola, José y Juanita. Intento dejar memoria de hechos familiares poco conocidos y me animo a presentarlos con vivencias personales, que retomo hoy, ya que el ciclo, que ellos comenzaron, tiene para mí semejanzas entre la ida y vuelta del tiempo, de aquel tiempo donde de Cuba para España se ayudaban, y el nuestro, donde España lo hace hacia la Isla saldando ambos una deuda de siglos . Veamos estas benevolencias con beneplácito y no como algo mendicante o circunstancial, sino como la unión umbilical nacida de las entrañas de la Madre Patria.



Mi abuelo José Gutiérrez López, mi abuelo paterno, el día de su graduación en la Facultad de Medicina y Farmacia de la Universidad de La Habana. Año 1908.

MIS ABUELOS PATERNOS: JOSÉ MARÍA GUTIÉRREZ LÓPEZ Y DOLORES GARCÍA VILA

Son tantas las presencias y vivencias que atesoro, que no sabría a cuál darle prioridad. Comenzaré por mis abuelos paternos. Ellos, como otros tantos españoles, salieron con la ambición de buscar el vellocino que a su retorno cambiaría el estado de abandono de sus aldeas; desde entonces, del otro lado del Atlántico hicieron todo lo posible por no olvidarlas, abrigando la esperanza de volverlas a ver algún día.



Mi abuela paterna, Dolores García Vila, con sus hermanas Carmen y Antonio en Pastoriza, Lugo, Galicia.

Decían mis abuelos, que su tierra contrajo nupcias con el mar para lograr su anhelada plenitud de belleza, que así era su Galicia antigua: venerable, distinguida, entrecruzada por montañas coronadas de rocas, robles y landas, cubiertas de pinos, que acarician el cielo, con comarcas cinceladas por los encajados cauces de sus ríos. Así les quedaría retratada, con sus cuatro parajes: Lugo, Orense, La Coruña y Pontevedra. Contaban mis abuelos, que Galicia está adornada por el mar, por las rías, forma costeña de nombre gallego con admirables puertos naturales. Referían, que su tierra, al norte, es montañosa y agrícola, cubierta por una variable y cuantiosa flora, muy rica y fértil. La recordaban como un sitio sagrado e inolvidable que los llenaba de orgullo. Y en ese entorno, en un lugar llamado Riotorto, y otro nombrado Pastoriza, nacen mis abuelos paternos, José María Gutiérrez López y Dolores García Vila. A ellos, corresponden los hechos que voy a narrar y de los que doy fe.

Quando recordaban a su río Torte, afluente del río Eo, decían que era muy caudaloso, aún en épocas de veranillo, regando ricas y abundantes praderías con aguas que diseminaban fuentes y abastecían todo el lugar con resultados mágicos para las praderas. Hablaban de las producciones de patatas, maíz, centeno y trigo, de los rebaños de terneros que abundaban en toda esa región, de su valle de Riotorto, donde se hallaban naturales yacimientos de mineral de hierro y cuarzo con piritas y minas de manganeso,

plomo y cobre rojo, aún sin explotar por la carencia de caminos; de la piedra de pizarra, con sus cualidades, de las minas de hierro, plomo y manganeso. Toda esa imagen iba impregnada de profunda nostalgia, amor y cariño a su tierra y soñaban, que algún día, su Riotorto y Pastoriza alcanzarían, gracias a sus riquezas naturales, honores de ciudades importantes, que permitirían a sus pobladores aumentar su nivel económico e imaginaban, que permanecerían allí para presenciar el desarrollo minero, agrícola e industrial del lugar que los vio nacer.

Decían que las cerezas producidas en aquel valle podrían abastecer algunas de las capitales de la nación, al igual que las castañas y los higos, y en menor escala, peras, manzanas, melocotones, ciruelas y nueces, las cuales no podían ser comercializadas por carecer de caminos, a pesar de encontrarse Riotorto a once kilómetros de su capital, y a cuarenta y cuatro de la provincia; los frutos y otros materiales eran trasladados a lomo de mula o en el clásico carro gallego, por caminos malos y veredas escabrosas hasta llegar al lugar donde la mano del hombre hizo una salida a la civilización.

Con añoranza conversaban de sus parroquias de Santa Martha, en Meilán, Ferreira Bella y la de San Pedro de Riotorto, con sus aguas minerales y medicinales, y las fuentes de Aldurfe y Meilán, que solo eran usadas por personas que vivían en sus alrededores. El abuelo idealizaba la construcción de una casa balneario en ese lugar privilegiado por la natura. Me contaban, que habían tenido la suerte de haber nacido en uno de los rincones más fértiles, pintorescos y bellos de Galicia, pero de los más olvidados, con una historia donde figuraban pocos hechos de gloria militar y mencionaban solamente un sangriento combate en la falda de los montes de Cariacedo, refiriéndose a él cuando lo creían conveniente y sin dar muchos detalles.

Un día mi abuelo dejó su tierra y cruzó el Atlántico en un barco militar con destino a Santiago de Cuba, convirtiéndose así en uno de los tantos españoles que llegarían a la Isla para luchar contra las tropas mambisas cubanas. Al llegar a puerto, mi abuelo se ausentó de la lista de los soldados y valiéndose de su astucia, se escondió detrás de unos barriles y sacos de patatas almacenados en una de las bodegas del barco, y allí, nuevamente, soportó la travesía. Esta vez de vuelta a Galicia. De esa aventura logró salir airoso y recorrió diferentes rutas hasta llegar a su Riotorto y contaba, como primera acción, el quitarse los zapatos y refrescar sus pies en las aguas de su río. Al llegar a su casa describiría el viaje de ida y vuelta a su familia.



Día en que se constituyó la Sociedad Emigrados de Riotorto y Pastoriza con sus miembros fundadores. En la última fila, el primero de la izquierda mi abuelo Gutiérrez. Año 1915.

El abuelo no conoció a su padre; la madre lo crió y lo inscribió en el registro de nacimiento con sus apellidos. Ella, y unos parientes lo criaron, y estos, asustados al conocer lo que hizo en su viaje a Cuba lo ocultaron. Salía sólo por las noches de su escondite de heno, pasando allí varios meses evadiendo las quintas. La suerte lo acompañó. Así me lo transmitió mi abuela y siempre que mencionaba este hecho lo hacía con mucho orgullo y decía: - gracias a su astucia tu abuelo pudo salir airoso y nunca mató a ningún mambí cubano -. No sé qué hay de cierto en esto, sí puedo decir, que mi abuela Lola no era dada a contar leyendas o imaginarlas, era una gallega con muy poca instrucción, el abuelo le había enseñado a leer, a escribir y a sacar cuentas; ¡eso sí! muy avivada para su tiempo. Tenía ese don natural y creo, que al describirme esa historia lo hacía tal como la escuchó del abuelo. Ambos sentían gran respeto y admiración por José Martí; recuerdo ver, sobre el armario del cuarto de ellos, un pequeño búcaro de bronce, con flores blancas, colocadas al lado del busto del apóstol.

Terminada la guerra con España, el abuelo embarcó otra vez hacia Cuba, esta vez con todas las de la ley. Iría como emigrante. Su destino, La Habana, dejando atrás a su Riotorto y abrigando la esperanza de volverlo a ver algún día. Nunca más pudo hacer realidad ese sueño. Ya en tierra cubana, fue a vivir con un paisano, su estimado amigo, José María Rodríguez Luaces, que se dedicaba al comercio y llegó a poseer un café bodega al cual bautizó con el nombre Riotorto, muy cerca de la quinta La Benéfica. Mi abuelo

se dedicaría a la atención de enfermos, realizando curaciones a domicilio y por las noches estudiaba en el Centro Gallego de La Habana. Años más tarde comenzaría los estudios en la Facultad de Medicina y Farmacia de La Universidad de La Habana, graduándose el 30 de septiembre de 1908 por la orden número 266 de la serie 1900 registrado al folio A, número 36; su título fue firmado por el Decano de la Facultad de Medicina; el abuelo tenía treinta y dos años de edad al graduarse. Siempre decía la abuela que estaba entre los primeros enfermeros que se graduaron en Cuba y que la quinta La Balear le abrió sus puertas para que ejerciera su profesión. Y es precisamente allí, en esa quinta, que conoce a mi abuela, una galleguita que acababa de llegar de Pastoriza, donde también en sus valles nace un río, el Miño, que baña la pradería y donde se pueden pescar abundantes truchas. La abuela había nacido en Bretoña Logilde, muy cerca de una cantería de mármol y contaba que la estación de ferrocarril más próxima estaba en Rábade, a 38 kilómetros, los mismos que la separan de la capital de Lugo.

El azar hizo que se unieran estos dos paisanos de comarcas cercanas de una forma muy peculiar, mi abuelo estaba comprometido para casarse con la hija de un médico de la quinta donde trabajaba, al conocer a mi abuela quedó prendado de su belleza. Mi abuela había llegado a La Habana mediante la gestión de su



Cartilla de conducir de mi abuelo Gutiérrez. Año 1916.

hermana Carmen, que trabajaba en esa quinta, y que al enterarse de la atracción de ambos y saber que mi abuelo ya estaba comprometido para casarse, embarcó de nuevo a mi abuela para España, pero a los pocos meses mi abuela estaría de regreso y un buen día se presentó en la quinta y le dijo a mi abuelo: - Ya sé que te casas, Joseito -Y éste le respondió: - Dices bien, Lolita, me caso, pero contigo. A los pocos días, la tomó del brazo y la llevó a una notaría cercana a la Quinta la Balear; ese día se casaron por lo civil. Mi abuela era muy católica y siempre le reprochaba el no haberse casado por la iglesia. Años más tarde, un día, mi abuelo le dijo: - Componte Lolita, arregla a los niños que vamos de paseo. Y los llevó a todos a la iglesia San Agustín; ya él había acordado con el cura y con dos paisanos de Riotorto como testigos, y como invitados, mi padre, con doce años; mi tío, con trece y mi tía, con seis años, fue la madrina de la boda. ¡Cosas de gallegos!

Mis abuelos fueron conociendo a otros paisanos que iban llegando o que ya estaban en La Habana. Estos gallegos de Riotorto y Pastoriza se reunían todos los domingos en el hogar de un pariente de la familia nombrado Antonio Bouso, que vivía en la calle Santa Clara No. 31, en La Habana. Apellidos como los de Veiga, Luaces, Gallo, Bragueiras, Vila, Lorigado, Basanta, Val, Gasalla, Muiño y otros



En los salones de la cervecería Hatuey, en la mesa de atrás mi familia. Mi padre, Heriberto Gutiérrez García de pie.

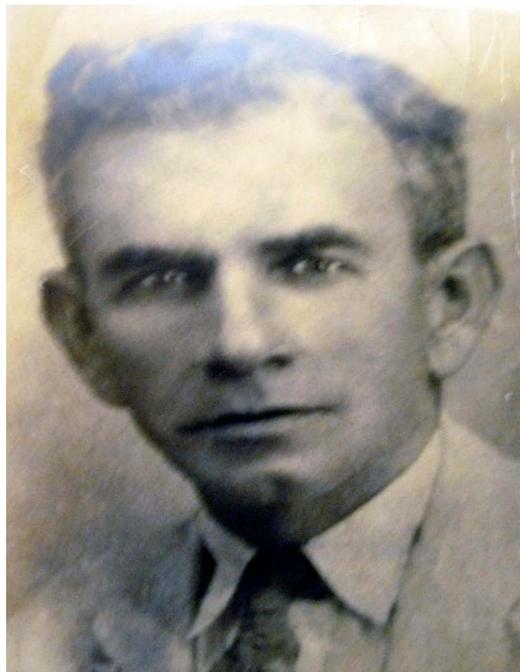
tantos han quedado grabados en mi memoria porque desde niña escuchaba a mi familia mencionarlos, conociendo a muchos de ellos y a sus descendientes.

A este grupo de gallegos les surgió la idea de crear una sociedad, a la que pondrían por nombre Sociedad de Instrucción y Recreo Emigrados de Riotorto, continuadora de su Riotorto y Pastoriza, para con ella lograr una mejor compenetración con los paisanos emigrados a La Habana desde esos lares. Y es así como ve la luz esa sociedad una tarde de domingo del mes de abril de 1915, en casa de Bouso, donde mi abuela y mis primas Josefa, la de Santa Clara, Encarnación, Generosa, Escolástica, América y Merced, habían preparado para ese día pulpos, harina con cangrejos, empanada gallega y freixuelos. A Josefa le decíamos en casa Josefa la de Santa Clara, por nombrase así la calle donde vivía ella con su familia. De Encarnación y Generosa guardo muy gratos recuerdos; se dedicaban a labores domésticas. Eran muy cariñosas y ocurrentes esas dos pícaras gallegas con sus leyendas y cuentos de aldea poco creíbles para el que las escuchaba, para ellas formaban parte de su fantasía.

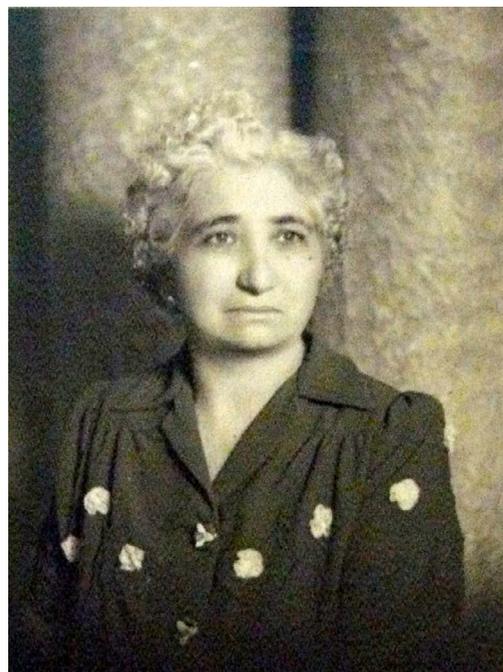
Mi prima América y su esposo Manuel, también gallegos y personas encantadoras, tenían una gran empatía con mi abuela Lola; eran de su misma aldea y al llegar a La Habana compraron terrenos cercanos y fabricaron sus casas de madera en el mismo reparto Almendares. Todas las tardes se visitaban y cosían juntas. De niña y de joven, yo caminaba con mi abuela diariamente esas dos cuadras para ir a casa de la prima América. Me gustaba escuchar las historias que ellos contaban y el cariño con que siempre me hablaron de su terruño. Josefa, Escolástica y Merced eran otra cosa; habían hecho capital con sus esposos, que eran propietarios de comercios, y a decir verdad, sus visitas a la casa de mi abuela no me eran muy gratas porque las conversaciones giraban siempre



El féretro de mi abuelo, llevado en hombros, desde la entrada del cementerio de Colón, en La Habana, hasta el panteón de Riotorto. Al frente, mi padre y tío junto a directivos y miembros de las sociedades españolas.



Mi abuelo, el Dr. José María Gutiérrez López. Natural de Riotorto, Lugo, Galicia.



Mi abuela, Dolores García Vila. Natural de Pastoriza. Lugo, Galicia.

sobre temas de negocios o alquileres de viviendas; lo único que me agradaba de aquellas visitas era el cartucho de rosquitas azucaradas que traían para acompañar con la champola, que mi abuela les preparaba con las guanábanas de la mata que estaba sembrado en nuestro patio.

Retomando el tema de la Sociedad, les diré que a partir del día en que la crearon las reuniones en casa de los Bouso tomarían otro cauce y nombrarían una Mesa provisional que presidió Antonio Val, y el día 28 de abril de 1915 el Gobernador Provincial de La Habana aprobó el Reglamento presentado por ellos, donde se les autorizaba a constituir legalmente dicha sociedad; su primera Junta General fue celebrada el día 30 de abril del mismo año. Donde mi abuelo integró la misma como vocal. En el mes de diciembre de ese año reciben la propuesta de mudarse para el Centro Gallego de La Habana, junto a otras sociedades que también habían sido creadas aproximadamente en esa fecha. Inicialmente no estuvieron de acuerdo y siguieron realizando sus reuniones y juntas en la calle Santa Clara, meses después aceptaron la propuesta y fueron a radicar al Centro Gallego.

Como dato curioso les diré que los primeros miembros eran todos hombres y no fue hasta el mes de junio del año 1915 que autorizarían a las mujeres a ser socias; Josefa, Encarnación y mi abuela Dolores, iniciaron la lista y en pocos meses se incrementó el número de asociadas, la mayoría de ellas eran esposas de los miembros antes mencionados y a partir de que fueron naciendo sus cubanos hijos, estos también se sumarían y años más tarde nosotros, sus cubanos nietos. Dejando bien establecido, desde entonces, que para disolver la Sociedad de Instrucción y Recreo Emigrados de Riotorto, tendría que ser acordado en una Junta General Extraordinaria citada al efecto y si se oponían a ello cinco socios con voz y voto no se podía llevar a efecto tal disolución. Y si por algún motivo se acordaba su desintegración, su Capital activo se distribuiría de la siguiente forma: Todos los inmuebles que poseía pasarían a ser propiedad del Ayuntamiento de Riotorto, en la provincia de Lugo, España y con la condición que serían destinados precisamente para Escuelas Públicas, no pudiendo destinarse a otro fin alguno. Tenían derecho a hacer cumplir esta cláusula cinco vecinos del término Municipal de Riotorto capacitados civilmente. Del efectivo y valor del mobiliario de la sociedad después de cubiertas todas las obligaciones sociales, se destinaría el veinticinco por ciento para la casa de Beneficencia y Maternidad de La Habana y el setenta y cinco por ciento restante se distribuiría entre los niños pobres de las escuelas del Ayuntamiento antes citado según lo determinara la comisión liquidadora que al efecto nombraría la Junta General de Socios. El Estandarte y el archivo de la sociedad serían donados también al Ayuntamiento de Riotorto. Desafortunadamente, al triunfo de la Revolución Cubana y ser intervenido el Centro Gallego todas las sociedades españolas pasaron a ser controladas por el Ministerio de Justicia de Cuba, aunque lograron mantener sus oficinas en el antiguo Centro Gallego, pero tuvieron que adecuar sus Reglamentos a los nuevos tiempos impuestos.

El estandarte al que se hace referencia fue concebido en la primera junta el 28 de abril de 1915, donde mi abuelo, José Gutiérrez López, como parte de su directiva, propuso la creación de un emblema social que representara la figura de dos niños dándose la mano en señal de unión de los dos Ayuntamientos, Riotorto y Pastoriza. Y contaba mi abuela, que cuando confeccionaron el emblema, colocaron el estandarte sobre una carroza bellamente adornada que salió escoltada por cuatro damas de honor desde el Centro Gallego de La Habana, hasta los jardines de la cervecería La Tropical, donde se realizó un banquete con matinée para la colonia gallega. Estos festines los hacían cada cierto tiempo en diferentes

lugares: en los Jardines del Parque de Palatino, en el salón Mamoncillo de la cervecería La Tropical, en la cervecería Hatuey, en la Terraza del Carmelo, en los manantiales de La Cotorra, y años más tarde, en los salones de La Polar.

Todos estos lugares atesoran recuerdos de las giras, verbenas y romerías que allí se realizaban con las familias de estos emigrantes, que entre jotas, muñeiras y pasodobles disfrutaban una feliz tarde de domingo, solamente entristecida, cuando al atardecer, se escuchaba la gaita. Yo miraba los ojos llorosos de mis abuelos y me preguntaba el por qué lloraban si estaban bailando y cantando. Así quedarían grabadas en mi memoria de infante aquellas giras y estampas gallegas.

En el mes de mayo de 1916, mi abuelo pasa a ser vicepresidente de la Sociedad y propone realizar en los Jardines de Palatino el Primer Festival Banquete de la Sociedad de Riotorto; para efectuar dicha festividad se escogió el día 18 de junio y estaría amenizada por grupos musicales creados por emigrantes de diferentes sociedades españolas invitadas a participar en el primer festival. Otras de las propuestas hechas por mi abuelo en ese año fue crear la Comisión de Glosa y realizar las elecciones cada dos años; la primera, la realizaron en el mes de mayo de 1917; siempre fueron fieles cumplidores de este acuerdo, y cada dos años, lloviera, tronara o cayeran raíles de punta - como decía la abuela - se reunían en el Centro Gallego para elegir una nueva directiva o mantener la ya existente. Mi abuelo falleció siendo el presidente de la sociedad y el mismo día de su sepelio salieron todos del Cementerio de Colón hacia el Centro Gallego para efectuar la Junta Directiva y nombrar al nuevo presidente. Emiliano Villamil culminaría ese año como suplente y no es hasta 1938 que asume José Veiga Gutiérrez la presidencia de la sociedad hasta 1940, fecha en que se celebraron las Bodas de Plata.

En diferentes mandatos mi abuelo quedó como vicepresidente y desde el año 1932 hasta 1934 y del 1936 al 1937, fungió como presidente hasta su fallecimiento. Decía la abuela, que como él era titulado y España estaba en plena Guerra Civil, decidieron todos, que esos duros años ocupara la presidencia de la sociedad. El abuelo era una persona muy honesta, de gran sensibilidad humana, con buena preparación, muy querido y respetado por todos; tenía un carácter afable y cortés, que lo distinguía. Cualidades que permitían que su voz recibiera la atención de quienes le escuchaban.

En el año 1936 crearon los Comités de Apoyo a la Guerra Civil; estos últimos hicieron todo lo posible por hacer llegar a España cualquier tipo de donación y en los salones del Centro Gallego de La Habana se recaudaban fondos a través de actividades y se embalaban los baúles y cajas que transportarían mercancías y ropas para España. Además, se preparaban para recibir la nueva oleada de exiliados que arribarían al puerto de La Habana, procedentes de distintos puntos de la península ibérica, sumándose estos a los emigrantes ya existentes en Cuba. El Consulado Español en La Habana, desde fecha muy temprana ya había solicitado a las sociedades regionales y de beneficencia, creadas en la capital, la ayuda para la creación del Comité de Auxilio a los españoles exiliados de México; se acuerda enviar la suma de mil pesos repartida proporcionalmente entre las sociedades participantes en aquella reunión.



Mi abuela, Dolores García Vila en España. Año 1971. Falleció a la edad de 86 años en Miami, Florida. Allí descansan sus restos.

Uno de los primeros y de los tantos barcos anclados en el muelle de San Francisco, fue el vapor correo Manuel Arnús, que llegó cargado de exiliados a La Habana. Con relación a las peripecias de este barco, guardo muchas anécdotas, ya que algunos marineros eran amigos de mi familia y en los casi dos años que se mantuvo el barco retenido por las autoridades en puerto cubano, esos marineros visitaban a mis abuelos todos los domingos hasta que pudieron embarcar para Veracruz gracias a gestiones realizadas por el entonces presidente de México, Lázaro Cárdenas. En mi libro *El Manuel Arnús, Crónicas y Leyendas*, relato estos hechos como me lo contaran mis abuelos y padres. El barco estuvo casi dos años impedido a navegar. Las autoridades cubanas de turno así lo decidieron.



Primera foto de mi abuelo José María Gómez Gómez estudiando en el Centro Gallego de La Habana. Año 1913.

Cuando se celebró el Primer Festival Hispano-Cubano, se creó un Comité de Cronistas de Sociedades Españolas y se vendieron talonarios con valor de diez pesos para recaudar fondos. En esa época también vería la luz el Comité Pro Casa Curros Enríquez; existían además los comités de visita a enfermos en sanatorios y quintas como La Balear, La Benéfica e Hijas de Galicia.

Desde su llegada a La Habana, mi abuelo Gutiérrez, como todos lo llamaban, practicaba curaciones a domicilio. Me contaba mi abuela, que ya en Galicia, él utilizaba plantas silvestres, la manzanilla y aguas medicinales de su región para aliviar los distintos males de los aldeanos. Ellos tenían fe en su método de sanar, era muy querido y estimado por todos en su terruño. Recuerdo que mi abuela decía que él hacía uso de la manzanilla para múltiples curaciones; para el abuelo esa planta era mágica y curó a muchas personas con ella. En el patio de nuestra casa nunca ha faltado y aún la utilizo para remediar diferentes dolencias y siento alivio

al tomarla como cocimiento o al aplicarla sobre la piel. Siempre que lo hago tengo un pensamiento para con el abuelo. Si él viviera hoy día, de seguro, defendería con todas sus fuerzas el uso de la medicina verde y tradicional. Todo este conocimiento le serviría para que años más tarde lo consideraran como uno de los mejores graduados en La Habana, por el año de 1908.

Recordaba la abuela, que por entonces, en los salones de cirugía no existía la anestesia y se aplicaba éter para las operaciones; esto deterioró gradualmente la salud del abuelo y le causó un cáncer pulmonar, él, ni fumaba, ni era adicto a la bebida, solamente antes del baño se tomaba una copita de anís o coñac. Recuerdo que la abuela hacía lo mismo.

En los años transcurridos durante la Guerra Civil Española, llegaban a La Habana muchos exiliados traumatizados o con tuberculosis; fue una etapa muy difícil para el abuelo y la Quinta La Benéfica sirvió como sanatorio para que se recuperaran muchos de estos enfermos, a quienes alimentaban y les suministraban jugo de berro en diferentes horarios del día. A todos ellos consagró el abuelo largas jornadas de labor hasta sus últimos años de vida. De ahí que la abuela Lola decía: - Gutiérrez no fue a pelear a la guerra de España, pero murió por ella -.

El desvelo por los enfermos que atendía resultó muy reconocido y a la hora de su muerte, muchos de ellos le acompañaron hasta su última morada; solamente quedaron en la quinta La Benéfica los casos graves. Todos los demás enfermos asistieron a su entierro llevando en hombros su féretro y junto a los directivos de las sociedades gallegas lo acompañaron ese día 21 de julio de 1937, hasta su panteón de Riotorto, en el cementerio de Colón. Murió a los sesenta y dos años y su despedida se convirtió en algo muy conmovedor. Decía la abuela: - Todos los presentes lloraron la pérdida de Gutiérrez -. El suceso quedó registrado en fotos, en esquelas de periódicos habaneros y gallegos de la época.

Todos estos emigrantes buscaban la forma de ser útiles a su tierra desde Cuba y cooperar también en la instrucción primaria de sus aldeas, ya que era muy deficiente, además de la situación de abandono que presentaban las pocas escuelas que existían. Una de las ideas de mi abuelo, fue brindar apoyo para la construcción de un hospital provincial en Lugo, por tal razón envían a sus respectivos ayuntamientos en Galicia un donativo e ingresan en el banco una parte del capital existente en la Caja de la Sociedad.

A raíz de esta acción reciben una carta del juez municipal de Riotorto, solicitándoles la cooperación para la construcción de una casa escuela, en la parroquia de Santa Martha de Meilán, de dicho Ayuntamiento, y otra en la parroquia de Ferreira Bella. La petición fue tomada en consideración y comienzan a enviar dos donativos para estas obras sociales, seiscientos pesos para la primera y cuatrocientos pesos para la segunda. Al culminarse las obras, el párroco de Santa Martha envía una carta dando a conocer que en atención a las distintas aportaciones recibidas, se tomó el acuerdo de colocar en el lugar una placa conmemorativa de las donaciones hechas desde La Habana por los emigrantes.

Se recibían cartas desde Galicia de los vecinos de Espasande de Abajo, donde solicitaban fondos para la construcción de un colegio en ese pueblo y decían que el Ministerio de Instruc-

ción Pública solamente les ofrecía maestro y material escolar, no cooperación para la construcción. Es entonces, cuando mi abuelo hace dos proposiciones: una, que se contribuya con la misma cantidad mensual que se envió para el colegio de Santa Martha, ya finalizada su construcción, y además, enviar tres mil pesetas y quinientos pesos en moneda española en tres plazos hasta la culminación de la segunda obra. La otra propuesta del abuelo consistió en que también tuvieran acceso a dicho colegio los niños de Espasande de Arriba, hasta que ellos pudieran tener el suyo y así recibirían la misma instrucción. Allá accedieron a la petición y más tarde también iniciaron la construcción del colegio de Espasande de Arriba, con la misma contribución enviada desde La Habana. Otra de las ayudas fue depositar en el Banco Hispano Americano de Madrid una letra de cambio por valor de dos mil pesetas, con fecha 20 de febrero de 1920, letra que había sido comprada por esta sociedad en el Banco Español de la Isla de Cuba, con el número 204724, cuyo importe estaba destinado a la construcción de una casa escuela en la Parroquia de Ferreira-Bella, en Riotorto, habiendo sido acogida la negociación de dicha letra a la moratoria del citado banco. Es digno señalar que durante la construcción de todas estas obras, hasta su culminación, se cumplió desde La Habana el envío sistemático y puntual del dinero. Aquí vemos el grado de solidaridad tan alto que existía en todos estos emigrantes, que se distinguieron por sus aportes a su amada tierra.

Mi abuela me explicaba que cuando recibían las cartas enviadas desde el Ayuntamiento de Riotorto dando fe de la culminación de las obras sociales a las que ellos habían ayudado a materializar, las lágrimas brotaban en los ojos de todos aquellos emigrantes.

Siempre recordaba, y lo contaba con orgullo, que ellos, desde La Habana, habían hecho realidad el sueño de las siete escuelas, de la feria en Las Rodrigas, de la reparación de los nueve puentes y de los caminos vecinales y ainda mais, como decía la abuela en gallego, que quiere decir y mucho más...

En el año 1925, estos emigrantes, solicitan que se le concediera al Ayuntamiento de Riotorto un Bastón de Mando por haberlos apoyado en sus proyectos e ideas a favor de su terruño natal. Es entonces, que mi abuelo, creyó oportuno comprar dicho bastón con los fondos de la sociedad, y además propone que se nombre una comisión para adquirirlo, siempre que su precio no excediera los setenta y cinco pesos de aquella época. Y es así como llega aquel bastón a la Alcaldía de Riotorto en un bello estuche, junto

con un cuadro con los nombres de todos los socios donantes; José Veiga Gutiérrez es el portador del obsequio y fue quien lo llevó celosamente cuidado hasta la amada Galicia. El día de su partida todos fueron a despedirlo al muelle de San Francisco. Dacia la abuela, que estando ya Veiga a bordo del barco, sacó el bastón del estuche y comenzó a agitarlo en señal de despedida y a viva voz todos le respondieron desde el muelle: ¡Viva Galicia! ¡Viva España!

Se entristecía con las cartas que llegaban de las aldeas de personas que habían tenido la desgracia de que sus hijos fallecieran en la guerra o nacieran con defectos físicos y solicitaban socorro a sus paisanos en la Isla; siempre mi abuela recordaba a dos infelices criaturas que habían nacido en el Ayuntamiento de Muras, sin brazos y sin piernas. Para ellos, abrieron una colecta para cooperar en tan humano fin, pero estas no serían las únicas personas a las cuales les brindarían auxilio desde La Habana. En noviembre del año 1921, propusieron, que las sociedad españolas hiciera un donativo a los soldados gallegos que estaban peleando en África, unos estuvieron a favor y otros en contra, llegando al acuerdo de que la sociedad enviara una carta al Ayuntamiento de Riotorto, para solicitar del señor alcalde los nombres de los soldados pertenecientes a aquel Ayuntamiento y que estaban peleando en territorio marroquí, para de ese modo hallar la mejor manera de hacerles llegar alguna ayuda a ellos y a sus familias. Al ser llevados a la guerra esos hombres sus mujeres, niños y ancianos se hicieron cargo de la casa y de las labores en el campo, quedando en un desamparo total, y como en anteriores ocasiones, desde el Centro Gallego los emigrados enviaron cuotas de ayuda para esas familias.

Transcurría el año 1922, la Sociedad envía fondos para edificar otra casa colegio, esta vez en la parroquia de Aldurfe; con el apoyo del vecindario se realizó esta obra, y además, solicitan al alcalde de



Mi abuela Juana Llurba Abelló, en Barcelona, al quedar viuda con 27 años de edad.



Mi abuela Juana Llurba Abelló, última foto tomada en Barcelona antes de partir para Cuba en el vapor Manuel Calvo. Año 1912.

ese pueblo que nombre un profesor, para desde La Habana enviar los honorarios al maestro.

En ese propio año, los emigrantes, conocen de un artículo de un diario español, donde se llama la atención a los municipios de toda España acerca del Proyecto Telefónico Nacional, y en tal sentido, acogen este nuevo proyecto. La dirección de Riotorto envía una comunicación desde La Habana al alcalde de su ayuntamiento, expresándole, que si el municipio carecía de los fondos para dicha obra, la sociedad haría un esfuerzo para subvencionar parte de los gastos. Esto fue tomado también en consideración y comenzaron a disponerse los aportes financieros para el Proyecto Telefónico Nacional.

Cuando en el año 1926 azotó a La Habana un fuerte ciclón, se creó un Comité de Ayuda para socorrer a las víctimas del huracán, y cada vez que el país recibía los efectos de alguna tormenta, este Comité se activaba y ayudaba a todo asociado que había sufrido alguna pérdida material o humana. Muchos de estos emigrantes, como nuestra familia, habitaban en casas de madera, típicas de la época y al pasar los ciclones recibían daños de consideración. Mis abuelos pagaban el seguro a la compañía El Iris, pero no todos podían hacerlo y cuando ocurrían incendios, o inclemencias naturales, que afectaban sus viviendas, siempre la sociedad los socorría y les brindaba ayuda.

Todos estos emigrantes vivían del fruto de su trabajo, no todos tenían negocios propios, ni eran acaudalados, ni hicieron capital a partir de prebendas. Muchos de ellos realizaban un gran esfuerzo para cooperar con todas esas donaciones a su tierra y a sus paisanos en La Habana cuando caían en desgracia y la gran mayoría iban a pie a sus trabajos, a las reuniones de la sociedad y a recibir clases en el Centro Gallego y así se ahorraban las pesetas. Mis abuelos vivían en un reparto llamado Almendares. La abuela me contaba, que diariamente y durante muchos años, el abuelo caminaba desde la casa para ir a estudiar al Centro Gallego y más tarde a la Universidad, y haría lo mismo cuando comenzó a trabajar en la quinta La Balear y en La Benéfica. Ahorrando así el poco dinero que ingresaba y era necesario guardar para pagar el terreno comprado, la construcción de una casa de madera y la crianza de tres pequeños hijos. ¡Qué sacrificio el de nuestros abuelos!

En todos esos años mi abuelo recibió el apoyo de mi abuela; ella, criaba animales en el patio de la casa y temprano en las mañanas

recorría el barrio cortando hojas de álamo para alimentar las chivas y después ordeñarlas; desgranaba maíz para dar de comer a las gallinas. Esta labor la realizó durante muchos años. Siempre recordaré a la abuela Lola en estas faenas, y en las tardes, en el portal de la casa, sentada en su sillón de mimbre, cosiendo telas de percal para vestir a la familia.

En el año 1916, el abuelo había adquirido la categoría de chofer otorgada por la Administración Municipal de La Habana para circular por la ciudad, y tanto él, como otros emigrantes, que la poseían, se trasladaban en carros de tracción animal y en otros medios de transporte típicos de la época y con sus propios recursos iban de un lugar a otro. Hay que tener en cuenta, que por aquel entonces, aún no existían las vías apropiadas, ni las comunicaciones actuales en La Habana y en el resto de la Isla.

Deseo destacar, que con motivo de la visita a Cuba en 1928 del ilustre doctor Roberto Novoa Santos, el Centro Gallego y las demás sociedades gallegas de instrucción tomaron el acuerdo de rendir un homenaje a tan destacada figura en el Teatro Nacional del Centro Gallego; para ello se vendieron las entradas a quince pesos y resultó muy alta la recaudación. Es entonces, que mi abuelo, José Gutiérrez López, propone que se destinen esos fondos a la Universidad de Santiago de Compostela, por ser el doctor Novoa Santos paladín de la construcción de la célebre Ciudad Residencia de Estudiantes en Santiago y que este gesto sería un honor para ellos y para Galicia. Por unanimidad se aprueba la propuesta del abuelo y la alta suma recaudada es enviada. Es así como este patrimonio histórico - un sueño de aquella época -, se convirtió en realidad gracias a la tenacidad de todos aquellos emigrantes, que dentro y fuera de su tierra lo hicieron posible.

Cronistas de periódicos de Galicia y de toda España, se interesaban en conocer y publicar las noticias novedosas que llegaban desde La Habana, procedentes de todas estas sociedades de emigrantes y fueron muchas las cartas que enviaron. A todas, se les hacía acuse de recibo, y en las columnas de los periódicos gallegos salieron a la luz algunas de estas crónicas, donde se elogiaban las ideas de estos emigrantes y el apoyo financiero que enviaban desde la Isla a sus ayuntamientos y aldeas.

El 5 de mayo de 1935 realizan una gran colecta y celebran un banquete en los jardines de La Cotorra. Además, siembran el árbol Fico, en la principal avenida de dichos jardines y al pie del mismo, colocaron una placa de mármol en la que figura el nombre de la sociedad y la fecha de ese acto. Mi abuela siempre guardó con

mucho cariño la fotografía tomada aquella tarde de domingo, en ella aparecían todos los miembros fundadores, entre ellos, mis abuelos con sus tres pequeños hijos, que en realidad tuvieron cuatro, porque Joseito, el mayor, murió de tifus con tan sólo un año de edad. Después, nació mi tío Pepe, mi padre Heriberto y mi tía Vitoria Dominica. Actualmente todos fallecidos. Los restos de mi tío y padre descansan en Cuba, y los de mi tía, en Miami, Florida, junto a los de su esposo, mi padrino, José Fernando Campos Simón y los de mi abuela, todos emigrantes españoles y descendientes.

Contaba mi abuela, que el 12 de octubre de 1935, a pesar de las inclemencias del tiempo y bajo un torrencial aguacero, acudieron todos al panteón de Riotorto, en el cementerio de Colón en La Habana, allí se develó un pedestal, que sostenía una piedra traída desde las canteras de Riotorto, en Galicia. Mi abuelo usó de la palabra en dicha inauguración, como presidente de la Sociedad en aquel momento. Hay un dato curioso: esta piedra soportó varios ciclones que azotaron a La Habana, sin embargo, en la década de los años ochenta del pasado siglo, dicen que fue arrastrada por un ciclón y nunca más se supo de ella. Algunos piensan - y yo entre ellos -, que la piedra fue sustraída por manos inescrupulosas que al ver sus destellos de minerales creyeron que pudieran ser piedras preciosas, o quién sabe si haya recorrido otra vez su ruta de llegada, como tantas fotos y documentos de la Sociedad que fueron sacados del país por personas que abandonaron el territorio cubano y se los llevaron consigo.



Mi abuela Juana Llurba Abelló a los 38 años, en La Habana.



Boda de mis abuelos
José María Gómez
Gómez y Juana Llorba
Abelló en La Habana.
Año 1918.

Mi única prima hermana, Magaly del Carmen Campos Gutiérrez, partió de Cuba a los diez años con mis tíos y abuela rumbo a España. No la he vuelto a ver desde entonces. Hace años vive en Miami, Florida, con su esposo e hijos. Ella, y yo, somos el único vínculo sanguíneo directo de los Gutiérrez que un día fundaron la sociedad de Riotorto en La Habana, Cuba ya que Jorge Antonio Gutiérrez Rodríguez, mi primo, hijo único de mi tío y Heriberto y José Luis Gutiérrez, mis otros dos hermanos, están fallecidos y sus restos descansan en el Cementerio de Colón en La Habana.

De niña y adolescente, cada vez que paseaba por mi barrio Almendares o por algún lugar de La Habana, recuerdo a mi abuela Lola, diciéndome y señalándome con su dedo: - Ves, ahí hay sudor y dinero gallego -.

En el año 1981, fallece mi abuela en los Estados Unidos, con noventa y seis años de edad. Ella cruzó siete veces el océano Atlántico, en viajes de ida y vuelta de España a La Habana, y tres veces traspuso el estrecho de la Florida. Fue el destino quien hizo de mi abuela una viajera incansable y quién le iba a decir que sus restos mortales no descansarían ni en Cuba, ni en su panteón de Riotorto, ni en su querido terruño de Pastoriza, en Galicia, si no, en uno de los tantos cementerios que existen en Miami.

Entre otras remembranzas me contaban mis abuelos, que 15 de abril de 1838 fue inaugurado el Teatro Tacón, el cual debe su nombre al gobernador general de la Isla, Miguel Tacón (1834-1838). Ya para 1917 pasaría a llamarse Teatro Nacional, construido dentro de la edificación del Centro Gallego. A este teatro llegaban los más importantes acontecimientos europeos y por el pasarían ilustres personalidades del arte y la ciencia de aquel tiempo. De él, escribió la Condesa de Merlín: « (...)En Londres o en París se tomaría este teatro por un inmenso salón de gran tono (...)». Yo, estoy plenamente de acuerdo con la condesa, pero lo que ella no pudo nunca imaginar y mucho menos escribir, es que ese - gigantesco pastel de cumpleaños -, como lo viera y describiera Carpentier, soportó y pudo ver el fin de la colonia española, la injerencia norteamericana, la instauración de una República y ser testigo de luchas intelectuales, obreras y estudiantiles hasta el triunfo de la Revolución Cubana el 1ro de enero de 1959.

Para mí, los rebautizos que ha recibido a lo largo del tiempo: Tacón, Nacional, Federico García Lorca, Gran Teatro de La Habana y Teatro Alicia Alonso, todos, lo han beneficiado ilustrativamente y culturalmente, y ninguna generación de cubanos podrá olvidar a los bailarines, actrices, cantantes y músicos que subieron a su escenario; jamás olvidarán que allí estuvo sentado como espectador nuestro apóstol José Martí, que allí cantó Enrico Caruso, que allí zapateó Antonio Gades y que allí danzó nuestra Alicia Alonso. Por eso, cada vez que subía sus hermosas escaleras de mármol me transportaba en el tiempo y recordaba al muy ilustre Centro Gallego de La Habana, como le nombraban mis abuelos, con su suntuoso Teatro Nacional. ¡Cuántas veces estuve en él...!. En sus fiestas, en sus salones, en sus reuniones de sociedades españolas, en sus bailes, recordado el 20 de diciembre, fecha en que se escuchó en Cuba, por vez primera, el himno del terruño de los abuelos y que

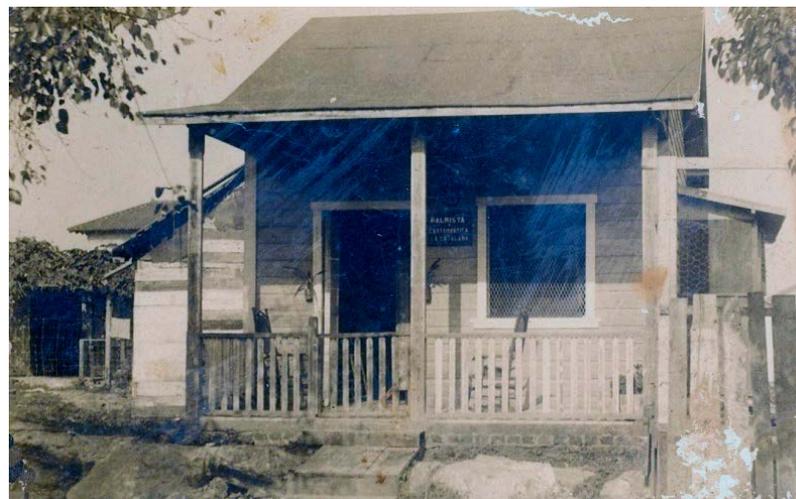
más tarde lo recordarían cada año los emigrantes, entonando sus notas- y corriéndole lágrimas por sus mejillas. De niña no podía entender por qué mis abuelos y sus paisanos lloraban, si estaban cantando...

Desde los balcones del Centro Gallego, en el mes de febrero, veía los paseos del carnaval, que por- aquella época subían por todo el Paseo del Prado. ¡Y aquel gran salón, con su barra taberna construida con maderas preciosas! Allí despedíamos al año viejo y a las doce de la noche comíamos las uvas y al compás de las campanadas del reloj dábamos alegres saltos. En ese salón esperé con ansiedad mi fiesta de quince años...

Recuerdo las veces que asistí vistiendo el traje de aldeana, con la saya roja con franjas negras y su corpiño negro, blusa blanca y pañuelo rojo a la cabeza. Al escribir estas semblanzas pensé en la jota y en el pasodoble que me enseñaron a bailar los abuelos en aquellos salones y en las giras y las verbenas que se hacían. Recordé los bailes en la Artística Gallega, en la Rosalía de Castro y en el Casino Español; también recordé cuando me llevaron al Teatro Nacional vestida de sevillana para ver a Los Chavales de España y a Pedrito Rico y no puedo olvidar aquella ocasión en que me estrenaron una bella blusa de encajes, con la corbatita bordada en lentejuelas y canutillos a colores, para ir al Teatro Nacional del Centro Gallego, a ver a un pintoresco pianista al que llamaban Liberace. Músico extranjero que nada tenía que ver con la colonia gallega en La Habana. Así eran las cosas por aquel entonces y así se las cuento yo, no a título personal, ni con pretensión, solo quiero contárselas como las viví o como me las hicieron vivir.

Otro día, me engalanaron con un traje de valenciana para ir a recibir a una bella artista española que llegaría a La Habana, llamada Sarita Montiel. Hasta el antiguo Hotel Havana Hilton me llevaron para verter pétalos de flores a su paso. Recuerdo otra ocasión en que me cambiaron el traje por el de violetera, para verla actuar en el antiguo teatro Blanquita, hoy Carlos Marx. Ese día lo guardaría en mi memoria para siempre como algo muy especial, pues Sarita Montiel me paseó del brazo por los pasillos del teatro y me regaló un clavel que aún guardo, ya marchito, dentro del programa que repartían a la entrada del teatro.

Desde que abrí mis ojos escuché a mis abuelos cantarme zarzuelas, cuplés y habaneras, de ahí mi gusto por esos géneros musicales, de ahí mi gusto por bailar la jota, la muñeira, tocar las castañuelas, la pandereta, escuchar la gaita gallega y bailar una sardana; ellos me



Casa fabricada por mis abuelos en el Reparto Almendares, La Habana, Cuba. Mi cuna de Pino y Roble. Año 1920 recién construida.

enseñaron los cantos de su tierra, me enseñaron amar a Galicia y a Cataluña. Me enseñaron amar a su España.

Por todas esas experiencias, el Centro Gallego me trae tantos recuerdos de mi infancia... De allí salí una tarde con los abuelos vestida de torera para visitar la exposición del trasatlántico Toledo, barco español anclado en uno de los muelles habaneros en los primeros años de la década de los cincuenta del pasado siglo; por él pasaría, tras largas horas de cola, casi toda la colonia española residentes en La Habana, todos queríamos ver las muestras de productos españoles que en él se exhibían. Ese día, cuando subimos a bordo, mis padres y abuelos besaron la bandera española, y yo, a pesar de mi corta edad, hice lo mismo.

Recordé los relatos de los abuelos cuando se izó, no por mucho tiempo, la bandera republicana en lo alto del Centro Gallego y de las recaudaciones en ropa y comida que allí se hacían para enviar hacia España en plena Guerra Civil. Aún guardo en mi memoria el día en que nos reunimos los asociados de Riotorto, en el salón taberna del Centro Gallego, para celebrar los cincuenta años de fundada nuestra sociedad, fue en la década del sesenta del pasado siglo... La última ocasión en que toda mi familia participaría. Aquel día quedaría grabado en mi memoria con alegría y con gran tristeza; alegría, porque celebraba allí mis quince años y tristeza, porque observaba cómo se despedían unos de los otros. Mi abuela Lola lloraba, también mi tía, mi prima y mi padrino lo hacían. Días después partirían a España definitivamente, y aunque ese era el anhelo de ellos, les resultaba difícil dejar atrás parte de la familia y todo lo que habían creado en Cuba con esfuerzo y

trabajo. Nuevamente, del otro lado del Atlántico, España les abría sus brazos. Fue triste -en verdad aquella separación y qué ajena estaba yo de que sería para siempre. Nunca más volví a ver a mi abuela querida...

Por aquellos años salieron muchos emigrantes de Cuba, pocos quedaron, y con el tiempo algunos se han ido muriendo; muchos de los que se quedaron se adaptarían y otros, verían con poco entusiasmo los radicales- cambios- sociales y políticos- que- se hacían en el país. Algunos de estos emigrantes simpatizaron y apoyaron la Guerra Civil en España, sin contar los cientos que llegaron a la Isla huyendo de aquella barbarie y desde aquí muchos se inscribieron solicitando participar en la Guerra Civil Española; más de mil cubanos también se alistaron por aquellos años-. Esa es otra buena historia por contar...

Cuando triunfa la Revolución cubana, algunos emigrantes vieron en ella una respuesta a -sus inquietudes- e incluso iban dejando atrás esa imagen de emigrantes para reintegrarse y formar parte de la nueva sociedad cubana, muchos de los que se quedaron se



Mis abuelos maternos, Juana Llurba Abelló, catalana, a los 73 años y José Gómez Gómez, gallego, con 57 años. Última foto de mi abuela. Año 1951.

alistaron en los batallones de milicias, fueron a la Lucha contra bandidos en el Escambray, participaron como alfabetizadores y hubo quienes pelearon en Playa Girón en defensa de Cuba, otros, decidieron retornar a su tierra junto a la familia que habían creado en Cuba. Es muy cierto, que la gran mayoría de los que emigraron a la América eran muy jóvenes y buscaban mejoras económicas; algunos lo lograron e incluso pusieron sus propios negocios en la Isla, como mis abuelos, pero al realizarse cambios sociales profundos en Cuba, no podían entenderlos, ni comprenderlos y mucho menos ser expropiados de sus propiedades, por esa razón fueron regresando a España, o a otros países, y -los que permanecieron, quedarían imbuidos en una nueva vida. Recordando con añoranzas sus raíces y el pasado vivido en una bellísima y próspera Isla, que al pasar de los años, veían, con tristeza, su deterioro y decadencia.

Para mí y otros tantos hijos y nietos de españoles no nos importa que ya no lo nombren Centro Gallego y que algunos pocos lo recuerden como tal, ahí está él y ahí está su historia. Sabemos que los tiempos no son los mismos y que hay que ver la vida con -una visión más contemporánea, -pero la memoria de la emigración en Cuba está allí, está en todos esos salones y está en el espíritu del alma gallega que transita por ellos y por toda la Isla. Esas presencias no se deben olvidar jamás.

RESEÑA DE MIS ABUELOS MATERNOS: JOSÉ MARÍA GÓMEZ GÓMEZ Y JUANA LLURBA ABELLÓ

El abuelo nació en el año 1895 en Lugo, Galicia, en la aldea de Toiriz y la abuela en el año 1879, en Vilella Baja, Tarragona, Cataluña. Se sorprenderán con la diferencia de edad entre ambos y es que la abuela era dieciséis años mayor que mi abuelo cuando contrajeron nupcias en La Habana. Ella llegó a la Isla en 1912 a bordo del vapor Manuel Calvo con sus dos hijos, Josefa, de veinte y Tomás, que cumplió los catorce en plena travesía por el Océano Atlántico. Sus otros dos hijos, José y Sabina murieron en Barcelona de tifus. Quedó viuda en Barcelona; su primer esposo, José Rivera Termes, era el presidente de la cooperativa La Dignidad, lo mataron en una reyerta obrera. Contaba la abuela, que su féretro fue cubierto por la bandera Republicana y lo llevaron en hombros hasta el campo santo. Todos vivían en la calle Industria número 83 en Barcelona, allí mi abuela tenía un salón de belleza. Al quedar viuda y con

dos hijos por terminar de criar, decidió, embullada por su hermana Dolores, que ya se encontraba hacia unos años en La Habana viajar hacia la Isla. A su llegada, fue a vivir a Puentes Grandes a la calle Real 93 donde los padres de mi abuelo tenían una casa, que alquilaban sus habitaciones y daban comida a los emigrantes que llegaban. En ese entorno conoce a mi abuelo José, que por aquel entonces era dueño de una carbonería y ella su clienta. Mi abuelo, al verla, quedó impresionado de su belleza y a partir de ese instante comenzaría un romance que culminaría en boda. De esa unión tuvieron una única hija, Claudia Gómez Llurba, mi madre.

Mi abuela Juanita tenía un don, leía la palma de la mano y era cartomántica. Ya desde Barcelona traía esa gracia y en La Habana ganó prestigio con sus profecías. Era conocida como La Catalana. En mi libro, *Crónicas, Augurios y Mitos de una Catalana en La Habana* relato su historia. Junto al abuelo trabajo codo a codo y compraron un solar y parcela en el Reparto Almendares y allí construyeron una casa con jardín y gran portal. Mi cuna de pino y roble. La abuela fallece en La Habana, un 18 de abril del año 1953. Sus restos descansan en el panteón de Baleira en el Cementerio de Colón.

El abuelo creció pastoreando ovejas y segando trigo; se hizo monaguillo en la iglesia de San Salvador de Insua. Sus padres, Serafina Gómez Rodríguez y Francisco Gómez Conde, mis bisabuelos, embarcaron para La Habana, Cuba y dejaron a mi abuelo al cuidado de un tío, que vivía en Monterroso y le tenía gran cariño al mazuelo. Al cumplir

los catorce años, al abuelo lo llamaron para las quintas. Su tío se negó a que participara en la contienda y una tarde lo subió al vapor La Navarre con destino a La Habana donde lo estarían esperando sus padres. El abuelo contaba, que el tío lo pesó en oro y entregó la suma a los guardias civiles para que no se lo llevaran a las quintas. De nada sirvió y por eso decidió, muy a su pesar, embarcarlo rumbo a Cuba. Fueron noches de mal dormir, de vómitos y mareos. Durante días estuvo sin subir a la cubierta del barco. Cuarenta y tres días duró la travesía.

Al llegar a puerto lo enviaron al Campamento de Triscornia a pasar la cuarentena. Por suerte el abuelo no se contagió de viruelas y pudo salir al cumplir el tiempo establecido. Ya desde el año 1900 y durante la ocupación norteamericana, los emigrantes que llegaban en barco al puerto de La Habana, eran enviados a Triscornia. Así lo establecían las regulaciones migratorias y aduanales de la Isla.

Ese campamento estaba enclavado en el poblado de Casablanca. Allí ponían a los emigrantes en cuarentena y en condiciones muy precarias. Ese lugar debe su nombre a su fundador, José Triscornia, quien, además, construyó un muelle para el acceso a la barriada de Casablanca y un dique para embarcaciones de pequeño calado. La estancia en el refugio de Triscornia costaba veinte centavos de la época, allí permanecían por mucho tiempo los más pobres y mujeres que viajaban solas y que no tenían vínculos con los paisanos ya asentados en la Isla. Ese centro de inmigración se hallaba en la cima de una loma, cerca del antiguo baluarte de San Diego, una fortificación colonial edificada en La Habana.

En Triscornia, los dormitorios de hombres y mujeres se encontraban separados y con algunos servicios sanitarios para las miles de personas que allí se albergaban, las que se quejaban, que no eran buenas las condiciones higiénicas y que muchos emigrantes entraban sanos y enfermaban. Deportándolos a su país de origen. Las nacientes sociedades de españoles en Cuba trataban de socorrer, a medida de sus posibilidades, a los emigrantes que iban llegando a la Isla y se hacían eco y denunciaban los maltratos a que eran sometidos sus coterráneos. El Campamento de Triscornia estuvo funcionando como Centro de Inmigración hasta 1959, año en que triunfa la Revolución cubana y después de hacer un poco de historia sobre ese recinto continuó con la vida de mi abuelo materno.

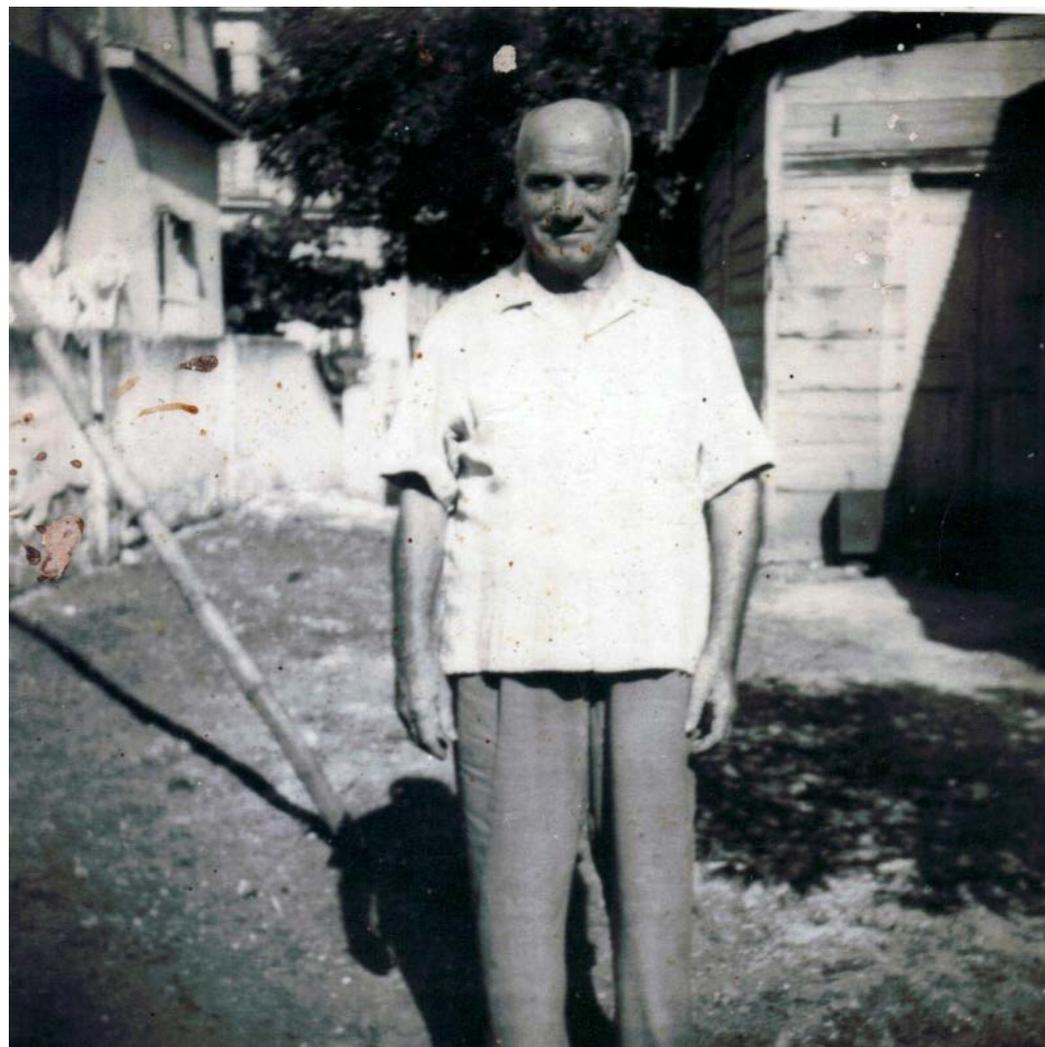
Al salir de Triscornia, al abuelo lo esperaban sus padres y sus dos hermanos, Manuela y Ricardo, ambos habían nacido en la aldea de Toiriz, en Galicia, años más tarde, nacerían en Cuba Gumersindo y Pedro. El motivo de nacer, unos en Cuba, y otros en España, era que mi bisabuela Serafina viajaba todos los años a la aldea de Toiriz a cuidar sus propiedades y en ocasiones lo hacía en cinta y por eso tenía hijos españoles y cubanos. Mi bisabuela apareció muerta en su casa Abaixo, en el año 1938. Su muerte siempre ha sido una incógnita para nuestra familia. Está enterrada en el cementerio de su aldea en Toiriz, junto a la iglesia de San Salvador de Insua. Mi bisabuelo, Francisco, falleció en La Habana al siguiente año. Sus restos descansan en el cementerio de Colón.

El abuelo, al llegar a La Habana, fue a vivir a la calle Real 93, en Puentes Grandes, con sus padres y hermanos. Empezó a estudiar en el Centro Gallego y a trabajar ayudando a su padre en la carbonería, que más tarde pasaría a ser de su propiedad. Trabajando allí es que conoce a mi abuela la catalana. Mi abuelo realizó infinidad de trabajos en la Isla para buscar el sustento de él y su familia:

Hizo mezclas para las primeras estaciones de policías que se edificaron en La Habana, cada una de ellas está impregnada con el sudor y laboriosidad de muchos emigrantes españoles; Vendió billetes de lotería, al hombro se echaba un saco de limones y salía a las calles para su venta. Trabajó como cantinero en Castillo del Príncipe en épocas del gobierno del presidente Machado. Tenía un carro de tracción animal donde llevaba a vender frutas y verduras a los hospitales Calixto García y Reina Mercedes, los más grandes e importantes que existían por aquel entonces en La Habana. Por último, montó en el garaje de nuestra casa un puesto de frutas, verduras y viandas. Allí trabajó hasta que fue intervenido por el gobierno revolucionario en la década de los sesenta. Sus últimos años de vida los dedicó al cuidado de sus bisnetos, los tres hijos de mi hermano mayor. El abuelo cerró sus ojos un 10 de marzo del año 1971, con un semblante feliz, seguro que retornaba a su añorado Toiriz. Sus restos descansan en el panteón de Baleira del cementerio de Colon en La Habana.

Con nostalgia, a pedazos, he relatado pasajes vividos por mis cuatro abuelos emigrantes españoles y supondrán, al leerlos, que he nacido también en España y no es así. Soy cubana y siento gran orgullo por mi tierra, pero a España, la llevo en mis entrañas, tres cepas de abuelos gallegos y una abuela catalana hacen que por mis venas corra sangre española. Gracias a esa franquicia ostento su nacionalidad y siempre estaré agradecida a mi ascendencia, a mis padres, abuelos, tíos y a los conocidos paisanos perdidos a lo largo de todos estos años, ellos, hacen que añore mi infancia y adolescencia como un tiempo más feliz.

Mis cuatro abuelos españoles se destacaron por su espíritu de economía y ahorro, por su talento natural y por su fijeza y amor al trabajo del que no rehusaron modestas ocupaciones, que les premiaran un poco de bienestar a su callado esfuerzo diario. Creí oyéndolos decir que buscaron fuera de su tierra mejorar su vida, ayudar a la familia que quedaba en la aldea y volver algún día a su terruño. Mis dos abuelos gallegos y mi abuela catalán nunca lograron ese sueño. No así mi abuela gallega, que al triunfo de la revolución cubana decidió retornar a España junto a parte de mi familia. Años más tarde, al fallecer mi madre, también española, pude hacer realidad mi sueño y comprobar, que existían esos lejanos parajes, que aún, muchos de ellos, se mantienen detenidos en el tiempo. Soñadora y laboriosa población de comarcas y aldeas demasiado pobres que trataron de encontrar en otros cielos, fuera del lugar que los vio nacer su añorada fortuna, dejando atrás su tierra, partiendo hacia las Américas y renaciendo



Última foto de mi abuelo José en el patio de nuestra casa en el Reparto Almendares. La Habana. Año 1971.

como emigrantes, abonando, con su simiente otras latitudes. Y allá, lejos, en tierras desconocidas, el emigrante con añoranzas y recuerdos de todo lo que abandonó en su avalancha preserva su mundo íntimo con el que convive manteniendo siempre vivo el anhelo del retorno.

He querido dar a conocer estos hechos como homenaje a mis cuatro abuelos españoles y a todos los que un día soñaron encontrar fuera de su tierra, el Vellochino de Oro que durante mucho

tiempo buscaron; no lo hallaron, sin embargo, lograron crear una fortuna, las familias. Ese ha sido el gran aporte de España al Nuevo Mundo, pues se hicieron más españoles al estar ausentes de su tierra, arraigando en su descendencia sus costumbres y sus diferencias. Ante estos anónimos y comunes emigrantes, quitémonos el sombrero en señal de respeto. Las obras de ellos han sido muy importantes para que no desaparezcan, y una forma de que esto no suceda, es continuar manteniendo vivo el espíritu de la españolidad a través de sus hijos y sus nietos, a través de las sociedades españolas y de otras instituciones. De no hacerlo así, dentro de unos años no habrá memoria, ni quien hable de ese pasado y lo testimonie.

No permitamos ver y conceptualizar a todos los emigrantes como aventureros que un día llegaron en avalancha a la América; hubo aventura, pero también, esperanzas y sueños por una vida mejor para ellos y para los suyos. Por eso, con profundo amor y sentimiento les entrego mi relato y sería ingrata si no constara en él, la doble Patria que llevo dentro, aquella que por ser cuna de mis padres y abuelos, es gestora de mis principios y de mi crianza.

Y quién sabe, si al leer estas semblanzas encontrarán algo de interés; si es así, me complace habérselas presentado no como una creación literaria y mucho menos con la ambición de un lirismo embellecido, muy distante de ello he estado, sencillamente, el amor a esa tierra y a las historias reales contadas por mis abuelos motivó que transformara sus relatos en palabras, y al escribirlos, escuchaba sus voces hablándome de su España.

Hasta más ver..., como dirían mis abuelos.



En la aldea de mis abuelos, al fondo el río Miño. Toiriz, Lugo, Galicia, año 2013.



A mi llegada a la aldea de mis abuelos, en Toiriz, Lugo, Galicia. Año 2013.



Visitando la casa de Abaixo, donde nació mi abuelo José María Gómez Gómez, propiedad de mis bisabuelos Serafina Gómez Rodríguez y Francisco Gómez Conde. En la aldea de Toiriz, Lugo Galicia. Año 2013.



Celia Otero Ledo

HISTORIA DE LA EMIGRACIÓN ESPAÑOLA

(Argentina, mención honorífica)

Nací el 13 de enero de 1948, aunque en mis papeles figura el 15. Dicen que, por la nieve que rodeaba la casa y cubría los caminos que llevan hasta la iglesia de Santa María de Dozón, demoraron dos días en bautizarme e inscribirme. Vine al mundo en la casa de mis abuelos, en Cubelos, una aldea de la Galicia interior, la rural, Comarca del Deza, ayuntamiento de Dozón. Contaba mi madre que serían las primeras horas de la madrugada cuando ella sintió dolores y, como era muy joven y su primer parto, no tenía idea de lo que le sucedía. Llamó a voces y las mujeres de la casa la ayudaron, en pocos minutos caí en el piso de madera de la habitación, pues ella se había puesto en cuclillas.



Celia en el jardín de
infantes a poco de
llegar a Argentina.

Mi padre, del que supe el nombre muchos años más tarde, no se había casado con Carmen Ledo, la cuarta hija de la familia Bardelás, apellido que correspondía a mis antepasados, pero que era y sigue siendo el “alcume” de la casa. Con el tiempo logré recopilar datos, un poco de aquí y otro de allá, e ir armando la historia. Mi padre nos visitó, y me tuvo en sus brazos, durante los dos años posteriores a mi nacimiento, a la espera de que se “arreglara” la boda, pero como tal cosa no se producía, un tanto ofendido por lo que consideraba un desaire, dejó de ir y al tercer año otra novia lo esperaba para casarse. Este fue el detonante de mi emigración. Los motivos de la desinteligencia pude reconstruirlos después de mucho tiempo y analizando las costumbres de aquella época y en aquel sitio. Corroboré mis deducciones con los dichos de mi madre y luego, después de conocerlos, de mi padre, que dieron explicaciones con puntos de vista diversos pero coincidentes en lo fundamental.



Celia con su madre a los 8 años.

Las uniones se arreglaban entre familias, sobre todo si tenían “bienes” entendiendo por tales, los “eidos”, hórreos, casas de piedra con sitio para los animales, un buen número de vacunos, y lanares, lugares de pastoreo y siembra, constituían la señal indiscutible de lo que en ese entonces se consideraban “casas buenas”. Tanto la de mi familia materna como la de mi padre lo eran, por lo tanto la cuestión del casamiento superaba los deseos de la pareja, era cuestión de acomodar intereses y colocar personas. La costumbre de esa comarca era que fuese el hijo varón mayor quien tuviese derecho a “la mejora”, es decir una parte mayoritaria de la herencia, a cambio de casarse con alguien aceptado y quedarse a vivir en la casa, tanto para el trabajo como para el cuidado de los mayores.

El posible casamiento de Carmen y Claudino- así se llamaba mi padre- complicaba la situación de ambas familias. Mi padre era el hijo mayor de la suya, lo que lo convertía en el que debía casarse y quedarse en la casa, a cambio de ello se arreglaría una boda “entrecruzada” entre una de sus hermanas y el hermano mayor de mi madre, el “heredero” de los Bardelás. Esta combinación no fue del agrado de mi tío y padrino, que pretendía y logró buscar esposa a su gusto y al de su familia. Tampoco le era muy agradable a mi madre, que prefería casarse y permanecer en su casa, a ir a la de una familia en la que sería siempre, la de “afuera”, viviendo entre suegra y cuñadas, la que carga con el trabajo pero ninguno de los derechos.

Esta interpretación, basada, a lo largo de mucho tiempo, en la recolección de historias y comentarios de los protagonistas y en especial de familiares y vecinos, creo que explica, en el contexto en que sucedió que una pareja que había tenido una niña a la que su padre visitó durante dos años esperando la solución del conflicto, terminase por alejarse y la hija quedara con el apellido de su madre, según reza mi acta de nacimiento, Celia Ledo. Al enterarse del noviazgo de Claudino, que de hecho se concretó luego en casamiento, mi madre resolvió emigrar. Estaba herida en su amor propio. Desde su embarazo estuvo ausente de toda la vida social de la aldea por “la vergüenza de haber sido madre soltera”, incluso había dejado de asistir hasta a la misa, y mucho menos frecuentaba procesiones o fiestas patronales, ella que por “campar muy bien”, ya que era realmente hermosa y de una familia de “las mejores” siempre había sido una de las más codiciadas mozas en esas reuniones sociales características de las aldeas en esos tiempos. No le hubiesen faltado pretendientes, lo decía ella y quienes la conocieron, aún con una hija, Carmen, la de los Bardelás, siempre era una candidata apetecible, por ser quien era y por ser muy guapa y trabajadora. Claro que debía resignarse al pretendiente que apareciese, e ir a otra casa, “de nuera”, porque en la suya ya había hijo casado.

La emigración a Buenos Aires era un hecho conocido desde hacía años en la familia Bardelás. En Buenos Aires residían desde los primeros años del siglo XX hermanos de mi abuelo materno. Los Ledo Bardelás habían emigrado en “cadena familiar” como se denomina a los que son reclamados por sus parientes. El noviazgo lo tenía Camilo, mi abuelo, y por ende los otros hermanos tenían dos opciones, o casarse para alguna familia en que no hubiera hijos varones herederos, o bien emigrar. Y eso hicieron. La mayor, Manuela, fue la primera en partir, luego Manuel, Antonio y por último Dolores.

Cada hermano Ledo fue reclamando al siguiente y se fueron instalaron en el barrio de Flores, en la ciudad de Buenos Aires, todos en viviendas muy cercanas. Mantenían vínculos y eran solidarios, incluso fueron incorporándose a la misma rama de actividad: taxis y garajes. Hacia los años 1950 comenzó la llegada de la siguiente generación, los sobrinos. El primero fue José Ledo, hermano menor de mi madre. A sabiendas de que no tenía posibilidades de quedarse en la casa y recibir bienes y antes de que le tocara “la mili”, decidió emigrar en busca de un futuro que las cartas de los “tíos de Buenos Aires” parecían pintar favorable.

Se instaló en casa de Manuela, la pionera de la familia en estas orillas del Plata. Ella, que no sabía leer ni escribir, había viajado a los catorce años a cargo de algún conocido que se hiciera responsable en el barco. Ya en Buenos Aires fue empleada en casa de una familia “de alcurnia” como niñera, su buen temple y modales la hacían querible y valiosa. En esa casa no sólo aprendió nuevas costumbres sociales sino que conoció a un leonés, que era el chofer de librea, con el que se casó. A fuerza de trabajo, esfuerzo y ahorro lograron reunir un pequeño capital que les permitió iniciarse en el negocio de los taxis, poco a poco. Primero era comprando un porcentaje, luego otra unidad y así fueron creciendo y colaborando con los paisanos y familiares. Más tarde adquirieron un gran garaje sobre la calle Trelles, a media cuadra de Neuquén, que aún existe en la actualidad.

Para cuando Manuela reclamó a su sobrino José ya tenía dos hijos veinteañeros, ambos eran el testimonio de la movilidad social ascendente que ofrecía Argentina por entonces. Uno de ellos estudiaba ingeniería y el otro, técnico industrial y aficionado a la mecánica era deportista, corría en autos de competencia de turismo carretera y participó con éxito en competencias del circuito nacional e internacional.

Pocos meses después de la llegada de José, también arribó a Buenos Aires su hermana Celia, la hija menor los ledos de Cubelos, quien había sido mi madrina de bautizo, resolvió que ningún mozo de la comarca le convenía para hacer un casamiento acorde a su posición y a sus pretensiones. Ella era tan guapa como el resto de la familia y el deseo de emular a su hermano y a los tíos, fue creciendo junto a la desazón que le presentaba el porvenir en su tierra. Llegaban cartas y fotos y lo que veía le pareció tan atractivo como para cruzar el mar a los dieciséis años. La tía Manuela resolvió que sus sobrinos, José y Celia podrían vivir en dos habitaciones, una cocina y un baño que había construido especialmente. Eran precarios, pero con lo necesario, y estaban en una casa distante pocos metros de la suya. Era una vivienda tipo “conventillo” en

donde residían otras familias, pero a sus sobrinos les preparó en los fondos de la misma un lugar que los mantuviese con cierta intimidad. Esa casa, que estuvo en pie hasta unos años, se situaba en la calle Neuquén 1852, a cincuenta metros de la Plaza Irlanda. En ella nos instalamos, un año después, mi madre y yo y en esa plaza pasé muchas horas de juegos de mi infancia.

En 1951, con tres años desembarqué del Alcántara, en el puerto de Buenos Aires. Mis recuerdos de los años de Galicia y de esa llegada fueron y son nulos. Ni una imagen, nada traía en mi equipaje. Sólo la lengua gallega, y eso lo sé porque me contaron que cuando me llevaban al colegio, a los cuatro años, al Jardín de Infantes, decía “non queiro”, non queiro”, y lloraba. Esto fue hasta que me adapté, después sólo conservo memorias felices de mis días escolares. Asistí a la escuela “Facundo Zuviría” de la calle Franklin, casi esquina Trelles, a dos cuadras de mi domicilio, y allí cursé desde los cuatro años hasta pocos meses antes de terminar la primaria. Mi niñez durante esta etapa fue bastante feliz, no

sabía que tenía que extrañar un padre, o abuelos, mis tíos abuelos oficiaban de tales. Manuela me llevaba con sus nietos a la plaza Irlanda, Manuel a su casa y a conocer Mar del Plata, y Antonio y su esposa con sus hijos completaban un tiempo de juegos y mimos. Dolores se preocupaba de mi alimentación y todos cuidaban a esa “rapaza” que por no tener padre, tenía tantos afectos sustitutos.

Cuando cumplí nueve años mi madre resolvió casarse con un señor que era almacenero en la esquina de Trelles y Neuquén, José Otero, quien se ofreció a “darme el apellido”. Allí fuimos a vivir, yo colaboraba atendiendo el almacén a mi regreso de la escuela, esto me agradaba y ponía en juego mis dotes de alumna aventajada. Era muy aplicada y tenía buenas notas en todas las asignaturas. El estímulo hacia la educación era algo indiscutible, los tíos pedían ver mi cuaderno y colocaban dinero en la alcancía, al ver los “muy bien diez felicitada”.



Con mi madre a los 10 años en Buenos Aires.

Leía mucho, uno de los regalos más frecuentes eran libros. Casi toda la Colección Robin Hood fue ingresando a mi biblioteca, y yo leía y releía las historias que en mi imaginación me permitían vivir otras vidas, aprender otras costumbres y disfrutar paisajes desconocidos. Muchos años después, cuando visité Suiza como turista, sus montañas y flores tan cuidadas vinieron a mi mente desde las páginas de Heidi, y llorando me abalancé sobre la cabaña que pretendía reproducir el famoso cuento y pensé, cuánto camino había recorrido de la mano de la literatura y el conocimiento.

Antes de comenzar la secundaria nos mudamos a General Rodríguez, una ciudad de las afueras de la Capital Federal, distante unos 50 km. La continuidad en la educación no era algo que se discutiese o se plantease como una probabilidad. Era lo que había que hacer. La imposición fue que siguiese la orientación comercial, no la docencia, porque “con eso no se ganaba dinero”. Pese a que me gustaba mucho la literatura, la historia y la enseñanza acaté el mandato familiar y casi diría del colectivo gallego y me gradué de Perito Mercantil, en la Escuela Superior de Comercio de Luján. Con ese título comencé mi vida laboral, ya que por entonces no era tan difícil acceder al primer empleo. Ingresé como empleada administrativa en una editorial de origen norteamericano.



Foto del grupo de compañeros de la escuela secundaria.

Pocos años después me casé con Felipe Ferrero, a quien había conocido en la escuela, también un inmigrante español, nacido en Madrid, que había llegado al país a los cinco años. Ambos éramos muy jóvenes y en poco tiempo nos radicamos definitivamente en la Ciudad de Buenos Aires, pues conciliar lo laboral con la distancia al domicilio era y es muy complicado. Por entonces trabajaba como secretaria bilingüe en la empresa Citroën Argentina.

Cuando ya tenía dos niñas, mi interés por los estudios y el incentivo de mi esposo me permitieron cursar la carrera de Historia, me gradué como Profesora, en el Instituto Nacional del Profesorado Joaquín V. González. Mi vocación se hacía realidad en ese título que conjugaba dos de mis pasiones. Más tarde cursé una maestría en Historia Económica en la Universidad de Buenos Aires y trabajé el resto de mi vida laboral en la docencia secundaria y universitaria.

Mi afición por la escritura se volcó por entonces especialmente en los textos académicos de mi especialidad. Escribí en libros de estudio para alumnos, también artículos para jornadas o exposiciones, participé con éxito en certámenes que convocaba la Universidad, y hasta fui columnista en un programa de la radio universitaria. Disfruté mucho de mi labor en las aulas, de la que conservo el mejor de los recuerdos, alguno plasmado en diplomas y una placa de reconocimiento y otros, los más valiosos, en el contacto afectuoso con ex alumnos, hecho que hoy permiten las redes sociales.

Para ocupar cargos del Estado era requisito adoptar la ciudadanía argentina, en esos tiempos no existía “la doble”, por ende primó mi deseo de ejercer la profesión y adopté la ciudadanía de mi país de residencia. No me resultó pesoso, esa condición también me habilitaba a ejercer los derechos políticos. Durante muchos años viajé con pasaporte argentino e hice la fila de “extracomunitarios”. En el último tiempo, hace tres años, logré tramitar y recuperar mi nacionalidad, por lo cual actualmente soy española de nacimiento, con doble ciudadanía.

Durante mi vida adulta las raíces gallegas y españolas eran fuertes y visibles en mi familia, en los grupos de amigos de mis padres e incluso en mis suegros y familia política y también en amigos que eran españoles o hijos, esto satisfacía el arraigo con mi lugar de nacimiento pero no cubría la necesidad de aclarar mi verdadera identidad. Quería conocer a mi padre, verlo cara a cara, aunque fuera una vez.

Hice mi primer viaje a Galicia en 1974. Mi abuela materna aún vivía y me recibieron en la casa que me había visto nacer. El entorno y las costumbres del lugar fueron parte de la comprensión de los hechos de mi pasado. Sin embargo no logré establecer contacto con mi padre, aunque era vecino de la comarca, las circunstancias no fueron favorables. En el segundo, hacia mediados de los años 1980, se repitió la situación. Es cierto que en invierno todo se dificulta, especialmente en esos tiempos de caminos aún difíciles, pero creo que, en definitiva, fueron mis propios familiares quienes no alentaron o facilitaron ese contacto.

Fui comprendiendo que, para ellos, era una claudicación, no “necesitaban” de ese señor que, en su momento no había hecho lo que correspondía. Yo era una Bardelás, siempre me hicieron sentir “de la casa” aunque hubiese marchado a los tres años y me recibían junto a la familia que había creado con un amor infinito. A ese estilo gallego, que entendía perfectamente, con las ineludibles comidas, los platos rebalsando y la naturalidad para que hiciese a mi gusto, porque “tú eres de la casa, no hay que atenderte como a una visita, estás en lo tuyo”. Esta actitud se reafirmó siempre, tal vez por eso volví cada vez que me fue posible. En pleno invierno, por cuestiones de trabajo, Enero era el mes indicado, pero mi inquietud no estaba en el turismo, me gustaba convivir en esa casona, comprenderlos cada día un poco más y sentarme en el gran balcón exterior para pensar que ese entorno natural era mi verdadero paisaje de vida.

Fui testigo de los cambios en la forma de producción que conllevaron la entrada en la comunidad económica, la depuración del ganado, con el consiguiente “sacrificio” de los animales que no dieran la normativa. Yo que me había asombrado de ver dos personas bajo un paraguas mirando cómo pastaba una vaca, escuchaba a mi primo, ya por entonces el jefe de familia en los hechos, que me explicaba lo importante de recambiar el ganado, la necesidad de modernizar el ordeño y la competencia que tenía con la entrada en el comercio europeo. Todo ello mientras el resto de la familia lloraba la “pérdida de más de veinte animales”.

Estos viajes fueron un complemento de mi conocimiento de esa sociedad tan particular, a caballo entre el matriarcado y el patriarcado, la iglesia y las creencias de ritos y “meigas”. Tal vez por mi formación en historia pude comprender costumbres y tradiciones sin que me produjeran rechazo o las sintiera menoscabadas. Incluso mi propio nacimiento encontraba una explicación más amplia en los silencios de los vecinos, y en las miradas de cariño de una anciana que me dijo: “yo te llevé a bautizar, había tanta



Foto de mi padre.

nieve que tardamos dos días en poder salir, y yo era la que llevaba a todos los niños de esta familia, cuando van a la pira no pueden hacerlo los padrinos, porque aún no están acristianados, ellos los traen de vuelta.”



Con mi padre, en Galicia, en uno de mis viajes.

Mis hijas se adaptaban con tanta naturalidad a ese cariño manifestado con crudeza y sinceridad que asistieron al parto complicado de una vaca y fueron premiadas con el nombre que se le puso a la becerra. Era de noche y la pasaron en vela, entusiasmadas. Pero el ansiado encuentro y conocimiento de mi padre no se producía, tal o cual confusión en el mensaje enviado por un intermediario, hacía que llegara el día de marchar para el aeropuerto sin que se produjese.

Pero todo llega y siempre hay un detonante para que se produzca lo esperado. En los primeros años de la década de los 90 me diagnosticaron un cáncer de cuello de útero, indicaron una cirugía total, lo cual derivó en que no hubiese secuelas. Pero el estar a la espera de una definición de vida me llevó a comprender que lo que uno no resuelve en su momento puede que no tenga la oportunidad de hacerlo. Y yo no quería posponer más ese deseo que cada día se hacía más profundo, la necesidad de conocer a mi padre.

Fue así que en mi tercer viaje, el 5 de Febrero de 1995, se produjo el encuentro. Yo había salido de Argentina decidida a lograrlo. Hice un recorrido turístico por algunas ciudades europeas y destiné los últimos días para mi terruño. Planifiqué la cita por medio de mi padrino, quien trató de eludir el compromiso, pero fue su esposa quien le habló con insistencia porque sentía que mis derechos estaban por encima del orgullo familiar.

El lugar elegido por mi padre fue la arboleda de la Pena de Francia, la mayor altura de la zona, que se eleva por sobre las aldeas y desde donde se vislumbran los pequeños / leídos” cercados por marcos y balados. En esa mañana de invierno, nuestros pasos ascendiendo por el “carreiro” resonaban tan fuerte como mi corazón. Yo temía que me saludara con frialdad, que esa entrevista fuese para él un trámite al cual finalizar lo más rápido posible, sin embargo su abrazo superó mis sueños más optimistas. Me entregó una foto de cuando tenía la edad de mi nacimiento, con una dedicatoria que expresaba lo que me decía mientras me abrazaba. Desde entonces y hasta su muerte, más de veinte años después, mantuve contacto postal, telefónico y personal pues lo visité, a su pedido y con mi entusiasmo, muy frecuentemente. Supe así de su afición por la lectura y por escribir poesía y observé, incrédula, los rasgos casi idénticos de su letra y la mía. Durante mis visitas, breves pero frecuentes, me alojaba en su casa y convivía con su familia, aunque nunca dejaba de compartir el tiempo con mi casa natal.

Escuché sus historias de aldea y las de los vecinos, admirados de lo orgulloso que iba Claudino con su hija de Buenos Aires, a misa, a la feria, o a las fiestas patronales. En esos años fui profundizando mis raíces. Pregunté sobre tradiciones, toponimia, origen familiar, costumbres acerca del uso del molino, parcelación, todo lo respondía mi padre con gusto, era muy dado a conversar, y pasábamos horas en las que yo tomaba nota de sus explicaciones, y hasta elaboramos un croquis de las aldeas y parroquias del ayuntamiento.

Desde el inicio de nuestra relación insistió en que debía llevar su apellido, sus numerosas cartas, que aún conservo, dan fe de mi identidad y su reconocimiento ante notario. Le expliqué que no era viable socialmente cambiar mi apellido en toda la documentación e involucrar a mis hijas, lo entendió, pero me incluyó en su testamento y tanto para él como para mis hermanos fui Celia Rodríguez Ledo.

Gané una familia con dos hermanos que supieron elevarse por sobre las habladurías y valorar la actitud valiente, aunque tardía, del padre. Y al conocernos pudimos rastrear cuestiones que la genética explica más allá de la crianza. Quiso el destino y las comunicaciones virtuales que pudiese cumplir el deseo de mi padre, al asistir a su funeral. Ya tenía 90 años y en el último viaje lo había encontrado un poco desmejorado, sin embargo me despidió sonriendo y diciendo “hasta pronto, pequeñita”, aunque ya no pudo acompañarme al aeropuerto.

Recibí el llamado telefónico con la noticia de su defunción una tarde y al día siguiente estaba en la sala velatoria junto a mis hermanos honrando sus restos, tal como la tradición del lugar exige. Un velorio es un evento al que no se deja de asistir, aunque no haya mucha relación, la muerte se respeta y a la misa de funeral asisten hasta los agnósticos.

Con ese bagaje y los más de veinte años de contactos epistolares y viajes, mi pluma se había orientado a escribir acerca de las historias de mi tierra. Descubrí un grupo de Facebook, “Gallegos y descendientes de Gallegos en Argentina” en el que se publican temas vinculados con la colectividad. Mi presentación, impensada y espontánea, fue una síntesis de cómo entendía la Galicia interior desde el desarraigo forzoso. Así comencé a contar historias, reales o verosímiles, a las que entrecruzaba o salpicaba con un dejo de ficción. El Facebook me devolvía en instantes la recepción y beneplácito de los lectores, lo cual hizo que tomara el hábito de escribir y publicar con regularidad.

De esa forma nació mi primer libro, Corazón Gallego, gestado en mi mente durante años, alumbrado a retazos cuando los tiempos de la ocupación laboral académica me lo permitieron, y parido en 2018 cuando mi padre ya se había marchado. Hay mucho de autobiográfico, pero eso sólo lo detectan aquellos que leen dos y tres veces relatos que parecen independientes, aunque se va descubriendo que hay una trama, la de la vida en la aldea, que los une en una trama, como en el “fiadeiro” lo hacía el telar. Lo presenté en el Centro Galicia de Buenos Aires, luego también en el ABC Corcubión, dos entidades muy prestigiosas de la colectividad gallega porteña. Una gran satisfacción fue la distinción que me otorgó la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires, que lo consideró de interés social y cultural. Al año siguiente lo presenté en el ayuntamiento de Lalín, en Galicia, cerrando así un círculo vital, tan importante para mí. Significaba el reconocimiento, en la integralidad del concepto. Una especie de Odisea, que me permitía

volver a Itaca. Ver en esa sala a personas desconocidas pero que se acercaban a besarme y querían el libro autografiado, porque vivían en Galicia pero me leían en Facebook y habían ansiado la publicación, fue en parte cumplir mi sueño de adolescencia que era volver a mi tierra y que mi padre se sintiera orgulloso de mí y apenado de no haberme tenido con él todo el tiempo.

Mis hijas cursaron carreras universitaria, medicina la mayor y abogacía la menor, quien actualmente es diputada en segundo mandato en la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires. Me siento orgullosa y agradecida, porque ambas demostraron que desde orígenes humildes y con padres inmigrantes se podía llegar a ocupar con honra y principios lugares de importancia y valor para la sociedad.

Actualmente tengo listo un segundo libro con historias de la temática de España y de Galicia en particular, pero desde una mirada más vinculada con la realidad actual y la multiplicidad de culturas que pueden observarse no sólo en Galicia sino en toda España, una España global.

En el presente también vuelco gran parte de mi tiempo disponible en las actividades de los centros de la colectividad, soy la presidenta de la subcomisión de Cultura del Centro Lalín, Agolada y Silleda en Buenos Aires. Me aboco con pasión a dar a conocer nuestra cultura, no sólo la tradición más divulgada sino todas las figuras que supieron galardonar nuestros tiempos de oro en la literatura y en otras áreas culturales. Se busca destacar lo gallego y español alejado del estereotipo que por muchos años ha rodeado a este colectivo. Los gallegos y españoles somos mucho más que la comida buena y la pandereta o la gaita.

Entiendo que de esta forma puedo integrar una personalidad escindida, porque la emigración supone en parte eso, ya que como a tantos emigrantes las raíces les sujetan a esa tierra de la que partieron y, aunque durante el fragor de la vida la disponibilidad de tiempo no permita una actividad social importante, cuando pasan los años se hace más intensa la necesidad de conectar con la tierra, las tradiciones y el presente de nuestra patria, sin dejar de reconocer y sentir que la que nos acogió es parte indisoluble de nosotros.



Celia Otero Ledo al recibir la placa de la Universidad de Buenos Aires.



Tapa de mi libro "Corazón Gallego".



Jorge Roca

AÑOS DE ORFANDAD

(Argentina, mención honorífica)

- Galicia es el país que da menos suicidas.
 - Porque los gallegos solo tienen razones para suicidarse cuando salen de su tierra.
- Castelao, *Entre sabios*, 1922-24



Ir a verlo al hospital al volver de la escuela era mi tarea de todos los días desde que enfermó. Mi madre preparaba una ollita de comida, la del hospital te sacaba las ganas de comer. Entonces no teníamos las sudaderas con capucha que se usan hoy, y se me helaban las orejas; yo había leído que si se te congelaban se podrían quebrar como una oblea, pero eso no pasaba en Buenos Aires. Envuelta en mi bufanda, la ollita con su cena, que sería la última sin que nadie lo supiera todavía, conservaba bien el calor y yo la apretaba contra mi pecho. A veces, cuando el camino era desperejo al andar sobre baldosas sueltas, la tapa se levantaba un poco y una fina bocanada de vapor subía hasta mis mejillas.

Salvo por temor de volcar el contenido, hubiera preferido trepar por encima del muro del hospital, como sabía hacer, tomar el atajo a través de la arboleda y luego el camino que conocía de memoria; su cena no se enfriaría entonces y llegaría a él en menos tiempo.

Se hacía largo andar todo el borde perimetral que ocupaba varias manzanas. En parte era un reparo caminar pegado al muro, porque el sol de invierno lo bañaba suavemente, aunque solo hasta doblar la esquina: allí lo esperaba a uno el viento para empujarlo hasta la entrada del hospital con la frialdad de un empleado municipal. Y en parte, el trayecto a la vera del muro era inquietante, y más que repararme me exponía. Con mi hermano Rubén y otros vándalos del barrio, armados de trozos de ladrillo rojo, habíamos dibujado todo a lo largo grotescas figuras amoratorias de lo que suponíamos eran las posiciones extrañas que los seres humanos adoptaban al hacer el amor físico. Tenían tanta libertad como las imágenes eróticas egipcias que los turistas observan sin ruborizarse. Mirando hacia atrás ahora, no encuentro nada soez en esto. Eran en realidad preguntas gráficas que los niños de nuestro tiempo no nos atrevíamos a verbalizar, y si llegábamos a formularlas en un raptó de audacia nos contestaban que ya encontraríamos la respuesta cuando nos creciera el bigote, en el mejor de los casos.

No les costó gran cosa a las lluvias de verano lidiar con la naturaleza voluble de la tiza, los trazos de ladrillo rojo eran ahora de un naranja apagado sobre el gris. Con todo, las preguntas seguían sin respuesta, como si nadie se animase a contestarlas o si solo dialogaran entre ellas. Siempre que vuelvo atrás en el recuerdo, este tribunal espectral insiste en escoltarme acusadoramente, y zumba más que el viento en mis oídos hasta que llego al lado de la cama de mi padre con mi carga de vergüenza inconfesada y la olla de comida aún caliente. Él está dormido, su rostro hinchado y amarillo. Me siento junto a él y espero.

Venía poca gente a verlo. Una tarde llegó hasta su cama una mujer hermosa como yo no había visto nunca antes, pero tan hermosa que sería injusto no mencionarla ahora aquí ya que no puedo olvidarla. Abrigaba su cuello y sus hombros con una estola de piel montada en bandas horizontales, se acercó con gran delicadeza y en voz baja me llamó por mi nombre. Mi padre dormía y me dio vergüenza que ella lo viese en tal estado. Yo no podía hablar, naturalmente. Una mujer así solo habitaba las pantallas del cine y no podía ser hija de Virtudes y de Plácido, como alguien sugirió después. Permaneció de pie, mirándolo en silencio, conmovida pero sin desbordes. Mi padre no se despertó y agradecí que sucediera de ese modo, que la visita fuese parte de algún sueño y no de su vigilia.

Pasa una monja ahora –había monjas en los hospitales en aquellos años– bañada en almidón y en alcanfor. Murmura algo trémulo a mi lado con una leve inclinación, y se desliza, ligera, su cofia sube y baja acompasadamente al repetir la reverencia todo a lo largo de la hilera de camas hasta que se la traga el fondo oscuro de la nave central de la sala como a un bergantín en alta mar. Quieto en la silla, abrigo con mis brazos la olla con comida y a mí mismo, mientras escucho la respiración pesada de mi padre.



Fue después de la cena que sintió ganas de respirar el aire fresco, se tambaleó fuera de la cama y cruzó la puerta que se abría al rellano que daba a los jardines detrás de la sala, yo con él, sordos a los reproches de las enfermeras. Permanecimos sin hablar, atentos al roce de las hojas secas al caer y al llamado crepuscular de las palomas. Hubo un chapoteo en el estanque.

-¿Oíste eso? le pregunté, por decir algo. Asintió sin hablar.

-Las ranas se sumergen y congelan para no morir en invierno, ¿no es verdad?

-A lo mejor no era una rana –dijo. Y añadió. Tal vez alguien tiró alguna enfermera al agua.

-O una monja, susurré.

-Anoche las enfermeras ataron a un hombre a la cama. Quería huir.

No estoy seguro de si esto lo dijo, lo pensó, o lo soñé. O si estaba amordazado en un suspiro.



Concepción López y José Vázquez, con algunos de sus hijos, Esperanza es la niña que lleva de la mano a su hermanita menor. San Juan de Alba, Villalba, Lugo. c. 1919.

El aire se adelgazaba bajo la bóveda azul de eucaliptos. El portón trasero al otro extremo del camino había sido clausurado solo unos días antes. Era un atajo que conducía directamente a nuestra casa. Cerrado ahora, solo había que trepar la pared, saltar del otro lado y caminar unos cien metros. Era más rápido que salir por la entrada principal y andar todo el perímetro del hospital, y menos vergonzante. Pasó su brazo sobre mis hombros y me acercó junto a él.

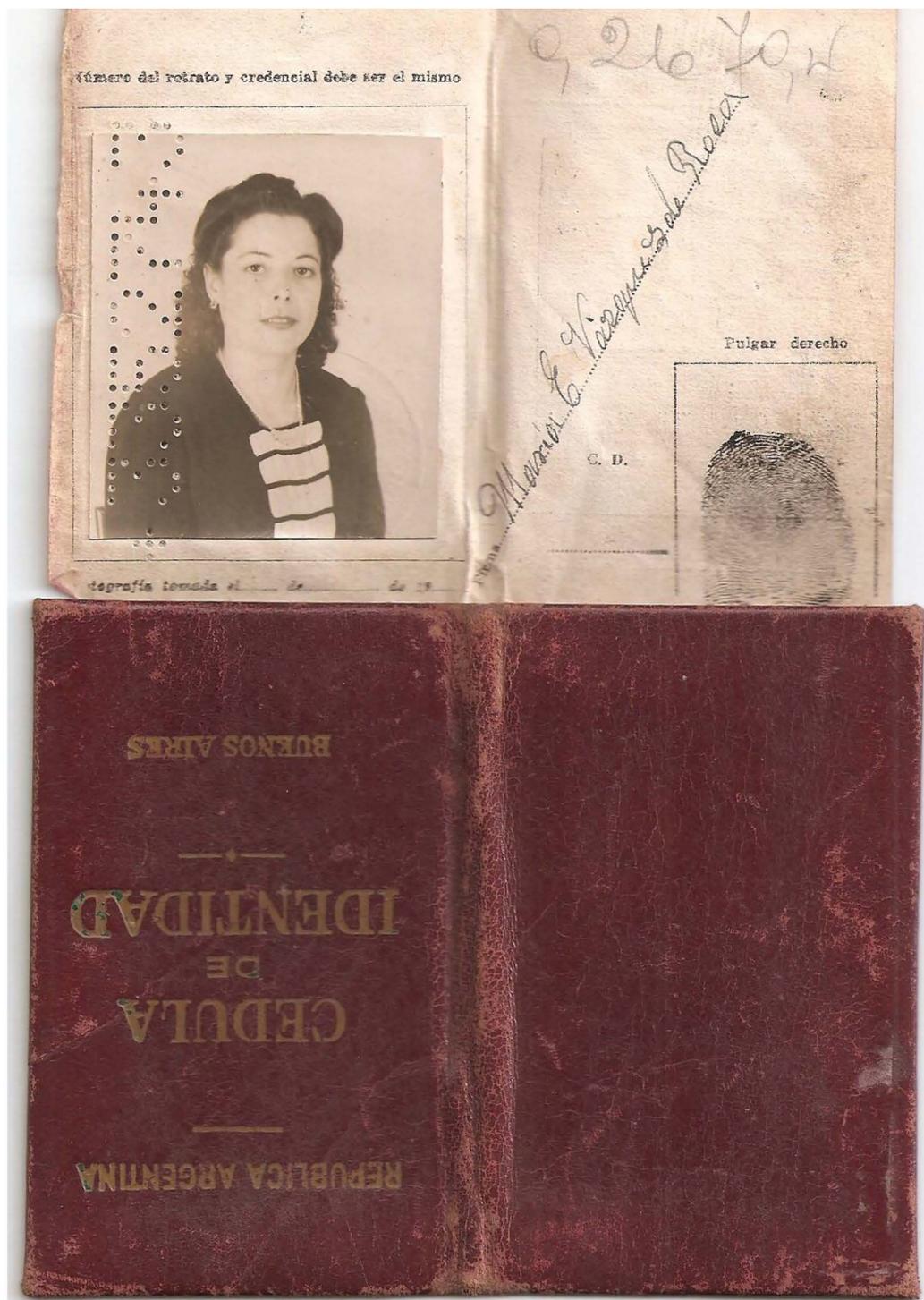
-Mira esas nubes; hará frío mañana. Vuélvete a casa ya dijo, al encenderse las primeras luces en la sala. Dile a tu madre que estaré bien, agregó, mirándome.

Habría de pasar bastante tiempo todavía antes de obtener suficiente experiencia de la vida como para reconocer en otros ojos aquella mirada furtiva de la presa acorralada. Camino a casa a través del atajo, giré sobre mis pasos, invisible entre los troncos de los eucaliptos, y miré hacia atrás. Parecía flotar a la misma luz malva de invierno que vería yo en Galicia años después. Ingrávido, quebrado sobre un flanco, malherido, me seguía con la vista desde lejos, sus ojos fijos en mí.

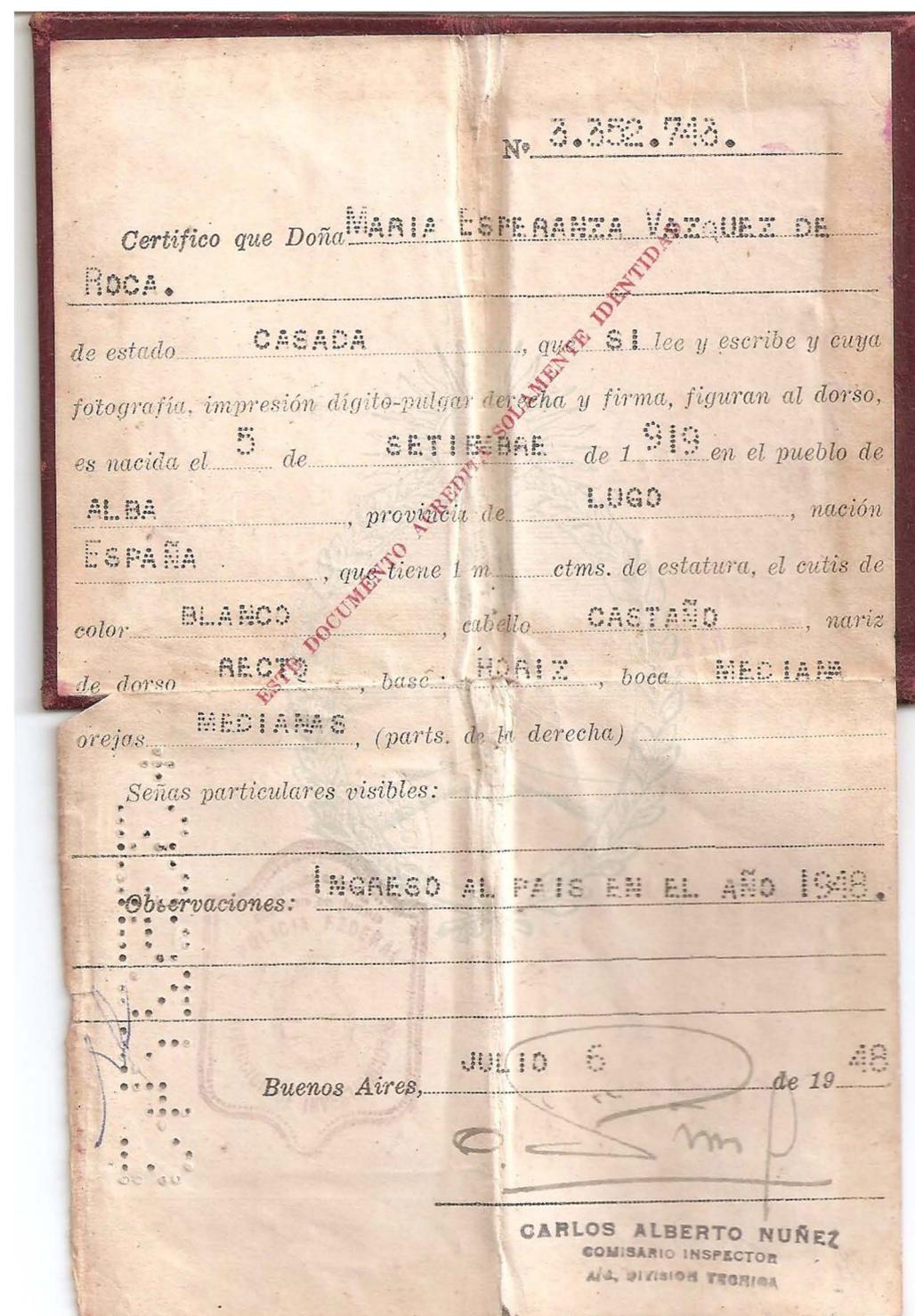
Los perros se soltaron y aullaron toda la noche sin razón; patrullaban la casa, inquietos, una y otra vez. Mi hermano Rubén se agitó en su cama y gimió entre sueños:

-Hay que atrapar al ladrón, su voz sonaba sobrenatural. Miguel dormía con los ojos abiertos como un pez. En algún momento lo vi levantarse y quedarse de pie en el pasillo descubierto mirando al cielo, profundamente dormido. Después yo también me dormí, entregado a una pesadilla en la que volaba. Un viento helado soplabá en mi pecho y me empujaba hacia arriba con los brazos abiertos, de espaldas al cielo, más y más arriba, barrilete sin hilo, más allá de las veletas, arriba más y más, hasta que el mapa del vecindario se hace pequeño, los techos de chapa, el hospital, el albergue Warnes, todos plateados de escarcha mientras yo subo y subo, boca abajo, no ajeno al cálculo de creciente angustia de que cuanto más subiera más terrible sería la caída.

Me sobresaltó el crujido de los postigos y un rayo de luz hendió la oscuridad del cuarto con el filo de una navaja. Reconocí la silueta de mi madre recortada en el vano de la puerta y su voz llamándonos por nuestros nombres, y luego pronunciando solamente dos palabras: la segunda era Papá.



Cédula de identidad argentina de mi madre, se pliega y cierra como un carné



No la vi abandonar ni un momento su lugar junto al ataúd durante toda la noche, de tanto en tanto pasaba el dorso de su mano derecha por su frente como queriendo apartar malos pensamientos. Resistía sin doblegarse. Yo podía leer en su rostro, como pueden hacerlo solamente los niños, las señas sutilmente reservadas a la gramática del gesto, pero evitaba mirarla directamente a los ojos.

Es probable que el nombre de mi madre, Esperanza, precediera a su nacimiento, y a la inscripción bautismal de mis abuelos, o que le fuese dado como humilde pero poderosa dote, o las tres cosas a la vez sin saber que tendría, además, el don de la belleza. La elección pareciera feliz, siempre y cuando el nombrar no impusiese el modo de afrontar la vida porque, si bien hay que reconocer que la sostuvo durante ochenta y tres inviernos, cuando la dominaba el desaliento su mirada parecía decir. Yo no elegí ser quien soy, ni ser hermosa, ni cáliz de otros sueños, y sentenciaba, meneando la cabeza. Tras de tiempos, tiempos vienen.

Inescrutable como la frase de un oráculo, jamás podremos contradecirla ni despojarla de su ambigüedad.

La casa se llenó de rasgos vagamente familiares, miradas soslayadas, cejas arqueadas. Llegaron tías desconocidas a ayudar con las rondas de café, el anecdotario genealógico y los chistes festejados por compromiso. Busqué sin encontrarla a la mujer que lo había visitado en el hospital; nunca hubo tanta gente en casa y nunca hizo tanto frío. Después me encerré en el baño a darme cachetazos en las mejillas y frotarme los ojos para que se vieran rojos y congestionados. Me avergonzaba estar como si nada, bajo un efecto anestésico potente que adormecía torpemente tanto el dolor como su antídoto: las ranas de hielo sumergidas en invierno, los bulbos durmientes bajo la tierra, los árboles que sueltan sus hojas para no morir de frío. Hay que hibernar para seguir viviendo.

Cuando llegó el momento de partir con el cortejo, el tío Rosendo, a quien observé llorar sin remedio al afeitarse por última vez el mentón endurecido de mi padre ya amortajado, me indicó que debíamos despedirlo y besáramos su frente. Dicen que el mármol es la piedra más fría, pero no es así.

La mañana de un día gris, pero tan gris oscuro y grumoso que achata los relieves de las cosas y les resta identidad, una mañana como ésta, cargada de humedad y de silencio, tal vez no sea lo que se dice propicia para asistir a un entierro, salvo que uno encontrara en esa empresa algún tipo de emoción o de templanza, y yo la encuentro, pero de todos modos, si este no fuera el caso, nadie podría decir que ante ese tipo de asistencia el día no acompaña.

Salían del bar Esperanza y Rubén, ella con un pañuelo al cuello y una sonrisa de ocasional gallardía al saludarme, un poco hinchada la cara de él, con su alegría enfundada en el apuro y los malestares habituales. Contenta nuestra señora madre con el servicio de café. Ya en el auto de Rubén nos deslizamos por la avenida Rivadavia rumbo a la sala de velorios.

-Uno ochenta -decía él, por decir algo. - ¡Un robo!

-Pero venía con dos buenas medialunas, jugo de naranja y un jarrito de leche tibia, porque lo pedí cortado -decía Esperanza. Bien mirado, el tapizado del coche esta vez me pareció espantoso.

Fueron razones de distancia y de parentesco con la difunta las que llevaron a no molestar a José de Florida, al que ya hay que cuidar como a un bebé, y a Miguel, quien todavía recibe esa merced por ser el benjamín y haber migrado al País Vasco. Apoyando un paso más que el otro en su cayado, ceñía su caminar con la mirada gacha el tío Rosendo. Fue vernos y empezar a sollozar. Le crucé un brazo por la espalda y entoné mi súbita alabanza a su bastón. Colmo de paradojas, más que ayudarlo a andar el báculo le sentaba. Y hasta podría decir que le vestía, como a un pastor su vara, como al labriego su hoz. Juntos entramos al recinto del duelo.

Saludé a Plácido y no supe que decir. La hija le sostenía, y acaso mi permanencia junto al padre le estorbaba. Cambiamos unas pocas palabras. El comentó que Virtudes había sufrido por el cáncer y yo que ahora no había que aflojar.

-Y, sí... -suspiró él, escondiendo sus ojos detrás de las espesas lentes, pero a veces....

A Plácido y a su mujer los encontraba en los velorios, y las últimas veces los llevé al cementerio y después a su casa, porque no tenían con quién ir. Festejaban las condiciones del transporte y me lo agradecían tributando viandas que una vez acepté. Ella era una española de ojos celestes, todavía bonita. Creo que Plácido

siempre tuvo el cabello blanco peinado para atrás y anteojos gruesos de carey, una sonrisa amigable que hoy declinó y ningún otro protagonismo que el de estar. Me parece el más argentino de esta banda durable de españoles.

Los de la funeraria esbozaban los ademanes previos al cierre del cajón. Esperanza acusaba carraspera de cepa incierta y resultaba inquietante atisbar la destemplada levitación de los quebradizos hilos grises que coronan su calva. Su estado de ánimo la devolvió pronto al hogar en el coche del compañero de su sobrina Silvia. Rubén fugó.

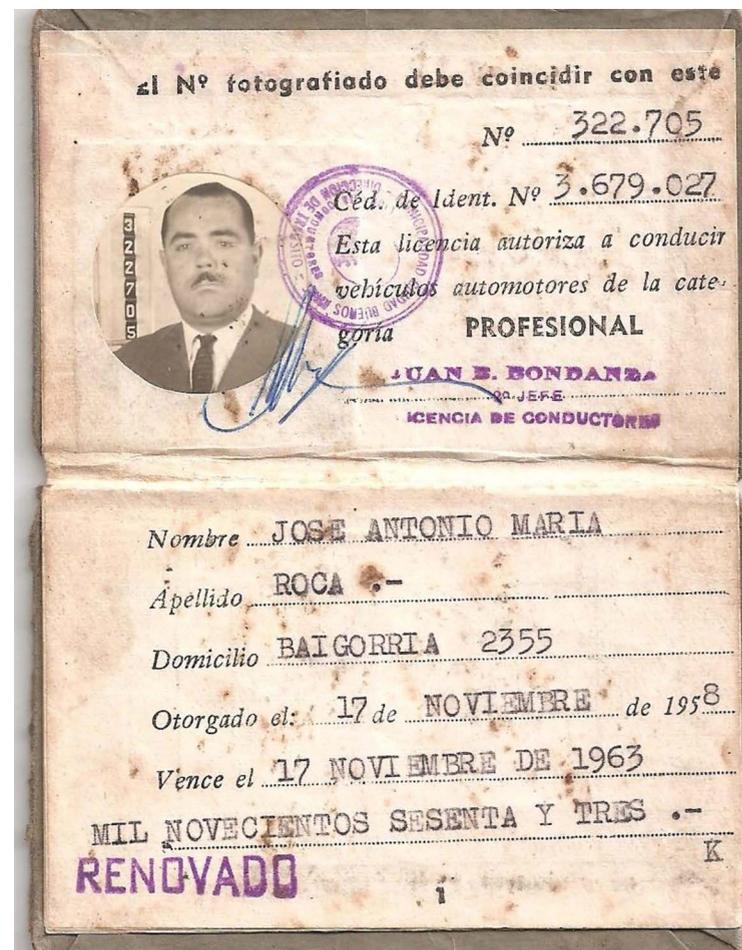
Recorriendo la ensortijada melena de la rolliza Loli, desde el asiento posterior, me demoraba en el recuerdo grato de su padre y su filosofía inoxidable: –Dólar, queridos. Diego aprendió temprano esta letanía que padecemos todavía hoy en este bendito país que con una mano te da lo que con la otra te quita, como escuché más de una vez decir a mi padre, sin comprender cabalmente su amargura. Su viuda, anciana y sorda, padecía silente los aporrees de la hija al volante. Sin embargo, en su Peugeot 505 arribamos en seguida al camposanto metropolitano.

El ruego de encomienda celestial del cura en la capilla fue elevado en voz baja, y pudo ser sentido o sosegado por algún sedativo. Después entramos en recogida procesión a una galería nueva de columnas rojas. Cuando el féretro trepó cuatro filas de nichos sostenido por unas cuantas manos y penetró en su última secular morada, se sucedieron los ahogos y, después, las condolencias de rigor.

Frente al viejo panteón del Hospital Español, nos despedimos. Yo me perdí entre la espesura gris, pensando que se nos iban de uno en uno, como cuentas que se sueltan de un collar.

–Querido hermano, ¿cómo llamo a una carta que no viajará hasta salpicarse con el azul cobalto del Cantábrico? – cuando te quedaste por allá despuntando tus veinte años, antes de regresar, y de volver a irte, mamá quería que yo te escribiese en su nombre porque ella lo hacía poco y nada, y se avergonzaba de su mala letra. –Te falta práctica; si la escribo yo, ya no será tu carta –argumenté, y por un

tiempo la convencí de que aceptara el rol de alumna. Debía escribir algo cada día. Se reía dudando del resultado pero, mal que mal, lo hacía, y yo la corregía. Después de los primeros amagues, decidí que debía practicar los verbos en pasado y la consigna fue que escribiese oraciones que comenzaran con la palabra ayer. Volví al día siguiente. Con letra escalonada como notas sobre un pentagrama encontré sobre la mesa una hoja de papel con una larga lista que empezaba cada renglón con el adverbio. La enunciación de la palabra ayer en cada frase sonaba como un mantra y consignaba acciones tan banales como –Ayer no cociné, –Ayer no salí, –Ayer..., Ayer..., Ayer... – la última línea, la más larga, me desarmó: –Ayer esperaba todo el día carta de Miguel.



Licencia de conducir argentina de mi padre

Por eso hoy, hermano, tantos años después, tu reto es ser más viejo que tu padre, porque la fecha es un tajo en el tiempo y no sabemos si el puente que trenzamos anudando esfuerzos resistirá el cruce con éxito. Para la siguiente sería bueno imitar a nuestra madre y demorarla unas tres décadas al menos. Es una meta a largo plazo, invocando la mejor fortuna. Me dirás que tanto cálculo comienza a parecerse al cántaro de leche y la lechera. Y tendrás razón.

Cuando el viejo cumplió 50, le hice un collage con papelitos de colores que repetían ad infinitum sinónimos de la cifra. Yo recuerdo que cincuenta años se agigantaban al llamarlos medio siglo y que ésta era una solemnidad privativa de los libros de historia que mal podría caberle a mi padre. O quizás presentí que era importante exagerar la cifra como un logro, en vísperas de un desenlace ya escrito pero todavía indescifrable. Se sintió orgulloso y lo hizo enmarcar, pobre viejo, como si fuese una obra de arte. El amor es, en verdad, una obra de arte.

A veces pienso que Esperanza y Antonio llegaron con tres sueños: primero, el de venir, el segundo pudo haber sido el de hacer la América –es difícil escapar al sueño colectivo–, el tercero fue el de volver, en una forma u otra. Creo que nos repartimos la herencia equitativamente, que cada uno de nosotros encarna un tercio del



Igrexa de Santa María de A Torre

deseo heredado. Y en ese orden lo cumplimos. Yo fui el impulso y el ancla, la fortuna Rubén, y vos, Miguel, la vuelta. No hay espacio para la queja; a esta altura del camino podemos decir que ya no hay deudas que saldar, salvo tal vez la última: llegaron por el aire, pasaron por la tierra y el fuego, pero no conocieron el mar. Podría parecer un tema triste para un saludo de cumpleaños, pero sé que en un tiempo que presagio cercano habremos de darle agua a sus cenizas, y nos dará felicidad.

Estoy en el puerto de Barcelona en 1980 y espero a Miguel que llega desde Buenos Aires en el Eugenio C. Último pasajero en ese híbrido de transatlántico y crucero, mi hermano buscaba contrariar la alquimia de una época que amenazaba trocar en descartable todo romanticismo y materialidad, en primer término, y lisa y llanamente después, volverlos líquidos. Es un tiempo prepotente el que nos fuerza a la violencia de estos cambios de estado reservados antes al recinto de un laboratorio, o del claustro materno. Sea como sea, lo que buscábamos era desandar el



camino que habían hecho nuestros padres y volver a la primera piedra, una dolencia sintomática que padecemos todos los hijos de inmigrantes. A excepción necesaria de Rubén, para justificar la regla. Miguel venía estrenando sus veinte años con una lúcida frescura que es un encanto recordar, y yo llevaba no muchos más, a salvo todavía de cualquier corrosión, menos la de la nostalgia.

Esperanza, foto carné en España

No me sorprendió el malva del cielo de Galicia, es más, ansiaba verlo. Solo que suspendido sobre los campos amarillos de grelos en invierno no era mortecino sino dulce. Habíamos escrito a tío Paco anunciando nuestra visita, de fecha incierta por los derroteros del autostop, pero ¿cómo encontrar la casa?

–La encontraréis pasando el “teixedal” –señaló un paisano rascándose la calva debajo de la boina. ¡Vaya el dato! No fue de más utilidad que la mirada mansa de las ovejas que mascaban como en un cómic.

–Lo de Roca está bordeando la carretera, andando... –nos indicaron más adelante.

–Veréis la casa, es de piedra amarilla –dijo otro, apoyándose sobre el extremo del largo mango de un hacha; nos midió de arriba abajo y luego cruzó los brazos sobre el pecho, como un verdugo.

–Solo le falta la capucha –susurró Miguel.

Con el corazón dando tumbos en el pecho y un puño en la boca del estómago golpeamos a la puerta de la casa.

Peregrinos recién llegados, recibimos un derroche de abrazos y de lágrimas. Después, en el dormitorio que olía a revoque fresco,

colchones de espuma de goma sin estrenar, duros como tablas. El baño hecho a nuevo. Sábanas limpias. La planta baja se dividía en dos, de un lado el establo y del otro la cocina, separados por una media puerta a ambos lados y un estrecho pasillo, ambos fuente de calor para los dormitorios en la planta alta. La Rubia era su única vaca, y había leche, queso y manteca a diario. Detrás de la casa, un huerto, un cerdo, y ponedoras negras de estirpe castellana, o así creo recordar. Mucho más un miembro de la familia que una mascota rural, La Rubia alargaba su cuello por encima de la puerta del establo para participar del alborozo en la cocina. Una armonía rebautizada hoy “economía sostenible”, cuando es más antigua que el arroz con leche.



Concepción, mi abuela materna



Josefa, hermana de mi madre



Esperanza, con su cuñada Elvira y sus sobrinas Raquel y Nérida. Buenos Aires, 1948.



Sobre en el que vino una carta de Elena, hermana de mi madre, a dos años de la muerte de mi padre.

Atontados todavía, a la mañana siguiente durante el desayuno fui sometido a una prueba capital. Pilar, una española de ojos celtas y mujer de Paco, nos presentó a los viejos. Viejos y adosados a la ventana –desde siempre, el uno frente al otro; ella, la sonrisa extraviada y la cabeza envuelta en una pañoleta negra, y él, donante directo del color inocente de los ojos de su hija.

–Oye, Jorge, aquí están mi madre, Ángeles, y Juan, mi padre
–sin aviso llegó el relámpago de la pregunta: –¿a qué no sabes cuántos años cumple ella y cuántos él?

–Ochenta y seis tiene tu madre y ochenta y tres tiene él –disparé sin pensar. El estupor cedió al encantamiento. –¡Ya lo sabías! –exclamó. –¡No lo sabía! –reí yo, y era la pura verdad. Puede haber sido adivinación. O simplemente una casualidad.

El caso es que ser tratado como una aparición no figuraba en mis planes. Miguel derrochaba bromas y simpatía y se convirtió en mi intérprete. Yo hablaba a través de él, y en los días siguientes todos le hablaban a él al dirigirse a mí. Enmudecían si se topaban conmigo a solas, y todo era sonreír y hacer gestos, y prescindir de toda comunicación verbal. Me sorprendió que mis primos Joaquín y Justo, hijos de Paco, solamente escucharan rock. Y en casa de otro de los Roca, se enorgullecían de moler el café en un molinillo eléctrico y lo mostraban sonriendo como en una publicidad de TV. Sin embargo, cuando pedí ir al baño, Antonio preguntó: –¿A qué? –Pues a orinar. – Entonces ven –y sin más decir me condujo al establo.

Acaso fuera un trance colectivo donde la propia voluntad es secuestrada y se impone el ritual como un mandato, la cuestión es que toda rutina de los hombres se detuvo y nos siguieron en séquito protector a sol y a sombra. Estaba claro que no era cosa de mujeres. Una de dos, o fuimos la ocasión perfecta para que ellos huyeran de sus tareas diarias y del aburrimiento, o despertamos un rescoldo antiguo sin esperanza de ser fuego. Es mezquino pensar que el móvil fuese el primero, pero es justo reconocer también que revivieron en mitad del invierno. Miguel y yo fuimos la llama que ardió los cinco días con sus noches, ignorantes de que avivarla era esforzada servidumbre. Puedo resumirlo en un ejemplo, la excursión a Santiago.

Llegar y montar guardia en la explanada fue, por lo visto, esfuerzo suficiente para honrar al santo apóstol y a su catedral. Sumado a la pelea contra el viento, que apagaba puros y cigarros bajo un cielo tan irremediable como gris:

– ¡Nosotros ya la conocemos! –se excusaron.

–Jorge dice que habréis de retornar en Año Santo – denunció Miguel, y estallaron las bromas y las risas. Y con un guiño, se quedó afuera con ellos, por obligada cortesía y por favorecerme. Apremiado por la escolta en el pórtico aplaqué con promesas de volver mi deseo solitario de navegar el tiempo encerrado en la catedral. Lloviznaba cuando salí; un hombre con impermeable y paraguas orinaba sobre un contrafuerte. Saqué las fotos de ocasión y partimos. A esto siguió la peregrinación más celebrada, ir de tapas y tomar vinho verde, a la cual me sumé, naturalmente, porque los fantasmas no vivimos del aire. Luego, enfilarse hacia las casas, un auto tras el otro, balanceándose en procesión y echando por las ventanillas bocanadas de humo azul como un botafumeiro.

En vida de mi padre, era su orgullo dictarme cartas que yo martillaba en la Underwood ya jubilada que nos había comprado para practicar. Todas las cartas iban dirigidas a su hermano menor, Francisco, que a veces enviaba fotos. No como ahora, que



Andrés, hermano de mi madre, fallecido durante la Guerra Civil



Pedro, hermano menor de mi madre y mi padrino. Emigró a Buenos Aires a los 15 años

tantas son ninguna. Eran momentos puntuales: en el muelle al embarcar, un casamiento, un funeral, y alguna que otra de estudio, como una fe de vida. Las nuestras, más domésticas, sacadas por los fotógrafos de plaza, quedaban en casa. Y aunque viraban fácilmente al sepia, perduraban, porque el papel conserva largo tiempo la memoria. No conocí a mi padre joven, solo conservo el recuerdo de un hombre ya maduro, de gesto adusto y amplios recesos del cabello en las sienes, y tiradores que sostenían los pantalones de una silueta sin cintura. Tal es el que conocí y está en las fotos alzando un bebé en brazos, o rodilla en tierra rodeándome con su brazo, un privilegio reservado al primogénito. Llevo la carga de la prueba, no la culpa.



Rosendo, Pedro y Modesto (y Sra.), los tres hermanos sobrevivientes de mi madre

La cuestión es que un día antes de dejar Galicia desempolvamos para mí un álbum de fotos. No sin cierto temblor, me mostraron las piezas sueltas de un rompecabezas familiar en blanco y negro.

–Aquí tuvimos una de Antonio y Esperanza, poco antes de partir –se lamentaron. –¡Pero ya no está, y no sabemos que fue de ella!

El recuerdo de cómo me despidieron en la estación de tren me parte el alma todavía hoy. Paco me había comprado un boleto en primera que yo no soñaba, ni pedí, ni podía pagar. Detuvieron el tiempo en los relojes y vinieron andando, todos ahora, hasta trenzar un friso acongojado unos pasos atrás, sobre el andén, Miguel con ellos porque planeaba quedarse por un tiempo. Paco encabezaba la marcha junto a mí, el escriba invisible de las cartas de su hermano. Quiso hablar y rompió a llorar como un cántaro que se quiebra sobre mi hombro. En un último abrazo convulsivo volaron por el aire sus anteojos, puedo ver su destello todavía. Pitaba el tren, y así, partí.

Sin duda fue cosa del azar, poco tiempo después en Buenos Aires, que tía Elvira, esposa de Rosendo, develara el misterio. Se decía de Elvira que era medio bruja. Ordenando el desván de su casa encontró un sobre de papel con fotos viejas. –Esta es tuya –dijo alcanzándome una con arrugas y puntillado en los bordes. En ella estaban mi madre y mi padre antes de venir a Buenos Aires, tan jóvenes como jamás los conocí. Ese rectángulo era bastante más que la foto perdida. Como en los hechizos de los cuentos era en verdad un espejo y por un instante estuvo vivo: ¡yo me miraba en él y él se miraba en mí!

Le di las gracias –cuando pude recobrar el habla– sin mencionar que haber sabido de un parecido físico tan extraordinario habría mitigado la tristeza de largos años de orfandad.

Mi padre dejó a los suyos al cumplir treinta y dos, y exactamente otros treinta y dos años después aparecí yo de visita, como en un espejismo. La reversión del acto marcó un antes y un después, y el despertar en ellos su imagen dormida tuvo el efecto de deshacer el tiempo. Joven se fue y joven vuelve, para volver a irse. Me sentí un ladrón pensando que por mi culpa lo perdían dos veces y yo, en cambio, lo recuperaba. Pero el precio fue alto, porque temiendo desilusionarlos para siempre nunca más volví.



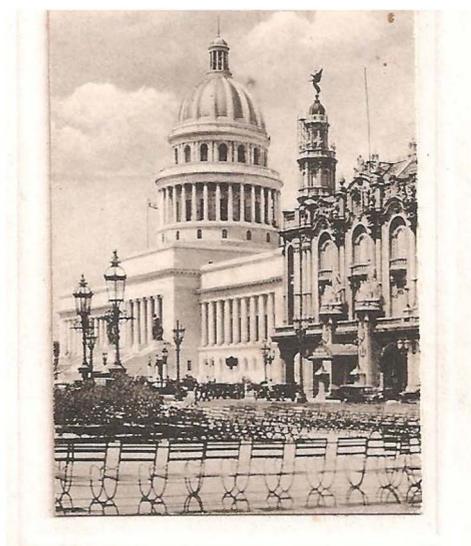
Josefa, hermana de mi madre

*En
puede de
caritas tu
hermana
Josefa*



EL CASTILLO DEL MORRO - HABANA -

Postal de Cuba



CAPITOLIO NACIONAL - Y -
PALACIO DEL CENTRO GALLEGOS

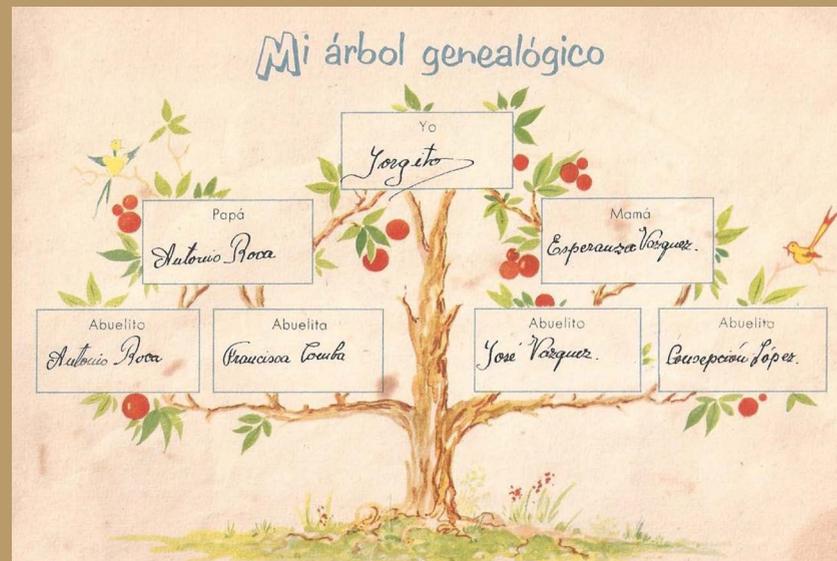
Felicitación navideña con dedicatoria

*Heliz Navidad
y
Próspera Año Nuevo
Les desea
tus primos
José Raúl y Esperanza
Hab. Dic 16/22*

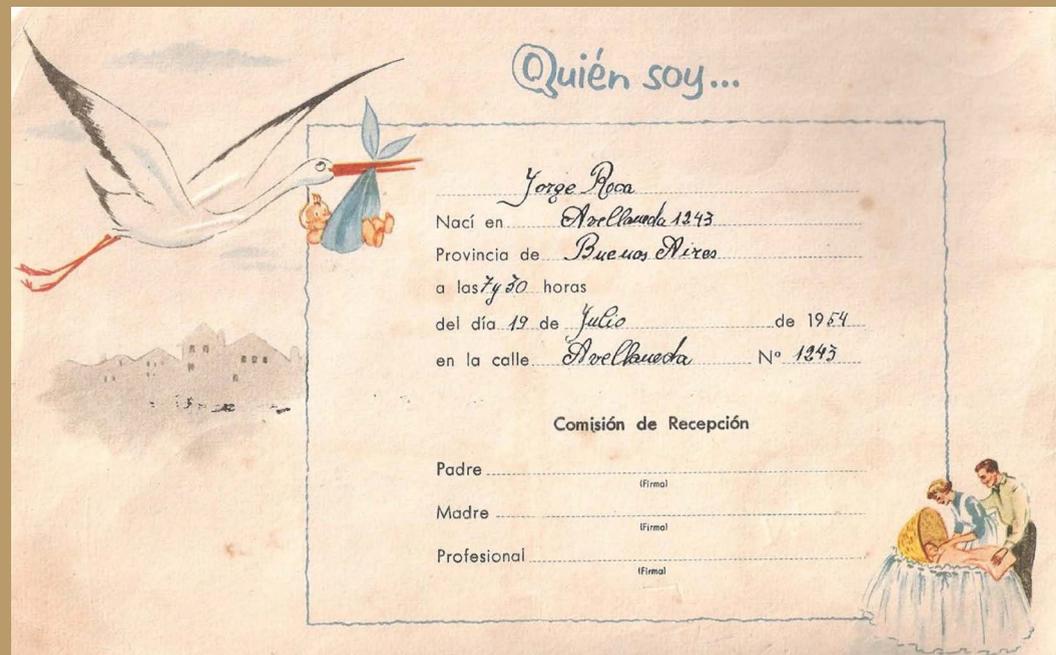




Plantilla y patrones tipográficos que usó nuestra madre para bordar nuestros nombres



Detalle del álbum anterior



Álbum de mi primer año de vida, el único que llegó a completar mi madre



A galopar



Jesús Villarino Pérez

EMIGRANDO A LOS CINCUENTA

(Reino Unido, mención honorífica)

EL INICIO

La imagen que me venía a la cabeza cuando oía hablar de emigración, era la de mi abuelo y otros familiares que salieron de su pequeño pueblo cerca de Benavente, en Zamora, para emigrar a Argentina a principios del siglo XX. La veía como algo lejano y ligado a la pobreza de tiempos pasados y los imaginaba sufriendo en la nueva tierra, pueblerinos, incultos -por la escasa educación de aquellos años-, allende de un océano infinito y donde las comodidades que yo disponía en mi juventud no existían. Además, era difícil contactar con sus familias mientras durase su emigración. No era, por tanto, una imagen positiva para mí, al contrario, era un alivio que España hubiera progresado y no fuera necesario para mí ni los de mi generación, los nacidos en los 60, repetir lo que habían hecho mis abuelos. Qué equivocado estaba, pues me vi obligado a emigrar en los albores de mis cincuenta años y con muchas canas en mi cabello.

Fui a Reino Unido. Sé que muchos dirán que ir a un país europeo no es emigrar. Probablemente olvidan o desconocen lo que sintieron los que fueron a buscar trabajo y una mejor vida a Suiza o Alemania. Es posible que aleguen que estos últimos pudieron tenerlo difícil, pero que salir de España en la época actual, con redes sociales, correo electrónico, Skype o WhatsApp, no tiene ningún mérito. Permítanme decirles a estas personas que estar lejos de donde está tu corazón y tu familia es muy duro y que confunden salir de España por voluntad propia con hacerlo por necesidad. Repito porque la diferencia es muy importante, los primeros emigran de forma voluntaria, los segundos, no. Mi historia pertenece al segundo grupo. Y aquí la detallo.

Empezaré mi narración diciendo que nunca creí que me viera en la necesidad de salir de mi país a buscar trabajo, carecía de sentido teniendo en cuenta que tenía cincuenta años, estaba casado, tenía dos hijos adolescentes, una formación excelente, idiomas y una dilatada experiencia profesional en multinacionales líderes en sus sectores. Además, estábamos en 2015, bien entrado el siglo XXI. Emigrar, por tanto, estaba fuera de mi pensamiento, pero, ¡ay!, la necesidad me obligó porque las empresas en España creen que cuando superas los cuarenta años se te licua el cerebro y ya no puedes realizar eficientemente ningún trabajo. Esto último no es una opinión, es un hecho para miles de personas mayores de esa edad que recibimos rechazo tras rechazo pese a cumplir y superar los requisitos pedidos. Nos acusan de ser caprichosos y de querer mantener el status pero no es cierto, yo remarcaba en mis respuestas que aceptaba cambiar de residencia a cualquier punto de España, sueldos de becario y puestos muy inferiores a mi experiencia, aun así, no me llamaban para una entrevista.

Mi situación de desempleo se alargaba y las consecuencias económicas, emocionales y familiares que la falta de trabajo traía comenzaron a ser desesperantes, algunos meses rogábamos a Dios que no surgiera ningún imprevisto mayor de cincuenta euros porque esa cantidad era la que nos quedaba en el banco. Fue así por lo que al acercarse el segundo aniversario sin trabajo la idea de emigrar dejó de ser ridícula y pasó a convertirse en una posibilidad real. Ante la nula esperanza de lograr empleo me decidí a tratarla con mi mujer. No le hizo gracia, ninguna, pero siempre me había apoyado en los momentos complicados y volvió a hacerlo. Fijé la fecha de mi viaje para un par de meses después; si no encontraba trabajo para entonces, ese día partiría.

Había meditado bien el plan y nos quedamos tranquilos porque ambos pensamos que jamás se realizaría, por supuesto que encontraría trabajo. Cuando se lo dijimos a Bea y David, nuestros hijos, me miraron como si estuviera loco, pero dejaron su oposición frontal cuando entendieron los motivos y las ventajas que tendría para ellos vivir una temporada en otro país, una vez yo encontrara trabajo y piso. Tras ellos lo comenté a mis hermanos, a mi madre y amigos. Deseaba en secreto que me persuadieran para no emigrar, que dijeran: “Pero ¿qué dices? ¿Para qué? Quédate. Aquí estás mejor”. Para mi decepción, nadie lo dijo, al contrario, todos me llamaron valiente y alabaron mi gesto por cuanto suponía de beneficio para mis hijos. Yo era, dijeron, un gran padre y mi futuro éxito un hermoso ejemplo de mi amor por ellos.

Los días volaban, la fecha de mi viaje se acercaba y seguía sintiéndome un jugador que lanza un farol, un todo o nada que quedaría en una bravuconada; sin duda alguna, la vida me diría que me había puesto a prueba y me repartiría burlona unas cartas ganadoras en el último momento. No fue así y el día que nunca deseé que llegara llegó y no tuve más remedio, tras la Nochevieja de 2014, que cruzar mi Rubicón, de gritar *Alea jacta est*, de coger la maleta e iniciar un viaje incierto sin fecha de retorno.

Reino Unido era un país rico y había más oportunidades laborales, pero ¿contratarían a un hombre de cincuenta años extranjero? Tenía mis dudas. A pesar de ello decidí seguir con el plan. Iría a Londres a casa de mi mejor amiga, que me había invitado a estar en su casa el tiempo que deseara. Solucionado el problema del alojamiento, el jueves diez de enero de 2015 cambié a libras el capital que me podía permitir teniendo en cuenta mi situación de desempleo; trescientos cincuenta euros. Cinco días después, el quince, a las 05:55 cruzaba en solitario y atemorizado el control de seguridad del aeropuerto de Barajas. Un futuro desconocido comenzaba.

Allí tuvo lugar el peor momento de mi aventura y uno de los más dolorosos de mi vida. Para entender y sentir lo que yo sentí hay que ponerse en la situación de un padre de cincuenta años que se despide de su familia en el control de seguridad un gélido día de invierno sin saber cuándo volverá a ver a sus hijos y a su mujer. Un hombre que se va sin trabajo y sin garantías de conseguirlo, un hombre que a pesar de su edad se siente pequeño y asustado ante lo desconocido, que se pregunta si tendrá éxito o si su fracaso

para conseguir empleo se repetirá en el extranjero. Eso pensaba aquella madrugada tras despedirme de mi familia y caminar sin ellos por el largo y silencioso pasillo de un aeropuerto que aún no se había despertado, en el que unos escasos viajeros dormitaban retorcidos en sus asientos y en el que las puertas aún no anunciaban vuelos. No mentiré si confieso que me sentí desubicado, viviendo una pesadilla terrorífica mientras me repetía abatido que un hombre trabajador y honrado no debería dejar a sus hijos, su mujer y su vida al otro lado de la frontera.

La estancia con mi amiga, de quien esperaba apoyo y cariño, fue muy desagradable para mi sorpresa. La encontré distante y fría, muy diferente a la amabilidad y generosidad que siempre me había mostrado. Tras dos días de convivencia cortés en la que le pregunté si tenía algún problema personal o con mi estancia, una noche me acusó furiosa de cosas terribles como querer echarla y quedarme con su casa, su dinero y sus perros, acusaciones totalmente infundadas que denotaban falta de cordura. Sin duda estaba sufriendo alguna crisis nerviosa o brote psicótico por algún asunto que no mencionó y que le hacía ver como enemigos a gente que la quería. Quise razonar con ella, nos conocíamos desde hacía veinticinco años y habíamos vivido juntos momentos importantes, pero mis ofrecimientos fueron rechazados con violencia e insultos. Nunca había visto a alguien tan fuera de sí, tanto que el miedo de que me atacara me hizo coger la maleta en ese instante y salir huyendo de la casa. Tiritando bajo el frío, la noche y la lluvia de enero me quedé atónito y roto en un banco muchos minutos, había perdido inesperadamente a mi mejor amiga de una forma tan desagradable que me afectaría varios meses. Lo que iba ser una ayuda para encontrar trabajo y calma a su lado se había convertido en un horror que me obligaba a buscar con urgencia un lugar donde dormir. Jamás volví a verla.

El cambio radical e inesperado de M. y el alto precio de vivir en Londres hicieron que me planteara mudarme a otro pueblo, pero ¿a cuál? Investigué mucho y al final decidí trasladarme a Edimburgo, en Escocia, mucho más lejos de lo que había pensado, pero allí vivía mi prima Isabel con sus hijas y sabía que no le importaría ofrecerme su casa unos días.

Fue en el camino desde Londres a Edimburgo cuando descubrí una gran mentira que había tomado por cierta durante muchos años, al igual que la mayoría de mis compatriotas. Tenía al Reino Unido como un país superior a España en casi todos los campos, por no decir todos, pero no hay nada como salir fuera para ver

que el complejo de inferioridad que tenemos los españoles es injustificado. Las carreteras que en España consideramos tercermundistas son auténticas vías maravillosas comparadas con las autovías y carreteras nacionales de Inglaterra y Escocia. Las nuestras son más anchas, con mejores firmes, sin tantos baches, sin tractores cruzando autovías. No es lo único en que España ofrece mejores servicios a sus ciudadanos.

Para ahorrar dinero realicé el viaje a Edimburgo en autobús, de noche, en un trayecto que duró diez eternas horas. Para quien no conozca la ciudad les diré que es del tamaño de Murcia y muy bonita. Tiene numerosos parques verdes, hay muchas casas unifamiliares y los edificios de viviendas son de tres o cuatro alturas y los del centro suelen tener una antigüedad cercana o superior a los ciento cincuenta años, casi todos son de piedra y excesivamente parecidos entre sí. Por su latitud en verano amanece a las tres y media y en invierno ya es noche cerrada a las cuatro de la tarde. Sus oriundos suelen ser más amables y campechanos que sus vecinos ingleses, aunque mantienen la distancia personal incluso entre ellos. A cambio de tanta belleza, Edimburgo tiene un clima generalmente horroroso, con mayoría de días lluviosos, ventosos y con temperaturas que no suelen superar los veinte grados incluso en verano. No están preparados para el calor y cuando el sol se asoma salen como caracoles a los parques y jardines para tumbarse, recibir los tibios rayos, beber cerveza y hacer barbacoas. Las temperaturas que en España tomamos como templadas hace que allí algunos colegios pidan a sus alumnos que se vayan a casa o descansen porque con más de veintidós grados pueden marearse. Aparte de su belleza, Edimburgo tenía otra singularidad que desconocía y era que la población emigrante española, generalmente estudiantes que querían mejorar el idioma y desesperados como yo que no encontraban trabajo en España, ocupaban el mayor grupo extranjero tras los polacos. No era cierto según vi en las estadísticas oficiales más tarde, éramos los terceros o cuartos según el año. Ver este dato me produjo una ambigua sensación de felicidad y rabia, la primera porque no estaría tan solo y la segunda porque centenares de trabajadores cualificados nos vimos obligados a salir de nuestros hogares a buscar sueldos decentes y un respeto profesional que no encontrábamos en España. Mientras nuestras empresas nos despreciaban, éramos recibidos con alegría por un país ansioso de aprovecharse de personal cualificado y formado en sus países de origen, sin coste para ellos, y al que pagaría sueldos inferiores a los de sus nacionales.

PRIMEROS DÍAS

Isabel y sus hijas me recibieron con los brazos abiertos. Pasé una semana muy agradable con ellas, durante la cual intenté volver a solucionar uno de los primeros y más importantes problemas a los que se enfrenta el emigrado: el alojamiento. Dicen que quien quiere puede, pero hay cosas que, aunque puedas, no quieres. Mi situación económica no me permitía alquilar ni un pequeño estudio, por lo que tendría que compartir piso con personas desconocidas. No era un problema insalvable, pero a mi edad no era una opción placentera. Yo ya tenía casa, con hipoteca, pero mía, era mi castillo, mi refugio y ahora tendría que aceptar las normas que pusieran el propietario o los inquilinos ya instalados, sus fiestas, su limpieza o suciedad, su desorden, su volumen de televisor alto, los olores de sus comidas, compartir baño. Por desgracia, las habitaciones a las que podía optar estaban en barrios alejados, marginales y olvidados por los empleados municipales de limpieza.

No obstante, hasta los que estamos abrumados y desesperados tenemos a veces un ápice de suerte y lo que parece un obstáculo insalvable desaparece. Casualmente mi prima tenía una amiga española, Regina, que vivía en una habitación alquilada a una mujer también española. Preguntó a la dueña si podía alquilarme la segunda habitación que tenía libre y aceptó. Saber que ya tenía un lugar donde quedarme, limpio, a precio asequible y con una compañera de casa estupenda con la que podía hablar en español y que podría enseñarme muchas cosas de Edimburgo suavizó mi preocupación. La casa era muy grande y bonita, con amplias vistas al castillo, céntrica y llena de objetos curiosos y obras de arte realizadas por el marido de Carmen, la casera, un famoso escultor inglés. Lo primero que hice al dejar mi maleta en el dormitorio

fue sacar unas fotos al parque que se veía desde mi ventana, Bruntsfield Park y mandárselas a Paz, luego por la noche le hice un recorrido por la casa con Skype. Paz sabía lo que había sufrido en Londres, en un barrio muy castigado por la marginalidad y la decadencia y en una casa, la de mi examiga, donde la limpieza había estado ausente durante años y sido sustituida por la acumulación de objetos viejos e innecesarios. Verme en un lugar tan bonito y diferente le produjo una gran tranquilidad y alegría.



Regina, Isabel y yo

Tener alojamiento es un paso fundamental para resistir, yo lo tenía y ahora tocaba empezar con el siguiente, conseguir empleo. Comenzaba temprano por las mañanas y, como en España, inicié mi búsqueda con los puestos más cercanos a mi experiencia y capacidad, pero tuve que ir rebajando mis expectativas, la edad, el periodo de desempleo a mis espaldas y una nacionalidad ajena no animaban a las empresas a ver las virtudes de mi perfil laboral. El temor



Vistas desde mi ventana. Bruntsfield

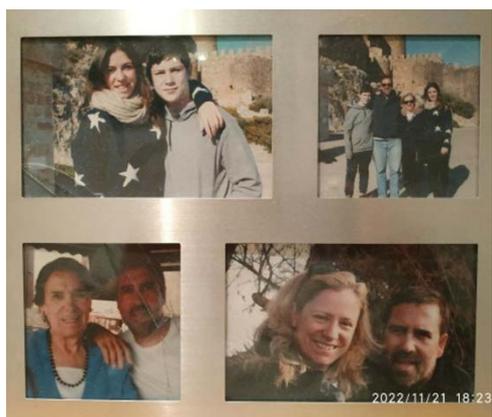
a que mi nivel de inglés no pareciera suficiente a la persona que me entrevistara también me preocupaba. Lo pasé mal, fueron momentos muy duros que oculté a mi mujer. Pero la emigración y la necesidad no me permitieron ser cobarde, si quería avanzar y traer a mi familia tenía que superar mis temores y los desprecios que ocasionalmente sufrí. Este afán por lograr empleo terminaba cuando el número de rechazos que recibía era superior a lo que mi ánimo podía soportar. A partir de ese momento, y para olvidar mi decepción, dedicaba mi tiempo a conocer la ciudad - a pie para ahorrar dinero-, su historia y a buscar cursos gratuitos o del ayuntamiento que pudieran ayudarme. Conseguí uno de inglés, donde me dijeron que mi nivel era bueno, lo que me dio confianza y esperanzas.

La búsqueda de empleo y los recorridos por la ciudad me distraían durante el día, por la noche me sentía muy solo. Muchas veces no podía esperar hasta entonces y me conectaba por Skype con mi familia. Era tal la necesidad de sentirme envuelto por su cariño que oír el sonido de llamada de este programa me producía alegría y bienestar. Al ver los rostros de mis hijos y oír sus anécdotas y palabras de ánimo se me olvidaban los pensamientos tristes. Yo a cambio les contaba las cosas bonitas y curiosas que había visto ese día y les prometía enseñárselas cuando me visitaran. Paz sonreía y me animaba, pero cuando nos quedábamos solos tocaba hablar de las cosas que no eran tan bellas sino de los problemas y preocupaciones a ambos lados de la pantalla. Siempre nos despedíamos con besos y palabras de aliento. El calor de la familia es muy importante siempre, pero vital cuando estás lejos.

Cuando colgaba volvía a mí la tristeza, verlos a través de la pantalla, observar al fondo la librería del salón, el sofá en el que yo me había sentado tantas veces, la televisión, los cuadros, en definitiva, mi hogar, generaba una desazón que solo desaparecía al dormir. Nunca se lo dije, yo lo pasaba mal, no tenían por qué pasarlo ellos también. Pero no debía quejarme, mi soledad probablemente era una nimiedad comparada con la de los emigrantes de generaciones pasadas.

A veces, cuando entraba en una tienda, un autobús o una oficina encontraba compatriotas. Lo que hace la distancia, gente con la que jamás hablaríamos en nuestro país, o incluso evitaríamos por su aspecto o edad, se convertían por arte de la emigración en potenciales amigos. Conocí muchos jóvenes que habían venido a estudiar o conseguir un trabajo que no podían lograr en España. Se sentían libres fuera de las órdenes de sus padres y disponían de un sueldo por primera vez; la vida para muchos era dura pero bonita. También encontré gente como yo que a una edad más adulta habían tenido la necesidad de dejar su mundo querido y dar un salto mortal sin red a una ciudad ajena donde lograr el bienestar que no encontraron en España. Los primeros se adaptaban mejor, los segundos, peor; a los que ya tenemos una edad se nos hace terriblemente triste volver a una habitación vacía en la que no hay nada nuestro más que una maleta y un marco con fotos de la familia.

Podía sentirme abatido, pero no lloraba ni me hundía, no tenía tiempo, los continuos retos de supervivencia me obligaban a ser más fuerte. Recuerdo que la soledad me desbordaba con tiempo para pensar y me vienen a la cabeza algunas reflexiones de aquellos



Marco con fotos que llevé a Edimburgo



Mi habitación en Edimburgo

momentos. Una es la pérdida de amigos que produce la distancia. Muchos de los que prometieron amistad eterna y mantener el contacto dejaron de hacerlo pasados los primeros meses de ausencia. Supongo que a veces la amistad que creemos fuerte no resiste la distancia ni el tiempo. Otra reflexión es que la mayoría de los emigrantes somos mentirosos, muy mentirosos. Contamos a todos los que dejamos en España que nos va mucho mejor de lo que nos va. Quizá no sea mentir sino solo exagerar un poco, en cualquier caso, no decimos toda la verdad. ¿Cómo confesar a tu mujer que estás hundido y desesperanzado tras las enésimas solicitudes de trabajo y entrevistas rechazadas y que estás harto del clima y de empaparte día sí y al siguiente también? ¿Cómo decir a tu madre, que te añora y cree que eres feliz, que no lo eres? ¿Cómo decirles la verdad de que te cuesta mantener la ilusión? No, no lo hacemos. Preferimos mostrar durante los minutos de nuestra llamada una sonrisa falsa, un tono de voz alegre y unas palabras positivas que a ellos les reconforte. Por eso me enojan muchísimo los programas de televisión en los que aparecen emigrantes españoles que fingen que les va estupendamente, tienen trabajos muy bien remunerados, casas maravillosas y son apreciados y queridos por vecinos y compañeros. Lo que cuentan no es verdad y los espectadores deben saberlo. Esos españoles, o la mayoría, son mirados con cierto desdén por los oriundos de su país, pueden ganar más que en España, pero a cambio de callar y sonreír ante desprecios de compañeros y ciudadanos nativos. Esas sonrisas de anuncio de dentífrico desaparecen cuando oyen la orden "corten" y los periodistas se van. Yo, al menos, no conocí a ninguno que, en confianza, no confesara que prefería volver a casa.

Más reflexiones: nunca dejas de sentirte extranjero y, por ello, de segunda clase. No importa lo bien que domines el idioma, el esfuerzo que hagas por vivir sus costumbres, los amigos del país que hagas ni lo mucho que te juren que te quieren, siempre habrá algo y alguien que te recordará que no eres uno de los suyos. Esta es quizá una de las realidades que más me entristeció y más me hizo añorar España, el lugar que llamaba casa y donde no me sentía diferente de quienes me rodeaban.

Vivir en Reino Unido me abrió los ojos respecto a España. Influidos por la prensa, la televisión y el inaudito complejo de inferioridad que los mismos españoles fomentamos también me dejé llevar por la idea de que casi todos los países occidentales eran mejores que el nuestro, su gente más honesta y preparada en todo, que

en ellos no había políticos corruptos sino sabios estadistas que buscaban lo mejor para sus ciudadanos. Nosotros nos vemos siempre como perdedores, incapaces de lograr éxitos, aceptamos con apatía unas cifras económicas y sociales vergonzosamente muy por debajo de las que merecemos. Es normal ver a tertulianos y población comentar que somos gente pícara, vividora y algunos hasta dicen que somos un país de mierda, de pandereta, tercermundista. Puedo decir con orgullo y pruebas que es mentira lo anterior, no somos perfectos, pero sí tenemos mucho que ofrecer, somos más honrados, valientes y trabajadores que muchos nacionales de países situados más arriba en los rankings. La frase de que no nos estiman fuera, que nos consideran vagos, es mentira porque así me lo dijeron muchos ciudadanos y empresarios británicos confirmando lo que miles en España pensamos, que los españoles somos nuestros peores enemigos.

Para no cansar al lector, compartiré una última reflexión antes de proseguir. Somos tontos cuando hablamos acooplejados y con vergüenza el idioma que hemos aprendido. Me pasó a mí y a todos cuantos conocí. Nos hemos hecho creer a nosotros mismos que si no somos cien por cien bilingües y pronunciamos un idioma con exquisita perfección debemos avergonzarnos, sentirnos incultos y evitar hablar, sin embargo, cuando un británico o de cualquier país comete errores garrafales lo disculpamos e incluso animamos y nos sentimos orgullosos de que alguien chapurree en nuestro idioma, aunque lo haga mucho peor que nosotros en el suyo. Este complejo no es baladí, pues, como a muchos, hizo que me acobardara durante las entrevistas.

Retornando a mi aventura, la falta de trabajo seguía obligándome a exprimir cada libra y meditar mucho en qué gastaba el poco dinero que mi mujer podía mandarme, llegando cualquier compra nimia a convertirse en una decisión difícil y es que emigrar suponía apretarme el cinturón, no ya un agujero sino hasta tres o cuatro. Por esta situación y otras similares es por lo que necesitaba decirme a mí mismo que el día siguiente sería mejor, que la suerte estaba próxima, pero ni la mañana siguiente ni las posteriores lo fueron. Por supuesto oculté a mi mujer y a mis hijos mi desesperación y la oscuridad con que veía el futuro. Creían lo que les contaba, como dije antes, los emigrantes somos muy buenos mintiendo.

INTEGRÁNDOME

Considero que integrarse en el país que te acoge es una muestra obligada de respeto a sus ciudadanos y a su cultura. Yo lo intenté. Leí mucho de la historia de Escocia, su geografía, palabras en escocés e incluso aprendí a bailar el *ceiligh*, su baile, pero confieso triste que mi éxito fue muy limitado, logré tener relación cercana con menos gente que los dedos de una mano. No voy a decir que me rechazaron, mentiría, pero jamás encontré una gran disposición favorable por parte de los escoceses, sencillamente ya tenían su vida hecha y no tenían ninguna necesidad ni interés en introducir en su mundo personal e íntimo a un extranjero que había aparecido de repente en su trabajo o vecindario. Con esto no quiero decir que fueran descorteses, en absoluto, tan solo se comportaban como millones de españoles y yo con un extranjero recién llegado a nuestra oficina o barrio: ¿Cortesía? Sí, ¿Relación personal? Bueno, ya veremos.

Sin embargo, la relación con otros extranjeros emigrantes sí fue más fructífera, supongo que compartir sufrimientos y penas borra las fronteras que nuestros políticos se empeñan en dibujarnos en la cabeza y en los mapas. Por eso, cuando trataba con otros emigrantes, olvidaba si habían sido enemigos en alguna guerra pasada y miraba más lo que nos unía. Compartíamos lo mejor de cada uno y los estigmas y prejuicios con los que habíamos vivido desde niños, desaparecían una vez empezábamos a hablar; los africanos, sudamericanos, europeos, etc., no éramos de la manera que los medios o la historia nos habían hecho creer; podíamos discrepar en algún asunto o ver las cosas de otra forma, pero, en general, nos tratábamos con respeto y amistad y no como enemigos. Deshacerme de prejuicios absurdos fue uno de los grandes beneficios de haber emigrado.

Relacionado precisamente con mi integración en Edimburgo, había un asunto clave que aún estaba pendiente: obtener plaza escolar para mis hijos. Conseguirla suponía un punto de anclaje para mi estancia y la venida de mi familia, no lograrla me obligaría a plantearme mi retorno. Por desgracia, cuando acudí a solicitarlas en abril el plazo había terminado. Me informaron de que había una lista de espera larga y que tenía muy pocas posibilidades de que lograra inscribirlos. Lo mismo ocurría en otros colegios cercanos. Si los emigrantes somos buenos mentirosos también tenemos fe inquebrantable en el futuro. Seguí adelante y rellené los formularios. La respuesta tardaría semanas en llegar.

Mientras esperaba la decisión seguí buscando trabajo y una casa en la que vivir con mi familia. Por casualidades de la vida, o porque ésta a veces se compadece de aquellos de los que se burla, Carmen, la propietaria de la casa, mujer encantadora y magnífica, me dijo que tenía otra vivienda muy cerca de allí. Se me abrieron los ojos al oírla y se me cerraron de cuajo cuando recordé que no tenía dinero para pagar el alquiler. Supongo que avergonzada de haberme obligado a emigrar, la vida me hizo un segundo regalo. La buena mujer me ofreció gratis el primer mes y me cobraría solo la mitad del segundo.

Las cosas mejoraban; ya tenía piso apalabrado en el centro de Edimburgo, junto a los Meadows, un enorme parque, y a pie de las principales atracciones y tiendas y pronto, si tenía suerte, mis hijos obtendrían plaza en el colegio. Solo la falta de trabajo y la ausencia de Paz impedían mi completa felicidad.



The Meadows



The Meadows

Comenzaba junio, algún día salía el sol, llovía menos y los parques estaban verdes, un cambio que animaba después de tantos días lluviosos y oscuros. No mencionaré altas temperaturas porque es un término que Reino Unido, especialmente Escocia, desconoce, digamos que eran primaverales, aun así, los días eran más hermosos. Muchísimo más lo fueron a partir de recibir una llamada en la que me decían que habían concedido la plaza escolar a Beatriz y David. Qué alegría, colegio, piso y mis hijos conmigo, solamente faltaba el trabajo. Y que Paz pudiera venir también.

Habían pasado varias semanas desde que Carmen me ofreciera su vivienda. Fui a conocerla el día en que se despedían los inquilinos.

Viniendo del gran piso en el que yo vivía hasta entonces, ver el lugar donde viviría con mi familia, si decidía alquilarlo, fue una decepción. Era un tercero, casi quinto por la altura de los techos, los escalones de la escalera estaban desgastados, la iluminación era escasa y las paredes mostraban desconchones antiguos por doquier. Una vez dentro, el piso era amplio pero muy viejo, de más de un siglo de antigüedad, castigado por el trato diario de estudiantes que no lo cuidaban y no había sido remodelado en al menos cincuenta años, a pesar de todo, para mí era un palacio comparado con otros sitios que había visto. No estaba seguro de que le agradara a Paz, pero era al menos un lugar donde instalarnos... si conseguía trabajo. Por fortuna, la desilusión inicial cambió, Carmen fue una casera excepcional que se convirtió pronto en una gran amiga sin cuya generosidad y ayuda nuestra situación habría sido mucho más complicada. Aceptó sin problemas algunos cambios que propusimos para hacer de la casa un hogar.

Bea y David vinieron por fin. Instalar a cada uno en una habitación me reconfortó, no teníamos que convivir en un espacio reducido o sucio ni compartirlo con gente desconocida. No era nuestro hogar de Madrid, pero sí una casa para nosotros, un nuevo refugio. Su venida iniciaba el futuro que Paz y yo habíamos planeado para ellos. Si todo salía como esperábamos, nuestros hijos vivirían una experiencia maravillosa e irrepetible



Llegada de David a nuestra casa. Julio de 2015



Llegada de Bea al aeropuerto de Edimburgo 2015

La rutina de buscar trabajo cada mañana no varió tras su llegada, mi objetivo principal seguía siendo obtener un salario. Después de tantos meses sin lograrlo no sabía qué más hacer, había bajado considerablemente mis expectativas salariales, me había abierto a trabajar de noche, por turnos, fines de semana, a dos horas de distancia ida y otras tantas de vuelta, adaptaba mi currículum a cada puesto, pero aun así no conseguía convencer a las empresas de que era un excelente candidato y mejor

empleado; lo que me había ocurrido en España me sucedía también en Escocia. Hay que tener un carácter y resistencia emocional muy fuertes para no hundirse ante decenas, ya centenares, de rechazos, por fortuna yo los tenía y tras unos segundos de decepción respondía a la siguiente oferta de empleo. Mis hijos nunca supieron lo que pasaba por mi mente, no les ocultaba los fracasos, pero acompañaba la mala noticia con palabras esperanzadoras.

Después de la decepción mañanera dedicaba el tiempo a hacerles la comida, darles ánimos y a hacerles ver lo bueno de la emigración, de lo que conseguirían gracias a estar allí; habían salido de un entorno agradable a una edad en la que se forman las pandillas, se van a las primeras fiestas, se conoce al primer amor. Yo los había traído y sacado, literalmente, de un día para otro, a otro país, otra casa, otro idioma, otras costumbres y lejos de su madre. Por fortuna mis hijos eran más maduros de lo que correspondía a su edad de trece y diecisiete años y comprendieron que estar allí también sería una aventura excepcional para ellos.

Llegó agosto, el mes en el que empiezan las clases, otra diferencia respecto a



Nuestra casa es el último piso

España. David y Beatriz se horrorizaron cuando supieron la fecha de inicio, era un mes de sol, vacaciones, amigos. ¿A quién se le ocurría iniciar el colegio en verano? Luego descubrieron que lo que se conoce como verano en España no existe en Edimburgo, el clima es muy diferente y el verano, como decían allí, apenas dura el día que el sol decide aparecer. Por desgracia, lo hace pocas veces.

Comprendí que para ellos iniciar el curso con nuevos compañeros, nuevos profesores, colegio e idioma diferentes era un gran reto, probablemente el mayor al que se habían enfrentado jamás. No dijeron nada, supongo que para no preocuparme y no parecer cobardes. Me sentí muy orgulloso de ellos; eran fuertes. De no haberlo sido dudo mucho que hubieran conseguido el éxito que lograron después.

Acompañé a David en su primer día. Fue terriblemente duro dejarle en la puerta de acceso a partir de la cual los padres no podíamos pasar. Nos miramos, él sonrió, definitivamente, yo estaba más asustado que él. Le di un abrazo y le recordé que aquel sería su peor día en el colegio porque todo sería nuevo, pero que el siguiente ya sabría dónde estaban las clases, ya conocería a sus profesores y a sus compañeros. Efectivamente, me había preocupado en exceso, cuando fui a recogerlo apareció tranquilo, como si llevara meses allí. Fue un alivio. No sé si lo diría para alegrarme, pero el nudo en mi estómago desapareció. No pude acompañar a Beatriz, tampoco le habría gustado que sus compañeras la vieran llegar con su padre, pero repetí lo que había dicho a David respecto a que aquel sería su peor día. También volvió satisfecha de su inglés y de la gente que había conocido.

Se lo contamos emocionados a Paz vía Skype por la noche. Estaba tan preocupada como lo había estado yo y ver las caras de satisfacción de nuestros hijos, orgullosos de haberse defendido en inglés, le produjo la misma alegría y alivio que yo había sentido cuando les recogí. Lo que ocurrió los siguientes días no fue tan agradable, no todos los compañeros mostraron interés en aceptarlos; no hubo abusos ni insultos, sencillamente



Vista desde el salón. The Meadows al fondo

los ignoraron. Quizá sea imaginaciones mías, pero creo que los españoles somos más dados a preguntar al extraño que se sienta a nuestro lado, de dónde es, qué hace en nuestro país e incluso llegamos a invitarle a que venga con nosotros al comedor de la empresa o a jugar en el recreo. Pero no podía culpar a los niños de Edimburgo pues muchos adultos habían tenido ese comportamiento conmigo.



Colegio de David

UN EMPLEO, POR FIN

Por fin en septiembre conseguí trabajo, no era espectacular y solo temporal, también bastante bajo para mi experiencia, pero era en una multinacional muy famosa y aunque el sueldo no era nada del otro mundo permitiría quitar presión a Paz y a nuestra familiar cuenta bancaria. Después de dos años sin empleo volví a considerarme útil y apreciado. Solo quien haya estado mucho tiempo sin trabajo y sin perspectiva de conseguirlo puede entender la alegría de volver a la maquinaria laboral, de contribuir de nuevo al bienestar de tu familia, a realizar cosas que llevabas meses o años restringiendo. Obtener ingresos me devolvía la dignidad social que había perdido por el edadismo empresarial.

Era un trabajo de solo cinco meses, por turnos que podían empezar a partir de las seis de la mañana o terminar, según la hora de entrada, a medianoche. Los domingos y

festivos se consideraban días normales de trabajo. El salario era el mínimo legal, muy bajo. Quizá a un joven que empezara su carrera laboral le pareciera una fortuna que le permitía sus caprichos o irse de casa de sus padres, pero para mí cobrar lo mismo con veinte años de experiencia a mis espaldas era muy decepcionante. A pesar de ello me ponía una careta de sonrisa permanente y ocultaba mi desencanto bajo ella; hacíamos el mismo trabajo y debíamos cobrar lo mismo, era lo justo.



Colegio de Bea

Mi labor consistía en atender llamadas, correos y chats de los clientes, por supuesto en inglés, la mayoría de los cuales llamaban enfadados porque su paquete no había llegado. A veces era duro porque algunos eran agresivos, otras porque sus acentos eran muy cerrados y no eran amables ni comprensivos cuando les pedía que repitiera lo que habían dicho. En ocasiones me hablaban de productos que desconocía, había más de cien mil, y también se enfadaban porque no les entendía enseguida. Pero era yo quien había decidido emigrar y buscar trabajo en Edimburgo y tenía que aguantar y soportar sus enojos y desprecios por ser extranjero. A veces, para calmar mi frustración me decía que al menos tenía trabajo y que la experiencia de mis hijos al vivir allí compensaba todos los malos momentos que pudiera tener. Para animarme también me decía tras cada llamada que estaba en Escocia, a mil quinientos kilómetros de mi hogar, que hablaba inglés cada día con centenares de personas y que con cincuenta años no me había rendido frente al paro. ¿Cuánta gente que yo conocía podría hacer lo mismo? Lo que estaba haciendo implicaba mucho valor y resiliencia. Entonces, me sentía orgulloso de mí mismo. Al final del día, cuando salía del edificio, me relajaba pensando en mi mujer y mis hijos y olvidaba vejaciones, agravios y decepciones.

El resto de meses hasta Nochevieja los pasé trabajando en mis turnos cambiantes y con mis hijos, adaptándonos los tres a costumbres locales y, sobre todo, al clima. Por mucho que un residente en Escocia intente hacer comprender a sus familiares y amigos españoles que allí llueve mucho, pero llover, llover, varias veces al día varias semanas seguidas sin interrupción, no logrará su comprensión, pensarán que es una exageración, pero no lo es. Este clima de lluvia casi permanente, con algún rayito de sol que no calienta, mucho viento y oscuridad completa desde las cuatro de la tarde hasta las nueve de la mañana nos afectaba a la hora de disfrutar de nuestro ocio, pues no invitaba a salir a pasear por sus parques y calles bulliciosas. No obstante, terminamos por rendirnos y hacer como los edimburgueses, aceptar que, o salíamos pese a la lluvia y vendavales o no tendríamos vida hasta mayo o junio. Llegar empapados a casa se convirtió en algo normal. No obstante, para ser justo, diré que algunos días hacía sol, aunque el significado de la frase "hace sol" no es el mismo en España que en Edimburgo.

Llegaron las vacaciones de Navidad y mis hijos, ansiosos por volver a ver a sus amigos, pidieron pasarlas en Madrid. Me dio pena, pero era comprensible, estaban realizando un gran esfuerzo en el colegio y en su vida diaria y merecían una recompensa. Yo estaba en el pico álgido de los pedidos navideños y no podía tomar ningún día de vacaciones por lo que tendría que pasar las fiestas solo. No fue así, Paz me regaló la maravillosa sorpresa de su visita durante tres días. Faltaban veinte para que transcurriera un año completo desde que nos despedíáramos en el aeropuerto de Barajas y tenerla cerca, pasear con ella de la mano, supuso recuperar el placer de su compañía y borrar el sentimiento de soledad que su ausencia me había provocado. Recorrimos la ciudad, le enseñé nuestro piso, los colegios, el edificio en el que trabajaba, los parques a los que íbamos, los monumentos. Disfrutó de los paseos y su preocupación disminuyó. Me alegré mucho de que los hubiera visto, pues los sentimientos de angustia, soledad y duda no los tiene solo el que emigra, sino que también afecta a los que se quedan atrás, especialmente a la pareja del emigrante. Fue un tiempo corto pero vivido de forma intensa que nos sirvió para ponernos al día y contarnos nuestros sentimientos y expectativas. Los tres días pasaron muy rápido, Paz regresó a Madrid, Bea y David a Edimburgo y los cuatro a la normalidad. Una semana después cumplía oficialmente mi primer aniversario como emigrante. ¡Un año ya fuera de casa!



13 de junio 2020



20 de junio 2019



Otro día de lluvia

Los días pasaban a velocidad de crucero. Por desgracia el contrato temporal terminó y volví a encontrarme en paro, ahora ya cerca de los cincuenta y uno. Encontrarme de nuevo en esta situación

era frustrante, volvía a depender de que mi perfil gustara a un reclutador, suponía pasar horas y horas navegando en internet, registrarme en páginas de empleo, leer ofertas, recibir y encajar decenas de rechazos, volver a repartir los ingresos de mi mujer. No era el regalo de cumpleaños que deseaba recibir.

La desesperación, por fortuna, duró menos que el periodo anterior y solo tardé dos meses en encontrar otro empleo. Solo dos en número, en ánimo fue una pesadilla que parecía interminable. El trabajo conseguido en una multinacional financiera fue peor que el primero, controlaban de forma tiránica y distópica los minutos que hablaba con un cliente, que no podían ser más de cinco o me penalizaban, los que tardaba en contestar el teléfono o incluso los que iba al aseo. Encontrar este segundo trabajo me



Día ocasional de sol. Portobello

hizo volver a pensar en la situación laboral en España; me habían cogido siendo extranjero y de edad no joven, ¿Cómo era posible que en mi propio país no me hubiera querido ninguna empresa? ¿Por qué en Escocia sí cogían a cuarentañeros y cincuentañeros y en España no? ¿Cuántos miles de años de experiencia útil se perdían nuestras empresas y la economía nacional por una absurda práctica de edadismo? No podía cambiar la actitud mediocre de algunos directivos y empresarios de España, pero sí podía aceptar las oportunidades que me ofrecían otros empleadores más sabios de mi país de acogida. Acepté el puesto pese a las condiciones y volví a respirar tranquilo.

No alargaré mi relato con temas laborales, tan solo diré que tuve más empleos, ninguno de la calidad que creía que merecía, pero lo que no crecía en desarrollo profesional lo conseguían mis hijos en el ámbito escolar. Ver que sacaban buenas notas y saber que estaban contentos de cómo iba su estancia en Edimburgo compensaba cualquier sentimiento de frustración laboral que yo pudiera sentir.

La alegría de ver a mis hijos contentos me animó como padre y también lo hizo la venida definitiva de Paz en mayo de 2016 tras el fallecimiento de su madre. Fue un momento muy triste para todos, pero tras el cual se hizo realidad nuestro deseo de volver a estar juntos los cuatro. Anticipamos que venían de nuevo tiempos muy difíciles para nosotros. El motivo de nuestra preocupación es que



The Meadows cuando hacía sol

Paz tuvo que dejar su trabajo en Madrid y buscar otro en Edimburgo, repitiendo uno por uno los pasos que yo había dado: búsqueda en internet y oficinas de empleo, frustración por los rechazos, etc., por no hablar de que aún debíamos seguir pagando la hipoteca y los gastos de la casa de Madrid pues, por diversos motivos no la podíamos alquilar ni vender. Es decir, por fin estábamos juntos de nuevo, pero solo con mi sueldo, que no cubría gastos, por lo que tendríamos que seguir tirando de ahorros

y ayuda familiar. Para ambos fue un momento difícil y de mucha preocupación que supimos superar juntos como en casos anteriores, después de todo ¿Qué problema es insalvable cuando la pareja se ama y está unida?

La angustia, por fortuna o porque la economía funcionaba mejor en Escocia, no duró mucho. La confirmación de que las empresas del Reino Unido tenían una política laboral diferente respecto a la edad volvió a producirse cuando a Paz la contrató una empresa local de ámbito internacional. A diferencia de mis trabajos el suyo estaba mejor remunerado y reconocido que los que había tenido en Madrid. Verse contratada tan rápido, con mejor sueldo y horario y más responsabilidad que en Madrid fue un acicate emocionante, además de un descanso económico que, si bien no dejaba mucho tras cubrir gastos, dejaba de endeudarnos. Y ahora que los dos teníamos trabajo y los chicos estaban contentos de su estancia en Edimburgo, solo nos quedaba vivir y visitar Madrid y a nuestras familias cuando el trabajo nos lo permitiera.



Llegada Paz a Edimburgo

ADAPTÁNDONOS

Con Paz en Edimburgo todo volvía a la normalidad, si normalidad significa estar lejos de lo que tu corazón llama casa. No obstante, seguíamos siendo considerados extranjeros y teniendo algunos problemas de comunicación, no por nuestra comprensión del idioma inglés que ya era muy alta sino porque muchos de nuestros interlocutores nos consideraban estúpidos cuando no encontrábamos la palabra buscada. No poder expresar con precisión lo que quería decir me ofuscaba porque, cuando ocurría, muchos nativos se comportaban conmigo de forma altanera y presuntuosa, lo que me enfurecía aún más. Pero igual que encontré mucha gente opuesta a los inmigrantes hallé también otra mucha formidable, cálida y dispuesta a ayudar, generalmente individuos que habían viajado a otros países, lo que me confirmó la importancia y los beneficios de conocer otros lugares.



Los cuatro por fin juntos

Tras esta comparación vinieron otras porque los que emigramos, por pasar tanto tiempo en país ajeno, somos más proclives a comparar lo que teníamos y ya no tenemos, así como lo que encontramos en el país de acogida y no había en el nuestro. Por ejemplo, la actitud ante la bebida. En España se bebe mucho y hay muchos borrachos, pero en general es un acto social, no se suele beber solo ni la borrachera es el objetivo. Los escoceses tienen fama de bebedores y puedo constatar que es cierto. No era común, pero tampoco infrecuente ver a gente tambaleándose por las calles de la ciudad antes del mediodía, o incluso inconscientes y bañadas en alcohol en la calle, más aún en ocasiones especiales como el Hogmanay, su fiesta de nochevieja. Esas noches vi a varias personas tiradas literalmente en el asfalto completamente inconscientes por el alcohol ingerido, ante la indiferencia de los agentes de policía que ya habían visto demasiadas como para preocuparse más. A la vuelta también comparamos y descubrimos que hemos idealizado España y olvidado lo que no nos gusta. Ojalá, decimos, pudiéramos tener las cosas buenas de ambas ciudades o países.

El horario de las comidas también es comparado por los que no somos de Escocia. Comer a las doce y cenar a las seis es ridículo, decimos cuando nos informan de esta costumbre, pero no hay nada como estar en lugar y vivir como los lugareños para saber

que los hábitos existen por razones lógicas. Tienen más respeto por la vida familiar de los empleados y suelen mantener a rajatabla los horarios laborales, principalmente el de nueve a cinco. Comen ligero en media hora -un horror para españoles que exigen tiempo para un menú de dos platos y postre – y cuando llegan a su casa a las seis llegan hambrientos, por lo que, con lógica, hacen la cena o se van al pub a beber. En España, no es así, trabajamos más horas, llegamos tarde a casa, tomamos un tentempié o merienda y cenamos más tarde de las nueve o casi diez. Hay otra diferencia adicional, debido al clima en Escocia no hay tantas terrazas o lugares donde disfrutar del sol con los amigos o hijos. Razones varias pues, para que haya costumbres diferentes, ninguna de ellas tonta.

Otro aspecto importante en el que nos gana el Reino Unido por goleada es la defensa a ultranza de su país, de su historia y sus personajes famosos. Es realmente asombrosa. Tienen una reina que se alió con piratas y la alaban en cine y televisión como conquistadora, nosotros una reina que contribuyó a descubrir América y apenas sabemos de ella. Su pasado esclavista, saqueador y *matonista* no les impide enorgullecerse ante el mundo de su imperio logrado con las armas, nosotros, con algún abuso excepcional, mejoramos la situación de los nativos, pero nos avergonzamos de ello. Magnifican su democracia, su corona y sus políticos y ocultan que muchos son tan corruptos como los de cualquier país.

Cerraré las comparaciones con una que no dejaba de asombrarme: el apoyo social, gubernamental y empresarial para que los adolescentes escolares adquieran experiencia laboral a partir de los dieciséis años. Vi centenares de ofertas y empleos para estos jóvenes que aún estaban en el colegio. No todos eran trabajos menores y los chicos se sentían emocionados de ganar un dinero para sus caprichos, los padres los veían madurar en responsabilidad y a no depender de ellos y los empresarios obtenían posteriormente empleados con experiencia. No voy a entrar en temas políticos ni abrir un debate sobre por qué España no lo hace, pero algo claramente falla en nuestro sistema económico y político gobierne quien gobierne. Gracias a esa política de fomento del trabajo juvenil David, con dieciséis años, consiguió un empleo de prácticas de un mes en una de las multinacionales financieras más importantes del mundo, donde aprendió gestión, trabajo en equipo, participación en reuniones, proyectos y otras cosas que suceden diariamente en las empresas. Además, le pagaron un sueldo muy alto. Y no fue la única experiencia laboral que consiguió.

Creo que he hablado más de comparaciones que de adaptación. Al final, como cualquier organismo, te adaptas o mueres, muchas cosas no llegan a gustarte, pero ya no las juzgas ni rechazas, sencillamente las aceptas. Nos acostumbramos a llevar varias capas de ropa porque tan pronto hacía sol, que no calor, como tres minutos después llovía a cántaros para luego soplar fuerte el viento, volver el sol y de nuevo a la lluvia torrencial. Participamos en reuniones de padres con los profesores, a llevar la cantidad exacta para pagar el billete de autobús porque no daban cambio ni aceptaban pagar con tarjeta, a que las tiendas cerraran a las cinco, algunas a las ocho y solo las grandes cadenas a las diez de la noche, a semanas seguidas nubladas desde el amanecer, a las calles repletas de baches que no habían sido asfaltadas en al menos treinta años, a su forma diferente de reciclar o a ver de vez en cuando a hombres vistiendo sus famosas faldas.

VISITANDO MADRID

No solo me sorprendieron las costumbres locales, también lo hicieron las que existían en Madrid y España y que yo hasta entonces había visto como normales. Dos me llamaron poderosamente la atención. La primera es que los españoles no hablamos, gritamos cuando charlamos. El volumen de nuestra conversación es atronador cuando hablamos en pareja y ensordecedor cuando estamos en grupo, da igual si es en un bar, un autobús o un museo, no pensamos en lo molesto que es para los que están a nuestro alrededor. No me di cuenta de esto hasta que me trasladé a Edimburgo. No voy a decir que los únicos que hablaban desproporcionadamente alto éramos los españoles, pero sí que en la mayoría de las conversaciones que se podían escuchar a decenas de metros había un español involucrado. Lo segundo que observé y que me decepcionó fue la mala educación que tienen muchos españoles al dirigirse a un empleado. Los británicos se exceden en su cortesía y lo hacen tan a menudo que, en muchas ocasiones, su sonrisa y buenas maneras son puro fingimiento. Cierto, pero es mejor ser cortés, aunque seamos exagerados que usar el aire de superioridad que conlleva nuestro acostumbrado imperativo. Mientras en Reino Unido al panadero se le dice ¿Podría darme una barra de pan, por favor? En España acortamos a “Deme una barra” “Quiero un donut”. En lugar de su ¿Podría servirnos dos cervezas, por favor? Ordenamos “Pónganos dos cañas” o, sencillamente “dos cañas”. El por favor se dice en España, pero con cuentagotas y muy pocas personas usan estas palabras que nos exigían de

niños. Pareciera que estuviéramos siempre enfadados y con prisa. Si alguien dijera que exagero, bastaría mencionar un par de casos donde la educación brilló por su ausencia. En una de mis visitas fui a una panadería, se me había olvidado ponerme la mascarilla al entrar. En lugar de un atento, "Disculpe señor, debe ponerse la mascarilla" el empleado, de muy malos modos, gritó "¡la mascarilla!". En otra ocasión, un conductor de autobús le dijo enojado a un pasajero que también se le había olvidado ponérsela ¡Eh, la mascarilla! Creo que su forma educada de pedir las cosas es algo que deberíamos aprender en España.

También descubrí, y es un punto de vista personal, que una gran mayoría de españoles son quejicas y muy señoritos. En otra de las visitas a Madrid me sorprendió que casi todos mis vecinos y amigos se quejaban de lo mal que estaba España, hundida en una gran crisis económica según ellos. Lo decían frente a una mesa repleta de raciones y cervezas, tras hacer cola para sentarse y frente a sus cochazos aparcados. En una mesa cercana se quejaba un matrimonio porque en lugar de ir a esquiar a Estados Unidos una semana la crisis solo le permitiría hacerlo en Suiza. Así muchos ejemplos. No quiero decir que no hubiera crisis ni gente que lo pasara mal, de hecho, yo tuve que emigrar, pero decir que España vive una crisis cuando los centros comerciales están abarrotados, no solo de mirones, las carreteras colapsadas los fines de semana y los restaurantes llenos es, a mi parecer, una indignidad y un insulto a los que de verdad lo pasamos mal económicamente.

Nuestras visitas a España no eran frecuentes, una vez o como mucho dos al año, más no lo permitía el presupuesto. Su brevedad nos obligaba a ver a mucha gente en muy poco tiempo y a recorrer centenares de kilómetros para ver a mi madre en el pueblo de Zamora y a casas de otros familiares o amigos. A los más cercanos les contábamos nuestra vida en Edimburgo y les invitábamos a visitarnos, más de cuarenta lo hicieron. Nos encantaba enseñarles nuestra ciudad, el lago Ness, Saint Andrews, los museos, edificios y calles más emblemáticos de las ciudades, contarles lo que habíamos aprendido de la historia escocesa, como que la palabra chotis, el baile de Madrid, viene de Scottish -escocés-. Nos esforzábamos



Visita de mi hermana Ana

para que tuvieran un magnífico recuerdo de su visita y nos sentíamos orgullosos de su felicidad. Por desgracia, sus viajes tenían fecha de terminación y la tristeza de separarnos duraba hasta que llegaba la siguiente visita.

Muchos de estos amigos y familiares agradecían su visita trayendo productos de España, especialmente comida, pues lo demás lo podíamos adquirir en las tiendas de Edimburgo. Abrir el paquete que traían y oler a jamón serrano, queso curado o imaginar el chorizo recibido cocinado con lentejas provocaba que cayeran lágrimas de nuestros ojos. Estos sí eran buenos regalos. Quiero aclarar que sí se podían comprar alimentos españoles, solo que muchos eran una mala imitación de los originales o los precios de las tiendas que los importaban eran, generalmente, desorbitados. De vez en cuando una cadena de supermercados organizaba la "semana española" y traían latas de conserva, dulces y aperitivos. Esa semana los españoles arrasábamos ese supermercado y es que todos los emigrantes añoramos lo casero.



Algunos productos que trajeron nuestros amigos

REGRESO A ESPAÑA

Así, con la visita de amigos, nuestros respectivos trabajos y los colegios fueron pasando los años y el paso del tiempo vuelve costumbre lo que antes parecía novedoso. Nos acostumbramos a los horarios, a las comidas, a sus políticos, al clima lluvioso, a sus acentos, a ir al pub y pedir *fish and chips* y pintas de cerveza, a quedar con Regina, mi prima y los pocos escoceses que conocíamos, a votar en sus elecciones locales y a ser citados como jurados en juicios importantes -hasta en cuatro ocasiones en mi caso - La lista sería larga. Éramos felices, pero siempre había algo en el día que nos hacía añorar España y recrearnos en la idea de volver, un momento que ocurriría previsiblemente cuando nos jubiláramos, doce años después. Por fortuna no tuvimos que esperar tanto ya que sucedieron un cúmulo de circunstancias que adelantaron de forma inesperada nuestro regreso. Beatriz terminó sus estudios

en el *college* y consiguió plaza para estudiar diseño de moda en la universidad más prestigiosa del mundo y se había trasladado a Londres. David, por su parte, había regresado a Madrid para estudiar Economía y Finanzas, en su oferta bilingüe, en la Universidad Autónoma de Madrid y ya no vivía con nosotros. La empresa de Paz, debido a las restricciones del Covid-19, le ofreció la posibilidad de trabajar desde España. En cuanto a mí, por desgracia, los últimos meses en mi trabajo habían sido un infierno debido al abuso y al maltrato de mi jefe y me vi obligado por dignidad a marcharme. Volví a estar sin empleo. Así, pues, si los chicos ya no vivían en Edimburgo, Paz podía trabajar desde España y yo no tenía trabajo, ¿Qué nos retenía en Escocia?

La idea de volver era muy atractiva y agradable, pero hacerlo no era tan fácil. Paz seguiría trabajando para su empresa, pero por temas legales debía hacerlo como autónoma, lo que suponía perder ciertos derechos, oportunidades y mantenerse lejos de los compañeros y de su jefe. En cuanto a mí, probablemente no conseguiría trabajo, pues si no había logrado uno con cincuenta años, ¿qué probabilidades tenía de que me contrataran a los cincuenta y seis? ¿Merecía la pena volver a la situación que había originado mi marcha de España casi siete años antes? ¿Era mejor que nos quedáramos donde ambos tuviéramos trabajo? Paz y yo lo meditamos mucho y, a pesar del futuro negro que me esperaba a mí en Madrid, decidimos regresar.



David y Bea, antes de su retorno y viaje a Londres

Nuestro deseo de volver a nuestra casa, al hogar que habíamos creado Paz y yo y donde habían nacido los chicos, ver a los hermanos, amigos y vecinos que habíamos dejado en Madrid nos causó emoción y también tristeza. Después de todo habíamos conocido gente maravillosa con la que habíamos creado vínculos emocionales como Carmen, Regina, mi compañera de piso, Isabel, la prima que me ayudó tanto en mis primeros días en Edimburgo, con compañeros de trabajo, teníamos lugares en los que habíamos vivido momentos que recordaríamos el resto de nuestras vidas, habíamos vivido muchas experiencias que jamás habríamos tenido de no haber emigrado. Habían sido casi siete años vividos muy intensamente. Hacer la revisión de las cosas que debíamos dejar atrás fue doloroso porque nos recordaban momentos agradables, pero era imposible traerlos todos a Madrid. Finalmente, con los corazones encogidos Paz y yo tomamos el vuelo de regreso a Madrid a mediados de octubre de 2021.

¿Qué me dijeron los amigos y familiares tras mi regreso? Todos me llamaron valiente y me dieron palmadas en la espalda en señal de respeto y apoyo y repitieron que ellos jamás habrían tenido valor para emigrar. Yo sonreía con gratitud, pero en el fondo me sentía un fraude, no fui por valor sino por necesidad. Pero ahora, cuando echo la vista atrás, a veces me paro y me digo con orgullo que sí, que sí fui un valiente porque ante una mala situación tomé una decisión arriesgada y difícil que pocos habrían tomado.

Ha pasado más de un año desde nuestro regreso. ¿Cómo es nuestra vida ahora? Beatriz sigue en Londres, muy contenta y agradecida por la experiencia y las ventajas de vivir en una ciudad que le encanta. David regresó más maduro, con experiencia laboral, un inglés excelente y casi igual de francés y algunos grandes bancos ya han mostrado interés por él. Paz, por su parte, está encantada de trabajar desde casa porque tiene lo bueno de los dos países, un salario y horario estupendos y el sol y la comida que echaba de menos. En cuanto a mí me quedo con una sensación agri dulce. La dulce viene porque como padre emigrante me siento muy orgulloso y satisfecho de lo conseguido por mi familia, especialmente por mis hijos, que ahora tienen una visión internacional, están más abiertos al mundo, más seguros de sí mismos y no tendrán miedo a emigrar si deben hacerlo. La parte agria es la decepción de no haber obtenido ninguna recompensa o reconocimiento laboral por el valor, el esfuerzo y la experiencia internacional adquirida en otro país durante siete años; me fui por la imposibilidad de conseguir empleo y a mi regreso encontré la misma cultura empresarial

edadista que dejé al partir y que saca del mercado laboral a los mayores de cierta edad, independientemente de su capacidad. Muchos días me desespera la sensación de que la emigración, en este ámbito, no me ha servido de nada pues las empresas a las que pido empleo ignoran todo menos mi edad. Como escribí antes, en Edimburgo me decía cada día que el siguiente sería mejor, que encontraría trabajo, sigo diciéndomelo cada mañana mientras leo los correos de rechazo. A veces, cuando apago el ordenador me pregunto triste si mi aventura de emigrar debería tener una segunda parte.

Antes de terminar mi relato, les contaré que algunas personas se han dirigido a mí para preguntarme si, a pesar de mí desencanto, creo que merece la pena emigrar. Son personas que se hallan en una situación laboral difícil o piensan en mejorar el futuro de sus hijos. Mi respuesta es un rotundo sí ya que lo que he relatado y lo que hayan podido escuchar o leer de otros emigrantes son historias autobiográficas únicas. Cada emigrante vivirá una aventura diferente que nunca sale mal, pues sea cual sea el resultado siempre es mejor vivirla que preguntarse el resto de la vida “¿Qué habría pasado si hubiera emigrado?”. Los que decidan marcharse pasarán momentos malos y lamentarán a veces la decisión tomada, pero también encontrarán gente estupenda como Regina, Isabel o Carmen que les ayudarán y harán que el viaje y lo conseguido resulten maravillosos.

Emigrar es una aventura apasionante que merece la pena. A los que decidan vivirla, enhorabuena.



María Xosé Vázquez Lojo

CARTAS A JOSÉ PÉREZ VAQUEIRO

(Brasil y Argentina, primer premio)

EPISTOLARIO

Unidades

58 cartas, escaneadas junto a sus sobres, con anotaciones de la fecha de recepción.

Fechas extremas

1887-1935.

Remitentes

Dolores Troncoso, esposa; José Pérez Solla, padre, desde Salceda de Caselas (Pontevedra); Ángel y Antonio Pérez Vaqueiro, hermanos; otros emisores desde Río de Janeiro y varias localidades en Argentina.

Destinatarios

José Pérez Vaqueiro, salvo una, enviada por él a sus hermanos y devuelta por el correo, y otra de su hijo dirigida a Dolores, su esposa.

Conservación

el epistolario, junto con dos cuadernos de anotaciones y documentación diversa, forma parte de un archivo personal conservado por Hermosinda, hija de José Pérez Vaqueiro. Fallecida esta sin descendencia, los documentos están depositados en el Archivo Municipal de Salceda de Caselas.

Contenidos

Gestión de la economía familiar y local, con abundantes remesas, préstamos, etc. Relaciones afectivas. Noticias del pueblo y chismorreos sobre paisanos.

Clasificación

7 cartas del padre, desde Salceda (1887-1893). En las primeras también escriben sus hermanos Ángel, Antonio e Indalecio. Consejos para evitar noviazgo. Menciona las penurias y pide insistentemente dinero para pasajes, necesidades básicas y para librarlo del servicio militar. En las últimas, da cuenta del uso del dinero recibido.

21 cartas de su esposa, desde Salceda: (1905-1919). Cartas sinceras, íntimas en ocasiones, airadas en otras (crisis en 1912 por habladerías). Cuenta sus pesares en casa, enfermedades de ella y de sus hijos, problemas con su familia política, los conflictos en la aldea. Rinde cuentas de su gestión doméstica.

9 cartas de su hermano Ángel, desde Río de Janeiro y Salceda: (1905-1916). Organización de los envíos de remesas, noticias de paisanos. Quejas y peticiones desde la aldea.

6 cartas de otros parientes: (1890-1935). Agradecimientos por las ayudas recibidas. Desavenencias con el cuñado por motivos laborales y financieros.

5 cartas de amigos y socios, desde Buenos Aires y Chacabuco (1911-1928). Peticiones para gestiones económicas.

3 cartas de su hermano Antonio, desde Salceda y Río de Janeiro (1887-1908). Corresponsabilidad en los arreglos de la casa paterna.

3 cartas de vecinos, desde Salceda (1909-1913). Solicitan informaciones para emigrar o sobre las muchachas del pueblo.

2 cartas de su hijo Antonio, desde Buenos Aires, (1931-1948). Sobre las remesas enviadas.

1 carta de él a sus hermanos Ángel y Manuel, reenviada por Ángel a José Estévez Martínez (1911). José comenta su llegada a Buenos Aires desde Brasil y hace cuentas con sus hermanos y cuñado. Ángel manda la carta como prueba.

1 carta de su hermano Indalecio (s. d.). Le pide intercesión con su madre con distintos propósitos y da noticias de mozos del pueblo.

Saluda Diciembre 25 día de nabián ^{M. A.} Buenos que viene
ya preciable Espero de mi mayor estimación y leal cariño
Dios quiera que esta te encuentre con una buena salud
Como para mi deseo q. la nuestra es buena. al despedir la t.
esta y la de tu padre y de toda mi familia gracias a Dios
Apreciable José me disculpas la tardanza de esta
Carta que nunca me paso como ahora de gustarte aquí
Fres Cartas de Sr. Ángel contestarte a ninguna ahora te contesto
a todas y te digo la verdad / Sabes José lo tenduro me entrego
la Carta el 25 del pasado me digo que venia sujeta otra
y en la Carta ya Sabes lo que explicaba, yo me dije estar con
y dea de alo que viviera en Carta que te contestaba a las dos
y llego aquí la Carta con la letra el 9 del Coriente,
asta el 11 nos fue a presentarnos y el 11 no se recibio
Dice que me habia benito el abiso el 16 del mismo llego
la Carta de mi hermano con la letra de una outra
y entonces fui yo y mi hermana el 20 entonces los
abemos recibio todos y el 22 llego esta ultima Carta
Yuya a nesq. Siempre me parece que tanto a hablar con la p. rida
que yo mas deso y aora meo mas hoy a tardar por culpa
mias por que no parece que ^{pasara} ~~tanto~~ tanto tiempo,
y te voy las Gracias de todo y mi padre y tu padre y mi hermana
todo quedaron muy Contentos por te haber recordado de ellos
y mi hermano me mando 3 pesos para mi para que te mercara
Caramelos para nuestro hijos para noche buena y 6 para mi
hermana y 4 para mi padre) asies q. te dan las Gracias
ate por le haber ~~escrito~~ explicado a mi hermano y se
alguna vez le Escribes a mi hermano le das muchas Gracias
y muchos recuerdos de mi parte y de sus Sobrinos

Salceda, 25 de diciembre de 1912, de Dolores Troncoso a su esposo José. 4 pp. Carta en la que responde a varias anteriores para confirmar que ha recibido el dinero enviado por su marido e informarle de su destino, insistiendo en que no alcanza para las necesidades básicas de la familia. El tono duro y sincero de sus explicaciones no impide algunas demostraciones de cariño.

Apuntable es por aora te voy a explicar mas o menos para
 que tu calcules adonde yo gasto la plata, yo no se como es
 que la plata en mis manos no se por donde se escapa por
 pues yo asta la fecha nunca la gaste mal gastada, ni echas tan
 buenos tiempos y pasas arreglada muerte si alguna vez. Gasto unas
 una docena de arencas y de Sardes ^{mas} es por q^o no puede ser por
 menos y muchas Gracias en poder comerlas que nunca lo pence,
 bueno tu ya Sabes mas o menos como yo Soy y es esta tierra,
 asi q^o yo lo que me prende aora aqui es la poca Salud y nuestra
 familia porq^o causa mucho Gasto el Salir con la familia
 para q^o se no fuera por eso la Contestacion de esta Carta
 que tu me mandaste. Abias de ser yo, por q^o yo tengo
 mucha Gana de mirar Buenos tiempos ya te mucho mas
 an q^o daban como quieras ya Sabes que estoy a tu disposicion
 Sabes mi querido Dese yo de la plata que me mandaste
 la q^o era para entregar ya la entregue que tu pudes ya hay
 como un mes que me dijo que te la pedice yo me calle por q^o
 no me pusecion muy bien por que ya tu abias mandado
 decir que para noche buena que la ibas mandar
 yo se que el hoy no tiene tanta falta que yo se porq^o
 mente que el tiene en prestado por hay alguna focheada
 y mercado algun vino bueno Dios quiera que Siempre
 Como hoy, y no era para apurarte tanto que los demas
 Tambien hayda mandaron ahora que parece que los van
 acaba un dia de estos
 Sabes yo le pago 12 pesos a papa de San de Sepia de gusto
 de la tienda y de algun maiz y de algun Cabzudo para los chicos
 en fin ya Sabes mas o menos como era cuando tu estabas,
 le de un un^o brage a Antonio que me costo

3 pesos y eso que no es muy bueno aora lo estremo hoy
 mismo con las Hamanca hay que mercarle ensegda unos
 2 Zapatos por que hann que no sea mas q^o para ir a una
 misa por q^o a otra parte ya nose por q^o pero te digo con
 verdad que aora en este Salceda es una barbaria lo que
 canja la gente o hay que estar siempre en la baralla o
 sino ver como se sale por que parece que cuanto mas
 miserias hay mas canja la gente
 asi que el chico Augusto tambien precisa ~~de~~ a otros
 por que no tiene ninunos por que yo y el ollamos mucho por
 la casa pero viene un dia que es preciso salir como viene dia
 de San Blas de Dios me da vida y Salud tengo q^o llevarlo
 alla a el y hermeccina y es mejor gastarlos asi q^o en la botica
 bueno aora merque si ferados de un mes por 3 pesos 2 ya los
 estamos comiendo otros dos van ensegda, se puede calcular que
 4 mas para un mes porq^o los ferados del mercado hayda no es
 fendo y medio de los que ti median cuando hibas al malero
 y hoy a mercar siquera 2 fanegas pero no me apuro mucho por
 que el maiz hainda no esta bien seco haoga tanto que
 pagar el pago y consumo uno, pasado que le pedi la plata
 aun padre son como 55 reales fenco que pagar la renda
 de lentil y la de la Carballa solo esas 2 ya es casi un peso
 fenco que pagar la escuela de los chicos desde marzo asta
 la fecha a tre reales por mes esta la cuenta cuando es por
 mas q^o ahora Antonio hay un mes que va ala Esparanza
 aora enter las mas rendas y 2 pesetas de la aguardiente a
 Antonio de vita se puede calcular un peso
 aora tengo que echale el esal caro que le pordio
 entre Conyalo y estalo lo menos 30 reales

Ahora tambien es preciso pagarle algun Salario al medico
 ya son poquito / y todo esto es sin ablar en echar algunas
 foeticarias que aun falta para la casa
 Bueno ahora suma esta Cuenta aber cuanto es,
 q ya sube de la mitad de la plata, sin ablar en
 las 2 fanegas de maiz para mercando este maiz como
 tenes y sea se me importan por lo menos 4 pesos,
 y pagando los pajes de febrero son 5 pesos
 ahora tambien tenes que cercar algunos pentones para
 las bueyas y el gasto de casa por que es preciso (carner)
 enfim Jose ya no parece esplicito ^{mas} te figar en todo
 esto que yo te go digo que no te digo mentira nincauna,
 yo te explico todo esto para q tu Calcular mas o meno
 ayudo yo vieto la plata por q sea imposible
 tanta plata y que Camino lleba, y para eso me quedaran
 los Baños miros y de Duperto asta el año si llegamos alla,
 y con esto no te Cambio mas
 Sabes que las molestias de esta es que se aumento el hijo de
 Demito da Capilla el que estaba enfermo de mucho tiempo
 y Sabes que echo las preguntas Concepcion de manarosa con
 pelajo y parece que esta para abalar Francisco da variada
 con florentina de pita, y es cuanto tenes que decirte,
 recibe recuerdos de toda una familia y de San Gil y de
 Francisco da variada y del Conata mugreiro la señas que pasaron
 un dia por aqui y de la Conpadre abuyel y Sabes que tu higuera
 Candia tiene estuco muy enferma de una escalabrera muy
 Grande que lleba, recibis al mas puro Corason de esta
 tu esposa acompañada con misos q querios hijos que berte te
 desamos por momentos Dolores Inuicio ^{ff} Dios quiera
 que pasaras bien la noche buena que nos ^{tambien la presentas}
 en la Santa da peora



Sobre de la carta, con anotación de la fecha de recepción por el destinatario

Salceda noviembre 11 de 1913

Amigas Apreciable y nunca olvidado
Esposo de memoria estimacion y leal Carísimo Dios
quiera que estas dos letras mal dispuestas te encuentren
con la mas buena Salud guardando la nuestra buena
Gracias a Dios

Sabes apreciable Jose que recibí tu Carísima Carta el
14 del mismo y beajo que estas de Salud al despreciar
de la tús lo que me deseas y enterada de todo lo que
me dices con algunas cosas me da ganas de ver con
lo que me dices de mi hermana; por que parece que
me estas experimentando a mi saber lo que yo te digo
quien anni ya de tiempo qj me as experimentado,
asi que se te quiere creer enu te crees y sino tanto
me da; por que estas son cosas que pronto se Saben la
verdad no habiendo algun contra tiempo

mas Sabes que por aqui no se a Sabido nada
de mi hermana andar en sinta, yo no corjé nada
esta vez tu Carta; haivra hoy es el dia que no se
si anda en sinta o no anda, asi que como querias
que yo te digera eso sin yo Saber nada de esas cosas
hann Sabes te mas que yo

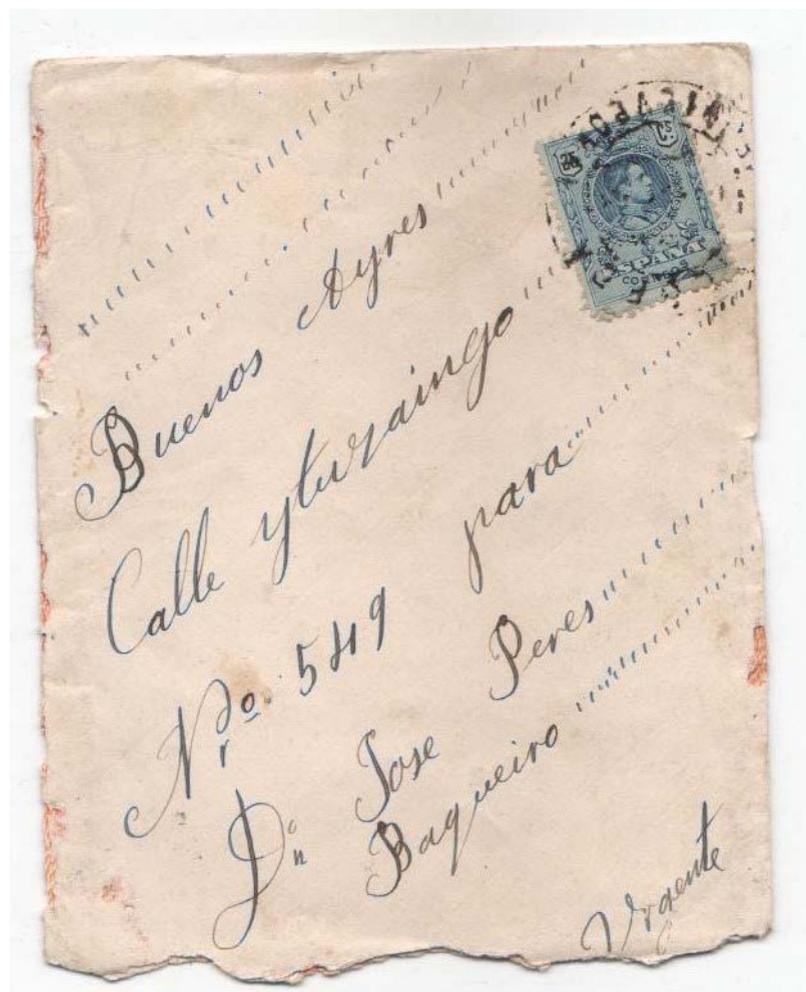
lo que te digo, es que esas personas que Saben
mas que nosotros aqui, le dices que dig
yo que se ocupen en la vida de ellos
y no se ocupen en la vida de los demas y cuando
digan alguna cosa que se embrocá y se para Saber
la Cartera le Contáves el tiempo, y hay es
el desengaño; no habiendo en estes meos
alguna cosa

Sabes Esposo de ^{mi} Corazon de lo que me dices de
la bina yo yable con algunas personas para
cuando poden guardar algun barcelo de picalpollo y me
dices que alguno que se arregal pero de esas cosas que
hay poco, haora vamos aber lo se arregal si no se junta
para los 2 lados se arregalva para uno por que para los
dos se precisa mucho barcelo, y esas que lo tienen
bien en mucha encargá del

Saber que va para esa Dolores de marino y algunos
mas yo hablé con Dolores haber si me llababa alguna
cosa y me digo que no, por fin solo me llebo unas cuantas
neces y eso que ya hea en el baulo de Perpetua que en
lo de ella no le cabia y a te, me parece que te las entregare
a Senara Dolores por que ~~con~~ aqui en las encargá por que
yo con Perpetua no estoy abien y tu no precisas dále atencion
ninguna, y nada mas Sabes que tenca hermenencia y
reuperto con las bergas bobas y por enuanto no tiene
duca el resto beremos lo que pasa

Saberás querido Jose que vino Cagi la hija catalana
llena solo tenca para que tu no estes aqui para
hauoar abeberlo que es muy bueno, guarian auido de cosas
y jatofundado si y esto es cuanto tenca que describe me
alegro que paces bien contenta la noche buena, y
yo no se si te edicho que propa do enartidno me a dudo
un peso que te debia este

recibe recuerdos de toda nona familia y de tu conuado
y las misas y nuestros hijos para contigo a la
bida fanderan fin de esta tu leal Esposa que berte
dexa Dolores Troncoso



Sobre de la carta, con una caligrafía más esmerada y elegante composición.

Buenos Aires Septiembre 26 de 1922
Señor José J. Baquero. Salceda

Querido compañero después de saludarte en igual forma a tu familia, la presente tiene a manifestarte lo siguiente, habiéndose revisado detenidamente por varios veces las cuentas del Centro, los Sres que a continuación firman se portuipamos encontrar como \$ m/ps 48.65

Pues como bien puedes comprender todo esto pasó por el gran batifondo en que estaban las cuentas por el mucho tiempo que estaban sin revisar,

Ahora bien te portuipamos que el día 24 del corriente hemos echo entrega a tu hijo, de la suma de \$ m/ps 48.65 siendo esta misma cantidad lo que avonastes como al hacer entrega de la Tesoreria del Centro, sin otro particular, te enviamos un paternal saludo

Note habiendes de mandarnos algunas noticias

Policarpo Pesada
Antonio J. Gamales
Gumerindo Estavez

Buenos Aires, 26 de septiembre de 1922, 1 p. A José, de vuelta en Salceda, de sus compañeros del Centro de Protección Agraria del Distrito de Salceda en Buenos Aires, sociedad microterritorial fundada en 1913, de la que había sido tesoroero

Quiroga Enero 31 de 1934
 Apreciable cuñado Recibi su carta y
 debo decirle que yo conteste a su carta anterior
 y debo decirle que si tengo deudas que pagar tambien
 tendre algun metro de tierra y si no me manda de-
 fallado como esta todo no me escribe mas por que no
 le contestare Vai Francisco

Jose Perez Vaqueiro
 Pontevedra.....
 Salceda de Caselas.....
 Veiguias.....
 ESPAÑA

Enviar
 Perez de Rodriguez
 Para Jose Perez
 Rua S Luiz Gonzaga 235.
 A Christovao
 Rio de Janeiro

Buenos Aires 27 de febrero 1941

Apreciables padres. Deseo cuando esta reciban se
 hallen sin novedad, todos en general, pues noso-
 tros al dis poner de esta sin novedad.

Habiendo algun tiempo que recibi la de Vds. hoy
 me pongo a contestar, y espero se allen bien y ten-
 gan paciencia si las cosas en esa no andan bien, pa-
 puede ser que algun dia sean mejor, de paseo en Bu-
 enos Aires se encuentran Benito de maixiño y la fa-
 milia, Salustiano da Gaiteira y familia.
 Reciban saludos de Antonio Ponposa y Candido y de
 mi parte le dan saludos a todos mis compañeros y en
 particular Agostin de Suares y Vds. reciban un
 abrazo de su hijo que los quiere de todo corazon

R Perez



Pablo José Abascal Monedero

CARTAS DE UN EXILIO: FÉLIX GIL MARISCAL

(México, accésit)

EPISTOLARIO

Unidades

21 cartas escaneadas a partir de fotocopias de los originales (la mayor parte mecanografiados con añadido manual), con problemas de legibilidad en algún caso.

Fechas extremas

1946-1951.

Remitente principal

Félix Gil Mariscal (1889-1951), magistrado de la II República, masón, exiliado en México.

Destinatario principal

Amando Gil Mariscal

Orígenes

Ciudad de México y Madrid.

Contenidos

Quejas sobre su situación económica y su estado de salud, referencias salida como exiliado por Francia, envío de productos. Intercambio de información y fotografías de los acontecimientos familiares en España.

México 29 dbre. 1950.

Mi querido hermano Amando: Muchas gracias por tu felicitación de Pascuas y Año Nuevo. Yo también reitero mi deseo que los peséis lo mejor posible. Esta Nochebuena tuve muchas invitaciones para la cena pero no acepté ninguna por causa del frío extraordinario que impera aquí desde hace veinte días y la celebramos reunidos un vecino de la casa y yo. En cambio en la Pascua y otros días comí con ~~mis~~ ^{diversos} amigos españoles y mexicanos.

Espero la visita de esos compatriotas que me anuncias. Hace un mes aproximadamente te remití un kilo de café. Que llegue sin novedad y sea de tu agrado como los anteriores, deseo. Periódicamente te iré remitiendo más

Respecto a la gestión sobre el líquido de Juan Simón me dice éste que presentándose ocasión lo manden pero procurando que sea en forma más favorable para él que el anterior; y me encarga transmita las gracias.

Celebrando os encontréis todos bien de salud, comunica mis cariñosos saludos a Antonia, besos a Fernandito y recibe un fuerte abrazo de tu hermano que te quiere

Félix

México DF, 29 de diciembre de 1950. Breve misiva, última de las remitidas a su hermano Armando, en la que muestra la importancia de sus amigos. Ellos le acompañarán en sus últimos días, pues fallecería en abril del año siguiente.



Sobres de las últimas cartas remitidas por Félix Gil Mariscal a su hermano desde el exilio mexicano. En la anotación manuscrita se especifica el envío de un cheque.

MANUEL ALBA BAUZANO
Av. Charultepec, 233
México D.F.

27 de abril de 1951

Sr Dr. AMANDO GIL MARISCAL
Madrid.

Muy señor mío:

Supongo ya en su poder la carta que por mediación de mi hermano Ramón envié a usted con fecha 21 del corriente, dándole cuenta de la grave enfermedad que padecía su hermano Félix, buen amigo mío y al que quería entrañablemente.

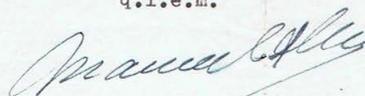
Hoy le vuelvo a escribir para comunicarle la triste noticia de su fallecimiento, ocurrido ayer, día 26, a las siete de la tarde. Acabo de regresar ahora de acompañarle por última vez y hemos dejado sus restos en el Cementerio Español en una sepultura perpétua. Otros buenos amigos suyos, entre los que se cuentan el Lic. Alfonso Sierra Partida y su esposa que se han portado con él como si fueran familiares, han colaborado conmigo en cuantas gestiones hubo que hacer desde de su internamiento en el sanatorio y ahora finalmente para su enterramiento.

Hace unos días me pidió Félix (q.e.p.d.) fuese a su casa, un modesto pisito amueblado en el que habitaba desde hace años, para que recogiese algún dinero que tenía allá y se lo guardara hasta su restablecimiento. Encontré 2.300 pesos, que hemos empleado en atenderle y enterrarle. También recogí un reloj, al parecer de oro, y que por ser antiguo y el estado en que está supongo que sea un recuerdo de familia; naturalmente está a su disposición y espero me diga qué hago con él. El Lic Sierra y yo iremos mañana a su casa para ver si tuviera allí alguna otra cosa que merezca recogerse y si la hubiera le daré cuenta de ello. Pensamos así mismo poner una lápida sobre su tumba que será costeada por sus amigos.

Aunque los médicos tenían alguna esperanza de prolongarle la vida algunos meses, una uremia que se le presentó hace pocos días, precipitó el fallecimiento. Al ocurrir éste le rodeábamos unos cuantos amigos que al tener noticia de la gravedad en que se encontraba ayer, no nos separamos de su lado en todo el día.

Todos ellos me encargan exprese a usted y a sus familiares el sentimiento que le embarga por el deceso de nuestro querido amigo. Por mi parte quiero testimoniar a usted mi más sentido pésame que ruego haga extensivo a su respetable familia y me reitero suyo atto, s.s.

q.l.e.m.



María Aurora y Joaquín Domingo Pérez Guardamino

¡ PAISANO !

(Cuba, primer premio)

ÁLBUM FOTOGRÁFICO

Participantes

María Aurora y Joaquín Domingo Pérez Guardamino

Unidades

50

Autor/es:

Varios. No figuran

Naturaleza

Copias digitales

Tipología

B/N. Color

Resolución digital

Medía

Formatos de origen

Varios.

Conservación

Los originales escaneados por el participante presentan los pro-blemas habituales. Las imágenes en B/N, presentan diversas manchas (problemas de revelado, fijado u oxidación de líquidos o emulsiones), y algunos dobleces, rayones o roturas. Algunas imágenes de color presentan las patologías propias de las fotografías de los 80 y 90, pérdidas cromáticas, veladuras etc.

Origen

Álbum familiar de la familia de Eloy Pérez Baranda.

Protagonistas

Eloy Pérez Baranda y su familia.

Localizaciones

Espinosa de los Monteros (Burgos, España), La Habana (Cuba), Vitoria (España), Madrid (España), Burgos (España).

Fechas extremas

1918-1997.

Asuntos/categorías

Familia. Fotos familiares. Retratos. Documentación. Trabajo. Boda. Casamiento. Cuba. La Habana. Espinosa de los Monteros. Imprenta. Sociedad Benéfica Burgalesa. Sociedad Castellana de Beneficencia. Agrupación de Sociedades Castellanas. Viajes.

Uso

Familiar. Correspondencia. Institucional.

Orígenes de la familia

Espinosa de los Monteros (Burgos, España).

Emigrados a

La Habana (Cuba).

Observaciones

Aunque parecen proceder de un mismo álbum o álbumes familiares (excepto algunas que proceden de documentación), no parecen constituir una unidad documental (álbum completo). Excepto algunas imágenes en B/N, que presentan una mayor calidad técnica -lo que indica que probablemente proceden de estudios fotográficos-, parecen haber sido realizadas por fotógrafos aficionados.

Se acompaña de un pequeño relato biográfico del protagonista, Eloy Pérez Baranda. Las imágenes vienen descritas con detalle.

¡Paisano!

Eloy Pérez Baranda (11/03/1906–05/06/1998), fue un emigrante burgalés que dejó a su Espinosa de los Monteros natal con solo 14 años, en busca de mejorar la situación económica de la familia. En el “Marqués de Comillas” hizo la travesía por el Atlántico y desembarcó en La Habana adonde siempre vivió.

Dentro de esta ciudad se desarrolló fundamentalmente en La Habana Vieja, adonde trabajó y vivió una buena parte de su vida. Allí fundó, junto a Puri, una familia, en la que nacieron sus hijos, Joaquín y María Aurora, a los que transmitieron buenos ejemplos y los enseñaron a amar tanto a Cuba, como a España.

Durante más de 50 años Eloy trabajó en el sector de la imprenta donde desarrolló diferentes trabajos y se destacó por sus cualidades excepcionales como vendedor. Llegó a ser el gerente de la imprenta Fernández Solana y Cía. Fue un emigrante que cumplió el objetivo de poder ayudar en la economía familiar. Siempre mantuvo contacto con sus padres, hermanas y sobrinos, los apoyó económicamente siempre que pudo y tuvo la satisfacción de comprar la casa donde nació para cumplir la promesa hecha a su padre cuando emigró en 1920.

Su vinculación con las sociedades españolas fue desde el mismo momento de pisar tierra cubana. Fue directivo de la sociedad benéfica burgalesa, de la sociedad castellana de beneficencia y de la agrupación de sociedades castellanas y leonesas. En una entrevista al periódico La Región Internacional declaró: “los centros españoles, la mejor obra que se ha podido crear”.

A pesar de los años vividos en La Habana, nunca olvidó ni a su terruño, ni a su familia. Siempre mantuvo intercambio epistolar y transmitió a su esposa e hijos el amor a su familia española y a su patria, y además pudo realizar varios viajes para reencontrarse con sus orígenes.

Joaquín y María Aurora nos sentimos en deuda, pues pensamos que no hemos sido capaces de plasmar para la Historia toda la vida de este emigrante ejemplar, por eso participamos en este concurso “I Premio Memoria de la Emigración Española” para disminuir en algo la deuda.



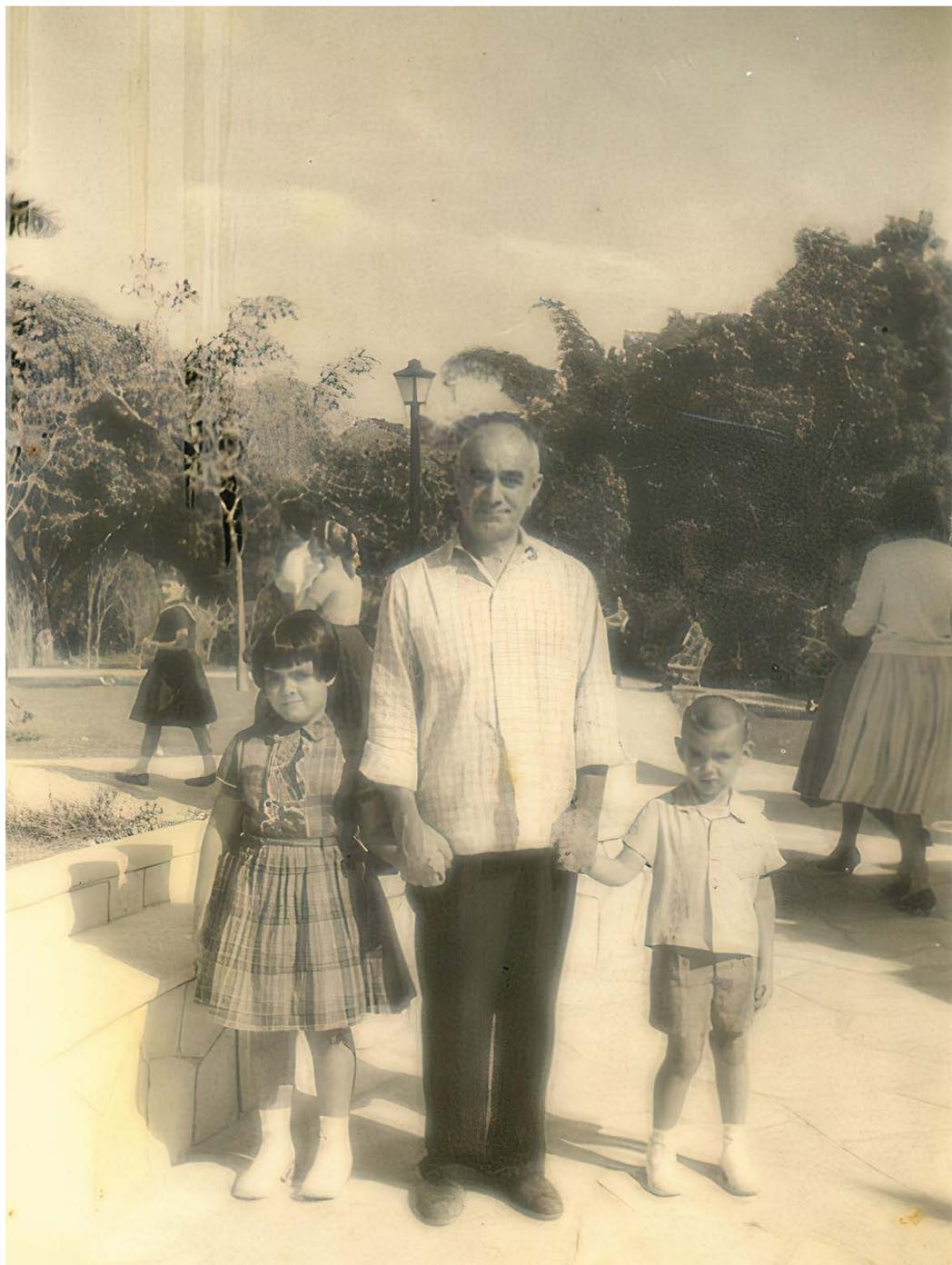
Eloy con 14 años listo para emigrar a Cuba, 1920.



Eloy (izquierda), en la fachada de Fernández Solana, la imprenta adonde laboró más de 50 años.



Eloy (primero abajo a la izquierda) con la directiva de la Sociedad Benéfica Burgalesa, h. 1935.



Eloy con sus hijos, María Aurora y Joaquín en el complejo turístico Río Cristal, en Rancho Boyeros.



Justa Zulema Niето

CONÓZCANOS: SOMOS NIETO

(Argentina, accésit)

ÁLBUM FOTOGRÁFICO

Participantes

Justa Zulema Niето

Unidades

74

Autor/es

Varios. No figuran

Naturaleza

Copias digitales

Tipología

B/N. Color

Resolución digital

Media

Formatos de origen

Varios

Conservación

Los originales escaneados por el participante presentan los problemas habituales. Las imágenes en B/N, presentan diversas manchas (problemas de revelado, fijado u oxidación de líquidos o emulsiones), y algunos dobleces, rayones o roturas. Algunas imágenes de color presentan las patologías propias de las fotografías amateurs, pérdidas cromáticas, veladuras etc

Origen

Álbum familiar de la familia de la Familia Nieto

Protagonistas

Matías Nieto y familia

Localizaciones

Camarones-Malaspina (Chubut, Argentina), Zona del Valle Inferior (Chubut, Argentina), Dolavon (Chubut, Argentina), Trelew (Chubut, Argentina), Quemu Quemu (La Pampa, Argentina)

Fechas extremas

1882-2023

Asuntos/categorías

Familia. Fotos familiares. Retratos. Documentación. Trabajo. Boda. Casamiento. Argentina. La Pampa. Chubut. Trelew. Argentina

Uso

Familiar

Orígenes de la familia

Santiz (Salamanca, España)

Emigrados a

Argentina

Observaciones

Se trata de un álbum digital construido con motivo de la convocatoria del premio que presenta una miscelánea de imágenes, entre las que se incluyen fotos familiares, documentación de diferentes archivos, e imágenes actuales de algunos de los escenarios vitales de la familia protagonista. Por tanto, no constituyen una unidad documental (álbum completo). Excepto algunas imágenes en B/N, que presentan una mayor calidad técnica -lo que indica que pro-bablemente proceden de estudios fotográficos-, el resto parecen haber sido realizadas por fotógrafos aficionados.



Foto de boda de Matías Nieto y Justa Leandro.



José Esteban, María Isaura y Justa Argentina, hijos de Matías y Justa, 1920.



Justa Leandro y Rosa Nieto con su carro de venta de queso y productos hortícolas, h. 1940.



Celebración vecinal, 1936.





Tana Garrido Ruiz

LA TIERRA LLAMA

(Cuba, primer premio)

MATERIAL AUDIOVISUAL

Participantes

Tana Garrido Ruiz

Autor/es

Tana Garrido Ruiz

Duración

27´

Formato digital

En línea

Tipología

Color

Resolución digital

Muy buena.

Naturaleza

Documental

Guion (narrador)

No

Archivos

Archivos familiares de los protagonistas.

Protagonistas

Dionisia Lezama Castaños, María Teresa Martínez Larrarte, María Margarita Lotina Martín y Marta Esperanza Acevedo Badías.

Localizaciones

La Habana (Cuba).

Asuntos/categorías

Mujeres. Familia. Santurce. Viaje. Barco. México. Cuba. Sociedades. Panteón. Cementerio Colón. Viaje. Barco. Cocina. La Tropical. Fiestas. Canciones. Aurresku. Folclore. Asociación Vasco-Navarra de Beneficencia.

Orígenes de los protagonistas

País Vasco.

Emigrados a

La Habana (Cuba).

Observaciones

El documental traza algunas líneas vitales de cuatro mujeres vascas, o de ascendencia vasca, emigradas en Cuba en los tiempos de la revolución e integrantes de la Asociación Vasco-Navarra de Beneficencia de La Habana.

La tierra llama**Sinopsis**

La Habana, 2019. Cuatro mujeres de ascendencia vasca reconstruyen un pasado que se erosiona. Es verano. Dionisia duerme tranquila. Teresa hace una visita inesperada a Marta, que observa el ajetreo de la calle desde su balcón. Marga se mece bajo el porche de su vieja casa. Cuatro mujeres buscan en su memoria retazos de una tierra que les es familiar y extraña al mismo tiempo.

Notas de la directora

En mi familia se cuenta que a principios del siglo XX mi tío abuelo se coló de polizón en un barco y viajó desde Santurce a Cuba, donde finalmente se establecería. Desde entonces, hemos mantenido una conexión intermitente con aquella familia cubana, de la que me ha llegado un relato, en ocasiones mitificado, construido a base de viejas anécdotas e instantes fotografiados en el desgastado álbum de mi abuela. En el verano del 2019, tengo la oportunidad de iniciar un viaje a la Habana, donde conocería a una generación de mujeres abiertas a completar con sus vidas la narración de un relato fragmentado. Mis visitas diarias y nuestras conversaciones darían lugar a un gesto que va más allá de la rememoración del País Vasco. Escenificando su intento de recordar, llamo a la necesidad de recuperar el relato doméstico de aquellas que no están reflejadas en la historia oficial. Esta película, es el tiempo que pasé con ellas buscando dar forma a nuestra memoria, donde su esfuerzo por recordar se funde con el denso verano caribeño, el helado de mango y el polvo que reposa quieto sobre los objetos.

El contexto

En las primeras décadas del siglo XX, culmina una de las olas migratorias más notables desarrolladas entre la península ibérica y Cuba. El contexto socioeconómico español empuja a varias generaciones a buscar fortuna al otro lado del Atlántico. Lo que pasaría después, -el triunfo de la Revolución Cubana- afectaría de manera particular a aquellos migrantes y descendientes de extranjeros nacionalizados en una isla que no podrían abandonar durante las siguientes décadas. Las cuatro protagonistas de esta película, son mujeres vascas o de ascendencia vasca que se sumaron al proyecto revolucionario mientras dejaban atrás sus raíces, familias y prácticas religiosas. Estas circunstancias detonan el interés por un grupo de mujeres maduras dispuestas a reconstruir los recuerdos de una tierra que apenas pisaron pero que permanece lúcida en sus memorias.



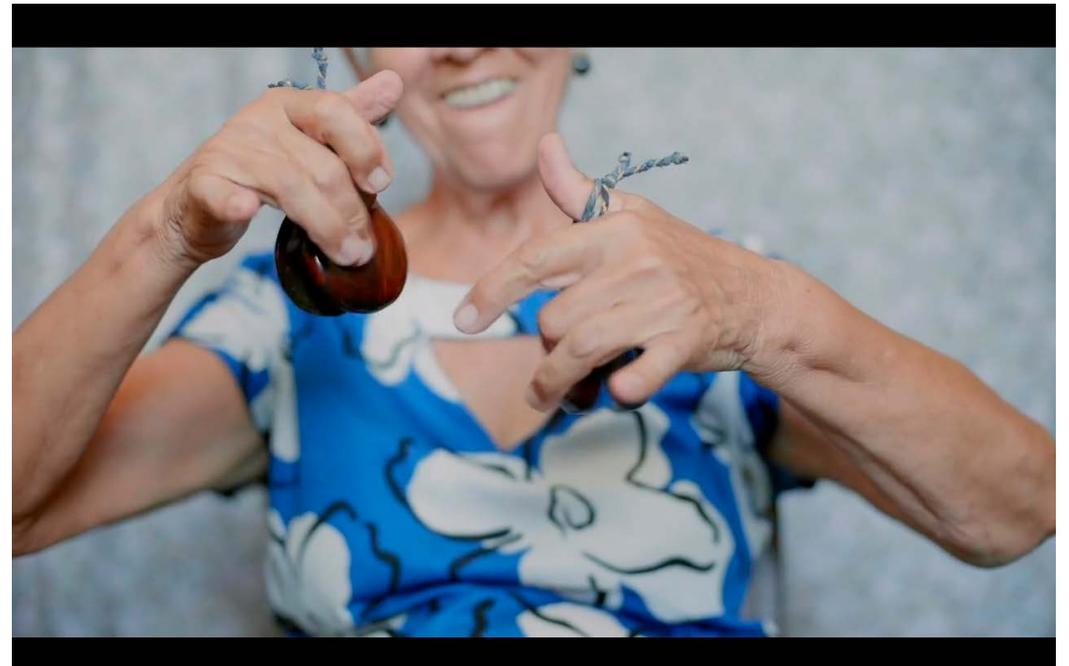
Fotograma 1



Fotograma 3



Fotograma 2



Fotograma 4

Pablo Cueto Parcero

INDIANOS D'AZUCRE

(Australia, accésit)

MATERIAL AUDIOVISUAL

Subtítulo

Un documental sobre la diáspora asturiana en Australia durante las décadas de 1960 y 1970

Participantes

Pablo Cueto Parcero

Autor/es

Pablo Cueto Parcero

Duración

29'58''

Formato digital:

En línea

Sistema

En línea

Tipología

Color

Resolución digital

Buena

Naturaleza:

Documental

Guion (narrador)

Sí.

Archivos

Archivos familiares de los protagonistas. National Archives os Australia. National Film and Sound Archive (NFSA) of Australia. Filmoteca Española. Diario el Comercio. La Pastorina. Youtube-Oskar Proy.

Protagonistas

Julio Sampedro, Patri Alonso, Milagros Noriega, Tanti Asprón, Aurora García, Federico Yustas, María Teresa Velasco, José Antonio Cavada, José María García, José Felipe López, Leontina Prieto, José Ramón Alonso, José Vejo, Roberto Asprón, Flor Gutiérrez, Kennedy Trenzado.

Localizaciones

Asturias y Australia.

Asuntos/categorías

Eucalipto. Australia. Emigración asistida. Trabajo. Iglesia. Reconocimiento médico. Viaje. Avión. Familia. Ingham. Mount Isa. Queensland. Sídney. Camberra. Melbourne. Correspondencia. Barco. Caña de Azúcar. Tabaco. Boneguilla. Idioma. Castellano. Italiano. Inglés. Correspondencia. Folclore. Prensa. Deporte. Fútbol.

Orígenes de los protagonistas

Asturias: Alevia (Peñamellera Baja). Llanes. Inguanzo (Cabrales). Caldueño (Llanes). Teverga. Pen (Amieva). Cangas de Onís. Oviedo. Villanueva (Ribadedeva). Gamoneu (Onís).

Emigrados a

Australia: Melbourne. Ingham. Queensland. Mount Isa. Sídney. Camberra.

Observaciones

El documental traza algunas líneas de las historias de vida de varios asturianos emigrados en Australia durante las décadas de 1960 y 1970 mediante el sistema de la emigración asistida.

Indianos d'azucra**Sinopsis**

A mediados del siglo XX se forjaba un acuerdo de emigración asistida entre los gobiernos australiano y español. Australia necesitaba mano de obra, así que cientos de emigrantes asturianos se embarcaron hacia la inmensa isla con el pasaje pagado y el propósito de alcanzar la prosperidad económica de la que no disponían en la Asturias campesina. La mayoría trabajó en los campos de caña de azúcar de Queensland y ese proceso forjó el carácter de una generación que ahora participa en este documental.

En casi 30 minutos de filmación se realiza un recorrido audiovisual por los principales acontecimientos que marcaron la vida de los protagonistas mencionados en este formulario, pero también de otros muchos que inspiraron la recogida desinteresada y altruista de todos estos testimonios olvidados.

Contexto histórico

La emigración es un fenómeno que ha marcado históricamente las comarcas del norte de España. En este caso, centrados en el Principado de Asturias, se dispone de análisis de las migraciones regionales ya desde antes del siglo XVIII. En ese tiempo, el ilustre Jovellanos abordó las causas y consecuencias de la emigración, fundamentalmente de los campesinos, así como todo lo que estos emigrantes aportaban posteriormente al territorio asturiano a través de mejoras comunitarias y aumento de la riqueza. Para solucionar los temas migratorios, Jovellanos creía necesario remodelar el sistema productivo del campo y la industria (Caso González, 1984).

Aunque más tarde, ya en el siglo XX, la mayor parte de los asturianos que se veían obligados a emigrar seguían siendo campesinos en busca de prosperidad económica. Conseguían de este modo huir del escaso bienestar que imperaba en la España de la época. Estos campesinos, ahora migrantes, viajaban sobre todo al continente americano. Lo hacían en barco y la explosión de estas migraciones se produjo durante los fines del siglo XIX y la primera mitad del XX.

Hubo muchos emigrantes que retornaron, algunos de ellos con dinero, a los que se les denominó indianos. A este concepto hacen referencia en un artículo Rato Martín y Fernández Cuesta (2019: 424) como «una estirpe de emigrantes al continente americano, rica y muchas veces retornada, que tuvo un gran influjo en la sociedad y en la economía de sus localidades durante esta época». Eran emigrantes exitosos y para que la bonanza de la que gozaban a su regreso pudiera palpase en la sociedad local, financiaban obras públicas y construían viviendas lujosas con un estilo de arquitectura ecléctica que siguen conservándose hoy, algunas de ellas como museo.

La Real Academia Española (2021) también recoge el significado de indiano en su cuarta acepción como “dicho de una persona: Que vuelve rica de América”. Siguiendo la contextualización de la emigración española y asturiana, más tarde, después de la Segunda Guerra Mundial, tal y como enuncia Otero Ochaíta (2003): «Europa había perdido el liderazgo mundial, tanto político como económico, ahora detentado por Estados Unidos; pero los países de la Europa occidental y central poseían un índice de desarrollo muy superior al de las zonas mediterráneas y orientales. Eran un polo de atracción para dichas poblaciones». Era el tiempo de la emigración voluntaria y por causas económicas a las regiones centrales de Europa, principalmente entre 1950 y 1975.

Tal y como indica García (1999), en ese mismo periodo, se estaba fraguando entre los gobiernos de Australia y España un plan con el objetivo de enviar ciudadanos españoles al país australiano para trabajar en la industria azucarera. Ese sería el Plan Canguro, un programa de emigración asistida en el que los gobiernos subvencionan el viaje, primero en barco y más tarde en avión, además de asegurar el hospedaje al llegar y un puesto de trabajo durante las primeras semanas. Todo esto se produjo a partir de 1959.

Los emigrantes, una vez en el otro continente eran llevados a un centro de recepción de emigrantes denominado Bonegilla, un antiguo cuartel que en ese momento sirvió para alojar durante las primeras semanas a miles de ciudadanos mayoritariamente europeos (García, 1999).

Sigue recogiendo García (1999) en su investigación sobre este fenómeno migratorio que las autoridades australianas pedían desde Canberra mano de obra, eso sí, de trabajos relacionados con los duros sectores de la agricultura, la construcción o la fundición,

que era en los gremios donde sufrían un déficit de trabajadores. El trabajo predominante fue el relacionado con la caña de azúcar, en la zona norte del país, en Queensland. Así las cosas, el gobierno español seleccionó en un primer momento a hombres de la mitad norte española para participar en las primeras ediciones de los programas migratorios. Fue más tarde cuando comenzaron a viajar mujeres y familias, tanto de norte como de otros territorios españoles.

En Asturias fueron centenares las personas que por motivos económicos o personales decidieron participar de la Operación Canguro y de las que le sucedieron después. El funcionamiento era similar, con alguna variación en la gestión de los pasajes.

Para viajar al territorio australiano, los emigrantes debían pasar primero un escrupuloso control sanitario en las oficinas de salud de las provincias en cuestión.

En Asturias, este reconocimiento médico se ejecutaba en el puerto de Gijón/Xixón, en El Musel. Aunque no se ha podido demostrar que desde el puerto citado haya partido alguna de las expediciones a Australia, ya que los informantes que forman parte de este proyecto iniciaron sus viajes en barco y en avión desde Santander,

Vigo, Róterdam, Génova, Francia o Madrid. Alguno de esos barcos tenía nombres que para los emigrantes que surcaron los océanos abordo son míticos, Aurelia o Monte Udala son dos de esas denominaciones.

En ese mismo tiempo, y durante pocos años, se llevaron a cabo otros programas de emigración con origen España y destino Australia. Cabe destacar el Plan Emú, Eucalipto o el Plan Marta, este último sirvió para trasladar mujeres españolas con el propósito de que desempeñaran su trabajo como empleadas de hogar, pudieran casarse allí y formaran una familia (Otoya, 2020). Una de las participantes en este plan narra en el documental cómo fue esa experiencia, desde el convento madrileño por el que pasó cuarenta días para ‘aclimatarse’ hasta su llegada a Melbourne. Ese testimonio se suma al de otros compatriotas asturianos que consiguieron hacer dinero en suelo australiano para regresar luego a su casa.

Aunque los protagonistas de este trabajo no emigraron a las Indias, sí lo hicieron a un lugar más lejano: Australia. La mayoría

regresaron y lo hicieron con una situación económica saneada que les permitió vivir sin la miseria con la que partieron. Una proeza que también es digna de portar el término indianos que tan extendido está por el norte de España. Esa palabra, indiano, unida a azucre -que en lengua asturiana significa «azúcar», aludiendo a la caña de azúcar que cortaban en Queensland- dan nombre al proyecto sobre el que versa este documento: Indianos d'azucre.

Proceso de recuperación

La realidad muestra la escasa investigación realizada a lo largo de los años sobre el fenómeno migratorio que se produjo entre España y Australia durante las décadas de los 60 y 70 del siglo XX. Es precisamente esa ausencia de información y trabajo sobre esta temática la que ha servido de motivación para sacar adelante Indianos d'azucre.

La investigación y recopilación comenzaba este mismo año 2022 sobre el terreno, desde el Principado de Asturias. En este territorio es común y sabido el amplio análisis al que fue sometido el fenómeno migratorio a Centroamérica, mucho más numeroso y notorio que el australiano, que parece se ha desarrollado en silencio, con la colaboración de los gobiernos, pero que también reúne a cientos de personas.

De este modo, se comenzó la investigación consultando en las bases de datos abiertas disponibles en internet, para continuar los trabajos con el apoyo de las redes sociales y finalizar con la información aportada por museos e instituciones tanto públicas como privadas.

Además de las visitas en persona a los pueblos de los informantes, muchas horas de investigación de campo, el contacto con multitud de personas relacionadas con esta investigación a través de internet, los museos y archivos consultados han sido: Archivo de Indianos - Museo de la Emigración, Muséu del Pueblu d'Asturies, Bonegilla Migrant Experience, Archivo de Fuentes Orales para la Historia Social de Asturias de la Universidad de Oviedo, National Archives of Australia, Archivo Histórico de Asturias, Autoridad Portuaria de Vigo, Autoridad Portuaria de Gijón/Xixón, Asociación Navarra Boomerang Australia Elkartea, Archivo General de la Administración, Sociedad Asturiana de Estudios Económicos e Industriales, Ministerio de Asuntos Exteriores, Embajada de Australia en España, Archivo Naval de Cartagena, Archivo Histórico Provincial de Pontevedra y el Archivo General de la Marina Álvaro de Bazán.

Una vez conseguidos los contactos de los informantes, todos ellos recopilados en una base de datos creada para este proyecto, se procedió a registrar los parámetros: lugar origen, localización actual, año de emigración y regreso, medio de transporte utilizado en el viaje, forma de contacto, así como también se habilitó otro apartado con los apuntes que resultaran interesantes en cada caso. Por ejemplo, algunas de las anotaciones tienen que ver con la participación de esas personas en operaciones como el Plan Marta, la obtención del pasaje en barco o avión a través de procesos poco habituales como Falange Española o la red colectiva que tejían algunos asturianos para apoyar a sus compatriotas una vez en el país extranjero.





Fotograma 1



Fotograma 2



Fotograma 3



Fotograma 4

Alejandro Zapatero

MIS RECUERDOS ABREVIADOS

(Argentina, mención honorífica)

MATERIAL AUDIOVISUAL

Participantes:

Alejandro Zapatero

Duración

25'06"

Formato digital

Mp3

Resolución digital

Regular

Naturaleza

Autobiografía sonora

Guion (narrador):

No

Fecha

Década de 1990

Protagonista

Armando Nazareo Zapatero

Asuntos/categorías

Familia. San Ciprián de Sanabria. Mercado del Puente. Puebla de Sanabria. Zamora. Madrid. Virgen de las Nieves. Trabajo. Cruz de los Caídos. Pueblo. Viaje. Cádiz. Buenos Aires. Argentina. Tren. Barco. Canarias. Río de Janeiro. Santos. Uruguay. Tapalqué. Agricultura. Ganadería. Caza. Lanús.

Orígenes de los protagonistas

San Ciprián de Sanabria (Zamora, España)

Emigrados a

Madrid (España) y Lanús (Argentina)

Observaciones

El protagonista de la grabación, Armando Nazareo Zapatero decidió emigrar salir de su pueblo tras morir sus progenitores, primero a Madrid, y posteriormente a Argentina, donde llega en 1956. Durante la travesía, para pasar el tiempo, comenzó a escribir sus memorias, que grabó con una grabadora casera en la década de los 90. En 2019, su hijo Alejandro Zapatero, con motivo del día del Padre, digitaliza esta grabación, y realiza varias copias para el protagonista pudiera hacérsela llegar a sus familiares. Lamentablemente, éste muere pocas semanas después y no puede hacer estas entregas. Se trata de una relación de las diferentes vicisitudes de su vida migrante narrada en verso.

